DAVID W. SÁNCHEZ FABRA

Una novela **políticamente incorrecta**
del creador de la trilogía *Yo, conquistador*

Círculo Rojo
EDITORIAL

SINOPSIS:

Zaragoza, 1 de octubre de 2035.

El cadáver de un hombre es encontrado a la salida de la Autovía Mudéjar. El caso será asignado al inspector de policía Carlos Torres, que muy pronto descubrirá que el muerto no es un hombre cualquiera, sino un importante político local. En esos momentos, Alicia, una joven prostituta que ha sido explotada desde la infancia, será finalmente consciente de que aquellas personas con las que ha crecido son criminales desalmados, y la idea de una cruenta venganza comenzará a fraguarse en su mente. Por otro lado César, veterano de una reciente guerra en territorio europeo, se debate entre llevar la vida nihilista de los que han perdido la ilusión por vivir o ayudar a Helena Vega, una enigmática mujer que ha creado una fundación encaminada a legalizar la prostitución y acabar con la alianza entre mafias, corrupción y posverdad que se ha forjado alrededor de la trata de personas. Aquel fatídico día cruzará sus destinos, convirtiendo sus vidas en un infierno de violencia, miedo, intransigencia, ira e hipocresía; aunque siempre quedará lugar para la determinación de cambiar las cosas, castigar a los malvados e intentar corregir el penoso devenir de la sociedad.

EXTASÍA es una novela distópica ambientada en un futuro muy próximo. La tecnología ha avanzado pero una sociedad infantilizada parece estar retirándose hacia tiempos pretéritos. El entendimiento brilla por su ausencia, las emociones eclipsan al pensamiento racional y una hipocresía rampante es la reina de las tinieblas, todo ello signos inequívocos del inminente colapso de la Civilización.

EXTASÍA

Una novela políticamente incorrecta

Autor: David W. Sánchez Fabra

Depósito legal: AL 1786-2018

CAPÍTULO I:

Zaragoza, lunes, 1 de octubre de 2035.

El inspector de policía avanzaba al volante de su Renault Megane GT-City por la Avenida Libertad. Aquella mañana de otoño había amanecido gris. Incipientes nubarrones encapotaban el cielo, celosos por derramar sus aguas sobre la ciudad de Zaragoza. De cualquier forma, la mujer del tiempo había asegurado que las probabilidades de lluvia eran escasas, no más de un veintitrés por ciento.

A lo lejos divisó la rotonda tras la cual, girando a la derecha, alcanzaría la Avenida del Séptimo Arte, por lo que aminoró la velocidad levantando ligeramente el pie del acelerador. El vehículo, de motor enteramente eléctrico, continuó deslizándose suavemente por el pavimento sin apenas hacer ningún ruido. El inspector pensaba que dentro de unos pocos años quizá ya nadie supiera lo que era cambiar la marcha en un coche de combustibles fósiles, pues él, a sus cuarenta años de edad, pertenecía a una de las últimas generaciones que habían aprendido a hacerlo, pocos años antes de que todos ellos fueran sustituidos en el primer mundo.

Mientras bordeaba la rotonda intentó recordar la denominación antigua de la avenida que se disponía a abandonar. Un nombre como aquel que tenía debía habérsele asignado en sustitución de algún personaje o hazaña que ya no resultaban adecuados para los tiempos que corrían. No en vano, gran parte del callejero nacional había sido renovado por términos con mayor corrección política. Tras varios segundos desistió, ya que le resultaba imposible. Aquel pensamiento no volvió a su mente, pues estaba muy cerca de su objetivo.

Aquel mismo lunes, escasos minutos antes, había sido llamado por el Jefe de Policía de su unidad para presentarse en su despacho. Un camionero había encontrado un cadáver en la salida a la Autovía Mudéjar y se le había asignado el caso después de que hubiera cerrado el anterior a finales de septiembre. Últimamente, su trabajo como inspector de homicidios estaba siendo muy activo. Pese a ello, nadie en su familia parecía valorarlo demasiado. Recordaba fielmente la conversación que hacía un par de horas había tenido en ese mismo coche con su hija Irene mientras la llevaba al colegio.

—No quiero que seas policía, papá.

—Pero, ¿por qué? —respondió él alarmado.

—Porque la policía hace daño a la gente. No le deja a las personas manifestarse o pensar con libertad —continuó su hija reprimiendo un sollozo.

—Hija, ¿pero quién te ha dicho eso? —preguntó él apartando la vista de la calle y fijándola en ella—. Pero si solo tienes diez años, ¿quién te mete esas ideas en la cabeza?

—Lo dicen las profesoras de clase. ¡Y también mis amigos!

Meneando la cabeza y cerrando momentáneamente los ojos borró de su mente aquella escena. Necesitaba estar fresco para el nuevo caso y pensar en la relación con su hija no le ayudaría a ello. Mientras superaba uno a uno los bloques de pisos del barrio de Valdespartera apuró el último sorbo del café que tenía en el posavasos del vehículo. Repentinamente, un anuncio en la radio le hizo estremecerse.

«Si está escuchando esto es que ha sintonizado Old Rock Radio, la única emisora que se atreve con los clásicos más antiguos, y así seguiremos hasta que nos obliguen a cerrar. Ahora continuaremos con media hora de música de verdad ininterrumpida. Entra "The Trooper", de Iron Maiden».

—Megane, apaga la radio —dijo con voz decidida.

En aquel momento, la inteligencia artificial del vehículo obedeció la orden, dejando en completo silencio al inspector. No quería tampoco que la música le desconcentrara, máxime cuando esta había sido compuesta hacía décadas. Sabía bien que las letras de las canciones de aquella emisora resultaban turbadoras para la mayoría de ciudadanos, y quizá era por eso, pese a estar prohibida, por lo que tanta gente la escuchaba en la intimidad.

Su destino estaba cada vez más cerca. Nada más abandonar la ciudad vislumbró las primeras luces de los coches de policía, que se dibujaban al fondo de una larga hilera de turismos que, lentamente, iba siendo desviada por otro carril. Sin duda, habían cortado la calle, por lo que sin pensarlo dos veces abrió la ventanilla del vehículo y colocó una sirena magnética en la parte superior del capó que enseguida comenzó a emitir su característico sonido. Los conductores se apartaron ligeramente hacia un lado, dejando al recientemente descubierto coche de policía avanzar a toda velocidad por el arcén.

—Autovía Mudéjar, Kilómetro 276 —le había dicho Diego Ruiz, el comisario—. Es justo a la salida de Zaragoza. La Patrulla de Seguridad Ciudadana ya ha acordonado la zona y la Policía Científica no tardará en llegar. Se trata de un hombre de mediana edad, caucásico. No hay más información por el momento.

Efectivamente, sus compañeros del cuerpo habían hecho una gran labor. Mientras avanzaba visualizó a un agente que hacía

señales con un pivote luminoso a los vehículos civiles para que tomaran un desvío. De aquella manera alejaba del lugar a los curiosos que pretendían tomar algún video que complicara la investigación. La autovía quedó totalmente despejada para que se pudiera trabajar en la escena del crimen con seguridad.

El inspector detuvo su coche en el arcén, al lado del guardarrail, justo en el sitio que acababa de dejar una ambulancia que se marchaba, al parecer, sin ningún herido al que atender. Una decena de personas se agolpaba sobre un bulto que yacía en el suelo a escasos metros de donde se encontraba. Se trataba de un rincón en el que la autovía hacía un ligero giro hacia la izquierda siendo cobijada por un puente sobre el que discurría una de las muchas vías de acceso que serpenteaban en aquella transitada zona. Mientras se apeaba del vehículo reparó en algunos grafitis que se erigían en un rincón, especialmente uno de una figura negra con un cartel que rezaba “Ciudad del Viento”.

—Soy el inspector José Carlos Torres, de la Brigada de Homicidios —dijo mostrando su placa a un policía que se le acercó hacia él con las palmas de las manos cubiertas bajo azules guantes de látex.

—Adelante, inspector —le respondió dejando paso.

Carlos, que así prefería ser llamado el inspector, avanzó decidido hacia la escena del crimen. Vestía vaqueros oscuros y cazadora gris. En el rostro asomaba barba de escasos días y cabellos castaños, con algunas arrugas en la comisura de los ojos que dejaban patente el paso del tiempo.

—Señor —le dijo un hombre joven acercándose hasta él—. Soy el oficial Vélez, Seguridad Ciudadana. La zona ya está lista para proceder al levantamiento del cadáver.

El inspector asintió con la cabeza ante la bienvenida del agente pero solo le dedicó un segundo de atención, pues su cerebro ya estaba tomando una panorámica de la escena. Reconoció a algunos de los miembros de la Policía Científica tomando fotos del lugar. El cadáver se encontraba medio oculto dentro de una gran bolsa de basura negra, con la parte superior del cuerpo asomando. Yacía inerte en un suelo de tierra batida sobre el que se adivinaba alguna hierba verdosa que se resistía al fin del verano. La piel blanquecina del hombre, cubierta en algunos lugares por pelo oscuro, contrastaba con el cotidiano paisaje adyacente.

—Se trata de un varón de unos cincuenta años —comenzó a recitar el agente—, múltiples heridas de arma blanca en torso, cuello, cabeza y extremidades. Se encuentra semidesnudo.

Al aproximarse más al lugar pudo confirmar la descripción. El cadáver yacía boca arriba con el brazo izquierdo extendido y el

derecho sobre el pecho. La cabeza se encontraba ligeramente ladeada hacia la derecha dejando cierto tono azulado en el lado contralateral que dificultaba la asimilación de sus rasgos faciales. Sobre el tronco se disponían, tal y como le había dicho su compañero, decenas de heridas punzantes ensangrentadas. El arma en cuestión tenía que haber sido un cuchillo de pequeño tamaño o incluso un punzón, ya que los orificios eran limpios y de escasa envergadura. En los brazos había cortes, así como en la cara. En el cuello se percibían tanto cortes como puñaladas. El hombre era de complexión pícnica, barrigudo y con extremidades delgadas. Por su frente discurrían sendas entradas pero el pelo, repeinado hacia atrás, era negro azabache.

—¿Lo habéis identificado ya? —preguntó Carlos.

—Le estábamos esperando, inspector Torres —le respondió con una media sonrisa una mujer a su espalda.

Aunque reconoció perfectamente la voz, el inspector se giró. Se trataba de Ángela Vasilescu, oficial de la Policía Científica. Era una mujer de poco más de treinta años. Vestía con el uniforme de trabajo pero sobre la cabeza portaba una gorra tras la cual asomaba una coleta de cabellos rubios.

—Agente Vasilescu —respondió este manteniendo el tono serio pero esbozando también una sonrisa de complicidad—, es una suerte verla aquí hoy.

Y sin más dilaciones, la mujer se acercó al cadáver. Portaba unas tijeras con las que cortó la bolsa de basura guardándola en un recipiente para pruebas forenses. Al hacer aquello quedó al descubierto que de cintura para abajo el fallecido vestía con pantalones de traje y zapatos de calidad.

—Hemos pescado un pez gordo —bromeó el agente Vélez haciendo que varios de los presentes soltaran una pequeña risa reprimida.

Mientras Ángela rebuscaba en los bolsillos del cadáver, las manos enfundadas en guantes, Carlos comenzó a decir:

—El cadáver ha sido traído hasta aquí. Hace no mucho. Los marcadores que habéis dejado en el suelo atestiguan que lo transportaron en coche, y dado el ancho de rueda, apostaría que se trata de un vehículo de alta gama. La bolsa de plástico es para minimizar los restos hemáticos que pudieron haber quedado en el maletero. Lo apuñalaron en otro lugar en repetidas ocasiones. Tuvo que sangrar como un cerdo, pero aquí no hay una gota salvo la sangre seca de su piel. El cadáver pasó varias horas bocabajo, pero aquí lo dejaron al revés. Las livideces de su rostro y torso anterior son más que evidentes.

—¡Bravo, inspector! —exclamó Ángela con sorna—. Lo que está

claro es que si sigue aplicándose tanto nos va a dejar sin trabajo a los de la científica. Vamos a ver, ¿pasó varias horas muerto bocabajo hasta que lo encontraron y lo trajeron aquí o nada más matarlo lo echaron a un maletero en esa posición? ¿Y cuántas horas lleva muerto?

—La primera pregunta escapa de mis poderes, que, como sabe usted, van acrecentándose más y más conforme pasan los años en este servicio. Además, creo que usted tendrá que usar un microscopio o, al menos, examinar bien el cadáver, para saberlo a ciencia cierta —respondió de tal manera que todos los demás pudieron darse cuenta de que existía amistad entre aquellos dos policías que se trataban de usted—. Respecto a la segunda, diría que lo mataron anoche.

—Me quito el sombrero, inspector. A este cerdito lo asesinaron, casi con toda seguridad, hace unas doce horas —le respondió la mujer guiñándole un ojo momentáneamente y volviendo a su trabajo.

Tras varios intentos, Ángela consiguió extraer del bolsillo una cartera marrón. Volviéndose a erguir la abrió con avidez y extrajo ágilmente el DNI. Lo obtuvo por su parte posterior, por lo que al darle la vuelta leyó el nombre, frunció el ceño, miró la fotografía y esbozó un amplio gesto de sorpresa.

—Hijo de… ¿sabe quién es? —había cierta excitación en sus palabras atropelladas—. Vamos, inspector, ¿quién es?

Carlos se puso de cuclillas para obtener un primer plano del rostro del cadáver. Ignorando las livideces que lo ensombrecían, poco a poco fue examinando los recovecos de las arrugas de su cara, su nariz de tamaño ligeramente mayor al de la media, su frente lisa, su barba y cabellos oscuros y aquellas pupilas carentes de vida que se hacían hueco en un iris de color grisáceo.

—¡Hostias! —exclamó levantándose de golpe sin poder ocultar una mueca de espanto—. Pero si es el señor Ernesto Abad Pérez, el político. Este era… ¿de La Izquierda?

—De los Verdes —respondió Ángela—. Antes era de los Animalistas pero se pasó a los Verdes.

El inspector comenzó a percibir las consecuencias de aquel hallazgo. Un político. Aquel caso le iba a dar, sin duda, verdaderos quebraderos de cabeza. La prensa sería especialmente molesta y muy probablemente no serían pocos los que tendrían intereses ocultos en que su investigación no prosperase. Aquel trabajo no lo resolvería en una semana como el anterior.

—Por favor, Ángela —dijo volviendo en sí—. Dígame que la cartera está vacía y que ha sido un vulgar robo.

La mujer, que mantenía el objeto en cuestión aferrado con las

dos manos, ladeo la cabeza hacia abajo esbozando una casi imperceptible sonrisa que solo el inspector pudo captar. Tras ello, muy lentamente, fue asomando un fajo de billetes de mil euros.

—¿Con este ensañamiento, inspector? —respondió con sorna—. Me decepciona… aquí cuento yo por lo menos diez de los grandes.

Entonces Carlos Torres agachó la cabeza y se pasó la mano por la frente hacia el pelo mientras suspiraba pesadamente.

Sabía que sería difícil, pero desde lo más profundo de su interior sintió aquella agitación febril que le invadía cuando se le planteaba una nueva investigación.

Lo conseguiría, llegaría hasta el final en ese caso, costase lo que costase.

Y por aquel entonces, no alcanzaba ni siquiera a imaginar el alto coste que tendría para él.

CAPÍTULO II:

En algún lugar al norte de Malmo, Suecia, invierno de 2033 (dos años antes).

César se acurrucó junto a sus dos compañeros tras el tabique de lo que otrora debió ser una construcción de piedra, ahora derruida. Apretó fuertemente su fusil de asalto contra el pecho y contuvo la respiración. Se encontraban a casi veinte grados bajo cero, por lo que aquel vaho que emitía periódicamente desapareció. El paisaje estaba completamente cubierto de nieve y, aunque todavía quedaban unos minutos de sol, las tinieblas ya habían comenzado a cernirse sobre el país escandinavo.

El soldado iba bien pertrechado con una guerrera, manta térmica y botas de cuero, aunque tras un par de meses en el frente su equipamiento comenzaba a avisar de que no duraría eternamente. De sus dos compañeros, Edvard, un sueco de casi dos metros de altura y largos cabellos rubios y József, un húngaro fornido de poblado bigote oscuro, él era el que menos tiempo llevaba en aquella guerra, por lo que su vestimenta se encontraba en mejores condiciones. No en vano, todavía recordaba aquel día en el que compró todo lo que necesitaba en su país, España, justo antes de coger el avión.

—*Quiet, do you hear that?* —musitó el húngaro cerrando el puño en el aire con un fuerte acento extranjero.

Los tres soldados enmudecieron para afinar todavía más el oído. César notó cómo su corazón latía con frenesí a la espera de que algo terrible aconteciera. Poco a poco, una presión comenzó quemarle en el pecho, por lo que tomó una larga bocanada de aire gélido. Había pasado casi un minuto sin respirar.

Solo Edvard y él pertenecían a la División de Voluntarios, un cuerpo improvisado que reunía a una numerosa amalgama de nacionalidades e ideologías. József, por el contrario, había viajado hasta Suecia en un destacamento de húngaros. No se había hecho oficial pero todos los que allí peleaban sabían que unos pocos países habían enviado militares profesionales encubiertos al conflicto. César era uno de los pocos voluntarios que había estado en el ejército español, pero tras varios años en los que no se cumplieron sus expectativas decidió abandonarlo.

—T*hey must be close* —se limitó a responder el sueco en perfecto inglés—. Let's keep going.

Ante aquella sugerencia, los tres hombres se miraron. Pasaron

varios segundos hasta que József asintió con la cabeza. Sus bigotes no oscilaron porque estaban parcialmente congelados. Sus dos compañeros se habían puesto de acuerdo sin comentarlo en que él dirigiera la expedición, pues sabían que sus posibilidades de sobrevivir aumentarían. La situación no podía ser más anómala. Que aquellos tres se encontraran juntos solo podía deberse al hecho de que hacía escasas horas varios batallones del cuerpo de voluntarios habían sido hechos picadillo. Era bien sabido que los ejércitos profesionales de la contienda preferían luchar junto a los suyos y no con aquellos a los que tildaban de aficionados.

El español fue el primero en dar un paso adelante. Se ajustó su gorro y asomó la cabeza para mirar hacia arriba. Posteriormente miró a derecha e izquierda y luego, de nuevo, al cielo. No vio nada, así que salió del escondite haciendo que sus botas imprimieran una honda huella en la nieve. A lo lejos todavía podía escucharse el sonido de las ametralladoras repicando en el horizonte.

Los tres hombres avanzaron en fila india. Se encontraban en una gran explanada en la que había algunos edificios muy deteriorados. La agrupación de construcciones era demasiado pequeña como para ser un pueblo, por lo que César pensó que debía de tratarse de una granja abandonada. A no mucha distancia de donde se encontraban se vislumbraba un tupido bosque de pinos. Todos sabían que allí estarían más seguros.

En aquellos dos meses de batallas, César había cambiado completamente como persona. Creía haber evolucionado mucho más de lo que lo había hecho en sus treinta años de vida. Había viajado a Suecia porque sabía que era su deber ayudar. Eligió la División de Voluntarios, pero en un principio no estaba completamente seguro de que aquella fuera la mejor opción. Pese a ello, a los pocos días de llegar sabía que había tomado la decisión acertada. Desde aquel momento su vida se convirtió en un infierno. Había pasado hambre, frío, le habían herido, había visto perecer a decenas de compañeros… Aquello era una guerra total aunque no fuera emitido en los telediarios. En el fondo el español lo que peor llevaba era que todos aquellos sacrificios no estuvieran siendo contemplados por el resto de países del mundo. Era probable que supieran de ellos, aunque estuvieran haciendo oídos sordos. ¿Quién sabe?

Repentinamente, József murmuró cuatro palabras en su idioma materno que hicieron que la comitiva detuviera la marcha. Se encontraban en medio de un desierto de nieve y su posición era más que vulnerable. De nuevo agudizaron el oído, pero esta vez sus peores presagios se hicieron realidad. A cierta distancia se podía escuchar un zumbido que iba poco a poco aumentando en

intensidad.

—T*hose mother fuckers are here again* —bramó el húngaro.

Los soldados quedaron totalmente sobrecogidos. Pese al frío, una gota de sudor comenzó a perlar la sien de César. Su corazón se aceleró todavía más, las pupilas se dilataron, su boca se secó y su musculatura pareció recibir cierto calor hormonal.

—*Run! Run to the forest!* —gritó József.

La orden no tardó en ser obedecida. Los hombres emprendieron la carrera a toda velocidad. El bosque estaba a unos cien metros de distancia pero el zumbido se hacía cada vez más intenso. Edvard, al ser mucho más alto, enseguida los adelantó. César observaba cómo su melena ondeaba al viento cada vez que su voluminoso cuerpo daba una zancada. Intentó correr tras sus pasos para no quedarse tan clavado en la nieve pero un ruido ensordecedor le hizo tirarse al suelo. Fue una ráfaga limpia de ametralladora que segó por la mitad el cuerpo del sueco. El rostro de César quedó embadurnado de sangre mientras los restos del que hasta aquel momento había sido su amigo se desparramaban tiñendo la nieve de rojo.

—*Fuck!* —bramó el húngaro mientras abría fuego con su fusil hacia el cielo.

Entonces César lo vio. Se trataba de un dron de pequeño tamaño armado con una ametralladora. Tenía cuatro hélices que le permitieron hacer un arriesgado quiebro sobre sus cabezas pero aquella proeza no fue suficiente para el veterano soldado, que destruyó el aparato con su ráfaga.

—¡Edvard, no! —aulló César.

—*There's no time, soldier* —le apremió József—. *Are you hearing me? There are more coming. Take his gun and follow me…*

—¡No! —despertó César en el dormitorio de su piso alquilado.

Se encontraba empapado en sudor. Las sábanas blancas rozaban su cuerpo desnudo y una tenue luz, que con toda probabilidad era emitida por algún foco exterior, se filtraba por la ventana iluminando las sobrias paredes del apartamento.

Todo había sido un sueño. Ya no estaba en la guerra. Habían pasado dos años desde aquellos acontecimientos. De nuevo estaba en España, en Zaragoza.

Sin poder evitarlo se tapó la cara con las dos manos y suspiró profundamente. Aquellos sueños se repetían cada vez con mayor frecuencia. Su vida era actualmente más estable que nunca, ya que, desde la guerra, había decidido abandonarlo todo. Ya nada le importaba y pasaba sus días esperando la muerte, apático, bañado en el más puro de los nihilismos. Pero en ocasiones, cuando tenía aquellas pesadillas, recordaba que hubo un tiempo en el que sentía,

¡y cómo sentía! Hubo un tiempo en el que, sin medias tintas, estuvo vivo. Estuvo vivo, sin duda, porque le aterraba la muerte. Ahora no la temía. Nada le importaba después de lo que había visto.

¿Nada? Mientras interiorizaba aquellos pensamientos una pequeña luz se encendió en lo más recóndito de su alma y, poco a poco, fue convirtiéndose en un pensamiento. Ella. Pensó en ella. ¿Sería, acaso, lo único que todavía lo aferraba a la vida? Pensaba que no, sin embargo, cuando la veía, sentía de nuevo. Él no podía cambiar las cosas ya, pues era un muerto viviente, pero en el fondo de su corazón sabía que haría cualquier cosa por aquella mujer. Ella había salvado su vida cuando pensó en meterse un revólver en la garganta y apretar el gatillo.

La vida ya no tenía sentido. Sabía bien que muy pronto moriría por un motivo u otro, pues tenía los días contados. Todos los tenían, pero, si alguna vez ella lo necesitaba, él estaría ahí.

Y antes de que pudiera cerrar aquella línea de pensamientos, dos golpes secos sonaron en su puerta. Desde el rellano, una voz femenina dijo:

—César. ¿Estás ahí?

CAPÍTULO III:

La mañana no fue muy rentable para el inspector José Carlos Torres. Tras levantar el cadáver, y una vez todas las pruebas del lugar hubieron sido recopiladas, volvió a reunirse con el comisario. Cuando su superior advirtió que se trataba de un caso tan mediático, bufó y comenzó a deambular inquieto alrededor de su escritorio. Carlos observaba sus movimientos impávido, esperando.

—¡Mierda, Torres! —murmuró—. Estos casos no me gustan, pero ya te has enfrentado a otros similares. Ya sabes cómo va esto; la información a la prensa en cuentagotas y tras mi aprobación.

Le encomendaron varios hombres para conducir la investigación. El inspector se reunió con ellos a mitad de mañana y les ordenó una serie de tareas. Le gustaba motivar a sus subalternos con palabrería de todo tipo aunque siempre zanjaba sus arengas aludiendo a la solemnidad que debía regir todas las actuaciones policiales.

Una vez repartido el trabajo se acercó hasta la morgue, donde, según le acababan de comunicar, había llegado la familia del muerto. A Carlos no le agradaba deambular por aquellos corredores blancos e interminables. Siempre había pensado que la temperatura era sustancialmente menor en ellos, como si la proximidad de la parca influyera en el ambiente.

Encontró a la esposa del político descompuesta. Era una mujer joven, de poco más de cuarenta años. Vestía elegante, aunque sobria, portando tacones, pantalones y americana negra. Se aferraba a sus dos hijos, una muchacha de quince años y un varón de dieciocho. Carlos había hecho los deberes y, antes de entrevistarse con ellos, ya tenía algunos detalles. Sabía que Ernesto Abad había conocido a su mujer en uno de los mítines del partido. Por entonces, él rondaba la treintena y la que sería su esposa, que no llegaba a los veinte, acababa de comenzar sus estudios universitarios en Estudios de Género. Desde aquel encuentro, sus caminos no se habían separado. Él medró en el Partido Animalista y a su mujer la contrató como asesora antes incluso de haber acabado la carrera. Posteriormente había hecho transfuguismo y se había pasado a los Verdes con todo el equipo. Él era concejal del Ayuntamiento y ella una de las consejeras mejor pagadas. De sus hijos no sabía mucho. El varón había iniciado la universidad y la muchacha estudiaba en uno de los mejores colegios.

—¿Es usted la esposa del señor Abad? ¿Sí? Lamento mucho su pérdida —dijo apoyando la mano sobre su hombro—. Soy el

inspector Torres Sanz, de la Brigada de Homicidios, y voy a llevar el caso de su marido. Me gustaría, si está dispuesta, hacerle unas preguntas.

Durante casi una hora Carlos entrevistó a la familia del político. Fue un intercambio pausado pero intenso. No tuvo la sensación de haber sacado mucha información relevante pero sí de haberse hecho una serie de impresiones que le serían de utilidad. Tras despedirse de ellos recapacitó sobre lo que había sacado en claro.

Julia, que así se llamaba la mujer, apenas quería a su marido. El tono de su voz, los altibajos en el discurso y los sollozos repentinos y poco creíbles que esgrimía fueron suficientemente delatores para el avezado policía. Saltaba a la legua que estuvo enamorada en su día pero ahora solo los bienes materiales y la permanencia en el sistema eran lo que unía al matrimonio. Su hijo, que parecía querer seguir la estela de su padre estudiando Ciencias Políticas, parecía el más afectado, pero nada en claro pudo sacar de sus testimonios. A la muchacha, por último, no le dedicó ni un pensamiento más, pues llegó a la conclusión de que era completamente estúpida; una de esas personas que viven en una fantasía ajena a todo cuanto ocurría a su alrededor.

Del interrogatorio no se desprendió ningún sospechoso. Según la familia, Ernesto Abad era un hombre ejemplar. Se desvivía por los suyos y estaba enteramente entregado al partido. La política le apasionaba y mantenía la misma visión idealista del mundo que en su juventud, sin que la edad hubiera hecho mella en ella. La opción de que los miembros de su antiguo partido hubieran tenido algo que ver en el asesinato parecía, a priori, descartada, pues hacía ya varios años de aquel cambio. Respecto a si tenía enemigos en política, su esposa aseguró que no, que él mantenía una relación cordial con todos ellos. Tampoco se encontraba, aseguraba, malquistado con nadie fuera de la política. Sin embargo, Carlos sabía que en política nadie se fiaba de nadie. Todo el mundo podía traicionar a sus aliados aunque una cosa era eso y otra cometer un asesinato.

Respecto a los últimos pasos del marido, Carlos averiguó que la esposa no tenía noticias de él desde el domingo, cuando salió a una cena de partido. El inspector intentó poner a su mujer contra las cuerdas preguntándole cómo no había sospechado nada hasta la mañana siguiente, cuando se encontró el cadáver. Julia acabó reconociendo que en ocasiones Ernesto salía de fiesta con los amigos y no era extraño que volviera bien entrada la madrugada. Confesó también que el lunes, poco antes de amanecer, comenzó a preocuparse y que llamó a un compañero que no pudo especificarle dónde estaba su marido.

—¿Y no llamó a la policía? ¿No se le hizo raro que el domingo trasnochara tanto?

—Iba a hacerlo cuando recibí la llamada de que habían encontrado su cadáver —sentenció.

Eran ya las dos de la tarde y el inspector pensó que todavía había tiempo de avanzar en la investigación. Ya lo tenía planeado de antemano pero, tras el diálogo con la familia, confirmó que tenía que entrevistarse con los compañeros del partido de la víctima. Mientras devoraba una ensalada de pasta con pechuga de pollo que había traído de casa en una fiambrera avisó a uno de sus hombres para que se presentara ante él y le acompañara. Mientras tanto recordó el momento en el que preparó su comida aquella mañana. Cuando sacó la carne de la nevera reprimió una arcada al vislumbrar la foto del envoltorio. En ella se veía un hombre de aspecto consuntivo, en una cama de hospital, con lo que parecía un tumor de colon que se había fistulado hacia la piel y había formado una enorme masa deforme y sanguinolenta en el flanco izquierdo de su abdomen. Bajo la imagen se podía leer *«Los estudios científicos relacionan el consumo de carne con el cáncer. Además, condiciona el sufrimiento de millones de animales no humanos en el mundo. Detén esta matanza, no comas carne».*

—¿Quería verme, señor? —dijo su subalterno extrayéndole de sus pensamientos.

Se trataba de Ignacio Aranda, un oficial de policía poco mayor que él. Lucía barbas marrones salpicadas de canas. Era corpulento aunque una incipiente barriga y la flacidez de sus mofletes atestiguaban que ya no estaba tan en forma como antaño.

—Sí —respondió—. Vamos a hacer una visita a los peces gordos.

Mientras conducían por las calles de Zaragoza en dirección al ayuntamiento el inspector decidió poner música en la radio. Los políticos se reunían hoy en pleno y, dado que probablemente hablarían del crimen cometido, este se alargaría hasta las tres.

—Y este hombre era de los Verdes, ¿no? —preguntó el oficial sin apartar la mirada del volante.

Carlos asintió con un sonido nasal. Se encontraba completamente sumido en sus divagaciones.

—Demonios, nunca entenderé las diferencias entre los Verdes y los Animalistas —dijo el agente Aranda imprimiendo gran vehemencia a sus palabras.

—Bueno, realmente no son un partido que se haya escindido —respondió el inspector—. Los Verdes vienen de la escisión de los partidos de izquierda y los animalistas siempre han estado ahí aunque no tuvieron representación hasta la Ley de Equidad Democrática.

—¡Ah sí! —confirmó Aranda—. Esta ley nos pilló a todos por sorpresa. ¿Se acuerda cuando éramos niños? Había cuatro o cinco partidos, aquello parecía más normal. Luego cambiaron la ley y… ¿Cuántos hay? ¿Treinta? Sin duda parece más justo.

—Sí —asintió dubitativo Carlos—. Pero no creo que la atomización de los parlamentos se deba a que ahora todos los votos cuenten lo mismo. Más bien creo yo que es porque cada día que pasa nos cuesta más ponernos de acuerdo. La gente ya no es capaz de trabajar asumiendo que sus compañeros puedan disentir en algo. Tenemos unos grupos políticos excesivamente homogéneos.

—Así nos va —zanjó Aranda—. La Izquierda, Verdes y Animalistas, las Feministas, los Liberales, los Demócratas, Nosotras decidimos, el Partido Musulmán, el Frente Sindicalista, los Progresistas… y gracias que se prohibió la extrema derecha hace nada. Si se dedicaran a trabajar conjuntamente más que a mirar la paja en el ojo ajeno nos iría a todos mucho mejor.

La conversación fue muriendo poco a poco conforme iban acercándose al ayuntamiento. Aparcaron en el centro, en uno de los lugares habilitados para vehículos de organismos públicos, y continuaron andando por la calle de La Concordia de los Tres Pueblos hacia la Plaza del Pilar. Carlos, tal y como hacía a menudo, jugó a recordar el nombre antiguo de la calle. En aquella ocasión no le costó demasiado, pues la antes Calle Alfonso era quizá la más famosa de Zaragoza. El inspector no pudo evitar sonreír al pensar que el antiguo rey, para reconquistar la plaza, tuvo que hacer la guerra a los moros, y todo lo bélico, especialmente si se asociaba a los orígenes de la nación, estaba proscrito en el callejero municipal.

Los dos policías dejaron a la izquierda la basílica y avanzaron hacia el consistorio. Conforme se acercaban pudieron contemplar la fachada de ladrillos amarillentos de arte aragonés. Algunas personas que vestían en traje comenzaban a abandonar el lugar mientras una multitud de periodistas esperaba para extraer información sobre el crimen del compañero ausente hoy.

Dado que iban de incógnito consiguieron atravesar la turba sin levantar sospechas. Enseñaron sus identificaciones a los guardias de seguridad con la suficiente cautela como para que nadie más las viera y en escasos segundos se encontraban pululando por el interior del edificio.

—Usted es Roberto Arcos, ¿no es así? —dijo Carlos al último político que le quedaba por entrevistar.

Habían conseguido hablar con todos los demás pero apenas habían sacado ningún dato de utilidad. Todos los concejales parecían cortados por el mismo patrón. Aseguraban que era un buen hombre, que no podían imaginar quién podría haberle

deseado algo malo, que no andaba con malas compañías, que estaban desolados… Afortunadamente, consiguió localizar a Óscar Escolar, el otro concejal de los Verdes, quien era, según la esposa del fallecido, el individuo al que había llamado para preguntar por su marido. El hombre confirmó que se había producido aquella llamada pero aseguró que la cena de partido había sido el sábado y que en todo el domingo había tenido noticias de Ernesto. Carlos intentó profundizar más en los últimos momentos en los que le vio pero el concejal se mantuvo firme en la versión de que el sábado salieron hasta tarde, fueron de copas a algunos bares y se despidieron a las cinco de la madrugada.

Durante diez minutos, el inspector interrogo al que parecía su última baza. Roberto, que pertenecía a los Animalistas, conocía bien a Ernesto, pues fueron compañeros de partido hacía tiempo y, según decían, todavía eran amigos. Se trataba de un hombre de unos cuarenta años, de aspecto montañero, barbas desarregladas y media melena. Contrastaba con el resto de políticos porque en vez de vestir con traje lucía una camiseta con la silueta de un lobo, un lince y un oso pardo bajo una frase lapidaria en la que se leía *«Hemos perdido a todos estos amigos, ¿cuántos más tendremos que extinguir para aprender?»*.

—¿Usted no asistió a la cena de partido? —se apresuró a preguntar el agente Aranda.

—Esa cena era de miembros de los Verdes, recuerde que no somos el mismo partido. Sé que salieron de cena y, respondiendo a la pregunta que me ha hecho usted antes, esos banquetes suelen prolongarse hasta altas horas de la noche.

El inspector notó algo raro en el tono de voz de su interlocutor. Había cierto deje nervioso en sus palabras que sobresalía ocasionalmente sobre un sincero sentimiento de dolor. El concejal se encontraba realmente compungido por la muerte de su amigo, pero Carlos percibía que había algo que no acababa de confesar.

—Es suficiente, señor Arcos —le dijo dándole un apretón de manos y clavando su mirada en la suya—. Su información nos será de utilidad para capturar al asesino. Le dejo mi tarjeta. No dude en llamarme si se le ocurre algo más. Quiero transmitirle la delicadeza del asunto y el hecho de que cualquier información, por vaga que parezca, puede sernos de gran utilidad.

Roberto dudó. Fue a hablar pero se mordió el labio. Intentó marcharse pero el policía lo tenía aferrado por la mano. Carlos esbozó una sonrisa cordial y dijo:

—¿Hay algo más que quiera decirnos?

—Sí… bueno —explotó finalmente el concejal mirando a derecha e izquierda—. Ernesto Abad era un buen hombre, eso se lo

aseguro, pero… pero era aficionado… bueno, otros muchos también…

—¿Sí?

—Se iban de putas —acabó diciendo—. Normalmente después de las cenas se iban de putas. Solían frecuentar un local llamado Pub Extasía.

El inspector sabía que aquella sería su próxima pista. Mientras se despedía del abrumado concejal esgrimió una sonrisa para sus adentros. Que un político de un partido que quería abolir la prostitución frecuentara burdeles no hacía más que complicar el caso.

No podía evitar sentirse todavía más estimulado para resolverlo.

CAPÍTULO IV:

A la tarde, esta vez en solitario, el inspector se acercó al Pub Extasía. El local, de varias plantas, se erigía en el Paseo María Agustín, a no mucha distancia de la Puerta del Carmen. Se trataba de un edificio de construcción nueva, con la fachada elaborada con bloques de granito oscuro y grandes cristaleras que dejaban entrever un impresionante juego de luces en su interior. Vigilaban la puerta dos fornidos hombres en traje que, dado que todavía eran las seis de la tarde, apenas tenían trabajo. Solo un puñado de jóvenes esperaban a ser registrados para poder entrar, haciendo fila tras una cuerda de terciopelo que pendía de varios postes.

Carlos deambuló hacia el lugar desinteresadamente hasta ponerse a la cola. Por un momento pensó que no fueran a dejarle entrar ya que no iba demasiado elegante. Sabía de sobra que aquel era uno de los locales más famosos de la ciudad, donde no era raro encontrar a famosos, desde futbolistas hasta presentadores de televisión, pasando por políticos y ricos. Reparó en que justo delante de él las cuatro personas que intentaban entrar eran dos parejas de poco más de veinte años. Las chicas llevaban tacones y vestidos ajustados y los hombres americana y zapatos.

—Me gustaría echar una copa —dijo al portero cuando le llegó su turno.

Se trataba de un hombre de unos treinta años, alto y fornido. Sus musculosos cuádriceps se dibujaban en el pantalón y sus hombros, de enorme envergadura, parecían a punto de hacer estallar la americana en cualquier momento. Durante varios segundos escrutó al inspector sin decidirse a dejarle entrar hasta que, finalmente, dijo:

—¿Viene solo? Adelante.

El inspector percibió que aquel hombre procedía de Europa del Este, probablemente Rumanía. Archivando aquel dato en su memoria procedió a entrar en el local. En el interior la temperatura era más cálida y agradable. Nunca antes había estado allí, por lo que quedó maravillado con la amplitud del lugar. A su alrededor se disponía un enorme bar que contaba con varias barras repartidas por doquier. La estancia estaba salpicada de mesas y sillones de todos los tipos, muchos forrados con cojines, que parecían tremendamente cómodos. Aunque eran numerosos, y la mayoría estaban ocupados, había suficiente espacio para deambular entre ellos, no siendo pocos los clientes que se encontraban de pie o bailoteando. Al fondo había unas escaleras que subían al piso de

arriba, donde, según tenía oído, también había zona de baile y copas. Los pisos superiores estaban reservados para clientes importantes y, probablemente, tuvieran algún piso provisto de habitaciones.

Todo el mundo sabía que aquel establecimiento era un burdel pero los propietarios habían dado una vuelta al concepto para convertirlo en un lugar que de mitad para abajo pudiera ser agradable para todos los públicos. En aquellos años, la prostitución estaba prohibida, aunque existían resquicios legales para poder ejercerla sin rendir cuentas a un juez. Carlos había estudiado todos aquellos mecanismos, pues formaba parte de su trabajo, y veía en ellos la más clara hipocresía de un mundo ya de por sí hipócrita. En ocasiones la gente pagaba por compañía, masajes, espectáculos… aunque el verdadero pretexto era mantener relaciones sexuales con prostitutas.

—Hola, guapo —le dijo una joven rubia que llevaba un ajustado vestido negro al pasar a su lado.

Tras lanzarle un saludo cordial con la cabeza, Carlos avanzó hacia la barra más cercana y se sentó en un taburete. La música de fondo era sugerente, con notas tecno y voces femeninas ininteligibles. Pese a que el lugar era bastante oscuro, las luces de la barra y la estantería de botellas iluminaban tenuemente.

—¿Qué le pongo, caballero?

Hasta donde se encontraba llegó una camarera. Se trataba de una mujer latina de poco más de veinte años. Su piel era morena y sus largos cabellos describían rizos por encima de sus hombros. Sus pechos, al igual que sus labios, estaban claramente operados y resaltaban sobre una cintura estrecha y unas caderas anchas. Vestía con una camiseta blanca muy escotada y pantalones vaqueros ajustados.

—Ron cola —se limitó a decir taciturno.

Carlos no pudo evitar lanzar una mirada al trasero de la mujer cuando se alejó a por las bebidas. Era, pensó, francamente atractiva. ¿Ejercería la prostitución o sería solo una camarera?

—¿Eres nuevo por aquí? —preguntó la joven mientras agitaba las bebidas delante de él.

—Sí. Es la primera vez que vengo.

—¡Ay, en ese caso me presento! Mi nombre es Daniela. Ya verás cómo te gusta este pub, estoy segura de que volverás —respondió con acento venezolano lanzándole un guiño.

—De hecho, estaba interesado en hablar con el encargado —disparó el inspector.

—¿Para qué quieres hablar con él? —preguntó sorprendida—. ¡Eres madero!

—¿Tanto se me nota?

Carlos se sorprendió de que hubiera sido descubierto tan pronto. ¿Eran sus maneras o aquella chica era todo un lince? La camarera parecía nerviosa, por lo que el inspector volvió a insistir con voz armoniosa.

—Espera, no temas. Estoy investigando un caso, ¿conoces a este hombre?

Y tras decir aquello sacó de su cartera una fotografía del político que había sido asesinado. Se trataba de una imagen sacada de internet en la que se le veía vivo.

—Claro que lo conozco —respondió Daniela sin poder ocultar su nerviosismo—. Es ese político que han encontrado muerto hoy en la autovía. Pero yo no lo…

—Pero, ¿lo conocías en persona? —dijo apresuradamente el inspector—. Me han contado que era asiduo de este lugar.

—Bueno… eh… enseguida podrás hablar con el encargado.

Entonces la joven acabó de servirle el cubata y se alejó varios pasos. De un bolso que tenía escondido bajo la barra sacó un teléfono móvil y realizó una llamada de menos de un minuto. Mientras hablaba miraba de reojo al policía, asintiendo con la cabeza en todo momento. Carlos observó que, además de nerviosa, parecía asustada.

El momento de entrevistarse con el encargado no se hizo demorar. En escasos segundos uno de los hombres de traje se acercó hasta donde se encontraba y lo guio, atravesando grupos de personas que parecían estar pasando un buen rato, hasta una mesa que se encontraba más apartada. Mientras llegaba se fijó en que en ella había una mujer de entre cincuenta y sesenta años y un hombre con cara de pocos amigos. La primera llevaba un vestido largo y pomposo de color blanquecino. El segundo también vestía con traje. Rondaría los cuarenta años, pelo negro liso y tez pálida.

—Hola, agente —dijo la mujer levantándose y estrechándole la mano—. Soy Cristina Meyer y soy la encargada de este local ¿En qué puedo ayudarle?

Más detalles, Carlos reparó en que olía bien. Llevaba las uñas pintadas y su mano tendía a ser huesuda. También su rostro parecía famélico aunque debido al maquillaje y a que probablemente en su juventud hubiera sido una mujer atractiva todavía mantenía cierta belleza.

—Soy el inspector Torres Sanz. Estoy investigando la muerte de Ernesto Abad Pérez, el político —respondió decidiendo ir al grano.

—Conocemos al señor Abad, era cliente nuestro y lamentamos tremendamente su muerte —respondió la mujer diplomáticamente.

Carlos no esperaba que no intentaran ocultar que lo conocían,

pues se entendía que ninguna empresa, especialmente si esta era ilícita, querría que la relacionaran con un asesinato. Mientras reflexionaba sobre su siguiente pregunta se permitió examinar al otro hombre, que ni se había presentado ni parecía tener intención de ello, pues permanecía sentado, de brazos cruzados y con expresión seria.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio? —preguntó.

—El sábado —respondió—. Vino aquí tras la cena de partido. Vino con unos amigos pero no los conozco. Se fue a las cinco y no lo hemos vuelto a ver.

—¿Estuvo con alguna chica?

La mujer esgrimió una mueca de indignación durante unos segundos que no pasó inadvertida al inspector.

—¿A qué se refiere?

—Mire, no tengo mucho tiempo para andarnos con lindezas —respondió el inspector inclinándose en su sillón y dando un sorbo al cubata—. Soy de homicidios y mi tarea es resolver un asesinato. No voy a indagar en si aquí se cuecen habas, pero sí que me gustaría que no me tomara el pelo. ¿Entendido? Volveré a hacerle la pregunta. ¿Estuvo con alguna chica?

El hombre del traje bufó y tensó los músculos pero la mujer le instó a relajarse posando la mano sobre su rodilla.

—Veo a dónde quiere llegar —respondió sonriendo—. Aquí se puede contratar los servicios de algunas chicas, si se desea. Tenemos masajes, cabaret, bailes privados o compañía. El señor Abad sí que contrató esos servicios.

—¿Y se puede saber con quién?

Tras aquella pregunta la encargada hizo un gesto a uno de los porteros y este salió hacia la barra. En escasos segundos trajo a Daniela, la camarera que le había servido la copa.

La joven se introdujo en la conversación. Durante varios minutos el inspector la interrogó sobre los últimos momentos que había pasado con el político. Daniela, en ocasiones, miraba a la encargada antes de responder, esperando que esta le diera permiso para hacerlo. Carlos no pudo sacar demasiado en claro. Según su versión, Ernesto Abad se había quedado en el local pese a que todos sus compañeros se fueron, se había emborrachado sobremanera y a las cuatro y media de la madrugada subió a una habitación con la joven. Allí mantuvieron relaciones sexuales. A las cinco se marchó andando.

—Como ve, señor agente, no tenemos mucho más que decirle —añadió sonriendo Cristina Meyer—. Esperamos que encuentre enseguida al asesino y que esta información pueda serle de utilidad. Señor Salgado, ¿puede acompañar al inspector a la salida?

El hombre de traje que no había hablado se incorporó pero Carlos dijo:

—Si me disculpan, tengo que pagar la consumición.

—Considérelo una invitación de la casa —respondió Cristina.

—Quizá no lo sepa —añadió el inspector—. Pero soy un funcionario público y no puedo aceptar este tipo de regalos. Pagaré y me marcharé.

—En ese caso, Daniela, ¿puedes cobrar a este caballero?

Entonces se levantó de su sillón, hizo un ademán con la cabeza hacia la encargada y el señor Salgado y avanzó tras los pasos de la atractiva camarera hacia la barra. Durante el camino reflexionó sobre lo que le acaban de contar. En resumidas cuentas, era cierto que Ernesto Abad frecuentaba burdeles. Si esto era así, ¿en qué otro tipo de negocios ilegales podría estar involucrado? ¿Tendría algo que ver su asesinato con ello?

Desde luego, Carlos sabía que alguien en aquella ecuación mentía. La cena de partido había sido el sábado, y así lo atestiguaban tanto los políticos como la encargada del prostíbulo. Ernesto se emborrachó y se fue a casa. Allí habría de haberle recibido su esposa, que, según aseguraba, el domingo le había visto salir a otra cena de partido. ¿Dos cenas de partido en dos días seguidos? Sus compañeros no confirmaron que esa segunda cena se hubiera producido, lo que implicaba que o ellos o la familia mentían. O quizá fuera el político el que había mentido a su esposa y había ido a otro sitio, lo que complicaría todavía más el caso, ya que allí se le perdía la pista.

—Son cincuenta euros —le dijo Daniela.

—¿Se puede pagar en efectivo aquí? —preguntó él.

—Claro. La mayoría de nuestros clientes, aunque no lo crea, prefieren pagar en efectivo.

—No quieren dejar la huella digital de que han estado aquí, ¿eh?

—Así es.

Carlos percibió que la mujer parecía más relajada ahora que el interrogatorio había concluido. Mientras ella le extendía una pequeña factura bajó la mirada para rebuscar en su cartera hasta que encontró un billete. Con cuidado lo extrajo y se lo ofreció a su interlocutora. Entonces, en sus ojos pudo ver de nuevo el nerviosismo y el miedo en todo su esplendor. Daniela contraía los músculos del cuello, respiraba ajetreadamente y miraba fijamente al inspector. En un gesto rápido extendió su mano y la aferró al billete, agarrando también parte de los dedos del hombre.

—Hay algo que no te he contado —dijo precipitadamente—. El domingo regresó el político de nuevo. Vino por la noche.

—Entonces…

—Calla, no hay tiempo —insistió—. Anoche también contrató los servicios de alguna compañera, pero no sé de quién. Lo que sí que sé es que Alicia ha desaparecido… y el dinero también.

—¿Quién es Alicia? —preguntó Carlos con el corazón desbocado.

—¡Calla! Es una compañera. Anoche se marchó y creo que se llevó el dinero de la caja fuerte. Están todos como locos.

—Inspector, le acompaño a la puerta —dijo a su espalda Salgado, el hombre del traje, arrastrando las palabras.

—Gracias por la copa —se limitó a responder el inspector soltando el billete.

Y tras girarse sobre sus talones y clavar la mirada en los ojos del hombre dijo:

—Sé dónde está la puerta.

CAPÍTULO V:

Zaragoza, Pub Extasía, madrugada del lunes 1 de octubre de 2035.

—¡El hijo de puta está muerto! —gritó sin poder contenerse Rodrigo Salgado.

Ante él, el cadáver del Ernesto Abad, el que hasta aquel entonces había sido uno de los concejales del Ayuntamiento, yacía sobre un charco de sangre. Se encontraban en una de las habitaciones del burdel. La estancia estaba compuesta por una amplia cama con sábanas blancas que ahora se encontraban teñidas de rojo. Una suave moqueta cubría un suelo de tablas de madera. Las paredes estaban decoradas con estilo minimalista, con algún cuadro o planta, pero, por lo demás, vacías.

—¿Estás seguro? —preguntó Cristina Meyer tras regresar de haberse llevado a la prostituta a otra habitación.

—¡Segurísimo!

A los pocos segundos llegaron dos hombres más. Andrei y Alberto Calvo, ambos dignos de confianza de Salgado, que era su superior. Eran los encargados de la seguridad del local. Mientras el primero, que era de procedencia rumana, era un hombre corpulento y de gran tamaño, el segundo era más bajo, de cabeza rapada, barba de pocos días, labios viperinos y mirada aviesa.

—¿Qué cojones ha pasado aquí? —preguntó Salgado poniéndose en pie.

Cristina Meyer se llevó las manos a la cabeza y suspiró. Su rostro mudó de la sorpresa al horror mientras se lamentaba:

—No, no, no… Este hombre es famoso. Nos va a buscar la ruina.

—¿Pero quién ha sido? —tras preguntar aquello, Salgado se echó mano instintivamente a la pistola que llevaba en la cintura.

—Es… bueno… la chica no…

La mujer no alcanzaba a articular palabras. En todos sus años de servicio jamás le había ocurrido nada similar. Hubo un tiempo en el que tuvo que ejercer la prostitución pero, debido a que era más inteligente, tenía mejor presencia o dotes de relaciones públicas había conseguido ascender a encargada de las prostitutas; lo que siempre había venido siendo una madame.

—¿Han sido los chinos? —preguntó con voz potente Andrei desenfundando su pistola.

Aquel comentario hizo que a Salgado, al que apodaban "*El Lagarto*", se le erizara el vello. Finalmente, él también sacó su

pistola y le quitó el seguro. Como no podía ser de otra forma, Calvo, el tercer hombre, hizo lo mismo.

—No, los chinos no —acabó diciendo Cristina.

—¿Pues quién? —bramó Salgado cogiéndola por los hombros—. ¡Habla mujer!

—¡Ya basta! —aulló la madame zafándose del hombre y recuperando la compostura—. Déjame pensar, joder. Los chinos no han sido. Este hombre vino aquí a contratar los servicios de… Clara. Como podréis suponer, Clara no ha sido. El intercambio lo hizo Alicia.

—¿Alicia lo trajo aquí? —preguntó Salgado impaciente.

—Sí. Ahora ella también va a recibir clientes.

—¿Y dónde hostias está?

—No lo sé.

El Lagarto enmudeció y lanzó una mirada al cadáver, que yacía bocabajo. Tenía múltiples puñaladas por todo el cuerpo. Se encontraba desnudo de cintura para arriba, a razón de que probablemente le hubieran atacado cuando se disponía a mantener relaciones sexuales. El mobiliario de la habitación se veía desordenado, con una silla rota, la colcha de la cama a varios metros de distancia y parte de la decoración destruida. Quedaba claro que allí había habido un forcejeo, y, dado que la sangre salpicaba cualquier metro cuadrado de la habitación, había resultado intenso. Por un momento el hombre dudó de que Alicia pudiera haber ocasionado tal desastre.

—¿Ha sido Alicia? —preguntó Salgado volviendo a fijar la mirada en Cristina.

—¿Quién si no? —respondió ésta sin poder ocultar su desesperación—. ¿La ves por aquí?

El líder de seguridad se permitió unos segundos para cavilar el siguiente movimiento. ¿Alicia? Todavía no daba crédito a lo que oía.

—Entonces rápido —dijo—. Andrei, registra todo el piso. Calvo, baja y alerta al resto del personal para que no salga del edificio. Yo miraré otras plantas. Lo primero capturarla, lo segundo matarla y la última opción que escape, ¿entendido?

—Sí, señor.

Los dos esbirros salieron ipso facto a cumplir su cometido. Salgado salió también de la habitación con el arma enfundada. Cristina lo siguió a la zaga.

—¿Qué hacemos con el cadáver? —le preguntó.

—No hagas nada por el momento —respondió—. Le preguntaremos a Suevo qué quiere que hagamos con él. Hasta entonces se queda ahí, quizá quiera que lo encuentre aquí la policía,

no sé.

—¿Pero cómo…?

La pregunta de la mujer se quedó en el aire porque, tras atravesar una salida de emergencia, Salgado comenzó a ascender las escaleras a toda velocidad.

—¿Tú de verdad crees que los chinos pueden hacer algo así? —le preguntó una vez volvieron al plano en el piso inmediatamente superior.

—¿Tú que crees? —le respondió *El Lagarto* esquivando a un hombre en evidente estado de embriaguez que caminaba por el pasillo cogido de la mano con una prostituta—. Hasta ahora nosotros éramos los más fuertes en Zaragoza y han salido de la nada para quedarse.

—Pero tenemos clientes diferentes —añadió la madame—. Ellos alquilan casas para muertos de hambre y nosotros tenemos todos estos fabulosos locales donde viene gente importante.

—También ellos tienen putas de lujo, que lo sé yo. Y también nosotros tenemos locales de mala muerte, ¿o es que has olvidado La Factoría?

Ante aquella mención, Cristina enmudeció. Le costaba bastante seguir el ritmo de Salgado, máxime llevando un vestido y tacones, por lo que tenía que sincronizar su respiración para no ahogarse.

Repentinamente, el móvil del hombre sonó. Salgado levantó su mano izquierda y con un movimiento rápido de muñeca activó el manos libres de su reloj sincronizado. Era Calvo.

—Jefe, deberías ver esto.

—¿Dónde?

—La caja fuerte.

—¿Está ahí?

—Sube.

Acto seguido, la pareja desanduvo el camino hasta las escaleras de emergencias. Salgado se iba enfureciendo cada vez más. Si había sido esa puta, pensaba, ya nada podría evitar que la destripara.

—¿Qué es? —preguntó al entrar en la cámara.

Se trataba de una estancia de amplias proporciones que se encontraba en la última planta. La entrada estaba oculta tras lo que parecía una habitación más, pero tras la puerta se perfilaba un corredor que daba paso a zonas que no estaban habilitadas al público. Entre ellas se encontraban despachos, salas de reuniones, un almacén y una sala blindada.

En el interior se encontraba Calvo con otro hombre, que iba armado con un subfusil. En el suelo pudo observar el cadáver de un tercer guardia. El desafortunado había muerto con un cuchillo de cubertería clavado en el cuello.

—¡Dios mío! —exclamó Cristina cuando llegó hasta el lugar.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Salgado.

—Se ha cargado a Jon también, ¡con un puto cuchillo romo de los de comer! —respondió Calvo—. Esa puta se ha llevado el dinero del mes.

Ante ellos, una de las cámaras blindadas se encontraba abierta. Había algunos billetes de quinientos y mil euros por el suelo desparramados. El hueco vacío del contenedor era muy llamativo.

—¿Todo? —preguntó con voz entrecortada Cristina.

—Casi todo —respondió Calvo.

—Suevo nos va a matar cuando se entere —dijo el otro hombre.

—Voy a destripar a esa chiquilla —sentenció iracundo Salgado —. ¡Rápido, seguid buscándola!

CAPÍTULO VI:

Alicia corría velozmente por la calle, huía. Hacía varias horas que la noche había engullido Zaragoza, por lo que podría cobijarse en la oscuridad. Su apariencia no ayudaba, ya que lucía un vestido rojo ajustado, importante escote, altos tacones, larga melena rubia y una hendidura en la falda por la que asomaba su pierna desnuda a cada zancada. En una mano llevaba una bolsa de deporte llena de billetes y en la otra aferraba una pistola que cada vez que se cruzaba con un viandante escondía tras su espalda. Varios regueros de sangre, por aquí y por allá, salpicaban aquella estampa.

Todavía no alcanzaba a comprender lo que acababa de hacer, pero un cúmulo de emociones indescriptibles bullían en su ser. Estaba aterrorizada pero se encontraba feliz, pensaba que iba a morir y aun así se sentía pletórica. ¿Qué acababa de ocurrir? Deteniéndose en una esquina volvieron los recuerdos a su mente.

Se vio de niña. No sabía quiénes eran sus padres, pero la señora Meyer la había cuidado desde que tenía uso de memoria. En aquel pub y en otros peores la había hecho prostituirse. Muchas personas habían pasado por su cama y también había tratado con un montón de hombres y mujeres que rentabilizaron su cuerpo. Así, poco a poco, se fue haciendo adulta.

El fogonazo de las luces de un taxi la deslumbró y le hizo volver en sí. Tenía que seguir, pues no tardarían en salir a buscarla. No solo había matado, también se había llevado la recaudación de un mes. ¿Cuánto dinero había en esa bolsa? ¿Qué cosas se podrían comprar con él? Jamás había salido de los burdeles si no era acompañada, y mucho menos a realizar actividades complejas en solitario. ¿Qué había hecho tantos años? Sabía que tenía pocos más de veinte, pero no mucho más.

La señora Meyer era buena con ella en ocasiones. Era cierto que la había obligado a yacer con hombres despreciables y asquerosos pero siempre que había sido golpeada o se sentía triste había encontrado consuelo en sus brazos. Era como la leona alfa en un grupo en el que todas las compañeras tenían sentimientos contrapuestos hacia ella. ¿La quería o la odiaba? Se podía hacer las dos cosas a la vez. ¿Por qué nunca antes se había hecho tantas preguntas?

Su “madre adoptiva” había tenido un gran detalle con ella, de eso se acordaba bien. ¿Había sido un detalle? Mientras corría rememoró aquel momento, no muchos días atrás, en el que le dijo que ya no tendría que prostituirse, al menos no con cualquiera.

Ahora ella podría recibir a los clientes y acompañarlos hasta las otras chicas. Aquello parecía fácil, pero su trabajo no solo consistiría en eso. Tendría que dar la cara en determinados actos y, sobre todo, hablar con gente importante. Tenía que cuidar sus maneras, resultar encantadora, inocente pero resuelta. Le explicó que no se reuniría con los más importantes al principio, que iría practicando poco a poco. Ahora bien, siempre podría resultar que un cliente se encaprichara con ella, y en ese caso tendría que mostrarse disponible. No solo la ascendían por ser buena, también porque era inteligente. ¿Era inteligente? Si lo hacía bien dirigiría el siguiente pub que se abriese.

El político fue su primer nuevo cliente en su nuevo cargo. Ernesto Abad, lo recordaba bien. Había tenido sexo con él en numerosas ocasiones. Para aquella misión la acompañó la señora Meyer. Hacía escasas horas de ello y por eso lo recordaba tan bien. Al principio pensó que su tarea no sería difícil pero todo se complicó al verlo. Tenía cuernos. ¿Por qué tenía cuernos? Lo miró fijamente y no podía creerlo. Sendos cuernos de cabra, retorcidos y duros, salían de sus sienes. ¿No tenía también pelo largo, basto, pardo y oscuro en esa parte de la cabeza? Ante aquella visión quedó horrorizada y no pudo evitar dar un respingo cuando el hombre, dándole un pellizco en el pezón, dijo:

—¡Alicia! Me alegro de verte, pero ya sabes que hoy no tocas. Ya me he cansado de ti y busco algo más fresco.

La madame le dio un codazo para que reaccionara, pues su expresión de pavor era más que evidente. Recomponiéndose y sonriendo respondió:

—Acompáñame. Espero que disfrutes de la sorpresa que te hemos preparado.

Ernesto aspiró nasalmente, mudó su rostro hacia la concentración, se recolocó el calzoncillo bajo el pantalón y murmuró:

—Adelante.

En aquel momento, Alicia despidió a la señora Meyer y avanzó directamente hacia la habitación quinientos doce, donde le habían dicho que lo llevara. De reojo miró al hombre que la seguía y su corazón comenzó a latir frenéticamente, pues observó que unos colmillos horribles relucían en su arcada dentaria inferior. También la nariz le estaba cambiando. Había aumentado de tamaño y su punta se estaba levantando mostrando sus fosas nasales. ¿Qué demonios ocurría con ese hombre?

El camino hasta la habitación se le hizo eterno. Estaba aterrada y quería perder de vista al político cuanto antes. ¿Era un hombre o un animal? No entendía cómo, pero comenzaba a olerse en el

ambiente un espantoso aroma almizclero que le provocó náuseas.

—¡Ten cuidado, guapa! —Le dijo un joven en mitad de la calle cuando se le rompió un tacón y cayó en sus brazos—. ¿Por qué corres tanto?

Alicia se percató de que estaba huyendo del pub. Percibió que sin el tacón apoyaba mejor por lo que de un golpe seco partió el otro y siguió corriendo ignorando al hombre.

Todo se difuminó. Una nube blanquecina cubrió las oscuras calles de Zaragoza y, de nuevo, se encontraba en la habitación del burdel. El monstruo seguía allí, esperando. La joven miró a derecha e izquierda y enseguida vio a la compañera. Era nueva, no la había visto nunca antes, pero había algo en ella que le hizo estremecerse. Se trataba de una niña de unos diez años que esperaba asustada en la cama. Al verla, el político dio dos pasos hacia adelante y la sobrepasó. Mientras se quitaba la americana y se desanudaba la camisa, mirada eufórica y voz entrecortada, dijo:

—¡Qué buen material! Me recuerda a ti hace unos años.

En aquel momento Alicia recordó cómo no hacía mucho aquella niña había sido ella. Y fue violada por aquel hombre y por otros muchos. Fueron tantos y fue tan doloroso que creía haberlo borrado de su mente. Pero no era cierto, aquella información todavía seguía allí, en su alma, en lo más profundo de su corazón, ardiendo y desgarrando todas sus entrañas. Una a una, en una milésima de segundo, rememoró a todas aquellas personas que habían pasado por sus piernas y que la habían obligado a hacer cosas indescriptibles.

Entonces volvió a la habitación, donde el hombre había arrojado la camisa y avanzaba hacia la niña. Pero, ¿qué veían sus ojos? ¿Era aquello normal? Su espalda, desnuda y gibosa, estaba llena de pelo pardo y sus vértebras atravesaban la piel mostrando nacaradas formas grotescas. También sus rodillas se habían vuelto hacia atrás y de sus manos brotaban nauseabundos tentáculos.

Aquello no era un hombre, sino una bestia. Un demonio. Alicia tenía que actuar. A escasa distancia, en una mesita, vio unos cubiertos apoyados en un plato vacío. En dos zancadas llegó hasta allí, cogió el cuchillo, avanzó hacia la criatura y se lo clavó en el cuello. Un alarido animal, agudísimo, rasgó el aire. El monstruo se echó manos a la herida, de donde un chorro de sangre manaba a borbotones, se giró y se preparó para la pelea. Alicia tuvo tiempo de asestarle otras dos puñaladas, una en el abdomen y otra entre las costillas. El cuchillo apenas cortaba y era muy pequeño pero había reunido una fuerza increíble. El odio y el miedo corrían a raudales por sus venas. Mataría a la bestia o perecería en el intento.

—¡Puta!

Aquel bramido gutural se había asemejado a una palabra humana pero Alicia no vaciló. La criatura la agarró del cuello con sus tentáculos y mudando los de la otra mano en garras le dio un potente zarpazo en el brazo. La joven reprimió un grito pero en lo que duró aquel ataque pudo propinarle tres nuevas puñaladas. Ahora sangraba también por la mejilla, el hombro y la espalda. ¿No era aquella sangre negra? ¿No olía a pescado podrido?

—¡Ayuda! —chilló el demonio cayendo sobre sus rodillas.

Entonces Alicia descubrió que lo había herido de gravedad. La batalla era suya por lo que sin vacilar continuó clavándole el cuchillo hasta que convulsionó, boqueó varias veces echando sangre por sus horribles fauces y dejó de respirar.

Una ráfaga de viento gélido le hizo volver en sí. La calle estaba prácticamente vacía pero tenía que resolver su situación cuanto antes. Estaba llena de sangre, llevaba una pistola y tenía los zapatos rotos. ¿Llamaría la atención? ¿Dónde iría? ¿En qué lugar podría esconderse para que no la encontrara *El Lagarto*, Andrei o Calvo? ¿Y si la encontraba Suevo, el jefe? Y si conseguía escapar, ¿qué haría después? ¿Dónde iría ella?

Dudaba, pero reconocía que hacía escasos minutos había razonado con la mayor clarividencia de su vida. La bestia había muerto y la niña temblaba de miedo en la cama. Alicia, ensangrentada, sonreía. Acababa de descubrir que estaba viva. ¿No estaba muerta antes? Levantando ligeramente su mano se la ofreció a la niña y dijo:

—¿Vienes?

La pequeña negó con la cabeza y se tapó todavía más con las sábanas.

—Pues huye. O muere hasta que seas mayor, como hice yo.

Miró de nuevo a la criatura. Hacia ella sentía la mayor de las indiferencias, pues yacía inerte en el suelo y muy pronto los gusanos darían buena cuenta de sus carnes. Sonriendo de nuevo se giró sobre sus tacones y salió de la habitación. Sabía dónde tenía que ir. A no mucha distancia de allí se encontraba la caja fuerte.

—¡Alicia, dichosos los ojos! —le dijo el hombre que la custodiaba cuando llegó.

La mujer dio dos pasos y se introdujo en la habitación. Allí se encontraba uno de los gorilas de *El Lagarto*. La había violado cincuenta y dos veces. Lo conocía bien, pero jamás lo había visto de aquella manera. De su espalda salían dos enormes alas membranosas que le daban el aspecto de un murciélago y en su boca cuatro tenazas, dos grandes y dos pequeñas, palpitaban frenéticamente sobre un oscurísimo agujero que parecía ser su garganta.

—¿Qué te ha pasado? ¿Esa sangre?

El hombre se incorporó y echó mano a su pistola pero fue demasiado tarde. Alicia le lanzó una puñalada al cuello a la vez que aullaba ferozmente. El cuchillo avanzó tanto en la carne que segó arterias y venas y se clavó en las vértebras. Tanta fuerza le había imprimido al golpe que no pudo extraerlo. La criatura alada balbuceó, vomitó sangre y murió en cuestión de segundos.

Alicia conocía la combinación de la caja fuerte. Ahora que iba a ser la nueva madame tenía competencias para mover dinero por el burdel. Rápidamente resolvió el código y la abrió. Ante ella miles de billetes, apilados en fajos, desprendieron un fulgor verde. De un rápido vistazo localizó una bolsa de deporte. Era del jefe, el señor Suevo, y portaba utensilios para jugar al golf. Con presteza los tiró todos al suelo y rellenó la bolsa con todo el dinero que cupo. A lo lejos se oían voces; alguien se acercaba. Justo a su lado vio una ventana que daba a las escaleras de emergencia. Podría escapar por allí pero en aquel momento reparó en la pistola del hombre que yacía desangrado en el suelo. La cogió y se deslizó ágilmente por la ventana. Ni siquiera se molestó en cerrarla.

Ahora era libre. Las luces de la ciudad le daban la bienvenida. ¿Qué haría? A no mucha distancia de donde se encontraba, sobre los coches que circulaban con indiferencia, una criatura gigante se erigía entre los edificios. Tenía seis enormes patas arácnidas que posaba en las aceras o las paredes para ir avanzando provocando un estruendo atronador. Su cuerpo peludo tenía abdomen y tórax pero no alcanzaba a divisar la cabeza porque estaba tan alta que superaba las farolas y se sumía en las tinieblas del cielo.

Aquella bestia parecía benigna por lo que su visión le hizo sonreír. Con ello, sus miedos iniciales, arrullados previamente por la frenética carrera por las calles desiertas, se disiparon. Tenía dinero, era una mujer adulta, era joven y estaba furiosa.

Los mataría. Mataría a todos aquellos que se habían aprovechado de ella.

CAPÍTULO VII:

Martes, 2 de octubre de 2017.

El inspector Torres aguardaba pacientemente tras la cristalera de la sala de autopsias de la comisaría. Desde aquel lugar podía observar cómo la Policía Científica iba desempeñando su trabajo. Había tres mujeres alrededor del cuerpo del cadáver. El que previamente fue un reputado concejal ahora yacía en una mesa metálica. Su pecho se encontraba completamente abierto, con las costillas serradas, dejando ver una oscuridad negruzca e insondable en su interior. A no mucha distancia de allí, en otra mesa, se encontraban sus vísceras. El inspector pudo reconocer el hígado y los pulmones pero sus escasos conocimientos de anatomía no le permitieron avanzar más. Atendiendo los gestos y movimientos de las trabajadoras, parecía que pronto acabarían.

Al poco, su amiga y compañera, la agente Ángela Vasilescu, le hizo un ademán para que pasara. Carlos abrió la puerta y se introdujo en la sala. En un principio quedó sorprendido por el olor a lejía y productos químicos en lugar de a muerto. De hecho, reflexionó, no sería un lugar agradable de trabajo si oliera a descomposición.

—Hemos finalizado la autopsia —dijo la mujer bajándose la mascarilla y dejándola colgada al cuello.

—¿Y bien? —preguntó el inspector.

—El informe estará al final de la mañana —respondió Ángela esbozando una sonrisa maliciosa.

—Vamos, no me joda, agente —dijo Carlos devolviéndole la sonrisa de complicidad.

Ángela parecía alegre. Siempre era agradable con todo el mundo pero Carlos sospechaba que entre ellos había una relación especial. Casi siempre bromeaban aunque les gustaba tratarse de usted. La policía había trabajado a fondo en el examen del cadáver y algunos detalles así lo atestiguaban. Sus cabellos rubios se habían apelmazado a la piel debido a que unas gotas de sudor perlaban su frente. Sus mejillas estaban encendidas y en la nariz y en la barbilla tenía sendas marcas de la mascarilla.

—Bueno, creo que por usted podré hacer el esfuerzo de darle un informe preliminar. ¿Me acompaña? Es mi hora del almuerzo.

Y sin decir palabra se dio la vuelta y avanzó hasta una mesa donde había varios bolsos y mochilas. De una de ellas sacó una rebanada de pan, dos piezas de fruta y un yogur de soja. Ángela,

como tantos otros, era vegetariana. Hacía ya mucho tiempo que le había explicado que solo tenía un motivo para ello. En aquellos días, se decía que existían cuatro razones para convertirse en vegetariano o vegano, aunque la mayor parte de la gente que tomaba tal determinación lo hacía por varias de ellas. En primer lugar estaba el animalismo, una fuerza política y filosofía de vida que no hacía más que crecer y que defendía que los animales y los humanos deberían tener los mismos derechos. En segundo lugar estaba la salud. Se sabía bien que la dieta rica en verduras aumentaba la esperanza de vida y prevenía de algunos tipos de cánceres pero recientemente se había iniciado una campaña de demonización de la carne que, a ojos del inspector, era excesiva y poco fundada, máxime desde que se había desterrado la dieta mediterránea del repertorio nacional. El tercero era la economía, pues no todo el mundo podía permitirse comprar carne, mucho más cara que el resto de productos alimenticios. Sí que era cierto que la mayoría de gente con escasos recursos comía carne los días festivos pero debido al espíritu reinante que movía a la gente a aparentar y al autoengaño, muchos de estos pobres preferían decir que no comían carne porque no querían y no porque no pudieran permitírselo. La última razón, la que había elegido Ángela, y la que más coherente parecía al inspector, era también económica, pero global. Había demasiados seres humanos en el planeta, el número de hambrunas y la tasa de individuos en riesgo de morir de hambre llevaban varios años aumentando y estaba más que demostrado que con la energía, tierra y agua empleados para producir un kilogramo de carne se podían producir decenas de kilogramos de trigo. Al hombre le gustaba disertar con su amiga sobre la proteína de determinados animales como el pollo o los insectos, muy barata de conseguir, así como aquella que producían los herbívoros trashumantes, que se alimentaban de pastos o desechos sin influir en estos desequilibrios energéticos. Era en esos momentos cuando Ángela reconocía que, en el segundo caso, sí que la comería, pero que su producción era meramente testimonial y que, en el fondo, tampoco le gustaba masticar fibras musculares porque le recordaba a los cadáveres.

Carlos se sentó a su lado y la observó detenidamente. Mientras preparaba su frugal banquete desenfocó la mirada y reparó en que dos metros más atrás había un hombre muerto eviscerado. Era cierto que trabajaba con guantes pero, ¿acaso se había lavado las manos?

—El individuo es Ernesto Abad Pérez, conocido político local. Murió el domingo treinta de septiembre a medianoche por exanguinación debida a múltiples heridas de arma blanca. Todo

parece indicar que la herramienta usada para cometer el crimen fue un cuchillo común de unos veinte centímetros, punta circular, un borde serrado, el otro sin filo. Hay heridas múltiples por todo el cuerpo pero las de peor pronóstico son cuatro. Una de ellas está en el cuello y seccionó la yugular externa. La otra está en la caja torácica y produjo un neumotórax que condicionó su capacidad para respirar. La siguiente es una herida en el abdomen que penetró en intestino grueso haciendo que contenido fecaloideo saliera a la cavidad peritoneal. La última fue una laceración hepática que provocó un hematoma retroperitoneal de un litro.

Carlos se bebía las palabras de su compañera. Ésta hizo una pequeña pausa para engullir una de sus frutas.

—Esto está buenísimo. Las heridas describen trayectorias cráneo-caudales en el hemicuerpo superior y caudo-craneales en el inferior. Esto, junto con la angulación del recorrido de la puñalada, nos hace pensar que la víctima se encontraba de pie y la atacante medía un metro setenta.

—¿La atacante? —preguntó rapazmente Carlos.

—No anticipe información, señor inspector. Usted debe saber cómo funciona la metodología de las ciencias forenses. Todo lleva su orden.

Carlos sonrió y miró al suelo unos segundos. Cuando volvió a reparar en su compañera vio que se encontraba devorando el pan. Sentía gran aprecio por aquella mujer. Sabía que había trabajado duro desde pequeña y que era una de las mejores de su promoción. Sus padres, de procedencia rumana, habían emigrado a España a finales del siglo XX y habían formado una pequeña panadería rural. Gracias a aquel trabajo y a las muchas becas que consiguió dadas sus buenas notas Ángela había estudiado ciencias biomédicas, había hecho un máster en ciencias forenses y otro en legislación y había aprobado las oposiciones a la primera. Sabía además Carlos que había conseguido todo aquello hacía diez años, mucho tiempo antes de las nuevas leyes sobre las cuotas de género en los empleos públicos. Hacía ya tres años que en trabajos relacionados con el profesorado universitario, catedráticos, abogacía del estado, inspectores de hacienda, jueces, bomberos y Policía Nacional se había optado por realizar una discriminación positiva hacia las mujeres para equilibrar la brecha de género y conseguir que el cincuenta por cien del personal perteneciera a cada sexo. Al principio dijeron que solo sería uno o dos años, pero ya eran tres los que las nuevas funcionarias de esos campos eran solo mujeres. En sanidad, educación infantil o superior no se pusieron cuotas porque la inmensa mayoría ya eran mujeres. Había oído también el inspector que este año el gobierno pretendía que la cuota de

discriminación positiva se aplicara también en el ejército, donde más de un ochenta por cien del personal seguían siendo varones; pero los militares habían protagonizado una enconada resistencia ante aquella medida. De momento, la tensión era máxima, conllevando que nadie supiera cómo acabaría aquello, pero que todos hicieran sus conjeturas.

«Fuentes policiales confirman que hoy se sabrá el resultado de la autopsia del concejal del Ayuntamiento de Zaragoza, Ernesto Abad» se oyó que decía una presentadora en la televisión. *«Les dejamos con las declaraciones de la secretaria general de su partido, Ana Fernández».*

«Esto ha sido claramente un acto del fascismo español, que sigue muy presente desde la dictadura…»

—¡TV, mute! —dijo alzando la voz Ángela para quitar el sonido al aparato—. ¡Qué impacientes, que me dejen comer!

El inspector no pudo evitar soltar una pequeña carcajada. Le gustaba la espontaneidad de la mujer.

—Bueno, ¿continúo? La asesina es una mujer de un metro setenta y, por lo que parece, bastante fuerte. Sabemos que es una mujer porque hemos encontrado restos de su piel y su sangre en las uñas de la víctima. Hemos realizado pruebas genéticas y sabemos que es dos equis —esto último lo hizo entrecerrando los ojos y esbozando una mueca que dio a entender que había acabado con su informe.

—¿Qué? —preguntó atónito Carlos—. ¿Tenemos ADN de la asesina?

—Así es, mi querido amigo.

—¡Pero dígame más!

—¡Ay, inspector Torres! No se impaciente. Ya sabe que una cosa es hacer una PCR de un par de genes para saber si alguien es un hombre o una mujer y otra cosa es secuenciar todo el genoma y decirle quién es exactamente. Eso lleva tiempo. Recuerde que el Proyecto Genoma Humano fue una empresa megalómana en la que trabajó a conciencia toda la humanidad entre los años 1990 y 2003, acabando incluso antes de lo que se esperaba. Y ahora yo, una simple funcionaria, puedo secuenciar un genoma completo, cotejarlo con la amplia base de datos de la policía para saber si lo tenemos fichado y darle información completa de cómo es o cuál es su procedencia histórica.

—Cierto… lo había olvidado. ¿Mañana?

—Mañana a primera hora tendrá el informe, inspector —sentenció apoyando su mano en su brazo—. ¿Cuadran estos datos con lo que sabe hasta ahora?

—Cuadran más de lo que cree, agente. Mi principal sospechosa es una prostituta del Pub Extasía. Una mujer que podría estar

fugada en este momento con una gran cantidad de dinero. Esperaré con impaciencia el informe. Hasta mañana.

CAPÍTULO VIII:

En la salida principal de la comisaria habían pasado la mañana varias decenas de periodistas por lo que el inspector se escabulló por una puerta secundaria. La tarde avanzaba en la ciudad y la temperatura comenzaba a descender ligeramente. Al encontrarse con el viento, Carlos se abrochó la cazadora y prosiguió su marcha. Aquel día había ido andando a trabajar así que no tenía que recoger su coche como de costumbre.

La mañana no había sido muy fructífera. La mayor parte del tiempo lo pasó coordinando a sus hombres, que ya habían sido puestos al día en lo referente a las sospechas de que la asesina pudiera ser una prostituta del Pub Extasía. Había mandado a una pareja a vigilar el local y anotar cualquier cosa que resultase sospechosa. El resto de los policías continuaron recopilando información de familiares, amigos y compañeros de trabajo que pudiera resultar útil.

Tuvo también que preparar un comunicado de prensa ya que los medios eran cada vez más impertinentes y estaban creando unas elucubraciones que a cada cual resultaban más esperpénticas. Dada la gravedad del asunto, aquel documento le robó un par de horas. Como era lógico, el comisario Ruiz lo revisó.

—Quita cualquier alusión a que pasó la noche en el burdel —le dijo.

—¿Por qué?

—Porque no es seguro que haya estado allí —respondió Ruiz.

—Sí que es seguro, lo confirmaron ellos.

—Bueno, estuvo allí, pero ya sabes que no puedes decir eso. Es un personaje público, por el amor de Dios. ¿Sabes el revuelo que organizarías? Además, todavía no sabemos si la estancia en el burdel está relacionada con su muerte. Todo lo de la prostituta que me has contado, de momento, son conjeturas.

—Está bien —dijo el inspector reconociendo que dar demasiada información complicaría la investigación—. Pero a ver qué les digo para que se vayan satisfechos.

—Yo creo que con decir que la asesina es una mujer es suficiente. La verdad es que es un bombazo y les dará para hablar todo lo que queda de día. Ya mañana, cuando tengas el informe genético completo, tendremos más información que dar y quizá un nombre y una cara.

—Sí, señor.

El inspector abandonó la calle de la comisaría y enfiló directo

hacia su domicilio, que se encontraba a poco más de treinta minutos a pie. Mientras caminaba fue rememorando el informe completo de la autopsia, que no reveló mucha más información que la que ya le había adelantado la agente Vasilescu. Aquella mujer, Ángela, le hacía sentirse bien. No importaba el estado de ánimo con el que amaneciera, era verla y comenzar a sonreír. La consideraba una amiga de verdad pese a que la mayor parte del tiempo que habían pasado juntos lo habían hecho en el ámbito laboral. En alguna cena de trabajo o alguna excursión de los compañeros la podía haber visto más tal y como era ella pero, recordándolo bien, esos eventos los podía contar con los dedos de las manos. Ahora se encaminaba hacia casa, donde le esperaba su familia. Adoraba a su hija aunque la relación con ella fuera últimamente difícil. No podía decir lo mismo de su esposa.

—Agente, ¿puede detenerse un momento?

Tras oír aquello, Carlos quedó petrificado. Alguien se había aproximado por su espalda hasta donde se encontraba. Era una voz varonil, sosegada pero intensa. Mientras se giraba lentamente quiso creer que todavía no tenía motivos para pensar que su vida pudiera correr peligro pero se dio cuenta de que había trabajado en casos menos importantes en los que había tenido problemas de ese tipo.

—Lamento molestarle, mi nombre es César Santos. Me gustaría hablar con usted.

Carlos escrutó a su interlocutor. Se trataba de un hombre joven, de unos treinta años, pelo rapado y mirada indescifrable. Vestía con una chupa de cuero marrón, vaqueros y botas altas. Sus manos reposaban en sus bolsillos.

—¿Es usted periodista? —preguntó Carlos poniendo cara de pocos amigos.

—No. Quiero intercambiar cierta información con usted que puede serle de utilidad. Es sobre el caso que está investigando, el del político.

El inspector miró a su derecha y leyó el rótulo del bar más próximo. Lo conocía bien, era un sitio tranquilo y poco frecuentado. No era la primera vez que lo había usado para confidencias como aquella.

—De acuerdo —respondió—. Entremos a este bar, le invito.

Una vez se sentaron en la mesa más apartada la camarera les tomó nota y se alejó a toda velocidad. Había una veintena de personas en el interior pero todos parloteaban en voz alta y el murmullo que producían, junto a la música, hacían que se pudiera hablar sin miedo a ser escuchado.

—¿Y bien? —preguntó Carlos.

Había aprovechado el momento en el que entraron al bar para

observar mejor a su nuevo conocido. Parecía llevar los bolsillos vacíos pero no podía descartar que llevara algún arma bajo la chupa. Respecto a su rostro se veía incapaz de extraer más información. Era un hombre duro y serio, sin duda.

—Bueno —comenzó diciendo con un hilillo de voz rasgada—. No tengo mucho que contarle. Realmente he venido a hacerle una proposición. Es mi jefa, la mujer para la que trabajo, la que quiere verle.

—¿Y quién es esa mujer?

—Se llama Helena Vega. Es la directora de la Fundación Isthar. ¿La conoce?

—No tengo el gusto.

—Bien. Es una fundación recientemente formada para luchar contra la prostitución y la trata de blancas. ¿Le dice eso algo?

—Me interesa —respondió Carlos incorporándose sobre la mesa.

—¿Sí? ¿Ha relacionado el caso de la muerte de Ernesto Abad con la prostitución?

—Caballeros —dijo la camarera depositando las consumiciones —. El café para el señor Torres y la cerveza para su acompañante. Son diez euros.

Carlos hizo un gesto rápido con su reloj sobre el lector que llevaba la camarera en el brazo. Mientras realizaba el pago, ambos hombres enmudecieron y, de aquella manera, les llegó el sonido de una televisión que había a no mucha distancia de allí.

«[…] Se ha puesto fin a unas negociaciones que culminan en lo que podría ser un gran hito en la historia de la humanidad. Esta mañana el Parlamento Europeo ha ratificado con 512 votos a favor, 196 en contra y 48 abstenciones la prohibición en todo el territorio europeo de la investigación con animales para fines médicos o farmacéuticos. Este triunfo se suma a la prohibición de 2021 de la investigación con fines cosméticos o comerciales. Miles de activistas y centenares de políticos y políticas de partidos afines a las tesis animalistas han celebrado esta decisión. Algunos y algunas analistas, por el contrario, alegan que con ella se ha dado un golpe letal a la investigación y el progreso que jamás se recuperará y que podría, a largo plazo, llevarnos de vuelta a tiempos pasados».

«¿Saben cuánto hace que no desarrollamos un nuevo antibiótico? Diez años» decía una mujer vestida con una bata en la siguiente escena. «La gente de la calle no lo sabe pero seguimos con la misma medicina que hacíamos hace una década y si no avanzamos pronto llegará el día en el que vayamos hacia atrás, ya lo verán…»

Carlos, una vez se hubo marchado la camarera, volvió a clavar la mirada en su interlocutor. Aquel hombre tenía información que la policía no había revelado y aquello hizo que se alarmara.

—¿Por qué supone eso?

—Bueno. Sabemos por la prensa que usted está llevando la investigación del asesinato de nuestro concejal. Por otro lado, tiene mi jefa información detallada sobre las redes de prostitución en Europa que ha ido recopilando tras años de trabajo. No puede imaginar, inspector, cuantísima gente contrata en nuestros días los servicios de las prostitutas pese a ser esta práctica ampliamente repudiada. Nosotros tenemos muchos datos. Sabemos quiénes son los clientes más influyentes, de donde vienen las chicas, quiénes las explotan…

—¿Y por qué no ponen esa información en manos de la policía?

—¿Serviría de algo? —preguntó César arqueando las cejas—. Además, necesitamos probar parte de estos datos antes de hacerlo público.

—¿Y qué tiene que ver esto con el crimen que estoy investigando? —disparó Carlos.

—No se haga el tonto, inspector —dijo César esbozando una sonrisa fugaz—. Yo he venido aquí a intercambiar información con usted de buena voluntad, así que no perdamos el tiempo. Ernesto Abad era un cliente asiduo de los burdeles desde hacía años. Sabemos, además, que estaría involucrado en casos de prostitución infantil e incluso que ha usado sus influencias políticas para favorecer a los proxenetas.

Carlos no daba crédito a lo que oía. En su tarea de investigación, cuando le asignaron el caso, había recabado toda la información que pudo respecto a la víctima. Recordaba bien cómo en un video hacía no muchos años lanzó una entusiasta arenga en contra de la prostitución, asegurando que tanto él como su partido harían todo lo que fuera posible para acabar con el horror de la trata de mujeres.

—¿Le extraña, inspector? —añadió César—. ¿Todavía no se ha dado cuenta de que el siglo XXI, con todas sus luces y libertades, es el momento de los hipócritas?

—¿Y qué más? —balbuceó Carlos, que no podía ocultar que le había pillado desprevenido con aquella información.

—No tengo mucho más que contarle. Le invito, por este motivo, a que se reúna con mi jefa, que le dará más explicaciones que pueden serle de utilidad para su investigación. Mañana a las tres de la tarde en el Restaurante Laureado.

Aquella misma noche Carlos, en su estudio, puso en orden todos los pensamientos y reflexiones que se habían desencadenado aquel día. Su esposa, que le había increpado una vez más por llegar tan tarde del trabajo, ya se había retirado a dormir. En la calma de aquella sala llegó a la conclusión de que aquel hombre, César, no

encajaba con el perfil de miembro de una fundación. El rol de recadero fiel no cuadraba con sus maneras parcas y severas. Tenía muy buen ojo detectivesco perfilando a las personas y desde el primer momento que lo vio algo le hizo pensar que era o había sido un soldado.

Recostándose en la cómoda silla de trabajo cerró fuertemente los ojos y a su mente vinieron las páginas que había visitado en su ordenador. Aquella Fundación Isthar había desempeñado un número nada modesto de trabajos para ayudar a prostitutas e incluso había enjuiciado a algunos criminales. Pese a que había varios trabajos en Europa todo parecía indicar que la filial española había despegado hacía escasos meses. No en vano, ni siquiera pudo encontrar la foto de la directora.

Helena Vega… ardía en deseos de entrevistarse con ella al día siguiente.

CAPÍTULO IX:

En el Pub Extasía, *El Lagarto* caminaba a grandes zancadas hacia una de las habitaciones del tercer piso. A la zaga le seguía Cristina Meyer y Erika, una de las prostitutas. Esta última era una mujer de algo más de treinta años y cabellos oscuros. Era una de las veteranas del local y cada vez pasaba más tiempo detrás de la barra y menos intimando con clientes.

—Espérate, por Dios —dijo la madame agarrando de la manga al hombre—. ¿No ves que está con un cliente? Espera que acabe, tiene pagados diez minutos más.

El Lagarto bufó, apretó los puños y la mandíbula y se apoyó contra la pared. Cristina parecía muy preocupada pero Erika reflejaba tranquilidad, diríase cierta alegría, en su rostro.

—Ya —dijo el hombre cuando pasó el tiempo acordado.

Y acto seguido entró en la habitación dando dos fuertes golpes en la puerta. En el interior un hombre de mediana edad se abrochaba la camisa. En el baño, Daniela Vázquez, otra de las prostitutas del burdel, se peinaba sus largos cabellos rizados mirándose al espejo. Solo llevaba puesto el sujetador, las bragas y unas largas medias, todo lencería negra que se recortaba sobre su piel morena.

—Su tiempo ha acabado, haga el favor de salir —dijo *El Lagarto*.

El cliente no cuestionó aquella orden que, además de ser cierta, había sido proferida por un hombre furioso. Cuando hubo salido y la puerta se cerró tras ellos cogió aire, avanzó hasta Daniela, la agarró del pelo, la arrastró y la arrojó a la cama.

—¿Qué…? ¡Ah! ¿Por qué? —gritó la joven.

—Vamos a ver, Daniela. Cuéntamelo tú y no me hagas preguntar.

—¿Pero qué…?

Al no obtener la respuesta que esperaba, *El Lagarto* volvió a agarrar por los cabellos a la mujer y la lanzó contra el suelo. Tras ello le propinó dos fuertes patadas en el estómago y un pisotón en la cabeza con sus botas. Su víctima lloriqueaba y gritaba.

—Te preguntaré de nuevo —dijo tumbándose a su lado y poniéndole la mano en el cuello—. Habla.

—Pero es que no sé de qué quieres que hable, Salgado, yo no sé qué he hecho.

—¡Error!

En aquel momento la puso de pie de un tirón del cuello y la llevó hasta la pared, donde le propinó varios puñetazos y bofetadas.

Luego la volvió a arrojar al suelo. La madame reprimió un grito y se apresuró a decir con voz trémula:

—Cariño, habla por tu bien. Eres demasiado guapa para que te destrocen la cara. Salgado te pregunta por el policía. ¿Qué le dijiste?

—¿Yo? ¡Si estabais allí! —Daniela gimoteaba en el suelo hablando entre sollozos—. Se empeñó en pagar y le cobré.

—¡Mientes! —gritó Erika—. Yo te vi hablar con él más rato.

El Lagarto adoptó una posición pasiva, arbitrando la situación. Quería dejar que las dos prostitutas zanjaran el asunto. Sentía simpatías por Daniela pero de haberse producido aquella traición debería pagar por ello. En cambio, pensaba que Erika era una rata. No se llevaba bien con ninguna compañera porque no guardaba sus secretos y siempre les contaba a ellos, los encargados, cualquier tejemaneje. Un rata, pensaba, pero una rata útil.

—Pero sí fueron dos segundos, ¿qué voy a hablar con él?

—¡Fue más!

—Corazón —dijo Cristina yendo hasta donde se encontraba, agachándose y cogiéndola cariñosamente de la cabeza—. ¿De verdad que no mientes? ¿No le revelarías al inspector nuestro pequeño problema casero?

—¿Qué problema? —preguntó Daniela cogiendo de la mano a la mujer.

—El robo. Vamos… lo sabes. También el hecho de que tu gran amiga Alicia se haya fugado.

—¿Se ha llevado el dinero ella?

—Bueno —añadió la madame soltándola bruscamente—. No estamos aquí para resolver tus dudas, estamos para que tú nos las resuelvas a nosotros.

Entonces Daniela se incorporó temblando y se quedó sentada, apoyándose con los brazos en el suelo. Su abundante melena caía sobre sus hombros ocultándole el rostro. Inspiró, se armó de valor, y dijo sollozando:

—Salgado, yo jamás te mentiría. No le dije nada. Por el amor de Dios, no me atrevería a traicionarte.

—¡Se lo dijiste! Le dijiste que Alicia se había ido.

—¿Pero cómo vas a saber eso si estabas en la otra barra? —estalló la joven—. ¿Acaso me oíste, bruja? ¡Ah, cómo te odio! ¿Me oíste?

—No te oí —reconoció Erika cabizbaja—. Estaba lejos, es cierto, pero vi que hablaste mucho con él.

—Solo le cobré el cubata… joder… creedme.

Tras decir aquello irrumpió en un llanto desconsolado. *El Lagarto* entrecerró los ojos, dio un respingo y abrió una navaja ante sí;

había oído demasiado. Con rapidez se agachó junto a Daniela, que pugnaba por respirar entre las lágrimas y los mocos, y le dijo poniéndole la hoja en el cuello:

—Por hoy te salvas, pero te voy a vigilar. Si me entero que le has dicho algo al policía o haces otra te llevaré a un descampado, te rajaré, te sacaré las tripas y te enterraré viva. Creo que si me doy prisa puedo conseguirlo antes de que te desangres y que mueras ahogada por la tierra. ¿Me entiendes?

Sin dejar de llorar, la joven asintió con la cabeza. *El Lagarto* la soltó, consiguiendo que se desplomara desconsolada en el suelo. Se puso en pie y miró a las otras dos mujeres. Cristina esbozaba una mueca de preocupación, pero él sabía bien que todo era fingido. Erika no parecía satisfecha por lo que había ocurrido, pero, antes de que le pudiera decir nada, se dio la vuelta y se marchó.

—Vamos —dijo finalmente la madame—. Va a venir Suevo enseguida y tenemos que hablar de lo de los chinos.

—Los putos chinos todo el día, joder —respondió el hombre blandiendo la navaja en el aire.

—Sígueme —respondió Cristina saliendo de la habitación, y llevándose la mano del reloj a la oreja añadió—: Dr. Soto, acuda a la habitación trescientos tres, una de nuestras trabajadoras se ha lesionado.

El chulo y la madame siguieron avanzando por el pasillo. Se dirigían a la última planta, donde esperarían a su jefe. Dado que no había ni un alma por los corredores de la zona de habitaciones Cristina añadió:

—Estoy muy preocupada por los chinos. Llevamos tantos años aquí sin problemas para que ahora vengan y se instalen.

—Sin problemas no… ¿eh? —respondió *El Lagarto*, que parecía haber olvidado que hacía un par de minutos había estado pateando a un ser humano—. A ti se te olvida lo sucio en cuestión de días, pero he limpiado mucha mierda con mis hombres.

—Sí, pero esto de los chinos es diferente. Son muchos, no sabemos dónde trabajan o dónde tienen su base de operaciones porque sus prostitutas ejercen desde sus propias casas. Además, no están solos. Son una multinacional, ¿recuerdas? Tienen presencia en un montón de países.

—Y nosotros tenemos bien cogida esta ciudad y otras muchas de España.

—Sabes tan bien como yo que son más —insistió la mujer—. Y por eso pueden reunir más dinero, más hombres y más de todo. Esto no es ni un burdel de carretera ni una puta de lujo que va por libre con internet. Y sabes también que nuestras cuentas están empezando a mostrar lo que nadie en este santo lugar quiere ver,

que ya no ganamos tanto como antes y que, a este paso, muy pronto empezaremos a perder dinero. Y encima Alicia nos ha robado… ¿cuánto? ¡Oh! Me pongo enferma cada vez que lo recuerdo. Espero que la cojáis pronto.

La madame enmudeció, pues en su camino se cruzó con un hombre de pequeña estatura, grueso y calvo. Rondaba casi los sesenta y era el Dr. Soto, el médico de la empresa. Con un ademán lo saludó y ambos grupos continuaron con su camino.

—¡Madre mía! —dijo el doctor cuando vio a Daniela bañada en lágrimas en el suelo de la habitación—. ¡Qué barbaridad! Ven, siéntate en la cama que voy a curarte.

No era la primera vez que la joven había recibido una paliza por lo que, obedientemente, cumplió la orden. Acto seguido enumeró todos los puntos de su cuerpo que le dolían, los lugares donde creía tener una costilla rota, la localización de las magulladuras y los síntomas inespecíficos. El médico abrió su maletín, que contenía analgésicos y material de curas, y fue poco a poco tratando las heridas.

—Has tenido suerte, no va a ser necesario dar puntos en ningún sitio. Las magulladuras cerrarán sin dejar manchas y costillas rotas no tienes ninguna. Quizá una fisura en esta.

Daniela lo miraba con odio y resignación. Había reparado en que la mayor parte del tiempo lo había pasado observando sus pechos o sus genitales y que sus manos habían recorrido territorios innecesarios para la exploración física que requería el acto médico.

—¿Es que no me vas a preguntar quién me ha hecho esto? —preguntó con voz grave.

—¡Ay! —respondió el Dr. Soto sonrojándose y mirando al suelo —. ¿Quién…? Yo… Supongo que al cliente se le ha ido la mano, ¿no?

Daniela esperaba aquella contestación. Todas las compañeras sabían a la perfección cómo era aquel hombre y, por ello, lo despreciaban. El médico no era como todos los demás, había algo sustancialmente anormal en su comportamiento. Mientras que *El Lagarto*, Andrei, Calvo, Cristina Meyer e incluso Suevo eran malas personas y eran conscientes de ello, el Dr. Soto, que era de igual condición, creía ser un buen hombre. Hacía su trabajo, no preguntaba y se marchaba a casa a disfrutar de su vida familiar con su mujer y sus dos hijas. De hecho, algunas pensaban que intentaba vivir en aquel estado de ignorancia porque cuando era consciente de que trabajaba para una banda criminal que explotaba a seres humanos se ponía enfermo.

—Ha sido Rodrigo Salgado. Mira cómo me ha dejado. ¿Vas a hacer algo por tu paciente, doctor?

El médico contrajo sus facciones en una mueca de sobrecogimiento y sorpresa. Daniela clavó la mirada en sus ojos y aguardó. A ella ya no le engañaba nadie, llevaba muchos años ejerciendo y conocía de qué pie pisaba cada individuo solo con diez minutos de interacción. Soto, de cualquier forma, parecía a punto de estallar.

—Te voy a curar las heridas —respondió finalmente suspirando y volviendo a adoptar un tono paternal—. Ya verás que no quedan en nada. No hay costillas rotas, quizá solo una fisura. Y no hay que dar puntos.

CAPÍTULO X:

Miércoles, 3 de octubre.

El inspector Torres reparó en que eran tres las sillas que se encontraban dispuestas para la comida en el Restaurante Laureado. La mesa estaba perfectamente equipada con tres platos vacíos y su correspondiente cubertería.

—¿Le pongo algo mientras espera a los demás? —preguntó el camarero.

—Tráigame un café, por favor.

Sin mediar más palabras se acomodó en la silla que mejor le pareció, que fue una que le dejaba la espalda a cubierto por la pared y le permitía tener visión panorámica de todo lo que acontecía en el local. Era hora punta y casi todas las mesas estaban ocupadas. Dado que el lugar tenía cierto renombre, la mayor parte de la gente iba trajeada, signo inequívoco de que salían de trabajar.

Mientras esperaba, Carlos recordó los datos de los análisis genéticos que aquella mañana le había referido su compañera Ángela Vasilescu. Se percató de que probablemente ya hubiera informe oficial, por lo que, sacando su móvil, abrió su correo personal y depositó el aparato en la mesa. Pulsando una tecla salieron de los extremos dos pequeñas prolongaciones entre las cuales se dispuso una imagen proyectada que multiplicó por diez el tamaño de la pantalla. Con avidez leyó el informe completo y, de nuevo, fue consciente de que apenas aportaba nada que no le hubiera contado ya por la mañana la autora del texto.

La asesina, sabía ahora, era definitivamente una mujer de veintitrés años. Su análisis genético había revelado que con gran probabilidad era española de la región norte, aunque no podía descartarse que proviniera de alguna región francesa de la costa oeste. Era rubia, de ojos claros y medía, tal y como había predicho Ángela con el análisis de las heridas, casi un metro setenta centímetros. Desafortunadamente, su código genético no estaba registrado en la base de datos de la policía. El sistema de inteligencia artificial había elaborado un retrato robot al que Carlos no le dedicó ni diez segundos. Sabía bien que aquella tecnología todavía no había conseguido ser de utilidad porque aún no se comprendía bien cómo funcionaba la interacción de genes y patrones de epigenética en el modelado del rostro humano. Se trataba de un tema de extraordinaria complejidad que ya había mantenido más de una década a científicos e informáticos en jaque.

Pero aquella información, que desde luego era de gran relevancia, todavía podía ser superada. Ángela le reveló que dado que él le había confesado que sospechaba que pudiera tratarse de una prostituta, había hecho una serie de análisis no protocolizados que habían arrojado un resultado sorprendente. La asesina estaba infectada por la sífilis. En aquellos años una enfermedad como aquella quedaba prácticamente circunscrita a los miles de inmigrantes irregulares que entraban anualmente en el país, prostitutas, hombres que mantenían relaciones sexuales con otros hombres y, en ocasiones, algún caso que no se podía encuadrar. El primer colectivo aglutinaba más del noventa por cien de los casos por lo que, tal y como había supuesto Carlos, la asesina debía ser una prostituta. El resto de enfermedades venéreas, incluido el VIH, dieron negativas.

—Inspector, me alegro de que haya acudido a la cita —le dijo una voz familiar.

Tan concentrado se encontraba en sus cavilaciones que no vio aproximarse hasta él a César y a una mujer. Con presteza se puso en pie, estrechó la mano al hombre y aguardó pacientemente a que le presentara a la acompañante.

—Esta es la señora Vega, directora de la Fundación Isthar.

—Es un placer —respondió Carlos dándole también la mano.

—Por favor, inspector, llámeme Helena. ¿Nos sentamos?

En los escasos segundos que pasaron desde que la vio hasta que se sentó, Carlos sonsacó un sinfín de información de aquella mujer. Lo primero que llamaba la atención era su abundante melena color negro azabache, lisa pero agradablemente ondulada en su parte final, que descansaba sobre sus hombros. Su mirada, así como su rostro, reflejaban sabiduría, pese a que parecía tener entre veinte y treinta años. Sus labios, que estaban pintados de color carmín, resaltaban sobre un rostro pálido y fino. Era, sin duda, una mujer guapa. Carlos también apreció que vestía con elegancia, pues llevaba una chaqueta de traje azul marino con falda de tubo y una camisa negra que iba a juego con sus medias y tacones del mismo color. Le había apretado la mano con fuerza transmitiendo calor y seguridad.

—Tanto César como yo nos alegramos sobremanera de que haya venido. Tenemos mucho que hablar —comenzó diciendo.

—Bueno —repuso Carlos—. Ustedes me han citado, así que soy todo oídos.

Durante los siguientes diez minutos, Helena habló, solo siendo interrumpida unos segundos para pedir la comida, de toda su trayectoria en la fundación, del problema de la prostitución en Europa, de la trata de blanca, de cómo se asociaba todo aquello al

tráfico de armas y drogas. Contó historias terribles sobre mujeres que habían sido explotadas hasta que se habían consumido a sí mismas como seres humanos, amenazadas en ocasiones con la muerte, con injustas deudas contraídas o con la seguridad de sus hijos. El inspector escuchó pacientemente y, aunque gran parte de aquella información ya la conocía, en el fondo consiguió conmoverle. Finalmente preguntó:

—Bien, ¿pero qué tiene que ver todo esto conmigo? Ya saben que yo estoy investigando un homicidio.

—Tal y como ya le anticipó César, el señor Ernesto Abad visitaba con frecuencia el burdel del Pub Extasía. Tenemos algunas pruebas que demuestran que ese lugar es la cabeza visible de una de las mayores redes de trata de blanca de nuestro país y que estaría relacionado con otros muchos locales en los que las mujeres, muchas de ellas menores, son salvajemente explotadas.

—Sí, ya oí esos datos sobre la víctima. Pero hasta la fecha, la información que tiene la policía de ese local es la que hay, que se trata de un pub muy famoso en la ciudad, con dos plantas con música, mesas y pistas de baile y otras tres empleadas para reservados, fiestas privadas, servicio de masajes… Sé que esto es una grandísima mierda, perdón por la expresión, pero no tenemos nada más. Además, ¿por qué se pone en contacto conmigo y no con la brigada correspondiente? Si quiere puedo facilitarle el número de mis compañeros, seguro que estarán encantados de recibir toda esa documentación que involucra a esos proxenetas.

El inspector reparó en César, que comía en silencio. Apenas les miraba a ninguno de los dos pero parecía escuchar con atención todo lo que decían. ¿Quién era aquel individuo tan misterioso? De nuevo pensó que tenía más pinta de hombre de acción que de alguien que gasta su tiempo en obras benéficas.

—No, agente —insistió Helena paladeando su copa de vino—. Queremos hablar con usted porque creemos que nuestros caminos acaban de cruzarse con el caso del político. Ernesto Abad no era un mero cliente del burdel, formaba parte activa de la organización. Allí hay metida mucha gente que extiende sus tentáculos a la política, jueces e incluso policía, con lo que este asunto va a ser imposible de resolver.

«¿Qué cree usted que pasaría si, de una vez por todas, se legalizara la prostitución? Imagíneselo. Puede reunir a centenares de tertulianos, políticos y paladines de la corrección política a hablar del tema. Le dirán que hay que perseguir a los mafiosos, que hay que concienciar a los hombres de que no pueden tratar a las mujeres como objetos sexuales, que no hay que dar cuartel a la prostitución de ninguna manera… Es todo, parafraseándole a usted,

una grandísima mierda».

«La prostitución siempre ha existido y siempre va a existir. Es imposible luchar contra ella. Hay que entender que hombres y mujeres no experimentan de la misma manera la atracción sexual. No estoy hablando de lo que luego las personas deciden hacer racionalmente, si se casan o se enamoran de quien sea o de quien puedan. Hablo de lo primitivo, de lo que está en nuestros genes y nos marca ciertas tendencias que luego, voluntariamente, podemos respetar o ignorar. El hombre busca en una mujer la fertilidad y esto, indiscutiblemente, se asocia a la juventud, a la belleza, a la simetría física y a los senos y caderas grandes. Eso es así tanto en nuestra especie como en los animales. Ahora bien, la hembra busca otra cosa. Insisto que luego una puede hacer lo que le vengan en gana, pero el instinto mueve a las mujeres a buscar hombres con una buena posición social, que tengan sentido del humor ya que esto se va asociar a inteligencia, que sean atentos, cariñosos con la prole pero lo suficientemente violentos como para destruir a alguien que intente hacer daño a la familia. Comprenderá usted los motivos por los cuales el mercado de la pornografía va dirigido casi exclusivamente a hombres y de dónde salen las prácticas sexuales y los gustos más extendidos. Entenderá también por qué la prostitución no va a desaparecer; porque ofrece a un hombre la satisfacción de sus impulsos, a saber, encontrarse con una mujer desconocida, joven, atractiva… ¡fértil! Con la que poder fantasear que va a transmitir su semilla sin abandonar la seguridad que le proporciona su hogar».

—Todo esto es muy interesante —murmuró Carlos, que había quedado embelesado por el discurso de Helena—. Pero no veo a dónde quiere llegar.

—Repetiré la pregunta —la mujer parecía igual de enérgica que al principio pese a las evasivas del inspector—. ¿Qué pasaría si se legalizara la prostitución? Haga el favor de imaginarlo. De repente un sinfín de mujeres que viven en la esclavitud podrían ser libres, hacerse autónomas, regular sus tarifas y elegir sus horas de trabajo. Podrían cogerse una baja, organizarse en sindicatos, tener vacaciones e incluso cotizarían una enorme cantidad de dinero a las arcas públicas. Habría leyes que las protegerían y en pocos años no saldría rentable la prostitución ilegal y moriría. Así de simple. Es la única manera de acabar con esto, nuestra fundación cree que hay que legalizarla.

—Sí, eso ya lo he leído en su web.

—Ahora bien —insistió Helena—. Usted sabe bien quién está en contra de esto, ¿no? Se lo diré. Principalmente hay un colectivo, entre los que se encuentran la mayoría de nuestros partidos

políticos, que cree que la prostitución debe ser ilegal porque promueve la cosificación del cuerpo de la mujer, lo cual es malo. Esos hipócritas no se dan cuenta de que solo un ser humano puede decidir lo que quiere o no quiere hacer con su cuerpo y que su férrea negativa a que se legalice está manchando sus manos de sangre día sí y día también. Y desde luego, por otro lado, están todos esos corruptos que han sido comprados por los mafiosos para que favorezcan todo aquello que se relacione con la prostitución ilegal para así mantener sus imperios. Algunos, como nuestro amigo Ernesto Abad, eran capaces de estar en los dos grupos a la vez.

«Con esto voy, antes de que me corte otra vez, a explicarle por qué debemos colaborar. Nosotros queremos destapar esta red de criminales y demostrar con ello a la opinión pública que nuestros políticos son corruptos y que aquellos que se creen buenos están contribuyendo sin saberlo a la explotación masiva de mujeres. Tenemos la firme convicción de que en todo este proceso saldrá su asesino».

Carlos permaneció en silencio durante unos segundos escrutando a la mujer. Sin duda, había quedado gratamente impresionado por su vigor y entrega. ¿Por qué hacía todo aquello? ¿Qué acontecimientos vitales la habrían llevado a crear aquella fundación?

—Está bien —dijo finalmente el inspector—. Realmente, estoy de acuerdo con todo lo que usted ha expuesto. Ahora bien, entiendo que ustedes quieren crear un flujo de información hacia mí que me pueda ser de utilidad, pero, ¿qué quieren de mí?

—Queremos estar al tanto de sus investigaciones —respondió sin dudarlo Helena mudando el rostro hacia la seriedad más absoluta.

—Saben que es un caso muy mediático y que no puedo arriesgarme a revelar más información de la cuenta —respondió meneando la cabeza.

—Entendemos la seriedad del asunto —volvió a decir Helena retirándose el pelo de la cara—. Así que creemos que debemos mover la primera pieza. ¿Le gusta el ajedrez? En breves le traeremos pruebas de estos crímenes que no le dejarán indiferente. Quizá tras ello pueda confiar en nosotros y ver que estamos en el mismo bando.

Entonces Carlos cayó en la cuenta de que aquello era cierto, que probablemente aquella fundación pudiera serle de utilidad, así que decidió tender un puente para mostrar cierta reciprocidad y buena fe.

—Bueno, pues para que no piensen que me voy de aquí pensando que ha sido una pérdida de tiempo, quiero demostrarles mi disposición a la colaboración revelándoles que tenemos firmes

sospechas de que la asesina de Ernesto Abad es una prostituta.

Helena no pareció inmutarse ante aquel comentario pero, siendo que iba a beber vino, interrumpió aquella maniobra para depositar la copa y encajar el dato. Su mirada era seria y a Carlos se le antojó, cuando menos, indescifrable.

CAPÍTULO XI:

Alicia aguardaba apoyada contra la pared de uno de los edificios del Paseo María Agustín. Caía la noche en Zaragoza y justo al otro lado de la calle el Pub Extasía encendió sus luminosos letreros en los que implícitamente se leía que dentro había "carnaza".

La joven estaba arriesgado mucho acercándose hasta allí pero creía que no la reconocerían. Ahora tenía mucho dinero, por lo que no había dudado en hacer determinadas compras útiles. Aquel vestido rojo ensangrentado estaría ya camino del vertedero, así como sus zapatos rotos. Ahora vestía vaqueros, deportivas, una cazadora que le cubría hasta los muslos y un pañuelo que, a modo de bufanda, le tapaba parte de la cara. Se había recogido el pelo en una coleta. El dinero estaba a resguardo. Era, pensó, una persona cualquiera.

No tuvo que aguardar mucho hasta que llegó el momento esperado. De la puerta del pub salió el Dr. Soto, que saludó con la cabeza a Andrei y emprendió la marcha por la acera. El rechoncho hombre caminaba con la velocidad que su sobrepeso le permitía. Alicia despegó su espalda del tabique, cruzó la calle sin apenas mirar a los coches que pasaban y comenzó a seguirlo a una distancia prudencial.

Mientras caminaba su mente voló hacia el pasado. Se vio en una habitación de otro burdel con poco más de quince años. Allí fue cuando conoció a aquel médico. El último cliente con el que había estado era un hombre joven, un completo sádico que había comprado media hora de su tiempo para maltratarla. Por encima del dolor físico de los golpes y heridas, Alicia se sentía mancillada. No recordaba bien si fue por aquel entonces cuando murió. Sufrió bastante por lo que casi con toda probabilidad todavía tenía sentimientos.

El Dr. Soto la curó. Poco después la trasladaron a otro burdel y entonces comenzó a ver con mayor asiduidad al hombre, pues dejó de ser un médico encargado de curar heridas para convertirse en uno de los que pretendían evitar la enfermedad. Ahora controlaba su salud con análisis sanguíneos y recogida de muestras vaginales periódicas para descartar infecciones de transmisión sexual. Alicia recordaba que había tenido que tomar antibióticos en alguna ocasión. El doctor no solo contemplaba aquella tarea, pues también revisaba su dieta, su peso y la planificación de las nuevas cirugías estéticas. Alicia ya casi era una mujer y le tenían que cambiar las prótesis mamarias para que su verdadero pecho no las desplazara

rompiendo la regularidad de sus senos.

A medio kilómetro del pub, el Dr. Soto levantó la mano y paró un taxi. Alicia temió por momentos perderle de vista pero enseguida logró detener otro.

—Siga a ese taxi a una distancia prudencial —le dijo al conductor.

—¿Qué es esto, una película? —preguntó el hombre arrancando.

El viaje duró casi veinte minutos. El conductor intentó entablar conversación con ella un par de veces pero la pasajera se mantuvo en silencio durante todo el trayecto. No perdía detalle de los vaivenes del vehículo que perseguían. Podría haberlo perdido de vista pero, a mitad de camino, afortunadamente, cambió. El taxi, que era de color blanco, fue mudando hacia el negro. También aumentó de tamaño, sobre todo sus ruedas. Del haz luminoso que despedían sus focos crecieron dos espantosos caballos negros que finalmente se demostraron necesarios para tirar del vehículo, que se había convertido en un carruaje antiguo.

Alicia pagó con un billete de quinientos. El taxista refunfuñó pero finalmente le dio el cambio. Sin despedirse de él se agazapó tras un árbol y aguardó a que el médico emprendiera la marcha. No reconocía el lugar pero sabía que era un barrio residencial ya que estaba compuesto por casas en vez de edificios y había una cantidad sustancial de vegetación decorativa. Sorprendentemente, sobre las calles se había cernido una espesa neblina que le dificultaba la visión. Aquello le resultó extraño, pues hacía pocos minutos había comprobado que la noche era limpia y clara.

A los pocos segundos el hombre comenzó a caminar de modo que ella hizo lo mismo. Se mantenía a unos cincuenta metros de distancia, lo suficiente como para avanzar tranquila sumida en sus recuerdos y no perderlo de vista.

Aquel médico no tardó en solicitarla como mercancía. Sus exploraciones cada vez eran más meticulosas hasta que un día la señora Meyer le dio la noticia. Debía pasar un rato con él. Alicia, como no podía ser de otra forma, accedió. Fue rápido, desnudarse, sentir su peso, unos cuantos espasmos y acabar con él jadeando y bañado en sudor sobre ella. Repugnante, pensó. Ella era una oveja y aquel hombre era el veterinario, pues regulaba los piensos que tenía que comer y la vacunaba de enfermedades para que estuviera sana y siguiera produciendo más billetes para Suevo, Meyer y los demás.

Finalmente el Dr. Soto llegó a su casa, pero por el camino había ido mutando como en la anterior ocasión lo hizo aquel político. De la parte trasera de su traje había brotado una cola de casi dos metros, correosa, oscura y peluda, que acababa en punta. A su salida tenía el grosor de un brazo. También el rostro del hombre

cambió, ya que sus incisivos crecieron hasta sobresalir de su boca y caer por fuera de la barbilla. Casi le llegaban al pecho. Eran unas enormes palas amarillentas que junto con las orejas, que también crecieron, le daban la apariencia de una nauseabunda rata gigante.

El domicilio era un chalé de amplias dimensiones. Estaba rodeado por un pequeño muro de ladrillo rojo de un metro que se prolongaba con medio metro de una valla envuelta en enredaderas. La casa tenía césped, un patio con una mesa y dos coches bajo un toldo.

El doctor levantó sus garras de roedor y arañó la puerta de la entrada. Ante aquel sonido emergieron dos niñas corriendo que se abrazaron al que, según supuso, debía ser su padre. También una mujer de media edad salió a recibirle y darle un sonoro beso en los labios, pugnando por atravesar el denso bigote que le había salido en la cara y las enormes piezas dentarias. Por un momento la joven pensó que pudiera arrancarle la cabeza en un descuido, ya que la esposa la había introducido hábilmente entre sus fauces para besarle y aquellas palas no tenían pinta de ser fáciles de controlar, pero aquel suceso no acaeció. Tras los saludos, todos entraron en la casa.

Así que esa era su morada, pensó. Alicia creía que no era un mal sitio para vivir. Aquella madriguera era todo lo que un roedor podía soñar, máxime sabiendo que el dinero para comprarla se había producido entre las piernas de la joven y sus compañeras.

Mientras regresaba a su domicilio se fijaría bien en el nombre de la calle y en el número del portal. Volvería. El próximo día vendría armada y aplastaría a aquella rata.

CAPÍTULO XII:

Aquella noche, César sabía que tenía que arriesgar más. La anterior había intentado recoger información a una distancia prudencial, con una cámara y una mira telescópica, pero solo había conseguido obtener un par de grabaciones de los clientes y los porteros de escasa utilidad.

Se encontraba al sur de Zaragoza, en uno de los nuevos polígonos industriales que se habían habilitado en las afueras de la ciudad con el crecimiento demográfico en las últimas décadas. A este en el que se encontraba le habían puesto el nombre de Polígono el Pacifismo. Se había construido hacía solo tres años por lo que apenas se habían instalado todavía un número suficiente de fábricas. Las calles que separaban los terrenos estaban perfectamente asfaltadas y eran anchas pero la mayor parte de ellos todavía eran descampados. De vez en cuando algún edificio grisáceo se erigía imponente en soledad. Hasta la fecha solo había allí almacenes e industria robotizada, de modo que eran tan pocos los trabajadores que hasta allí se desplazaban que ni siquiera había bares o comercios.

Helena le había explicado todos los detalles de la misión. En el número veinte de la Calle Desmilitarización se encontraba un gran almacén de cemento y chapa que estaba perfectamente vallado. Se veían vehículos en el exterior y algún guardia en el perímetro. La directora de la fundación tenía información de gran relevancia sobre ese sitio. Sabía que formaba parte de la misma red de prostitución al que pertenecía el Pub Extasía y que, según sus fuentes, aquel era un burdel de baja calidad que estaba encaminado a individuos con menor poder adquisitivo. También lo usaban como un almacén de seres humanos, ya que allí vivían la mayor parte de prostitutas e incluso se las explotaba hasta límites inhumanos antes de que pudieran pasar a burdeles de mayor lujo. No en vano, llamaban a aquel sitio La Factoría.

César, en aquella ocasión, se haría pasar por un cliente. Permaneció varios minutos estudiando la mejor opción para entrar en el lugar hasta que ante sus ojos se ofreció una oportunidad. Acababan de llegar tres jóvenes en un coche. Mientras enfilaban hacia el edificio reían y hablaban en voz alta. Dos de ellos incluso bromearon forcejeando a no mucha distancia de la entrada. César no tardó demasiado tiempo en darles alcance y saludarlos. Al principio los muchachos se mostraron hostiles pero el hombre les hizo una sugerencia que les hizo cambiar de parecer. Sin ser oído

por los centinelas, César les preguntó si tenían cocaína. Les explicó que hacía una semana que no localizaba a su camello y que se había quedado sin existencias. Mientras hablaba sacó de su cartera un par de billetes de quinientos euros y, con cierto deje fraternal, les dijo:

—Vamos, sed majos conmigo y con lo que sobre os invitaré a la primera puta.

—¡Venga, va! —dijo el que parecía el líder, un muchacho de unos veinte años, camisa, americana, pantalones caros, pelo largo y apariencia de pertenecer a una familia de bien—. Vamos a echarnos la primera aquí en el coche para sellar esta nueva amistad.

Tuvo que esperar pacientemente su turno mientras cada uno de ellos fue esnifando una raya de cocaína. Cuando le tocó se agachó sobre el capó del vehículo, la picó con una tarjeta, juntó todo lo que quedaba en una, hizo un canuto con un billete de cien y aspiró. Las partículas impactaron con violencia en sus fosas nasales, haciendo que levantara bruscamente la cabeza. Pero, para su sorpresa, el cielo nocturno había dado paso a una limpia y azulada mañana. ¿Qué había ocurrido?

Con miedo volvió a descender la cabeza y enseguida reconoció el lugar. Había sacos de color pardo apilados por doquier, cajas de municiones, la entrada a un pequeño búnker y la ametralladora apostada en la trinchera, todo ello cubierto de un par de dedos de nieve. Grupos de soldados charlaban animosamente a su alrededor y, justo a su derecha, se encontraba Raúl, uno de sus más viejos amigos.

—Te lo digo yo que vamos a perder esta guerra.

—¡Tío! —respondió César—. ¡Qué pesimista! Si acabamos de llegar.

—¿Pero tú has visto cómo atacan? —preguntó Raúl dándose dos golpes secos en el casco—. Les da igual morir.

—Bueno, tarde o temprano nos echará una mano Europa. ¿No crees?

—¡Europa, dice! —exclamó su amigo soltando una pequeña carcajada y mirando alrededor buscando sin éxito apoyo—. Para Europa nosotros somos los malos de la película, ¿entiendes? Aquí en Suecia hay dos bandos, ya sabes. Por un lado está el Gobierno, cuyo interés radica en defender la constitución y las leyes. Eso lo sabemos todos, ¿no? Recientemente el otro bando se ha levantado contra el Gobierno porque piensan que está siendo tiránico. El pueblo contra el gobierno, la historia de siempre.

—Sí, pero ese pueblo que tú dices no es tal —respondió César extrayendo el cargador de su fusil y revisando que todo estuviera en orden—. Ese pueblo es realmente una serie de partidos políticos de la oposición que entre todos no reúnen ni un tercio del electorado.

—Sí, sí… todos nos sabemos esa historia —le cortó Raúl mesándose su barba pelirroja—. Una alianza imposible que nadie creía que fuera a funcionar pero nos dejó a todos con la boca abierta. El Partido Musulmán pidió lo de siempre, más Sharía, la ley islámica, en La Constitución, y junto a ellos se posicionaron una serie de partidos que todos conocemos. La oposición en bloque, todos pedían una serie de derechos fundamentales que, según ellos, el gobierno estaba violando. Aquí es cuando llega el momento clave; los líderes políticos y religiosos llaman a la insumisión y, ¿qué hace el Gobierno?

—El Gobierno emplea la fuerza —respondió César asintiendo con la cabeza—. Es que la idea actual de que los gobiernos no puedan emplear la fuerza contra sus ciudadanos es absurda, porque es su trabajo mantener el statu quo para evitar que fervores pasajeros puedan hacer que triunfe el caos. Es que es lo más razonable del mundo, de primer curso de historia. Si hay revueltas y el estado las aplasta mantendrá la paz y el bien común, y si el estado no consigue aplastarlas y vencen será porque tenían tanto apoyo popular que realmente no eran revueltas, sino el pueblo manifestándose. El poder del tercer estado.

—Sí, ¿pero cómo vamos camino de perder la guerra si estos rebeldes son una minoría? Antes de que respondas con más incongruencia, te lo diré. Porque les ayudan, César. Mira, ya desde el principio la opinión pública dejó muy claro quiénes eran los buenos y quiénes eran los malos. El Gobierno, y nosotros que les apoyamos, somos el bando “Nacional”, “Militar”, “Constitucional”… es decir, los malos. Y ellos son el bando “Demócrata”, “el Pueblo” y, este es el mejor, “De la libertad”, ergo, los buenos. Sí, ya sé… ya sé que no es cierto, no me mires de esa forma, pero así son las cosas. ¿Cuánto ha tardado Twitter, Facebook y el resto de redes sociales en colgarnos ese cartel? Pues ya está… ahora los hechos dan igual. ¿Tú crees que alguien tendría huevos de llamar a esto “protestas pacíficas reprimidas violentamente por el Gobierno” si supieran la que nos está cayendo?

César meditaba con el cañón del fusil apoyado en sus labios las palabras de su amigo. Hacía años que se conocían y desde adolescentes habían sido diferentes y especiales. Siempre se habían sentido muy comprometidos con el pensamiento racional. No tardaron mucho tiempo en formar un pequeño grupo de colegas críticos con el devenir del comportamiento social de las últimas décadas, aquello que en un inicio, en el cambio de milenio, fue llamado posverdad; los sentimientos sobre los hechos o entender la realidad por cómo debería ser en vez de por cómo es.

—Tienes razón, Raúl, pero, si echaran una ojeada a la otra

trinchera se darían cuenta del monstruo que están alimentando.

—Por favor, César. Vivimos en los años treinta y todo está grabado. Si quisieran podrían mirar lo que hay en esa trinchera desde sus casas pero no quieren, y, ¿sabes por qué? Porque les aterra. No quieren mirar. Hace más o menos un siglo había señales por doquier de que se avecinaba una guerra que sacudiría el mundo. Justo empezó en nuestro querido país y nadie quiso mirar. Lo ignoraron hasta que fue demasiado tarde. Aquí está pasando lo mismo. La Tercera Guerra Mundial ha empezado aquí y la gente en Europa todavía sigue preocupada por lo que va a comprar en las rebajas de este año.

—¡Venga, tío! —le dijeron los jóvenes dándole un golpe en la espalda y extrayéndolo bruscamente de sus memorias—. ¡Vamos a entrar a las putas!

Gracias a ellos pudo adentrarse en el burdel sin levantar sospechas. El infiltrado pensó que los guardias debían conocer a aquellos muchachos, pues apenas habían hecho preguntas. También se valió de una identificación falsa que ofrecía un perfil lo suficientemente aburrido y común como para no alarmar a nadie y que tras un exhaustivo registro no encontraran en su cuerpo nada que motivara la prohibición a entrar.

El lugar era un verdadero tugurio. El interior estaba compartimentado por chapa y cortinas que separaban habitaciones de pasillos. Una tétrica música que no estaba muy alta podía escucharse de fondo. Todo estaba sucio y mal iluminado. En algunos sitios se habían dispuesto sillones con cojines de colores cálidos realizando, supuso, un pésimo intento por decorar.

—La Factoría empezó siendo un burdel provisional —le había dicho Helena antes de partir—, pero debido a que se paralizó la inversión en el polígono industrial y se quedó bastante desierto lo han ido manteniendo.

César no tardó en divisar a las primeras prostitutas. Todas iban ligeras de ropa, alguna incluso desnuda pese a que la calefacción estaba muy baja. Caminaban cabizbajas sin que el maquillaje pudiera ocultar la palidez de sus rostros y la negrura de sus ojeras. También vio gran cantidad de hombres que acudían a consumir aquel “material”.

—Trecientos euros media hora, quinientos euros una hora —le dijo una mujer que parecía estar a cargo de la recaudación—. Si quieres alguna chica especial será un poco más caro.

—¿Qué es especial? —preguntó.

—Tú pide por esa boquita —respondió la mujer sonriendo—. ¿Quieres de algún país en especial? ¿Menores? ¿Hombres? ¿Trans? ¿Sado?...

—Me quedaré con una normal, gracias. Media hora.

César pagó y, acto seguido, lo llevaron por los pasillos hasta su destino, una pequeña habitación rodeada por tres chapas y una cortina. Sin delicadeza alguna, la mujer que lo acompañó se la abrió y lo introdujo con un empujón. Cuando el antiguo soldado se acostumbró a la penumbra pudo ver a una joven semidesnuda tirada en un colchón a ras de suelo. Rondaría los veinte años aunque parecía mayor, como si su trabajo hubiera consumido su juventud.

—Hola —dijo con voz trémula.

El hombre sabía que tenía poco tiempo, por lo que intentó no desperdiciarlo.

—Esto será lo que haremos —dijo mientras sacaba un pañuelo negro del bolsillo de la chupa—. Póntelo en los ojos y túmbate boca arriba. No quiero que mires.

La prostituta accedió a aquella petición y en escasos segundos se encontraba tal y como le había pedido. Estaba tranquila. Ni siquiera se había inmutado ante la orden, ni miedo ni sorpresa, nada. César se puso a reflexionar sobre las cosas que habría vivido aquella joven pero enseguida desechó aquella línea de pensamientos, pues tenía trabajo.

Cuando se hubo cerciorado de que la muchacha no lo veía, escupió en su propia mano y comenzó a rebuscar en la saliva. No tardó en encontrar dos lentillas que sin mucha pericia dada la falta de experiencia y luz consiguió colocarse. Llevaban una cámara integrada que transmitía un video a una memoria externa con forma de botón que ayudaba, como los demás, a mantener la camisa cerrada. Sin pensarlo, echó una ojeada rápida al pasillo a través de la cortinilla y salió fuera.

Necesitaba pruebas para convencer al inspector Torres y tenía mucho que grabar para disponer de menos de media hora.

CAPÍTULO XIII:

Jueves, 4 de octubre de 2035.

El comisario Ruiz Castillo ojeaba con suspicacia las imágenes que iban pasando ante él en la Tablet que le había presentado el inspector Torres. Aquel video resultaba realmente duro pero tras tantos años en el cuerpo estaba prácticamente acostumbrado a todo, por lo que apenas parpadeó mientras lo vislumbraba.

Carlos había recibido aquella mañana una llamada de César, el joven que trabajaba para la Fundación Isthar, pidiéndole que se reunieran en el Restaurante Laureado. Allí le enseñó un vídeo espantoso que había grabado la noche previa con una cámara oculta de lentes de contacto. Su confidente había conseguido colarse en aquello que Helena había llamado La Factoría, una especie de burdel de baja gama que manejaban los mismos traficantes que los del Pub Extasía para no perder a clientes de bajo poder adquisitivo. Con gran nitidez pudo observar mujeres explotadas que, sin duda, estaban viviendo un verdadero infierno allí dentro. Drogas, menores, muestras de violencia… César había hecho una excelente labor filmando todo aquello.

—Sí —dijo el comisario con cierta perplejidad—. Esto es una salvajada y será investigado, pero creo que no tiene relación con nuestro caso. Como ya sabes, esta misma mañana, en tu ausencia, se ha entregado la asesina en esta comisaría.

—Todavía tengo que entrevistarme con ella —respondió el inspector, que pese a que no era la primera vez que le daban aquella noticia, todavía seguía estremeciéndose cada vez que la oía —. Pero yo no descartaría este documento gráfico. Tengo pruebas que relacionan al Pub Extasía con la prostitución ilegal y tengo la constancia de que Ernesto Abad era asiduo de dicho local.

—Nadie está diciendo que estas pruebas vayan a ser descartadas, pero la versión de la presunta asesina no dice que haya relación alguna.

—Pero, ¿cómo lo sabes? —insistió Carlos—. El informe forense dictaminó que la asesina era una prostituta y el político iba a ese burdel que, según mis pruebas, está dirigido por una banda de mafiosos sin escrúpulos.

El comisario suspiró y meneo la cabeza un par de veces. Con detenimiento dejó la Tablet en su escritorio y juntó las manos para decir:

—Mira, yo no he hablado con la chica, pero, lo que me han

contado los agentes que le han tomado la primera declaración es que ha dicho que se llama Daniela Vázquez, ha confesado haber matado al político y ha revelado que ejerce la prostitución por libre.

Aquel dato resonó violentamente en la mente de Carlos. Ya había oído aquel nombre la primera vez que le contaron la historia pero en aquel momento recordó que también se llamaba Daniela la camarera que le atendió en el pub hacía tres días. ¿Podrían ser la misma persona?

—Está bien —acabó diciendo—. Voy a tomar declaración a esa chica a ver si puedo cerrar el caso. ¿La prensa?

—Interrógala y me cuentas, luego ya veremos qué información damos a la prensa. ¡Ah! —exclamó arqueando las cejas y sonriendo —, y felicidades por haber conseguido este video. Se lo enviaré a la Brigada de Tráfico de Seres Humanos para que lo investigue.

Tras aquello se despidió de su superior y salió del despacho. Sin detenerse avanzó a gran velocidad hacia el calabozo, donde esperaba encontrar a la sospechosa. No pasó inadvertido para él que la mayor parte de sus compañeros le saludaban y le felicitaban por, según decían, haber resuelto el caso. Siempre diplomático, el inspector agradecía y pedía prudencia al mismo tiempo como modo de respuesta.

Cuando la vio a través del cristal la reconoció. Se trataba de la misma prostituta que había visto en el Pub Extasía. Además, aquella mujer era venezolana y bastante morena de piel, detalles que no cuadraban en absoluto con el informe genético extraído de las muestras de tejido de las uñas de la víctima, que claramente reconocía a una mujer rubia. La procedencia española podía rastrearse en la mayor parte de individuos de Hispanoamérica pero los genes del color de la piel o el cabello eran bastante fiables.

—Ya le hemos sacado algunos datos, inspector —le dijo Aranda, uno de sus hombres, que se encontraba en el cuarto contiguo junto con otro policía.

—Sí, la muchacha ha confesado —dijo el otro.

Carlos asintió con la cabeza con deferencia y volvió a escrutarla con detenimiento. La sala de interrogatorios era de lo más parca, pues solo tenía una mesa, varias sillas y el enorme cristal que hacía el juego de luces que permitía a los de fuera ver sin ser vistos. La sospechosa estaba tranquila, expectante.

—Buenos días —le dijo entrando en el cuarto de interrogatorios y sentándose en una de las sillas—. ¿Te acuerdas de mí?

Durante unas décimas de segundo, la joven abrió los ojos y contrajo la mandíbula, pero enseguida su rostro mudó hacia la indiferencia. Carlos lo había captado pero fue demasiado breve para que pudiera darle un verdadero juicio de valor. Por otro lado, desde

aquella distancia descubrió que tenía multitud de moratones y cortes por su rostro y sus brazos.

—No —respondió—. No le he visto en mi vida.

Al oírla hablar el inspector confirmó que, sin lugar a dudas, se trataba de la misma mujer. ¿A qué quería jugar?

—Nos vimos en el Pub Extasía, ¿lo conoces?

—Sí —respondió rápidamente Daniela—. Es un burdel, todo el mundo lo sabe. Yo trabajo por libre así que tengo que saber dónde está la competencia.

—¿No trabajas allí? —insistió—. ¿No estabas allí cuando me serviste aquella bebida?

—Creo que me confunde, señor policía.

Las respuestas eran lo suficientemente serenas, pausadas y hábiles como para que el avezado inspector supiera que habían sido premeditadas.

—¿Mataste a Ernesto Abad?

—Sí.

—¿Por qué?

Entonces la joven le miró a los ojos, arrugó la frente y comenzó a recitar medio sollozando:

—Porque era un cabrón. Fue cliente mío. Venía con frecuencia y yo siempre satisfacía sus demandas. Le gustaba pegarme, ¿sabe? Pero había cambiado. Me traía regalos, cosas caras, y siempre me decía que me amaba. Un día decidí no cobrarle, y, así, siguió viniendo a verme. Me prometió que abandonaría a su mujer y me cuidaría pero un día descubrí que no era la única puta a la que visitaba, ¿sabe? Es muy duro, joder, pensar que alguien por fin te quiere y luego… Lo vi saliendo del Pub Extasía el sábado pasado. Luego tuvo la cara de venir a mi casa el domingo. ¿Es que no había tenido suficiente? Entró y le dije que había descubierto que iba a otras putas. Le grité y le insulté por haberme engañado con ilusiones durante tantos años. Cuando le dije que no quería volver a verlo me pegó una paliza que casi me mata. Fue entonces cuando lo maté. Lo acuchillé allí mismo.

Carlos no daba crédito a lo que oía. Partiendo de que Daniela le hubiera mentido al principio diciéndole que no lo reconocía, en ningún momento quiso creer aquella historia. Sin embargo, la actuación había sido del todo creíble y los tiempos cuadraban con la información que tenía hasta la fecha, pues incluían la estancia en el pub el sábado y su muerte el domingo.

—¿Cómo lo mataste? ¿Y qué hiciste con el cuchillo?

—¡Ay! Yo no quería matarlo, yo lo amaba, ¿sabe? —lloraba la prostituta—. Pero es que me hizo tanto daño en el corazón… y luego me volvió a pegar como antes. Cogí uno de los cuchillos de

comer y lo maté. Se lo clavé cien veces, señor policía, yo no podía parar de lo fura que estaba. Se me llevaron los demonios, ¿sabe? Y ahora está muerto.

—¿Y cómo te deshiciste del cadáver?

—Lo llevé en mi coche hasta la carretera y allí lo tiré. Luego volví a mi casa y lo limpié todo. No quería que me pillaran, tenía mucho miedo, pero luego me arrepentí y confesé.

César meneó la cabeza y miró al techo. Era una historia sólida pero intentaría deshacerla por todos los medios. Sabía que convencería a la prensa y al comisario ya que solo él podría defender la versión de que había visto a aquella mujer trabajando en el Pub Extasía y aquello no sería suficiente. Además, había consumido alcohol, por lo que su voto todavía tendría aún menos valor, pudiéndose argumentar en su contra que habría confundido a la camarera.

El inspector sabía que bajo ningún concepto aquella historia iba a conseguir que se diera por vencido.

CAPÍTULO XIV:

Alicia volvía a estar en el mismo sitio que ayer, a la misma hora, pero había llegado por su cuenta. En aquella ocasión no siguió al Dr. Soto hasta su casa, prefirió esperarle allí. De nuevo, la noche cayó y una densa neblina cubrió el acomodado barrio residencial. La casa de su objetivo se encontraba a escasa distancia.

Cuando lo vio llegar se agazapó en su escondite, una furgoneta aparcada, y aguardó pacientemente a que realizara aquel protocolo de guardar su vehículo, saludar a su familia e introducirse en su madriguera. Aunque pudo observar que todavía conservaba la larga cola de rata, el resto de sus atributos murinos habían desaparecido.

En aquel momento le vino a la memoria la imagen de Daniela Vázquez, la mejor amiga que tenía en el burdel cuando todavía la prostituían, diciéndole:

—El Dr. Soto es un tipo de ser humano que es especialmente despreciable, mucho más incluso que *El Lagarto* o Suevo. Es una de esas personas que creen que el mundo solo se reduce a lo que tienen dentro del cráneo. No te lo sé explicar muy bien, pero esa gentuza jamás se ha parado a reflexionar que los demás también tienen pensamientos, emociones, ideas o sueños. Creen que son los únicos en el planeta y los demás somos robots o circunstancias que tenemos que vivir acorde a sus intereses. Son egoístas, pero egoístas con mayúsculas, en bruto, sin ningún tipo de tapujo. ¿Sabes qué es lo que más enferma me pone? Que se cree bueno. Sí, amiga, así es. Es debido a tanta gente como él, que se creen buenos y no hacen nada o incluso son malos, que nos va como nos va. Los pistoleros que nos pegan son muy ruidosos y tarde o temprano o los coge la policía o alguien se cabrea y les mete una bala entre las cejas. Ahora bien, los de la calaña de nuestro doctor perduran y envenenan todo lo que tocan.

El sonido de la puerta cerrándose la extrajo de sus reflexiones y le hizo ver que era momento de pasar a la acción. Comprobó que nadie pululaba por la calle y, tras ello, avanzó hasta la casa. No le costó demasiado esfuerzo saltar la valla, pues era más bien decorativa que protectora. Además, vestía con vaqueros, deportivas y anorak con capucha, todo ello permitiéndole gran agilidad. Para cubrirse el rostro portaba una braga pero algún mechón rubio sobresalía con rebeldía.

Lo primero que hizo fue apoyarse contra la pared y otear a través de una ventana que estaba cubierta por una cortina. A través de ella pudo vislumbrar la silueta de la esposa, que parecía estar

cocinando. No quería matar a nadie que no lo mereciera, por lo que fue bordeando el edificio en busca de su presa, pero, de nuevo, cosas extrañas volvieron a ocurrir. La fachada, que en un principio era de ladrillo, había cambiado repentinamente convirtiéndose en un alto y gélido muro construido con grandes bloques de piedra grisácea fijados por algún tipo de cemento. En las ventanas el cristal también había sido sustituido por sendas rejas negras de hierro. Aquel bonito chalé ahora se asemejaba más a un castillo o una especie de mazmorra.

En la siguiente ventana tuvo más suerte, pues vio que las rejas estaban abiertas de par en par. Se asomó y encontró que se trataba de la habitación de una de las niñas de la familia, que, en un rincón, jugaba a un videojuego con un visor y unos auriculares que le cubrían por completo los ojos y las orejas. Aquella era su oportunidad.

De nuevo, con un ágil salto superó aquel obstáculo. Se encontraba en la mazmorra y, para su sorpresa, hacía mucho calor. Cierto era que llevaba el anorak cerrado hasta el cuello pero aquello le resultó insoportable. Una pequeña gotita de sudor comenzó un trepidante descenso por su frente. ¿Tenía fiebre? No, sin duda, allí dentro hacía calor.

Repentinamente, la niña se recolocó los cascos. Alicia extrajo de la manga un largo punzón afilado por los dos bordes y lo sujetó en el aire. Instintivamente se echó la mano libre a la zona lumbar y el tacto de la pistola la reconfortó. Esperaba no tener que usarla pero no había llegado hasta allí para nada.

Afortunadamente para las dos, la pequeña siguió jugando y ella pudo abandonar la habitación sin cobrarse una vida. Nada más salir divisó al final del pasillo la punta de la cola de la rata que, en una milésima de segundo, desapareció. Agazapándose para no hacer ruido fue avanzando tras ella para darle caza. Su corazón latía violentamente y el sudor ya bañaba todo su cuerpo. No sabía si de la emoción o por los nervios había comenzado a tiritar.

Cuando dio la vuelta a la esquina del pasillo pudo ver al médico en su estudio. Se encontraba sentado en su escritorio ojeando una pantalla táctil. Sus dientes incisivos de nuevo habían aumentado de tamaño, así como sus orejas, pero no al nivel del día previo. Alicia avanzó hacia él pero al hacerlo el suelo emitió un mínimo chasquido que alertó a su presa. Sus ojos, negros y brillantes, se clavaron en los suyos, y un largo escalofrío recorrió su espalda.

—¿Quién eres? —preguntó con un hilo de voz.

Entonces la joven emitió un aullido guerrero y se lanzó a grandes zancadas, cuchillo en ristre, hacia él. El doctor apenas pudo zafarse del golpe elevando su Tablet pero Alicia, que había saltado

por encima de la mesa, destrozó el dispositivo con su arma.

—¡María! —gritó el médico—. ¡Ayuda!

La batalla fue terrible para ambos. Alicia contraatacó dos veces antes de que el médico pudiera levantarse y, de un fuerte empujón, lanzarla por encima de su mesa. El primero de los golpes también lo erró pero en el segundo consiguió propinarle un corte superficial en la espalda. Soto entonces intentó huir pero la joven logró agarrarle de la pierna y hacer que cayera. Tras ello se abalanzó sobre él y le propinó una puñalada que clavó por completo el arma a la altura de la clavícula. Mientras la sacaba la hizo oscilar para causar el máximo daño posible. La rata entonces profirió un agudísimo chillido que le obligó a taparse los oídos. Cuando cesó intentó volverle a asestar nuevas heridas pero solo consiguió unos cuantos pinchazos de poca profundidad y algún corte antes de que el doctor, reuniendo una fuerza animal, le propinara una patada en el vientre que la catapultó contra la mesa, que se quebró bajo sus escasos sesenta kilogramos de peso. Todo aquel estruendo ocasionó que la esposa llegara hasta el lugar y comenzara a prestar ayuda a su marido. Alicia sentía dolor en todo el cuerpo pero ignorándolo consiguió incorporarse. Desde aquella posición pudo ver que el Dr. Soto se había convertido en una enorme, grotesca y macilenta rata. Su traje estaba a su lado hecho girones y una hedionda y espesa pelambrera cubría su inmundo cuerpo. Sintió ganas de vomitar pero enseguida cesaron cuando vio que el roedor, auxiliado por la mujer, estaba huyendo a toda velocidad propulsándose a cuatro patas. Alicia sabía que no podría darle alcance por lo que no dudó y, sacando la pistola de sus vaqueros, efectuó tres disparos. Los dos primeros erraron el tiro pero un nuevo bramido animal le hizo ver que había acertado el tercero.

Recomponiéndose comenzó la carrera por el pasillo para dar muerte a la bestia. Sufría un intenso dolor en el hombro que la ralentizaba pero poco a poco fue recuperando la marcha. Para su mala fortuna, no encontró a la rata por los corredores de la mazmorra, la niña del videojuego había desaparecido y la puerta principal estaba abierta de par en par. Sin guardar el arma corrió hasta ella y salió al exterior. Jadeaba pesadamente y la vista se le nublaba pero, por más que lo intentó, no había ni rastro de su presa. Oteó la calle en ambas direcciones e incluso se permitió rebuscar durante medio minuto por el jardín. Nada. Era como si se la hubiera tragado la tierra; la rata había desaparecido.

Alicia sabía que no tardaría en llegar alguien alertado por los disparos. Se sentía dolorida y furiosa, pues el primer objetivo premeditado de su venganza se había escapado. Había perdido el factor sorpresa sin llevarse por delante ni siquiera a uno de ellos,

quizá la presa más fácil.

Tenía que huir. Odiaba tener que hacerlo pero en el fondo sabía que aquello solo había sido una batalla y ella tenía pensado ganar una guerra.

CAPÍTULO XV:

—¡Ayudadme, que me muero! —gritó el Dr. Soto dejando caer todo su peso sobre los brazos de Cristina Meyer.

—Que ya sabemos que estás herido, joder, no grites —le respondió *El Lagarto* ayudando a la mujer.

El médico había conseguido llegar hasta el Pub Extasía con su propio coche. Tras el ataque de Alicia aguardó junto a toda su familia escondido en el garaje y, una vez se marchó, arrancó su coche y salió de casa. Por momentos pensó en acudir a un hospital pero sabía que aquella opción quedaba descartada dado su historial. Semejantes heridas levantarían sospechas y no les costaría demasiado averiguar cuál era su verdadero trabajo. No quería reconocerlo pero sabía que si esto ocurría quizá debería tener más miedo a Suevo que a los policías.

Cuando los porteros lo vieron llegar abandonaron su trabajo para interceptarlo a mitad de calle. Resultaría inadmisible que penetrara por la puerta principal ensangrentado y al borde de un ataque de pánico, por lo que lo introdujeron en el edificio por una puerta trasera. Pese a ello, el doctor tuvo la suficiente entereza como para pedir que otro de los hombres llevara a su familia en su propio coche hasta alguno de los pisos que eran propiedad del burdel. No podían regresar a su casa pero tampoco quería que averiguaran el oficio del padre de familia. Una cosa era que lo sospecharan, en ocasiones creía que su mujer sabía perfectamente que trabajaba con criminales, y otra era hacerlo público.

Arrastraron al médico hasta una habitación que había sido habilitada como farmacia. Tenía una camilla, medicamentos, material de suturas… No era gran cosa pero Soto había conseguido grandes logros allí, desde curar a prostitutas que habían sido golpeadas despiadadamente, hasta heridas de bala de los hombres de *El Lagarto*. Ahora que era él el herido, ¿quién lo salvaría?

—¿A quién vais a llamar? —preguntó gimoteando.

—Veremos —respondió Cristina.

Tumbaron al herido en la camilla y lo desnudaron. De un rápido vistazo, en el que también participó el médico, examinaron todas las heridas. La mayoría eran superficiales pero había recibido un disparo limpio en el brazo y tenía una puñalada a la altura de la clavícula de profundidad desconocida. Soto sabía perfectamente que en aquel lugar había demasiadas estructuras anatómicas de relevancia capital para la vida.

—Yo no puedo curarme esto solo, tenéis que llamar a un

cirujano. Tenéis alguien de repuesto, ¿no?

—Has hecho bien en venir aquí, Tomás —concilió la madame—. Enseguida conseguiremos a alguien. Hasta entonces dinos qué tenemos que hacer.

En la mirada del médico se pudo leer el terror. Ante él se encontraban Cristina Meyer y Erika, una de las prostitutas, dispuestas a trabajar sobre sus heridas. No tenían ningún tipo de formación quirúrgica y sus rostros reflejaban que aquella misión les parecía imposible.

—Empezad lavándoos las manos con jabón a fondo y por favor… llamad a un cirujano.

—Doctor, vas a salir de esta —le animó *El Lagarto* con voz firme —, pero antes tienes que ayudarnos para que podamos coger al que te ha hecho esto. ¿Han sido los chinos? ¿Cuántos eran?

—¿Eh? —preguntó el médico frunciendo el ceño—. No, los chinos no.

El Dr. Soto era completamente ajeno a la guerra fría que el burdel para el que trabajaba estaba llevando a cabo con una nueva empresa de la prostitución que acaban de introducir ciudadanos de procedencia china en Zaragoza. La empresa de Suevo ofrecía burdeles de todo tipo repartidos por la capital y otras ciudades prostituyendo a una gran cantidad de mujeres a las que tenían "en plantilla" en todo momento. Además, como llevaban muchos años, tenían una red de clientes fieles, así como funcionarios, policías, jueces o políticos comprados. Los competidores, por el contrario, habían revolucionado el mercado con un sistema completamente diferente. Ellos no tenían ni una sola prostituta bajo su control, simplemente recolectaban parte del dinero que algunas mujeres ganaban en sus propias casas a cambio de algunas ventajas. Los chinos les ofrecían protección, la posibilidad de llevar a los clientes hasta sus domicilios o transportarlas a ellas, apoyo legal en caso de que se vieran comprometidas con la ley y el acceso a un número mayor de consumidores que aumentaban sus ganancias. Suevo era consciente de que en algunos países europeos este nuevo modelo de prostitución se había impuesto sobre los tradicionales. *El Lagarto*, asimismo, sabía que la mayor parte de las veces este cambio se había materializado tras un gran baño de sangre que había decantado la balanza del lado de los asiáticos. El natural talento empresarial de los chinos, el hecho de que no tuvieran que mantener grandes instalaciones y la posibilidad de que la empresa creciera sin límite impulsada por todas las mujeres y domicilios que fuera necesario habían conllevado que en un par de años se hubieran hecho con la mitad del mercado y hubieran aunado una enorme cantidad de dinero con la que ya podían pagar a un

pequeño ejército de pistoleros que defendiera sus intereses.

—¿No han sido ellos? —aquella respuesta había dejado desconcertado a *El Lagarto*—. Entonces, ¿quién?

Esperaba que hubieran sido los chinos pues la tensión era ya máxima. Suevo había intentado negociar con ellos algunas competencias o terrenos pero había sido imposible. Sus competidores lo querían todo, pero querían respetar la legalidad en el juego, si podía haber tal, y que el libre mercado decidiera quién se imponía. *El Lagarto* avisó a su superior de que si intentaba negociar demostraría que su situación empezaba a ser comprometida pero no le escuchó y ahora tenían que lidiar con aquella negativa. Ahora, tanto él como sus hombres, sabían bien que la sangre llegaría al río en poco tiempo.

—Ha sido esa puta que se fue, Alicia —berreó el Dr. Soto tosiendo un reguero de sangre—. Ahora va normal, con vaqueros y eso, y va armada. Tenía un cuchillo y una pistola. ¡Se coló en mi casa para matarme!

El Lagarto contrajo la mandíbula y aguantó la respiración mientras las venas de su cuello se iban hinchando. Se sentía furioso pero había aprendido a contar hasta diez cuando le daba un arrebato de ira. Mientras lo hacía su mente bullía en vertiginosas reflexiones. Alicia no era la fugitiva aterrorizada que estaban buscando, sino una asesina con sed de venganza. ¿También iría a por él como iba a por el médico?

—No hables más, Tomás —concilió Cristina—. Ya has dicho suficiente y tenemos que curarte.

—Es que hay más, Salgado —volvió a decir incorporándose en la camilla—. No va sola, ¿sabéis? Cuando salió de mi casa me asomé a una ventana para ver cómo se marchaba y… y se metió en el asiento del copiloto del coche y arrancó.

—¿Viste quién conducía? —preguntó.

—No, estaba oscuro.

Aquella información impactó como una bomba en *El Lagarto*. Alicia tenía compañía. ¿A quién podría haber convencido para que le prestara ayuda una muchacha que nunca había salido de los burdeles de su organización sin ir vigilada? Este detalle aumentaba el poder de la fugitiva pero al hombre le dio igual, fuera quien fuese aquel o aquella ayudante, acabaría con su vida también.

CAPÍTULO XVI:

Viernes, 5 de octubre de 2035.

El inspector Torres circulaba en su Megane eléctrico por el centro de Zaragoza en dirección a la Calle el Coso. Sabía que resultaba imposible estacionar allí pero gracias a su estatus de funcionario podría hacer uso de alguno de los parkings privados.

Aquella mañana había decidido tomar la iniciativa. En los últimos dos días el caso del asesinato del señor Abad había quedado prácticamente cerrado. Tenían a la asesina confesa, ésta ya había hablado con su abogado y la prensa estaba informada de su nombre y otros detalles de la investigación. Pese a ello, Carlos sabía que se trataba de un chivo expiatorio.

Hacía escasas horas se había reunido con Ángela, su compañera de la policía científica, que le había confirmado sus reflexiones:

—El ADN de la sospechosa llamada Daniela Vázquez no coincide con el del material biológico que encontramos en las uñas del político. Le corresponde a usted, inspector, dirimir qué relación causal tienen todos estos datos, pero yo le puedo asegurar que la víctima arañó a una mujer rubia y de ojos claros cuyos antepasados más directos procedían del norte de España. Por otro lado, las medidas de la sospechosa encajarían con la descripción extraída del estudio de las lesiones por arma blanca, que habrían sido producidas por una persona de un metro setenta de altura.

Cuando volvió a reunirse con la prostituta para comentarle el resultado del estudio genético descubrió que la entrevista había cambiado sustancialmente. Ahora era su abogado el que hablaba, salvo contadas ocasiones en las que le cedía la palabra sugiriéndole previamente unos límites a partir de los cuales seguir hablando complicaría su situación en el futuro juicio.

—Como ya ha dicho mi cliente —dijo el hombre—, descubrió que Ernesto Abad visitaba a otras prostitutas y tenía la fantasía erótica de agredirlas, por lo que pudiera ser que las muestras halladas bajo sus uñas correspondan a otra mujer. Mi cliente ya ha confesado su crimen y su arrepentimiento, por lo que poco más se puede extraer de este interrogatorio.

Al oír aquello Carlos enmudeció y le miró con severidad. Se trataba de Antonio Menéndez Serrano, un hombre de unos cuarenta años, pelo negro, lacio y corto y gafas cuadradas que ocultaban unos ojos diminutos. Vestía elegantemente con traje, camisa y corbata negras y se perfumaba con una fragancia que recordaba a

aquellas que usan los ancianos.

Ahora, mientras conducía, iba rememorando uno a uno los detalles de los últimos días. El comisario, así como la mayor parte de sus hombres, parecían convencidos de que tenían a la asesina, sin embargo él no lo creía en absoluto y su mejor prueba era haberla visto trabajando en el Pub Extasía. Recordaba bien cómo le había mencionado a una tal Alicia que se había fugado con el dinero. ¿Quién sería aquella mujer? En el fondo, un sentimiento de duda comenzaba a hacerse fuerte en sus divagaciones. ¿Y si, después de todo, Daniela le había contado aquella historia para despistarle? ¿Y si sí que era ella la asesina, había cometido el crimen en el burdel y, entre unos y otros, habían intentado tapar la vinculación inventando la historia de que la prostituta trabajaba por libre? El agente Aranda había hecho un buen trabajo de investigación para él pero, desafortunadamente, había dado pocos datos de interés. Daniela Vázquez era una mujer de veinticinco años, natural de Venezuela. Había emigrado sola a España hacía dos años. No se le conocía trabajo, nunca había cotizado a la Seguridad Social ni visitado el Sistema Nacional de Salud. Tampoco se le conocía delito alguno.

En aquel preciso instante, Carlos reparó en que en la radio llevaban un rato hablando de su caso.

«… caso del asesinato de Ernesto Abad, concejal del Ayuntamiento de Zaragoza, a falta de que se celebre el juicio. Los diferentes partidos políticos no han tardado en manifestar su repulsa por el dato de que el concejal pudiera ser consumidor de prostitución. Las encuestas realizadas en redes sociales, así como los análisis de intención de voto extraídos de los grandes movimientos de información en la red vaticinan un completo colapso de la formación verde para las próximas elecciones. El Partido Feminista conseguiría, según estos resultados, absorber la mayor parte de votos. Entre las causas de esta fuga los expertos aducen el intenso discurso de protesta que estarían realizando, así como su enconada e histórica lucha por la abolición total de la prostitución».

«Más cosas, el joven estudiante de filosofía, Víctor Cerro ha sido finalmente condenado a diez años de prisión por los delitos de atentado contra la libertad religiosa y discurso del odio. Recordemos que en el último Ramadán realizó un acto de protesta enfrente de una mezquita del barrio de Delicias, donde comió un bocadillo de jamón y consumió una cerveza portando un crucifijo al cuello. El estudio de sus redes sociales por la policía encontró numerosas citas que, según la jueza de instrucción, contendrían mensajes de odio y elementos compatibles con islamofobia. La defensa, que esgrimía la libertad de expresión del acusado, el derecho a la protesta en lugares públicos y la ausencia de contenido violento tanto en los mensajes como en sus actos, no ha

conseguido reducir las penas que imponía la acusación».

—¡Bah! —musitó Carlos sintonizando el canal de Old Rock Radio, aquella emisora prohibida que, gracias a un software que había instalado en la inteligencia artificial de su coche, podía localizar en escasos segundos.

Reconoció la canción, era la versión de *"Sweet Dreams"* de Marylin Manson. Los tétricos rasgueos de guitarra, el ritmo pausado pero conciso de percusión y los aullidos del cantante lo acompañaron hasta que, finalmente, se apeó del vehículo en el parking y prosiguió andando.

El despacho del abogado se encontraba en el séptimo piso de uno de los edificios más emblemáticos de la Calle el Coso. Se componía de varias salas, una para que los clientes esperaran, donde permaneció varios minutos aguardando, una para la secretaria, un baño, otra que no supo para qué servía y el despacho propiamente dicho.

—Inspector Torres, ¿no hemos hablado ya suficiente esta mañana? —le recibió el señor Menéndez Navarro tendiéndole una silla.

—Señor abogado, los que me conocen bien saben que no me gusta andarme con rodeos —comenzó Carlos esbozando una sonrisa condescendiente—. He venido aquí para que me cuente la verdad sobre su cliente. Sé perfectamente que Daniela Vázquez no asesinó a la víctima.

—Hay pocos casos en los que el asesino se entrega y confiesa. Sé que usted es un hombre concienzudo, inspector, pero quédese con lo fácil y cierre el caso.

El abogado hablaba aparentando confianza pero no podía ocultar que cierto nerviosismo afloraba en su tono de voz.

—Insisto, sé que Daniela no es la asesina. No coinciden los test genéticos y eso, para mí, es importante. Además, sé que esa mujer ejercía la prostitución en el Pub Extasía, aunque ella lo niegue. El asesinato debió producirse, pues, en ese lugar.

—Esas acusaciones son muy serias, inspector —respondió Menéndez Serrano—. ¿De verdad las va a sostener? ¿Se atrevería a mantenerlas en un juicio? ¿Tiene alguna prueba?

Durante varios minutos, Carlos intentó extraer algún dato que le ayudara. No podía aceptar que se cerrara la investigación, pues estaba convencido de que no habían desentrañado ni la décima parte de los crímenes que allí se habían cometido. El abogado se mostró tajante y supo mantener los papeles hasta que le dijo:

—Ahora me queda claro que usted trabaja para el burdel del Pub Extasía. De muy mala manera podría la señorita Vázquez pagar sus servicios si no fuera porque lo hacen esos mafiosos. ¿Por qué

Daniela? ¿Eh? ¿Qué habéis hecho para que se ofrezca como mártir?

Entonces el abogado estalló. Se puso en pie y comenzó a gritar soltando algún que otro gallo.

—Inspector, no le tolero… No le he dejado entrar hasta aquí para permitirle… pero —mudó el tono hacia el sosiego de nuevo—. Ahora que tenemos visita igual quiera sacar usted sus propias conclusiones. Caballeros, el inspector Torres y yo hemos acabado.

Carlos se quedó petrificado en el asiento durante varios segundos y, poco a poco, fue girándose para ver a los individuos a los que se había referido. Eran tres hombres de formidables proporciones y rostros amenazadores. Reconoció a Salgado, aquel proxeneta que trabajaba para la señora Meyer en el Pub Extasía. Intuyó que debía ser el líder de los otros dos, pues estaba en medio. Entre ellos encontró al imponente rumano de casi dos metros que se había encontrado en la puerta del burdel cuando entró en él. Cayó en la cuenta en ese momento de que desde que se presentó a la secretaria y fue atendido por el abogado pasaron varios minutos en los que con toda seguridad éste debió alertarles de su llegada.

Sin esperar que le dijeran nada se puso en pie y abandonó el despacho. En todo momento mantuvo la cabeza bien alta, el contacto visual y los hombros relajados. En su rostro se podía leer una sonrisa de seguridad. Cuando atravesó aquella muralla de músculos avanzó hasta el ascensor escuchando cómo unos pasos le seguían. Las puertas se abrieron, entró y observó en el espejo cómo los tres hombres se introducían también quedando a escasos centímetros de él. Todos le miraban con seriedad.

A mitad de recorrido Salgado pulsó un botón deteniendo en seco el aparato. Tras ello dijo en la oreja de Carlos:

—Inspector, es la segunda vez que nos vemos. Está usted husmeando donde no le conviene, créame. Ha encontrado usted a la asesina y debería sentirse feliz por ello. ¡Enhorabuena!

El chulo hablaba con cierto deje de sorna. El inspector, que quería mantenerse firme, se giró poco a poco rozándose con ellos y le miró a la cara. Salgado era un poco más alto que él, de modo que la nariz del inspector quedó a un par de centímetros de su barbilla. Ambos podían sentir el aire de sus exhalaciones barriendo sus respectivos rostros.

—Quédese con el premio y no busque más porque, ¿sabe qué?, el que busca encuentra, y quizá no le guste lo que encuentre. ¿Ha entendido, inspector?

—Entiendo perfectamente a dónde quiere llegar.

Durante varios segundos ambos hombres se miraron sin pestañear. La situación comenzó a ser muy tensa pero ninguno de ellos quería torcer primero. Finalmente, sintiéndose satisfecho con

aquella respuesta, Salgado pulsó el botón y el ascensor siguió descendiendo.

Una vez la brisa de la calle volvió a azotar su rostro, y sabiendo que había perdido de vista a los matones, Carlos agachó la cabeza, frunció el ceño, miró hacia un lado y murmuró:

—Entiendo perfectamente a dónde quiere llegar, pero yo también sé lo que quiero, y lo que quiero es llegar hasta el final.

CAPÍTULO XVII:

La decoración de la oficina de la Fundación Isthar era de lo más parca, pero al inspector Torres le gustaba ese tipo de mobiliario. Se trataba de un reducido piso de no más de sesenta metros cuadrados en el Paseo Sagasta. La disposición de los tabiques, sin embargo, había conseguido crear la sensación de que el lugar era mucho más espacioso. El suelo era de madera grisácea, las paredes blancas y los muebles de un color que oscilaba entre el gris y el blanco. De aquella manera, cualquier elemento decorativo llamativo, como una flor o un libro, captaba poderosamente la atención.

Se sentía desolado después de la situación que acababa de vivir en el despacho del abogado hacía un par de horas. Sus superiores, así como la prensa, parecían cómodos con la versión de que Daniela fuera la asesina. Muy pronto el caso se cerraría y ya no tendría ningún tipo de justificación oficial para seguir trabajando en él. De hecho, comenzaba a creer que su visita al señor Menéndez Serrano podría haber estado fuera de la legalidad e incluso podría ponerle en un apuro si el hombre se decantaba por denunciarle. No podía confiar en el comisario y ya ni siquiera disponía de sus hombres libremente. ¿A quién acudir? En su cartera, en una tarjeta de pequeño tamaño, tenía la respuesta.

Helena Vega no tardó en recibirlo. Tras abrirle la puerta de la fundación le dijo por el telefonillo que aguardara en la sala de espera. El inspector no tuvo que esperar ni cinco minutos hasta que la vio aparecer. Vestía con un traje femenino que realzaba sus curvas similar al de la última vez que la vio. Sus tacones, altos y negros, que finalizaban unas piernas delgadas pero esbeltas, resonaron en el suelo anunciando su llegada. La melena se le antojó, sin lugar a dudas, despampanante. Era abundante, larga, ondulada y oscura como una noche sin luna.

—Buenas tardes, inspector. ¿Le sirvo café?

—Por favor —se limitó a responder.

Con un gesto le indicó que la acompañara hasta otra sala. Cuando entró descubrió que se trataba de un lugar de reuniones, con una amplia mesa redonda de cristal flanqueada por seis cómodas sillas. Había una cafetera en una pequeña estantería que, por lo demás, estaba completamente vacía.

—Le llamará la atención lo vació que está esto —dijo Helena esbozando una amplia sonrisa que mostró unos dientes blancos que contrastaban con sus labios pintados—. Como sabe, nos acabamos de mudar a Zaragoza y esperamos tener éxito en nuestras

reivindicaciones.

—¿Está usted sola aquí? —preguntó Carlos cogiendo el café con las manos y deleitándose con el calor que desprendía.

—Hoy sí. César ha salido. No tenemos más socios por el momento aunque los simpatizantes y colaboradores no han parado de crecer desde que abrimos nuestra web. ¿Acaso viene usted a unirse a nosotros?

Carlos se limitó a sonreír y dar un largo sorbo al café. La mujer volvió a hacerle un gesto que enseguida interpretó como que debía sentarse, cosa que hizo. Ella se situó justo enfrente clavando sus ojos claros en los suyos.

—¿Y bien? ¿A qué debo el gusto?

Durante casi media hora el inspector explicó todos los detalles de la investigación del asesinato de Ernesto Abad. Relató los hallazgos de la autopsia, los resultados de las pruebas genéticas, su visita al burdel del Paseo María Agustín, las revelaciones de Daniela, que posteriormente se entregaría como asesina confesa. También le contó lo que le acababa de ocurrir en el despacho del abogado. Tras acabar, y feliz de que la mujer apenas le hubiera interrumpido, dijo:

—Como ve, estoy solo en esto. Apenas la conozco a usted pero algo me dice que es "de los buenos", si queda gente así en el mundo. Creo sinceramente que nuestros intereses son los mismos y he venido para ofrecerle todo lo que sé y ver de qué manera podemos ayudarnos mutuamente.

Helena tomó una amplia bocanada de aire y se levantó sin decir nada a servirse un café. El inspector hizo un ademán para pedir otro, deseo que su interlocutora satisfizo. Ahora era su turno de hablar, así que se sentó y comenzó a hacerlo.

La directora de la fundación le confirmó que aquel abogado con el que acababa de hablar trabajaba para el burdel del Pub Extasía. Tras ello, sacó una Tablet de un cajón y abrió una serie de documentos que le fue enseñando. En ellos le reveló fotografías y datos de interés referentes a las investigaciones que había realizado su fundación sobre la prostitución en España. Le enseñó a Juan Suevo, quien, según ella, era el líder de la organización. Le mostró también a algunos de los hombres de confianza del empresario, entre los cuales Carlos reconoció a Salgado, alias *El Lagarto*, y al rumano, que se llamaba Andrei. Allí también había imágenes de un médico apellidado Soto y una mujer que, según le dijo, era la madame y se llamaba Cristina Meyer. Tras ello le enseñó una lista de personajes públicos que estaban relacionados directa o indirectamente con aquel mundo. Reconoció a políticos, empresarios, futbolistas, actores…. También volvió a reproducir

grotescos vídeos e imágenes de La Factoría e incluso la localización de otros burdeles de menor tamaño repartidos por toda la zona norte del país. Aquello tenía mayor envergadura de lo que imaginaba.

—Como ve, inspector, esto es serio. El objetivo de la Fundación Isthar es que todo este infierno acabe para poder salvar a esas chicas y acabar con los delincuentes.

—¿Cómo hemos llegado hasta esto? —preguntó Carlos apurando el último trago de su segundo café.

Entonces Helena se levantó de su silla y se sentó en la que estaba justo a su lado. Carlos retiró instintivamente la suya pensando que se disponía a salir de la habitación pero detuvo el movimiento al ver que solo quería sentarse más cerca. La mujer puso su mano derecha sobre la rodilla del hombre y le dedicó una sonrisa maternal. El inspector pudo notar una palma caliente y húmeda. Desde aquella distancia observó que, sin duda, se trataba de una mujer espectacularmente hermosa.

—Esto, señor inspector, lleva años podrido. ¿Se acuerda de lo que hablamos en el Restaurante Laureado? Aquí ha habido un montón de gente que ha hecho oídos sordos a la realidad y creyendo alzarse como paladines de la justicia han arruinado la vida de miles de personas. Usted tendrá unos cuarenta años, ¿cierto? Supongo que no se acordará de cómo eran las cosas antes.

«Durante la primera y la segunda década de nuestro siglo, en este país la prostitución no era ilegal. No era un sistema perfecto, pero algunas prostitutas podían ejercer libremente su trabajo. Cierto era, también, que pese a ello seguía habiendo trata de blanca y explotación de seres humanos pero, ¿sabe qué? Eso estaba prohibido. Así pues, nos encontrábamos en una especie de vacío legal donde se perseguía a las mafias pero se permitía la prostitución».

«Ahora bien, en aquellos años algunos países europeos cambiaron su política en lo referente a este mundo y, como recordará, a nuestro país le tocó a mitad de los años veinte. Unos países decidieron multar a los consumidores y otros a las prostitutas. El nuestro decidió multar a ambos. ¿Qué consiguieron? Esa es la respuesta a su pregunta; consiguieron esto. Las multas y encarcelamientos conllevaron que la prostitución libre, entendiendo esta como aquella en la que el profesional del sexo ejerce sin coacción, ofreciendo los servicios que desea y percibiendo la retribución que él o ella estima oportuno, desapareció consumida por los esfuerzos de la policía, el escarnio público de la sociedad en las redes sociales y la intransigencia política de nuestros líderes».

El inspector se sorprendió a sí mismo embaucado por el

monólogo de la mujer. Se dio cuenta de que la miraba a los labios mientras hablaba por lo que enseguida volvió a cruzar la mirada con ella. Encontraba la compañía de Helena tremendamente agradable a la par que turbadora.

«¿Y quién se beneficia de esto?, se preguntará» continuó. «Pues las mafias, que son expertas en sacar rédito a la desesperación humana. Le sonará increíble pero ninguna de las nuevas leyes de los años veinte se dedicó a perseguirlas. Quedaron totalmente al margen, como si jamás hubieran existido o como si se pensara que con los cambios se disolverían por su propio peso. Y la gente no hizo nada, ¿sabe? Nadie se quejó porque la prensa, los políticos y las redes sociales no tardaron en cantar las alabanzas de las nuevas leyes. Eran tan perfectas que cualquiera que las criticara firmaba su sentencia de muerte social y no son pocos los políticos y las organizaciones que fueron silenciadas y se vinieron abajo por hacerlo».

«Así es, las mafias vivieron un increíble esplendor ya que nadie les puso freno y con ello aglutinaron bajo su manto asesino a todas aquellas mujeres que quisieron seguir ejerciendo la prostitución. También llenaron aquella incesante demanda con miles de chicas jóvenes desesperadas, pobres, huérfanas o inmigrantes a las que engañaban para traerlas aquí y luego las amenazaban con matarlas si no satisfacían una ficticia deuda imposible que habían contraído. Y el monstruo no ha parado de crecer pese a que nuestros políticos y el aparato propagandístico de los paladines de la corrección siguen diciendo que no existe, que son las conductas machistas de los ciudadanos corrientes las que permiten que la prostitución siga existiendo porque, lógicamente, si no hubiera consumidores no habría producto. Esa es la lógica a la que hemos llegado tras miles de años de historia, ¿no le parece tierna, inspector?»

—Todo esto que me cuenta es espantoso —respondió el hombre meneando la cabeza—. Yo no era consciente de que esto… yo no…

—El baño de realidad siempre es doloroso, inspector —continuó Helena—. Y ahora me viene usted con que esa fugitiva, esa tal Alicia, es la asesina. Bien, esa muchacha asustada parece que está aplicando una ley que deberían, con el debido respeto, aplicar sus compañeros los policías. Ese Ernesto Abad era sin duda un hombre despreciable. ¿Y si Alicia se mueve por sed de venganza? ¿Y si está desesperada? ¿Qué haría usted en su situación, inspector?

Carlos volvió a sentirse turbado. Quería hablar pero las palabras no afloraban de su garganta. Helena estaba cada vez más cerca, casi podía sentir su calor. Al olor de su fragancia ahora le acompañaba el propio del cuerpo de mujer.

—Pues la verdad es que yo ya no sé quiénes son aquí los buenos

o los malos —acabó respondiendo—. Quizá esa chica, Alicia, sea una buena persona.

—Y sigue intentando encasillar a la gente en buenos o malos, cuando nadie es una criatura pura. Todos los seres humanos tienen una bestia dentro que puede aflorar en cualquier momento. No es difícil pero si uno se entrena y lee un poco, sobre todo de los libros antiguos, los del siglo pasado y principios de este, que ahora están prohibidos, puede incluso verlas.

El inspector no podía aguantarlo más. Lo que *El Lagarto* no había conseguido lo había logrado aquella mujer. Estaba tan cerca que le resultaba violento por lo que, con delicadeza, apartó un palmo su cuerpo aplastándolo contra el respaldo de la silla. Helena advirtió el gesto, de modo que, sonriendo, se retiró también y levantó la mano de su rodilla. Instantáneamente Carlos echó de menos aquel contacto. ¿Qué le ocurría?

—Bueno —acabó diciendo tras unos segundos de incómodo silencio—. ¿Qué deberíamos hacer ahora? He de reconocer que mi investigación se ha quedado un poco estancada.

—No se preocupe, inspector. Yo tengo la firme convicción de que si trabajamos juntos daremos caza a todos esos monstruos. Salga ahí fuera y siga molestando, siga usando sus contactos en la policía para avanzar en el caso. Nosotros también estamos trabajando en ello y cada vez son más las pruebas que tenemos contra ellos. Tengo a César dedicado al cien por cien en esto. Es un hombre increíble y muy capaz, ¿sabe que ha estado en la guerra?

Los ojos del inspector fulguraron con aquel dato y un relámpago de satisfacción recorrió su cuerpo. Su intuición le había dado aquella información la primera vez que lo vio, justo cuando le estrechó la mano. Aquel tipo de detalles siempre alegraban a un buen detective.

—Bueno, creo que la próxima vez que lo vea le preguntaré al respecto —respondió asintiendo con la cabeza—. Ahora no me atrevo a preguntar en qué guerra ha luchado, demasiadas emociones fuertes por hoy. Creo que… debo marcharme.

—Como quiera, inspector.

Los dos nuevos aliados se pusieron en pie y caminaron hacia la puerta. Cuando llegaron hasta ella Carlos atravesó el portal. Tras ello se giró y se despidió con un ademán. La mujer sonrió de nuevo y le puso una mano en el hombro que indicaba que prefería el típico despido español de darse dos besos. Carlos lo entendió y se agachó para cumplir con el protocolo. El primer beso impactó en su mejilla derecha, regando de aquella sutil fragancia sus fosas nasales. El segundo fue a parar justo a la comisura izquierda de los labios. El calor y la humedad de aquel contacto se convirtieron en una especie

de hierro candente que provocaba miles de sensaciones en aquel punto.

—Seguimos en contacto, inspector —dijo Helena con un hilo de voz mirándole a los ojos—. Recuerde que esta fundación es su casa, si lo desea. Acabaremos con esos cabrones.

CAPÍTULO XVIII:

Sábado, 6 de octubre de 2035.

El furgón vibraba violentamente con cada pequeño bache que superaba. Avanzaba a gran velocidad por las calles de Zaragoza con un destino claro. En su interior viajaban cuatro personas incluyendo al conductor. Todos ellos iban fuertemente armados con subfusiles, pistolas y alguna granada. Vestían enteramente de negro y en la cabeza portaban un pasamontañas que se colocarían nada más bajar del vehículo.

Uno de ellos era Rodrigo Salgado, al que llamaban *El Lagarto*. El otro era Alberto Calvo, uno de sus hombres de mayor confianza. El conductor era un chico nuevo, apenas lo conocía. El cuarto tampoco llevaba mucho tiempo con ellos pero había sido militar y sabía lo que hacía.

—¡Vamos, vamos! Atentos—les animó *El Lagarto*.

Hacía una hora había reunido a todos los hombres que trabajaban para Suevo en La Factoría. Tuvo que dejar bajo mínimos los locales y aquello, teniendo en cuenta que era sábado por la noche, era una decisión arriesgada. De cualquier forma, su jefe había sido claro con la orden y tenía que ejecutarla. En uno de los almacenes de la parte posterior, lejos de los ojos de los curiosos, formó un círculo con todos ellos. Allí contó alrededor de cuarenta. Tras varios segundos de silencio comenzó a decir a los suyos:

—Suevo ha decidido hoy que debemos asestar un golpe mortal a nuestros enemigos. Como algunos sabéis, una panda de chinos han venido a nuestra ciudad a disputarnos el negocio. No va por vosotros —dijo señalando a los dos hombres que tenía bajo su mando que eran claramente asiáticos.

Con aquel comentario provocó las carcajadas de los hombres, incluidos los aludidos. Todos sabían que aquella noche peligrarían sus vidas pero aquella broma sirvió para relajar el ambiente.

—Pues bien, los chinos no tienen grandes locales como nosotros donde podamos dar un golpe certero, aunque sí que sabemos de un par de pisos en los que podrían tener armas y dinero. Pero como ya se ha dicho, tienen el negocio distribuido en decenas de casas por toda la ciudad que no son suyas. Sin embargo, un confidente me ha pasado una lista de todos los locales que van a estar activos esta noche, así que esto será lo que haremos. Os he dividido por grupos de tres para que vayáis a todos los lugares que hay en esta lista y liquidéis a los chinos. Si encontráis dinero, droga o armas os las

lleváis. Hay dos grupos que tienen más de dos hombres. En uno van cinco y lo dirigirá Andrei y en el otro somos cuatro y lo mando yo. Estos dos grupos iremos a dos pisos que sabemos que pueden ser cuarteles de los chinos. Se espera más acción allí.

—Señor, ¿qué hacemos con las putas? —preguntó un hombre.

—Bueno, podéis hacer algún destrozo. Si alguna se resiste la matáis. Y con los clientes lo mismo. ¿Queda claro?

—¿Qué esperamos encontrar allí? —preguntó un joven recluta, una de sus últimas adquisiciones.

—Lo que ya os he dicho. Habrá un chino en cada uno de esos locales e irá armado. Puede que haya dos, pero es poco probable. Los destinos son desde pisos hasta casas de las afueras, pasando incluso por habitaciones de hotel.

La noche estaba despejada. Una suave brisa enfriaba lo suficiente como para obligarles a que se mantuvieran en movimiento o bien abrigados.

—Muy bien, coged armas del almacén y montad en los coches que se os han asignado en la lista. Vamos —y diciendo aquello esbozó una sonrisa sardónica—, buena caza.

Ahora, en la furgoneta, sabía que el plan sería demoledor. No había manera de que la mafia rival se esperara aquel golpe tan contundente y masivo. Eran una docena de vehículos los que habían salido hacia todas las direcciones de la ciudad para cazar a sus enemigos. Se esperaba escasa resistencia y además se contaba con el factor sorpresa. Nada podía fallar.

Cuando llegaron, el conductor detuvo la furgoneta en una de las aceras contiguas al edificio de destino. Se encontraban en el barrio de Torrero, en una calle de dos carriles más uno para aparcamiento. El objetivo era una construcción de dos pisos en la cual el bajo parecía un almacén de grandes puertas metálicas y el inmediatamente superior un piso habilitado para vivir. Los cuatro pistoleros escrutaron con detenimiento la fachada y tuvieron la impresión de que no había nadie en el interior. *El Lagarto* miraba repetidamente su reloj; cada vez quedaba menos.

—Vamos —dijo sacando una bolsa y espolvoreando cocaína sobre una tabla que tenían en la parte trasera de la furgoneta—. Dadle un toque a esto y estad preparados. Nos lo vamos a pasar en grande.

Sus hombres obedecieron. *El Lagarto* no quiso recordarles que tenían al médico gravemente enfermo y que deberían intentar que no les hirieran, pues no quería preocuparles.

—Un minuto para las doce —le dijo al conductor—. Vamos, pon el furgón en posición.

Habían sincronizado los relojes para atacar en el mismo

momento y que se minimizaran las posibilidades de que sus enemigos se alertaran unos a otros. Los cuatro matones contuvieron la respiración mientras los segundos se iban consumiendo.

—¡Ya!

Entonces el conductor pisó a fondo el acelerador y embistió con el morro los portones de metal del bajo, que se partieron por la mitad levantando una nube de polvo. Las puertas del vehículo se abrieron de par en par y los cuatro atacantes salieron con los fusiles en alto y las linternas caladas.

El Lagarto, que hizo acto de presencia por la derecha junto a Calvo, vio a dos hombres que les miraban atónitos. Al parecer se habían encontrado hasta ese mismo momento contando dinero y metiéndolo en bolsas. Antes de apretar el gatillo y acabar con sus vidas tuvo tiempo de ver los ojos rasgados que confirmaban que aquel local era el edificio que buscaban. Al otro lado del furgón sus subalternos también abrieron fuego.

—¡Vamos, vamos! Cubrid todo el perímetro. No dejéis a ninguno vivo.

Los encapuchados barrieron todo el bajo, que contaba con casi doscientos metros de superficie. Allí encontraron varios vehículos, cajas con materiales, colchones, dinero y algún arma, pero no se pararon a requisar los hallazgos, pues tenían que ser raudos. Habían liquidado a tres hombres.

—¡Esto está limpio! —gritó Calvo a través de su pasamontañas.

—Pues arriba —respondió *El Lagarto* acercándose a la única puerta que no era la de entrada.

Los cuatro pistoleros se pusieron en posición, dos a cada lado de ella. *El Lagarto* les hizo un ademán y se anticipó. Con un gesto brusco la abrió y se introdujo. Los demás hicieron lo mismo justo detrás. Lo primero que vio fue una escalera amplia que subía. Pese a que estaba oscuro, reparó en que no había nadie en aquella sala, por lo que, sin pensarlo dos veces, comenzó a ascender los peldaños. Apenas había recorrido la mitad del camino cuando desde arriba los defensores abrieron fuego. Las balas pasaron tan cerca de él que tuvo que echarse al suelo.

Agazapado contra los escalones disparó varias ráfagas con su subfusil que impactaron contra los tabiques tras los cuales se parapetaban los chinos. Sus compañeros hicieron lo mismo por lo que en cuestión de segundos el lugar se llenó de un denso polvo que les impedía la visibilidad. El sonido de las explosiones era ensordecedor. Tuvo que imponerse gritando:

—¡Recargad!

Entonces extrajo una granada de su cinturón y la arrojó hacia sus atacantes. Mientras pasaban los segundos hasta la detonación,

que se le hicieron eternos, efectuó alguna ráfaga para que no volvieran a asomarse. Cuando finalmente la explosión se produjo, apareciendo fugazmente una llamarada que invadió los primeros escalones, aulló:

—¡Ahora, arriba!

Poniéndose en pie emprendió la carrera hasta el siguiente piso sabiendo que los demás lo seguirían. El polvo le impedía ver pero se había hecho una imagen en la memoria antes el tiroteo y sabía precisamente hacia donde tenía que ir. Cuando atravesó el marco de la puerta tropezó con los cuerpos de los defensores pero como no podía verlos les disparó por si todavía seguían vivos. Sin detenerse siguió avanzando hasta abandonar la nube de yeso en polvo. Uno a uno sus hombres también fueron emergiendo de las tinieblas.

Se encontraban en un largo corredor a cuyos lados se disponían habitaciones. Caminaban despacio cubriendo con los cañones de sus armas cualquier resquicio. No necesitaron comunicarse para ponerse de acuerdo sobre la mejor manera para hacerlo. *El Lagarto* avanzaba hasta superar una pareja de puertas, Calvo y el conductor abrían cada una de ellas y se introducían en la habitación para registrarla y el antiguo militar se quedaba un par de pasos por detrás para reforzar la cobertura del líder y adentrarse en alguna habitación si el explorador encontraba resistencia. Por aquel método fueron superando cada una de ellas. La mayoría estaban desiertas pero en ocasiones encontraban mujeres aterradas que intentaban ocultarse bajo el colchón. Por el momento las ordenes habían sido claras; liquidar a todo ser viviente con el que se toparan.

Justo cuando Calvo y el conductor desaparecían en la siguiente intersección un hombre armado emergió al fondo del corredor. *El Lagarto* efectuó dos disparos que le segaron la vida. El primero impactó en el pecho y el segundo en la cabeza. Ni siquiera se inmutó.

Cuando registraron todas las habitaciones y llegaron al final del pasillo descubrieron que se comunicaba a la derecha con una amplia sala. Era probable que allí hubiera resistencia por lo que con un nuevo gesto el líder los exhortó a que estuvieran listos. Uno a uno fueron revisando que sus armas siguieran operativas y que el cargador estuviera lleno y, tras ello, se lanzaron a batir el nuevo terreno.

Como habían sospechado, en el lugar se encontraban varios chinos armados. Dispararon pero no pudieron resistir el empuje de los cuatro asaltantes, que uno a uno los fueron liquidando. En la sala, que era una amplia estancia con sillas, mesas y cajas, se habían guarecido una decena de prostitutas. La mitad de ellas habían

fallecido en el tiroteo y el resto se agazapaban como podía entre sus compañeras. Estaban bañadas en sangre, semidesnudas y aterrorizadas. *El Lagarto* pudo observar que solo unas pocas eran chinas; entre ellas había mujeres de todas las razas y nacionalidades.

En el intercambio de disparos el joven exmilitar había sido herido en el brazo pero se trataba de una herida de poca monta. *El Lagarto*, dándose cuenta de ello, dijo al conductor:

—Tú, ayuda a este hombre a llegar a la furgoneta y sácala del almacén para que podamos huir de aquí. Calvo, tú registra todo el edificio y mira qué podemos llevarnos.

Y tras ello se giró hacia las mujeres, les apuntó con su subfusil y vació un cargador. En escasos segundos los gritos quedaron ahogados bajo el estruendo de los estallidos. Finalmente, el chasquido de los últimos casquillos impactando contra el suelo sumió en silencio la sala.

El Lagarto se volvió hacia sus hombres y sonrió. Lo habían conseguido. ¿A cuántos habían matado? ¿Diez? En su mente se fueron representando una a una las imágenes del resto de su equipo liquidando enemigos por las casas de las prostitutas. A uno le disparaban limpiamente desde cierta distancia. A otro lo golpeaban con la culata y lo mataban a bocajarro. Uno conseguía zafarse pero era acribillado en mitad de la calle mientras intentaba escapar.

El chulo sonreía. Había sido un trabajo limpio y excelente. No necesitaba ni la felicitación de su jefe; se sentía feliz por el simple hecho de haber cumplido tan bien sin perder a ningún hombre. Con detenimiento los miró uno a uno y su sonrisa dio paso a una risa incontrolada. Los aludidos no tardaron en prorrumpir en otra sonora carcajada.

CAPÍTULO XIX:

Lunes, 8 de octubre de 2035.

Alicia esperaba sentada en una de las escaleras que daban entrada a la Facultad de Ciencias de la Universidad de Zaragoza. Eran las once de la mañana de un día que había amanecido radiante y templado. A no mucha distancia de donde se encontraba un puñado de estudiantes dialogaban animadamente. Ellos también estaban en la escalinata, pero tras varios minutos de ver cómo se comportaban la joven descubrió que parecían pertenecer a especies totalmente distintas.

Ella llevaba unas enormes gafas de sol que le cubrían media cara y sobre la cabeza un gorro de lana pugnaba por cubrir sus cabellos dorados. De nuevo había elegido un atuendo cómodo, con vaqueros, deportivas y cazadora. Tenía tanto dinero que la ropa se le antojaba baratísima.

—Lo del sábado por la noche finalmente no fue un atentado, ¿sabéis? —dijo una de los estudiantes, una joven que vestía con una larga falda y chaqueta vaquera.

—No, pero no han faltado *les garrules* a echar la culpa a *les* de siempre —respondió otra compañera, una que estaba almorzando un pequeño bocadillo.

—Es una vergüenza —respondió con inequívocos signos de indignación un joven con bigote y perilla.

—Bueno, pero reconoceréis que al principio parecía un ataque de la Yihad —insistió la de la falda—. Diez golpes simultáneos por hombres armados, explosiones, decenas de muertos. ¿No os parece el mismo *modus operandi*?

—Se llama matar —le dijo el varón—. Matar se mata igual, ya bien sean *terroristes* o *proxenetes*, como fue el caso. No está bien echar la culpa de cualquier asesinato a *les musulmanes.*

—Solo estoy diciendo que a priori parecía terrorismo. Luego la prensa lo desmintió.

—Sí, pero las redes sociales ya estaban incendiadas de *fascistes, racistes e islamófobes* haciendo pagar el pato al colectivo con más riesgo de exclusión social —aportó la del bocadillo sensiblemente afectada—. Yo quise razonar con *elles* pero dijeron cosas horribles que me hicieron sentir enferma, así que me dediqué a denunciar sus perfiles a la policía.

—Hiciste bien —corroboró el joven—. No se puede dialogar con la extrema derecha, hay que aplastarla.

—Pero vamos a ver —volvió a decir la de la falda elevando el tono de voz—. ¿Cuánto hace del último atentado reivindicado por el Califato? ¿Un mes? Menos si contamos aquella mujer que cayó degollada en su casa.

—Eso fue violencia machista.

—¿Una mujer muerta por un hombre desconocido que entró en su casa gritando "Allahu Akbar" y la degolló, con un comunicado posterior del Califato reivindicando el atentado es violencia machista? —la muchacha de la falda parecía indignarse por momentos—. No, no lo fue. Fue un atentado yihadista. Y si tenemos en Europa un atentado a la semana y ocurre un tiroteo con varias bombas, el sentido común nos dice que lo más probable, hasta que se demuestre lo contrario, es que haya sido provocado por ciudadanos de religión musulmana. ¿Me equivoco?

—No está bien generalizar. Esta vez nos habríamos equivocado y por la ligera hemos demonizado a un colectivo. Por conductas racistas como estas es por lo que luego una minoría se radicaliza y comete atentados.

—¿Pero de verdad piensas eso? Esto no tiene nada que ver con el racismo. Es la religión que tienen, que está podrida y corrompe a la gente. Allá donde el Islam se impone a las leyes se nubla el entendimiento de las personas y se crea un clima propicio para la violencia. ¿Es que no habéis leído ni un solo libro de historia? Ya sabéis… no los del instituto, los que están descatalogados, los de antes.

—Eso que estás diciendo me está ofendiendo —dijo la del bocadillo guardándolo de nuevo en su bolsa y conteniendo una lágrima.

—¡Que somos científicos! ¿No? Estudiantes de geología —volvió a la carga la chica de la falda poniéndose en pie—. Estamos aquí para pensar. Ya sabemos que con nuestros vecinos de la facultad de enfrente tenemos la batalla perdida pero nosotros todavía analizamos el mundo con sentido racional, ¿no? Si un fenómeno ocurre el 95% de las veces por una causa, y ese fenómeno se repite hace dos días, lo que haría todo científico es interpretar que hay un 95% de probabilidades de dicha causa haya ocurrido previamente, ¿no?

—No quiero seguir hablando de esto, Laura —dijo la chica del bocadillo—. Me voy antes de que sea peor. Últimamente pareces de la alt-right.

—Espera —gritó el joven del bigote cuando vio a su amiga marcharse corriendo—. Tía, a veces eres… ¡Espérame, Clara!

A Alicia le sorprendió lo que acababa de ver. Apenas escuchó la conversación, ya que estaba demasiado ocupada viendo cómo se

comportaban, la despreocupación y la felicidad de sus rostros y los insignificantes problemas que les acuciaban. Ella había estado explotada desde que tenía uso de memoria y apenas había salido pero con aquella escena pudo confirmar que había gente fuera de los burdeles que llevaba una vida normal, tal y como había leído en sus libros. ¿Qué hubiera estudiado ella si hubiera podido? ¿Habrían tenido esos jóvenes relaciones sexuales no consentidas alguna vez? ¿Era uno diferente a la hora de entender el mundo cuando había sido libre toda su vida?

Pero entonces sus pensamientos se detuvieron en seco, pues a lo lejos vio a su objetivo. Un hombre caminaba por el césped que bordeaba el estanque central de la universidad. Cubría su cuerpo con una gabardina grisácea en cuyos bolsillos ocultaba sus manos. Parecía inquieto, ya que miraba a diestro y siniestro en todo momento.

Era el momento. Alicia se puso en pie y caminó hacia él. Apenas había recorrido la mitad del camino cuando el hombre la reconoció y, dejando de dar vueltas sobre sí mismo, quedó inmóvil mirándola. Mientras se iba acercando la joven pudo observar cómo su mandíbula se iba desencajando y sus ojos se iban abriendo como platos. Cuando llegó hasta él, le dijo:

—¡Eres tú!

—Inspector Torres —respondió—. Es un placer verte en persona.

Durante varios segundos no dijo nada más y dejó que el policía asimilara que tenía ante él a la asesina que tanto había buscado. Aquella misma mañana Alicia había telefoneado a la comisaría para preguntar por él. Cuando por fin le pasaron la llamada se identificó como una prostituta del Pub Extasía que tenía información relevante sobre el caso. Lo había citado en el centro de la Universidad pero en ningún momento le había revelado su verdadera identidad.

—¿Por qué? —el inspector tartamudeaba—. Llevo una semana buscándote y ahora… ahora… apareces así.

—Ya ves, inspector. Te he seguido por la televisión a diario y me siento realmente compungida de que esos cabrones hayan obligado a Daniela a entregarse y fingir que ha sido ella. Es mi mejor amiga, ¿sabes?

—¿Y por qué lo hace? —preguntó Carlos, para el cual todo cuanto rodeaba a aquella muchacha se había difuminado hasta convertirse en una masa borrosa de colores otoñales. Ni siquiera podía reconocer ningún sonido que no fuera su voz, pues los ruidos se habían transformado en un zumbido fácilmente enmascarable.

—Daniela Vázquez era madre soltera de un niño pequeño en Venezuela. Apenas podía mantenerlo allí por lo que cuando unos

hombres le aseguraron que le harían un contrato en España de camarera con un buen sueldo no se lo pensó. Cuando llegó aquí le dijeron que por el viaje y el contrato había contraído una deuda millonaria y que tendría que prostituirse para satisfacerla. La amenazaron también con matar a su hijo si no lo hacía. ¿Te imaginas lo poco que les habrá costado obligarla a confesar un crimen que no ha cometido, aunque ello implique diez o veinte años de cárcel?

—¿No fue ella, pues?

—Fui yo, si ya lo sabes, ¿no? Te he visto hoy hablar en la prensa. Estoy segura de que tu jefe estará muy enfadado por tus declaraciones. Afortunadamente para todos menos para nosotros, la batalla campal de anteayer entre proxenetas ha copado todos los informativos.

—¿Por qué has venido hasta mí? —cambió de tema el inspector —. ¿Has venido a entregarte?

—No —respondió Alicia sonriendo—. De hecho, ni siquiera me llevarás presa.

—Eso no… eso… te vendrás conmigo. Soy policía.

—No iré contigo hasta que escuches todo lo que te tengo que decir, ¿de acuerdo?

Carlos no respondió. Durante algunos segundos permaneció en silencio hasta que, finalmente, asintió con la cabeza. Alicia entonces inició un largo monólogo en el que le relató todas las penurias que había pasado en su vida. Le habló de que no tenía ningún recuerdo de su niñez o de su familia pero que poco a poco sus memorias iban regresando e iba conociéndose mejor a sí misma. Creía que el asesinato de Ernesto Abad la había hecho despertar de una especie de letargo en el que se había sumido hacía ya varios años.

Cuando le explicó que era muy niña cuando comenzaron a prostituirla Carlos se estremeció. Mientras le relataba sus experiencias con el difunto político y otros muchos, observaba como su oyente arrugaba la frente, entrecerraba los ojos, mudaba el rostro hacia la ira y hasta se mordía el puño. Luego le reveló los detalles de cómo *El Lagarto* y sus esbirros la golpeaban y violaban hasta casi morir, cómo un médico la curaba en tiempo récord para poder seguir sacando partido a su cuerpo, cómo una madame, Cristina Meyer, se ganaba su confianza y la de sus compañeras con cierto comportamiento maternal que luego usaba para arrancarles el corazón sin ningún tipo de escrúpulos cuando era necesario por el bien del negocio, ya bien fuera traicionándolas, ordenando que les pegarán o incluso infligiéndoles daño psicológico. Nunca la vio maltratar físicamente a nadie, ese trabajo quedaba para los matones, que la mayoría de las veces trabajaban bajo sus órdenes.

También le habló del abogado Menéndez Serrano, que tantas veces había librado de apuros a todos aquellos proxenetas que cayeron bajo el peso de la ley, empleando para ello acciones tanto legales como criminales.

Prosiguió su relato revelando nombres de decenas de individuos de renombre, políticos, famosos y gente pudiente, que permitían que aquella situación siguiera adelante. La lista de aquellos clientes, muchos de ellos conocidos activistas contra la prostitución, consiguió que Carlos comenzara a sentir náuseas. Finalmente, Alicia explicó:

—Como ves, este mundo está podrido. Es muy difícil saber quiénes son los buenos y los malos aquí.

—Probablemente nadie sea un organismo puramente bueno o malo —respondió el inspector conmocionado—. No todo es blanco o negro, es gris. Todos tenemos algún demonio dentro pero, por lo que me dices, hay mucha más gente en la que manda este demonio que la que no.

Alicia sonrió, agachó la cabeza y extendió las palmas de las manos en señal de conformidad.

—Pues como ves, he venido a contarte todo esto y a pedirte algo más —añadió—. Ya ves que no soy tu enemiga. Espero que esta conversación sirva para que te des cuenta de que tienes que dejar de ir a por mí. Céntrate en cogerlos a ellos, los verdaderos criminales. Además, si los coges antes que yo los salvarás.

—¿Cómo es eso? —preguntó el inspector frunciendo el ceño.

—¿No lo has adivinado todavía? Voy a por ellos —Alicia se iba emocionando por momentos, la voz comenzó a flaquearle y un cálido picor comenzó a inundar sus ojos—. Voy a cargarme a todos esos hijos de puta por lo que me han hecho.

Carlos cruzó los brazos y aguardó pacientemente. Ante él una joven de poco más de veinte años pugnaba por no derrumbarse en llanto. Parecía decidida, iracunda y, a la vez, viva. Aquella información, así como conocerla en persona, habían resultado demoledoras para él. Intentaba reflexionar sobre lo que debería hacer pero el impacto había sido brutal y se sentía muy confuso.

—Si no te he encontrado hasta ahora es porque estaba buscando a una muchacha aterrorizada, una fugitiva que huía despavorida de unos hombres y mujeres peligrosos y sin escrúpulos —comenzó diciendo—. Así jamás te hubiera encontrado, pues ahora me doy cuenta de que la valiente y peligrosa eres tú.

Alicia mantuvo la compostura durante varios segundos pero su rostro comenzó a ponerse rojo. La primera lágrima abandonó sus pestañas desplomándose vertiginosamente sobre su blanca mejilla. Aquel hombre era casi un desconocido para ella y no estaba

acostumbrada a que nadie le dijera algo bueno. Sin poder evitarlo se abalanzó sobre él, lo abrazó, metió la cabeza en su pecho e inició un llanto desconsolado. El inspector quedó todavía más desconcertado pero, tras varios segundos en los que permaneció con los brazos abiertos, decidió finalmente rodearla y apretarla contra sí.

La joven lloró durante casi un minuto hasta que finalmente recuperó la compostura y volvió a erguirse a un par de pasos de su interlocutor. Le miró a la cara y lo vio hermoso, como si de una figura angelical se tratara. No en vano, tras él se desplegaba un halo de luz que remarcaba su silueta. No vio aparecer más fantasías sobre su imagen pero sí que comenzó a dibujarse en sus emociones, en lo más profundo de su naturaleza, una sensación de que tenía ante ella a un hombre bueno. Quería volverlo a abrazar, quería incluso hacerle el amor, quería demostrarle que todavía era capaz de amar lo bueno del ser humano allá donde lo encontrara, pero sabía bien que no debía cometer excesos.

—Bien, ya lo has oído todo, inspector. Ahora me voy a dar la vuelta y me voy a marchar, pues tengo una venganza que consumar. Sé que no me vas a detener y que a partir de ahora vas a tener claro dónde dedicar tus esfuerzos.

—¡Espera! —dijo Carlos levantando la mano justo en el momento en que la joven se daba la vuelta—. Ven conmigo a la comisaría, puedo protegerte y con tus declaraciones podremos meter en la cárcel a todos.

Pero Alicia había iniciado la marcha a paso veloz para alejarse de él. Caminaba con los ojos cerrados y contaba hacia arriba. Sabía que si pasaba de diez era poco probable que el inspector la detuviera. Había arriesgado mucho pero sabía que tenía que hacerlo, pues no podía huir de la policía y de los proxenetas a la vez.

—¡He dicho que te detengas! ¡Para! Por favor…

Finalmente, Alicia susurró:

— Ocho, nueve, diez…

CAPÍTULO XX:

Aquella misma tarde el inspector Torres quedó con Helena Vega en la cafetería del Restaurante Laureado. Se sentía tremendamente impresionado por el encuentro con la fugitiva a la que con tanto ahínco había buscado en los últimos días. Creía encontrarse en un mar de dudas, pues las revelaciones que le acababa de hacer habían tocado lo más hondo de su alma. No sabía a quién acudir con sus dilemas y aquello le hizo sentir todavía peor. Ni en el trabajo, ni en las amistades ni siquiera en su familia podría encontrar el consuelo y la paz interior que su corazón anhelaba. Fue entonces cuando fue consciente de que ella, Helena, sí que podría hacerlo.

—Para mí cerveza y para el caballero café —dijo la mujer al camarero—. ¿Acierto?

El inspector se limitó a asentir con la cabeza y a volver a fijar la vista en el servilletero de la mesa.

—¿Y bien? —preguntó Helena posando sus penetrantes ojos en los suyos.

—Es… he visto a Alicia. Quiero decir, Alicia, la asesina del político.

La mujer se quedó boquiabierta ante aquel comentario. En su rostro el inspector pudo observar el claro semblante de la sorpresa por lo que antes de que le abrumara con preguntas decidió contarle con pelos y señales la entrevista que había tenido aquella mañana en el campus universitario.

—Hay que localizar a esa chica —acabó diciendo Helena—, pues es un filón. ¿Cómo pudo dejarla marchar?

—¿Cree que hubiera estado segura en la comisaría? ¿Piensa que alguien creería que ha sido ella y no Daniela Vázquez, que ha confesado y se encuentra pendiente de juicio?

—Da igual, sabe que nuestra fundación podría haberle prestado cobijo.

—Bueno… reconozco que eso no se me ha ocurrido.

Helena escrutó a su compañero durante varios segundos con expresión seria. ¿Qué intentaba desentrañar con aquello? Estaba consiguiendo hacerle sentir incómodo pero, quizá dándose cuenta de ello, sonrió y apartó la mirada. Con un par de ágiles gestos acercó su silla a la de su interlocutor y volvió a mirarle. El inspector se estremeció al recordar las emociones que habían emanado de su ser la última vez que se vieron cuando se le aproximó tanto. No quería que aquello volviera a suceder, pues se sentía vulnerable. ¿No quería, realmente?

—No se torture, inspector. Usted ha dejado marchar a la chica y eso le honra, máxime sabiendo que su deseo es matar a varias personas. Su trabajo consiste en detener a los criminales pero quiero pensar que todavía bajo la rígida máscara que cubre a las personas siguen existiendo seres humanos. Supo que Alicia era de las buenas y dejó que se fuera, desatendiendo sus obligaciones como policía.

—Es terrible —murmuró el hombre apoltronándose en la silla.

—No, no es así —respondió ágilmente la mujer cogiéndole de las manos—. Usted ha hecho lo correcto, no le quepa duda.

—¿Lo correcto? —preguntó el inspector con sarcasmo—. Mierda, llevo toda mi vida intentado hacer lo correcto. He trabajado duro para ser un buen inspector, he respetado todas las leyes, incluidas las absurdas, he sancionado a algún amigo que las estaba incumpliendo, me he desvivido por ser un buen marido y luego un buen padre aunque nadie parezca reconocerlo, he admirado a muchos hombres que creía buenos, a mis superiores… he intentado ser como ellos. Desde que tengo uso de razón he querido cambiar el mundo siendo bueno, ¿sabe? Siempre he pensado que si uno es honrado y honorable en todo momento puede cambiar el ciclo de injusticias y motivar a otros a que lo sean y así, con tiempo, cambiar las cosas. Ahora mi mundo se viene abajo. He visto que nada es lo que parece, he visto que pese a que todo está limpio, bonito y feliz, cada día somos más insensibles ante la miseria humana.

Una lágrima acabó condensándose en el ojo izquierdo del hombre. Carlos había intentado reprimirla pero finalmente la liberó. No le importaba que Helena lo viese llorar. No sabía cómo aquella mujer había llegado a ganarse su confianza de aquella manera, era como si la conociera desde hacía décadas, como si se tratara de una gran amiga de la infancia.

—Y ahora me encuentro en medio de esta mierda, con un caso que no he conseguido resolver. Hay una chica inocente en la cárcel y unos desalmados haciendo crueldades que convierten a seres humanos en desdichadas criaturas. No confío en nadie porque a nadie parece interesarle la verdad. Todos prefieren irse a dormir por las noches con la conciencia tranquila, aunque eso implique ponerse tapones para no oír los gritos de desesperación de sus congéneres. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? Joder, fuimos hace no mucho una sociedad abierta, libre, inteligente y solidaria. ¿Dónde se torcieron las cosas? ¿Cuál fue el motivo? ¿Cómo podemos acabar con todo este infierno?

Helena le dedicó una sonrisa maternal y elevó su dedo índice para limpiarle una lágrima. La acción fue inútil porque en cuestión de segundos una nueva gota comenzó a fulgurar en el otro ojo.

—Carlos, te voy a tutear a partir de ahora, porque empiezo a considerarte más un amigo que un socio. Bienvenido a mi mundo… nuestro mundo. Creo que has salido de la burbuja en la que vive la sociedad y has aceptado la realidad en tiempo récord. Como has dicho, hace nada vivías una vida normal, aburrida, pero normal, y ahora te estás planteando cosas que remueven los cimientos de tu conciencia. Carlos, gracias, ahora veo que estás conmigo en esto. Sé que las dudas y la desesperación atenazan tu corazón, pero créeme, esto tiene solución, y nosotros estamos trabajando en ella.

—¿Y en qué consiste? —preguntó el hombre apretando un poco más la mano de Helena.

—Los vamos a matar a todos.

El inspector no pudo evitar dar un respingo sobre la silla. ¿Qué acababa de oír? Por un momento pensó que volvía a encontrarse en la universidad y que Helena era Alicia con su sed de venganza.

—Los mataremos —repitió—. ¿Qué otra cosa podríamos hacer? Sé que es muy duro para ti oír estas cosas, que debería darte una tregua para que fueras tragando todo esto poco a poco, pero apenas tenemos tiempo. Cada día confiamos menos en que esto tenga una solución legal, pues esos indeseables tienen bien cogidos a un sinfín de políticos y policías y el panorama es desolador. Se escaparán, como siempre han hecho, pero nos habremos descubierto y habremos firmado nuestra sentencia de muerte.

—Helena, ¿qué…?

—Espera a oír lo que te tengo que decir —volvió a decir retirándole con una caricia la siguiente lágrima que se aventuró a recorrer su mejilla—. César es un soldado y es indispensable para mí. Ahora mismo está en La Factoría grabando videos e ideando un plan de ataque. Ya viste las pruebas que te consiguió; aquel lugar es un infierno y tú acabas de preguntarme por cómo podríamos acabar con este infierno, ¿no? Pues mira, hay que enfrentarse a los problemas hacia adelante, demorarlos jamás va a resolverlos. En breves prepararemos un ataque a ese burdel para liquidar a todos los mafiosos que podamos y liberar a las prostitutas. Sabes tan bien como yo que esa masacre de proxenetas chinos ha sido provocada por los del Pub Extasía. Es probable que estén esperando un contrataque y que sea difícil ponerlos en apuros pero eso también juega a nuestro favor. Podemos destruir ese lugar y matarlos a todos y la policía creerá que es un ajuste de cuentas entre bandas. Es un plan perfecto, ¿no te parece?

—¿Pero cómo vais a hacer eso? —preguntó el inspector derrotado—. ¿Cómo va César a liquidar a tantos hombres?

—Te lo he dicho, es un soldado y se le da bien matar. Además, no estará solo. Tiene amigos y ambos esperamos que tú nos ayudes.

—¿Yo? —aquel ofrecimiento le hizo pensar que su corazón se había detenido durante varios segundos.

—No espero que me des una respuesta hoy, te dejo que te vayas a casa y lo medites, pero no tardes, pues atacaremos pronto.

Y tras decir aquello, ante el atónito semblante del inspector, Helena se incorporó de la silla y le dio un cálido beso en el ojo que había liberado la última lágrima. Carlos apenas podía moverse. Aquella fragancia femenina volvió a inundar su olfato. Helena se apartó de su cara retirándose unos centímetros para volver a la carga con un beso directo a su boca. Sus labios carnosos despedían un sabor a carmín. La humedad de aquel contacto hizo que el hombre se estremeciera. No sabría precisar si solo duró un segundo u horas pues en su mente bullía un torbellino de emociones.

—Discúlpame, voy al baño —dijo finalmente retirándose.

Y Carlos quedó solo en la mesa, confuso, viendo cómo aquella increíble mujer se alejaba sobre sus tacones. Sus curvas se recortaban en uno de aquellos trajes de falda ajustada y americana que siempre llevaba. ¿Qué acababa de ocurrir? ¿Cómo se había atrevido a besarle? ¿No le había dicho que era un hombre casado?

Se sentía mal, terriblemente arrepentido. Jamás había besado a nadie desde que se casó con su mujer. Aquel suceso había sido tremendamente desafortunado y deseaba con toda su alma que no hubiera ocurrido, sin embargo, le había gustado. Ya hacía varios segundos que Helena se había marchado pero su corazón seguía latiendo precipitadamente y su respiración era profunda y ajetreada.

En aquel preciso momento, movido por fuerzas ingobernables, se levantó de la silla y avanzó a grandes zancadas hacia el baño. El pulso le temblaba y la vista comenzó a nublársele. Atravesó la puerta común de los servicios y una vez en el corredor pasó de largo de la puerta donde se recortaba la silueta de un hombre con sombrero y bastón para llegar a la que había una mujer con falda. Era allí donde quería llegar, no le cabía duda. Sin avisar abrió la puerta lentamente hasta que justo enfrente, reflejada en el espejo, vio a Helena. Se encontraba pintándose los labios con su carmín. La visión de aquella parte de su rostro, que contrastaba en color con su melena azabache, volvió loco al inspector. La mujer se giró lentamente mientras guardaba el pintalabios en el bolso. Ladeó su cabeza hacia abajo ligeramente, situó sus pupilas en la parte superior de sus ojos y sonrió con picardía.

Entonces Carlos se adentró en el baño, cerró el pestillo y se abalanzó sobre ella. Volvió a besarla de nuevo y aquella sensación fue todavía más maravillosa que la anterior. El contacto de su boca conseguía transportarlo a otro lugar, como si volara hasta una

cámara vacía en la que no existiera nada más que ella. La rodeó entre sus brazos y la apretó con fuerza notando sus senos contra su pecho.

La mujer se apartó unos centímetros del inspector para desabrocharle la camisa y él aprovechó el momento para quitarle la americana y hacer lo mismo con la suya. Los botones parecían resistirse en sus manos temblorosas, haciendo que una tarea fácil se dilatara en el tiempo insoportablemente. Cuando acabaron volvieron a besarse. Carlos pasó su mano derecha al trasero de la mujer y con un rápido gesto la levantó hasta sentarla en el lavabo. Helena se arqueó para soltarse su sujetador negro. La visión de aquellos pechos provocó que la erección de Carlos fuera todavía mayor. Eran perfectamente redondos y grandes para la estrecha cintura de la mujer. Sin duda, estaban operados. Sus pezones enhiestos le apuntaban directamente.

Sin dejar de besarla le subió la falda y le quitó las bragas. Helena le soltó el cinturón, abrió los botones de sus pantalones y agarró su miembro viril entre sus manos. Carlos volvió a apretarla contra sí y la penetró. La humedad y el calor que envolvieron su pene le hicieron soltar un gran suspiro. Helena se apoyó contra el espejo mientras el hombre iba entrando y saliendo de su cuerpo. Sus jadeos se iban acompasando y poco a poco fueron convirtiéndose en gemidos que finalmente estallaron en gritos de placer.

—¡Joder! —exclamó Carlos abrazándola fuertemente tras el orgasmo.

Se encontraba pletórico, como si hubiera realizado una de las proezas más maravillosas, pero a la vez se sentía tremendamente aterrorizado por lo que acababa de hacer. Permaneció durante varios segundos agarrado a Helena hasta que reunió el valor de volverla a mirar a los ojos. La mujer estaba sonriendo. Su melena despeinada, el rubor de sus mejillas y el sudor de su frente la hacían todavía más hermosa.

—Ha sido genial —dijo en tono seductor volviéndole a besar—. Pero creo que debemos salir de aquí cuanto antes. Es probable que fuera todo el mundo sepa lo que acabamos de hacer.

Ambos soltaron una pequeña risa contenida. Tras ello se apartaron y comenzaron a vestirse de nuevo.

Mientras observaba cómo Helena se recolocaba coquetamente sus ropas y se arreglaba el pelo y el maquillaje Carlos se sintió tremendamente perdido. Comenzaba a visulmbrar que no entendía las emociones que vivía y que con total probabilidad tampoco lo conseguiría en las próximas horas. Quizá tardara días en organizar sus pensamientos, pues estaba completamente bloqueado. ¿Cómo

podía su vida haber cambiado tanto en una semana? ¿Cómo respondería a aquella petición de matar a los delincuentes? ¿Realmente se estaba planteando arruinar su trayectoria profesional con ello?

CAPÍTULO XXI:

Aquel lunes, por la noche, en el Pub Extasía se encontraban eufóricos. Se habían reunido en una de las habitaciones privadas *El Lagarto*, Cristina Meyer, Andrei, Calvo y el abogado Menéndez Serrano. Con ellos también se encontraban varias prostitutas entre las cuales figuraba Erika, aquella que había acusado a Daniela Vázquez de haber revelado confidencias al inspector Torres. El lugar estaba decorado con cojines de varios colores, mobiliario de aspecto modernista y luces chillonas. La música de fondo sonaba lo suficientemente baja como para que pudieran hablar con normalidad.

—¡Brindemos por un trabajo bien hecho! —dijo Cristina Meyer sacando una botella de champán y poniéndola sobre la mesa.

—¡Por Salgado! —dijo Calvo alzando su copa.

—Sí, Salgado —repitió Cristina—. El golpe fue todo un éxito gracias a tu liderazgo. Suevo puede estar contento de tener tu confianza.

Bebieron y estallaron en risas y felicitaciones. En un momento dado, Calvo volvió a decir:

—¿Habéis visto el parte de la policía? Veintiocho chinos muertos y otros veintitrés fiambres entre clientes y prostitutas.

—Fantástico —dijo esta vez Andrei.

—¡Veintiocho pistoleros muertos! —exclamó la madame—. Y a nosotros solo nos mataron a uno. El golpe ha superado todas las expectativas. Una banda no puede perder tantos hombres y recuperarse. Creo que les hemos dado un toque de muerte.

—Quizá debamos rematarla antes de que se reorganicen —dijo Andrei.

—Sabéis que la prensa ya sabe que ha sido un ajuste de cuentas entre prostíbulos, ¿no? —apuntó *El Lagarto* haciendo que los demás enmudecieran—. Ahora habrá que andarse con ojo y ser mucho menos… ruidosos. ¿Entendéis? Además hay que estar alerta por si los chinos tratan de vengarse, cosa que estoy seguro que harán.

—¡Pues les esperaremos aquí con esta cargada! —bramó Calvo agarrándose sus testículos.

Todos jalearon aquel comentario. Se sentían realmente pletóricos por el atentado sincronizado que habían protagonizado. Ni siquiera *El Lagarto* esperaba que saliera tan bien, pero, tras la sorpresa inicial, comenzó a pensar que todo se debía a que era un hombre competente. Suevo podía sentirse orgulloso de contar con él, desde luego. Quizá su jefe debiera aumentar su salario. ¿No era

él el mejor? ¿No sería capaz también de dirigir su propio burdel con mano dura si se lo planteara?

—Bueno, caballeros, pero no olvidéis que hemos perdido a nuestro médico, así que nada de hacerse los héroes —dijo Cristina —. El Dr. Soto ha sucumbido a la infección, una lástima. Me estoy viendo negra para encontrar otro.

—Yo también me estoy viendo negro para acallar a la familia — se quejó el abogado pasando su brazo por encima de los hombros de la prostituta que lo acompañaba—. Al parecer un millón de euros les parece poco dinero.

—¿Les has amenazado con revelar a la prensa a qué se dedicaba el padre de la familia? —preguntó preocupada Cristina.

—Sí, pero les da igual. Además tienen miedo de que nuestra amiga también vaya a por ellas.

—¡Por Dios! —rugió Salgado—. Que no la teman a ella. Diles que si no aceptan iré yo mismo y las rajaré a todas. Mejor aún… rajaré a la madre y traeré a las niñas a La Factoría. ¿Qué te parece? Díselo, sí señor, diles que viene *El Lagarto* a por ellas. Recuerda, Antonio, que cometimos un error teniendo solo un médico porque ahora nos hemos quedado en bragas. Tú danos más razones para que empecemos a mirar otros abogados.

—Aplícate tú el cuento —dijo con tono teatral Cristina—. ¿Cuándo vas a coger a nuestra amiga fugitiva? ¿Tendremos que buscar también otro jefe de seguridad?

—¡Oh! —exclamó *El Lagarto*—. Dejad de calentarme la cabeza con ese tema, no quiero oír nada más que tenga que ver con esa puta por hoy. La atraparé y la mataré, ¿vale? Pero ahora vamos a celebrar nuestro triunfo como es debido, ¿de acuerdo? Vamos a echar unas rayas.

Cristina Meyer sonrió con cortesía. Ella ya no consumía drogas por lo que mientras sus compañeros iban espolvoreando la cocaína sobre la mesa fijó su mente en un punto y se abandonó a sus reflexiones. Vio a Alicia cuando era todavía una niña muy pequeña. Ella siempre había intentado ser la madre que le faltaba, tal y como hacía con muchas otras chicas. Desde que se encargó de ella la había protegido en la medida de lo posible porque sabía el gran potencial que tenía. Apenas había pasado los veinte años y ya la habían propuesto para encargada. Solo tenía que haberse comportado el día que el político les visitó. Si hubiera hecho bien aquel trabajo y cuatro o cinco más la hubieran podido trasladar a otro burdel y su vida habría mejorado. ¿Cómo podía haberla traicionado después de lo mucho que había mirado por ella? Cristina se consideraba una mujer afortunada pese a que ella se prostituyó hasta pasados los treinta. Su vida desde entonces había

sido feliz, pues siempre había estado rodeada de dinero, lujo, placeres y gente importante. ¿Por qué había decidido Alicia huir de aquello condenándose a, más pronto que tarde, morir? No podía entenderlo.

CAPÍTULO XXII:

César se encontraba en el baño del apartamento. Estaba desnudo salvo por una toalla blanca que llevaba anudada a la cintura, pues acababa de salir de la ducha. Se miró al espejo y observó que su barba ya medía un par de milímetros por lo que cogió la maquinilla eléctrica y la encendió. El zumbido de las cuchillas rozando ahogó cualquier otro sonido que pudiera producirse. Acercándose más al espejo comenzó a apurar el rasurado.

El ruido monótono y continuo del aparato lo trasportó al pasado, como tantas veces le ocurría. Se vio de nuevo en Suecia, en un campamento de la División de Voluntarios. Estaba allí con su amigo Raúl, ambos sentados en la parte trasera de un camión mientras fumaban y balanceaban sus pies para relajarlos tras la larga caminata. Un motor de combustibles fósiles extraía agua de un pozo que iba a rellenar la cuba de otro vehículo, provocando un ensordecedor zumbido.

—Mira los polacos —dijo su compañero—. ¿Cuántas misas hacen?

Ante ellos, una veintena de soldados oían la arenga indescifrable de un capellán. Aquellos hombres eran verdaderos militares, no como ellos. Polonia, al igual que unos pocos países más, participaba activamente en aquella guerra aunque oficialmente se hubiese declarado neutral. Soldados profesionales y gran cantidad de armas y materiales habían sido trasladados al país escandinavo. Los dos españoles les envidiaban por disponer de oficiales, ya que al estar estos entrenados en el arte de la guerra realizaban las campañas con menos bajas que los demás cuerpos. Ocurría lo mismo con los húngaros y los checos. La División de Voluntarios era muy numerosa pero en algunas batallas se había comportado como carne de cañón por la incompetencia de sus líderes. No eran pocas las ocasiones en las que el grueso de las tropas era dirigido por algún oficial profesional, aunque eso supusiera un menoscabo para los que se habían hecho a sí mismos en aquel novedoso campo de batalla.

—¿Recuerdas lo que hablamos ayer? —le respondió César—. Quizá esta gente está aquí porque les gusta ir a misa. ¿Dónde están los ejércitos de los demás países de la Unión Europea?

—Ya sabes que la versión oficial es que aquí no hay una guerra, sino manifestaciones para pedir un cambio social y democrático.

Los dos hombres rieron a carcajadas. A los polacos se unieron algunos voluntarios que eran religiosos, así como el resto de tropas profesionales de los demás países que participaban en la contienda.

César dio otra larga calada a su cigarrillo y continuó:

—No, en serio, ahora piénsalo bien. ¿Qué hace a esta gente diferente de nosotros? ¿Qué ha pasado con sus líderes para que se impliquen en esto? ¿Por qué los nuestros no lo hacen? Ayer cuando hablabas del poder de la religión no lo conseguía ver pero ahora ya lo hago.

—Se puede vivir sin dios, pero no sin religión —confirmó Raúl sonriendo.

—Así es. Estos soldados pertenecen a países que se han aferrado a las tradiciones y a la religión en las últimas décadas. De acuerdo que son términos diferentes, pero mira lo que ha pasado. Mientras los gobiernos, la sociedad civil e incluso los ciudadanos de países prósperos de Europa Occidental han ido colapsando moralmente uno a uno, estos, a los que otrora mirábamos por encima del hombro, han mantenido una constancia histórica con su pasado. Cierto es que nuestras economías siguen siendo más potentes, y que ellos han sacrificado por el camino algunos derechos básicos, pero no se puede negar que poco a poco van desarrollando ideas, ciencia, presión política o líderes que dejan en ridículo a los nuestros. ¿Y no será todo esto porque se han mantenido fieles a su identidad nacional y su religión?

—Eso es, tal y como a mí me gusta decir, de primer curso de historia, al menos de cuando se estudiaba historia de verdad —respondió Raúl apoyando su fusil en el camión para sacar otro cigarrillo—. Todas las naciones e imperios que han sabido preservar su identidad cultural han perdurado y, por el contrario, todos aquellos que la han descuidado han perecido. Roma, sin ir más lejos, conquistó el mundo conocido a base de esfuerzo, pericia, cultura y violencia. Todos los campos de Europa han sido regados con la sangre de muchachotes crecidos en la península itálica y, con ello, consiguieron algo grande. Cada vez que llegaban a un país ofrecían dos opciones; Roma o la muerte. Nunca pensaron en cambiar para encajar en el mundo, prefirieron modificar el mundo para que se ajustara a ellos. Ahora bien, cuando Roma se descuidó, sus jóvenes dejaron de querer formar parte de las legiones y tuvieron que contratar a bárbaros para que hicieran el trabajo sucio, el imperio legendario firmó su sentencia de muerte. Habían perdido hasta la dignidad y aquello les llevó a la ruina.

Los asistentes a la improvisada misa, que se encontraban arrodillados, se pusieron en pie al unísono. Momentos después comenzaron a orar un padrenuestro en tono melancólico y medieval.

—¿Los ves? —insistió César—. Han sabido permanecer unidos y han sobrevivido al cambio social de Europa contra el que nosotros

peleamos. Estos soldados defienden países que mantienen la llama de lo que un día fuimos, y cada vez tengo más claro que no lo hubieran conseguido sin la religión.

—¡Uy! —exclamó Raúl divertido—. ¡Uy, uy, uy! César, ¿no vinimos tú y yo aquí porque somos ateos y queríamos luchar contra el fanatismo allá donde se hiciera fuerte? ¿Te has hecho ahora católico al son de estas, hay que reconocerlo, conmovedoras oraciones?

—Sabes que no —respondió su compañero lanzándole un manotazo a la cabeza—. Pero no retiro lo que digo. La religión es útil para las sociedades.

—Nada nuevo, primer curso de historia.

—Como digo, es útil, y el hecho de que nosotros en la otra media Europa hayamos acabado con la religión y no hayamos tenido nada verdaderamente bueno para rellenar su hueco es lo que nos ha traído hasta donde estamos.

—¿Que no? —rio de nuevo Raúl—. A mí se me ocurren unas cuantas ideologías, movimientos políticos y oenegés que han intentado tapar ese hueco, claro que sí.

—A cada cuál más absurda y totalitaria.

—Todos los fanatismos se parecen.

—¿Y qué hacemos nosotros, dos ateos, aquí en medio del hielo? —preguntó César dejándose caer sobre su espalda—. ¿No nos habremos equivocado de bando? Hay más ateos en las Brigadas Internacionales que luchan contra nosotros.

—Sí, pero esos luchan junto al ejercito del Califato y sabemos muy bien que con esos no queremos nada, ¿no? También lucha contra nosotros el Ejército Popular y esos son suecos y ateos casi todos.

—¡Ah! —exclamó César lanzando su colilla al aire—. De verdad que el que no quiere ver… ¿Cómo no han visto en el resto de Europa a todos esos imanes llamando a la Yihad desde las mezquitas? ¿Cuántos jóvenes musulmanes han abandonado sus casas para volar aquí a luchar? Las "*no-go, zones"* de otros países deben estar desiertas. ¿Alguien podía imaginar esta capacidad de movilización? ¿Es que acaso nadie se pone nervioso por este poder?

La bomba de extracción del pozo se apagó emitiendo un golpe seco. Aquel sonido imaginario realmente había sido producido por la maquinilla de afeitar, que había acabado su trabajo. César volvió a mirarse en el espejo y abandonó el baño.

Tras recorrer un corto pasillo llegó a una habitación. Caminó hasta la cama y se desplomó sobre ella suspirando. Sonaba de fondo "*Rosenrot*", de Rammstein, en aquella radio prohibida. El sonido eléctrico de la guitarra, el incorruptible ritmo de la batería, el

apoyo incondicional del bajo y la poderosa voz del cantante creaban un ritmo que se le antojaba idílico. Mientras se deleitaba con las tristes notas de la pieza giró su cabeza y observó a Helena. Se encontraba en ropa interior pero se había echado sobre los hombros una bata negra. La mujer reparó enseguida que el hombre la estaba mirando por lo que con delicadeza se sentó a su lado.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó César en un susurro.

—Nada. Lo pensará.

—¿Crees que nos ayudará?

—Hasta ahora lo ha hecho —respondió tumbándose a su lado—. Puede que sí.

—Va a ser un infierno. Hay muchos hombres allí pero con o sin él me los cargaré a todos.

Entonces Helena rodó sobre su cuerpo y se sentó encima del antiguo soldado. Nervioso, César contrajo sus músculos y abrió los ojos. Su rostro, apagado y mustio la mayor parte del tiempo, todavía era capaz de mostrar emociones de vez en cuando.

—César, no quiero que te pase nada —gimoteó Helena con preocupación.

—No me pasará, tranquila —respondió él en un deje—. Además, me da igual.

—No, César.

La canción había acabado y ahora sonaba *"Onhe Dich"*, del mismo grupo y todavía más melancólica si cabía.

—¿Qué más da? No hay esperanza para nadie. Tú me salvaste la vida y te prometí que te ayudaría. Solo tú mereces algo de humanidad en este mundo podrido, pues todavía luchas por una causa noble. Allá donde vayas iré yo hasta que mi cuerpo se consuma en ayudarte, pues ya nada queda de mí.

Helena se dejó caer sobre el cuerpo del hombre y continuó sollozando durante varios segundos. César estuvo a punto de conmoverse por las emociones de su amiga, pero mantuvo las formas. Cuando decía que estaba dispuesto a inmolarse por ella lo decía con total seguridad, pues ya estaba muerto. Lo había estado desde que salió huyendo de Suecia.

Por momentos sus recuerdos volaron hacia los paisajes nevados salpicados de pinos pero las manos de la mujer se adentraron en el interior de su toalla y soltaron el nudo. Antes de que pudiera reaccionar aquella irresistible mujer cubría su miembro erecto. Por ella haría lo que fuera, así que, sin dudarlo, se dejó llevar.

CAPÍTULO XXIII:

Martes, 9 de octubre de 2035.

Alicia deambulaba por una de las calles traseras del Pub Extasía con desenvoltura, como si se tratara de una ciudadana cualquiera y no de una peligrosa asesina. Llevaba su gorra, sus gafas y su anorak pero había prescindido de la bufanda. Tras una semana fugada sin que los proxenetas la encontraran se sentía más segura de sí misma. Había descubierto que el mundo exterior no era tan difícil y, de hecho, era capaz de resolver la mayor parte de problemas que se le presentaban con conocimientos que había adquirido una u otra vez ejerciendo la prostitución.

Repentinamente, su objetivo apareció. En la parte trasera del célebre local había una entrada de camiones. Diariamente llegaba alguno con bebidas y alimentos para la barra y la cocina del negocio. Sabía perfectamente quién era la encargada de recibir y pagar aquellos suministros por lo que aquel era el momento propicio.

Esperó con paciencia a que el camionero, un muchacho de poco más de veinte años que parecía hispanoamericano, acabara la tarea. Cuando lo hizo contó el dinero con pericia, cerró la parte trasera del vehículo y salió. Allí quedó la encargada junto con otras dos prostitutas metiendo las cajas al interior. Mientras Alicia avanzaba hacia ellas reconoció a las otras. Eran amigas suyas, no así la encargada.

Su objetivo era Erika. Aquella mujer había sido tiempo atrás una prostituta como ella, pero a base de traicionarlas siempre que pudo logró ganarse la confianza de los chulos y de la madame. Ahora, que había conseguido dedicarse enteramente a la hostelería, recordaba Alicia que jamás había sido buena compañera. No en pocas ocasiones había maltratado psicológicamente a las demás, consiguiendo incluso que una muchacha acabara suicidándose. Era además especialmente violenta y era bien sabido que había mandado a varias trabajadoras a la enfermería por trifulcas sin importancia.

—Perdona —dijo intentando modificar el tono de su voz—. Se te ha caído esto.

Erika volvió a depositar la caja con refrescos en el suelo y escrutó a la joven que le había hablado. Se encontraba en lo alto de una rampa que facilitaba la descarga de los camiones, teniendo a su espalda unas enormes portaladas metálicas abiertas, de modo que,

desde allí, no pudo ver su rostro, pues lo cubría la visera. Sin duda, en la mano llevaba una botella de ron, por lo que descendió la rampa a paso ligero para recuperarla.

Alicia evaluó sus posibilidades. Se estaba aproximando a ella una mujer de metro ochenta de altura y unos ochenta kilogramos de peso. Era tremendamente musculosa y sabía cómo golpear y defenderse. Además, era siete u ocho años más vieja. Sabía perfectamente que en combate cuerpo a cuerpo no tenía nada que hacer pero estaba furiosa y eso jugaba a su favor. De cualquier forma, algo no marchaba bien. Aquella no era la Erika que conoció en el pasado, pues había algo extraño en ella. Sus labios habían aumentado de tamaño y se prolongaban hasta las orejas, mostrando dos hileras de minúsculos dientes puntiagudos que simulaban una sierra. Sus ojos también se habían lateralizado, eran enormes y negros y parecían no tener vida. De la raya del medio de sus cabellos oscuros había crecido una enorme cresta de espinas que se comunicaban entre sí por gelatinosas membranas. Parecía, ciertamente, un pez.

—Gracias —le dijo cogiendo la botella—. Es una suerte que hayas sido tan honrada.

Aquella voz gangosa le heló la sangre, pues parecía salida de las profundidades abisales del mar. Notó, incluso, un olor a pescado podrido y en el paladar un asqueroso sabor a sal comenzó a condensarse. Tenía miedo, pero no podía esperar más, de modo que, levantando la cabeza, clavó su mirada en la de su antigua compañera. Su corazón latía con frenesí y sus músculos se encontraban en una agradable pero inestable tensión. La boca se le había secado y sus mandíbulas se cerraban fuertemente amenazando con quebrar algún diente pero, sin embargo, fue capaz de sonreír sardónicamente.

Pudo leer el terror en el rostro marino de Erika pero antes de que pudiera reaccionar le lanzó una puñalada bajo el esternón con su largo punzón. En un segundo la hoja penetró más de un palmo, barrió un amplio recorrido hacia la derecha y hacia la izquierda y salió dejando un agujero minúsculo. La inclinación fue hacia arriba con lo que con aquel ataque había realizado cortes mortales en los pulmones, el corazón, la tráquea y los grandes vasos. Las pupilas de su víctima se dilataron y un borbotón de sangre apareció en su boca de besugo. Intentó decir algo pero cayó desplomada en el suelo agarrándose la herida. Solo balbuceos salían de sus labios.

—Esto va por todas las que nos has hecho, perra —le dijo agachándose sobre ella y limpiando varias veces la sangre del punzón en la ropa de sus muslos—. Hay tres tipos de malvados: están los que lo son, los que colaboran con ellos y los que no hacen

nada para pararlos. Tú perteneces a los tres grupos así que espero que te pudras y que los gusanos se den un buen festín con tu carne en tu tumba.

Mientras Erika convulsionaba en el suelo, bañada en sangre y a punto de que se le escapara la vida, Alicia se incorporó y miró a sus compañeras, que parecían aterrorizadas. Se encontraba con las piernas muy abiertas ya que bajo ella yacía el cuerpo moribundo de la antigua prostituta. El punzón destellaba reflejando la luz del sol mientras una gotita hemática pugnaba por derramarse en su punta.

—Os sacaré de ahí algún día, ¿sabéis? Voy a cargarme a todos esos desgraciados. Podéis correr la voz.

Pero aquel mensaje no surtió el efecto que esperaba, ya que las dos prostitutas huyeron chillando. Encogiéndose de hombros dio una larga zancada para superar el ya cadáver de Erika y salió de allí.

Tenía suficiente muerte por hoy.

CAPÍTULO XXIV:

Miércoles, 10 de octubre de 2035.

El inspector Torres caminaba inquieto por su domicilio bajo la atenta mirada de su familia. Había solicitado salir un poco antes hoy del trabajo y con ello había conseguido traer a su hija del colegio. Ahora, mientras se asomaba con nerviosismo por las ventanas que daban a la calle, su mujer le preguntó:

—¿Pero vas a decirme qué está pasando?

El hombre la ignoró y siguió oteando el exterior. Un coche de color grisáceo que había aparcado en su portal hacía escasos minutos arrancaba y se marchaba. Hubiera jurado que en ese vehículo había dos hombres que le seguían pero en aquel momento comenzó a dudar. ¿Tendrían los proxenetas la suficiente logística como para organizar un sistema de seguimiento que incluyera relevos periódicos para no levantar sospechas? Carlos ya no estaba seguro de nada.

—Ana —acabó diciendo—. Tenéis que marcharos al pueblo.

—¡Al pueblo! —exclamó Irene, su hija, gritando—. No puedo ir al pueblo, papá, mañana tengo clase.

—Ahora viene el puente del doce de octubre, la Fiesta de la Multiculturalidad, ¿no? Aprovechadlo.

—Pero no nos dan fiesta hasta el viernes papá —volvió a gritar encolerizada la niña—. No puedo perderme las clases. Y además este puente tengo las jornadas de “La ingeniería es para las chicas”. Como se entere mi amigo Javi, que quiere ser ingeniero, que pudiendo ir yo y él no por ser chico, no voy, me mata.

—¡Por favor, hija! —respondió Carlos con autoridad—. Si digo que os tenéis que ir, es que os tenéis que ir. No pasa nada por faltar un día al colegio y las jornadas esas las harán al año que viene otra vez.

Entonces la niña abrió los ojos atónita y se llevó una mano a la boca. La madre se cruzó de brazos y le miró enfadada. Con voz conciliadora dijo a la pequeña:

—Cariño, vete a tu cuarto a hacer los deberes que ahora subo. Quiero hablar con tu padre.

Cuando Irene hubo desaparecido Ana se acercó hasta la ventana y miró por ella tal y como hacía su marido. Durante varios segundos no dijo nada hasta que finalmente, suspirando, habló:

—¿En qué andas metido? ¿Qué nos has hecho?

—¡Yo no os he hecho nada, joder! —respondió el inspector

agitando las manos en el aire—. Pero ya sabéis que estaba investigando el caso del asesinato de Ernesto Abad. Lo quieren cerrar pero no está ni de coña cerrado. Hay una serie de peligrosos mafiosos implicados y todavía están en libertad. Creo que… no estoy muy seguro de si me están siguiendo.

—¿Qué?

Su mujer parecía fuera de sí. Aquella noticia le impactó sobremanera, más incluso de lo que Carlos esperaba. Mientras aguantaba estoicamente sus gritos e improperios, reflexionó. ¿Cómo pudo llegar a pensar que se lo tomaría de otra manera? Él era policía y tenía un arma y su mujer no. Cualquiera en la situación de Ana sentiría más miedo que el que sentía él.

—¿Os iréis? —preguntó finalmente cuando su mujer se cansó de gritarle.

—¿Qué remedio?

Entonces Carlos fue a darle un beso pero Ana se dio la vuelta y se marchó a consolar a su hija mientras decía:

—Dáselo a ella, sea quien sea.

Ante aquel comentario quedó petrificado. ¿Cómo podía su mujer saber nada respecto a lo que había ocurrido en el Restaurante Laureado? El hombre aguardó a que se retirara, manteniéndose sumido en sus pensamientos, hasta que llegó a la conclusión de que resultaba imposible que supiera nada y que probablemente se hubiera tirado un farol. Pero, ¿por qué en aquel momento y no antes? ¿Acababa de confirmar que le había sido infiel manteniéndose en silencio tras la acusación? Sin duda, aquellas palabras lo habían dejado tan desconcertado que no supo reaccionar y ahora se sentía estúpido por ello.

El inspector había reflexionado hasta la extenuación durante los dos últimos días sobre lo que había hecho con Helena Vega. En un principio se torturó y vivía los recuerdos del acto con malestar y arrepentimiento pero, posteriormente, los aceptó. Para ello se mezclaron las sensaciones de que había disfrutado como hacía tiempo que no y que aquella infidelidad era algo así como la crónica de una muerte anunciada. Hacía más de un año que no tenía una buena relación con su esposa. No confiaban el uno en el otro, se decían más cosas malas que buenas y no recordaba cuándo era la última vez que habían mantenido relaciones sexuales. Además, el policía sospechaba que Ana estaba volviendo a su hija contra él y aquello le ponía enfermo. No tenía ninguna prueba de ello pero su pequeña lo idolatraba cuando era más niña y ahora solo tenía malas palabras para él. Durante meses Carlos se centró en el trabajo, entrando antes de hora y saliendo más tarde, pensando que de aquella manera, dejando correr el tiempo, los problemas se

solucionarían. Ahora se daba cuenta de que aquello había resultado la puntilla para una relación que hacía aguas.

Helena Vega, pues, según este hilo de pensamientos, no tenía nada de especial. Tarde o temprano hubiera llegado una mujer sexy e interesante a su vida que habría acabado de romper el matrimonio. Si profundizaba en aquel tipo de pensamientos se percataba de que sentía también más que amistad por su compañera de la Policía Científica, Ángela Vasilescu. Siempre se encontraba a gusto con ella, les encantaba bromear y tenían un alto grado de confianza. Podría decirse, incluso, que su relación se encontraba en uno de esos puntos en los que con dos o tres detalles o gestos se podía pasar al enamoramiento. Cuando Carlos vislumbraba aquellas reflexiones en su cabeza se veía en la misma situación que cuando tenía veinte años y estaba soltero y, aquello, le daba vértigo, por lo que enseguida se ponía a pensar en el caso.

El hombre se encontraba realmente extenuado. Su cuerpo estaba perfectamente listo para la acción pero era su mente la que había realizado un sobreesfuerzo en los últimos días. Apenas había dormido mientras todas las personas que había conocido en los últimos diez días, y que tanto habían cambiado su vida, se simultaneaban en el protagonismo de sus pensamientos. ¿Cómo no iba a ayudar a Alicia, fuera de la manera que fuese? ¿No merecía esa pobre chiquilla resarcirse en su venganza? ¿Acaso podían considerarse seres humanos todos aquellos que la habían maltratado desde que era solo una niña?

¿Y Helena? ¿No era ella también una mujer que luchaba por una de las causas más nobles que había conocido? ¿Estaba justificado que en ausencia de una justicia eficaz ella se la pudiera tomar por su cuenta? ¿Merecían esos hombres y mujeres otra cosa que la muerte?

Además estaba el comisario. ¿Cómo había podido sucumbir tan pronto a la versión de Daniela Vázquez? ¿Es que no era capaz de ver que se trataba de un chivo expiatorio? El hecho de que todo el mundo, desde los políticos hasta sus superiores, pasando por los medios de prensa, estuvieran tan deseosos de cerrar el caso, le incomodaba. Realmente, hacía ya unos cuantos años que desconfiaba de todo aquello que aglutinara a la mayoría o fuera reconocido como opinión general. Había estado siendo un escéptico sin saberlo y fueron las conversaciones con la directora de la Fundación Isthar las que lo sacaron de su ensoñación.

Helena… todavía recordaba sus besos y su cálido cuerpo pero cada hora que pasaba estas memorias se iban haciendo más débiles. Carlos temía que aquel éxtasis de placeres se convirtiera en un vago recuerdo pero, ¿qué podía hacer para evitarlo? ¿Acaso debía

repetir? ¿Era mejor que intentara salvar su matrimonio haciendo honor a lo que una vez sintió por su esposa y por el bien de su hija? ¿Qué era lo que deseaba?

Entonces reparó en que sus deseos no tenían importancia. ¿Qué era él en medio de tan vasto universo? ¿Que importaba su felicidad cuando había tanta injusticia en el mundo? ¿Cómo podía plantearse si su vida mejoraría con el amor, siendo que ya tenía un trabajo digno, una familia, posesiones y salud y sabiendo que había seres humanos a menos de un kilómetro de su casa cuyas preocupaciones mundanas consistían en si la próxima violación iba a ser molesta, si les pegarían una paliza o si los matarían?

La idea fue tomando forma en su mente hasta que, como si de un violento parto se tratara, hizo acto de presencia. Carlos lo sabía desde hacía tiempo pero fue en aquel preciso instante cuando llegó a la conclusión y hacerlo le ocasionó un pequeño mareo. Rápidamente se aferró a la pared y puso en orden sus pensamientos.

Ayudaría a Helena. No había un único motivo para ello pero sí algo que tenía especial importancia. De nada servía, pensaba, ser un policía honrado y trabajador cuando tanta injusticia campaba a sus anchas, inmune, a su alrededor. Respondería a ello, castigaría a los criminales y liberaría a las víctimas, aunque para ello tuviera que actuar fuera de la ley.

CAPÍTULO XXV:

La situación era lo suficientemente delicada como para que hasta Suevo hiciera acto de presencia en el Pub Extasía. En cuanto apareció en el local fue saludado por los porteros y acompañado hasta el último piso, donde le esperaba *El Lagarto*, Cristina Meyer, Andrei, el abogado Menéndez Serrano y un par de hombres más. Estaban todos en una sala oscura que tenía varias pantallas de ordenador incrustadas en la pared. Había algunas sillas pero solo la mujer las utilizaba. El lugar era el centro de video-vigilancia del establecimiento y desde allí podían ver todo lo que ocurría.

Suevo era un hombre enigmático para todos los que trabajaban con él. Solía vestir con pantalones caros, zapatos y camisas de diferentes motivos y formas. Su sello de identidad era que siempre llevaba los dos botones superiores de las camisas abiertos dejando ver un pecho rasurado y las gafas de sol. Su pelo era negro, con discretas entradas, y su expresión muy seria. Pocos lo habían visto sonreír alguna vez.

—Bien, creo que esto será de vuestro interés —dijo mostrando en el aire una memoria externa de un par de centímetros.

Se la dio a uno de los hombres, que la aferró con solemnidad y la conectó al ordenador. Todos esperaban impacientes a lo que tuviera que mostrarles aquel dispositivo. El silencio era patente pero quedaba mitigado por la radio, donde un presentador con voz monótona realizaba una entrevista. Justo en aquel momento el invitado al programa daba su respuesta:

«Sí, me alegro mucho de que me haga esa pregunta, Iker. Las medidas recientemente aprobadas por el Parlamento Europeo respecto a la política agraria son un varapalo terrible a nuestra ciencia agrícola. Todos nos temíamos que este momento pudiera llegar pero confiábamos en que no se atreverían a dar el paso. Finalmente, ha quedado demostrado una vez más que los políticos son esclavos de sus votantes y que estos son cada vez, y perdón por la ofensa, una masa de ciudadanos ignorantes que se dejan guiar por emociones e impresiones. Hace tiempo que la gente ya no es capaz de desarrollar un pensamiento mínimamente racional».

«Pues bien, los países de la Unión Europea tienen dos años para abandonar todos los cultivos transgénicos y aumentar la producción de la mal llamada "agricultura ecológica" hasta el cincuenta por cien. También se han activado una serie de sanciones para países que estén en la órbita de influencia de la UE y que no cumplan determinados objetivos afines a este paquete de medidas. Esto, con el tiempo, va a

ocasionar nuestra ruina, ya lo verán. Es vergonzoso que una serie de ciudadanos ricos del primer mundo, como somos nosotros, estemos condenando a nuestros agricultores a producir en muchos casos menos de la mitad de lo que podrían hacer basándonos en una serie de estudios pseudocientíficos que han sido refrendados por políticos sin escrúpulos y la fanática opinión general. Máxime, cuando casi hemos alcanzado la cifra de diez mil millones de seres humanos en el planeta y sabiendo que las cifras de personas bajo el umbral de la pobreza y en riesgo de desnutrición han estado aumentando en los últimos siete años. Podría decirse que hasta hace nada se estaban haciendo las cosas bien y que hubo un punto de inflexión pero no, este momento se preveía desde hacía tiempo y si todavía hemos seguido mejorando hasta hace siete años se debe a la inercia de medidas más antiguas, cuando todavía se hacían las cosas empleando el método científico».

«Además, Iker, la "agricultura ecológica" no tiene nada de tal. Necesitaremos el doble de terreno para destinar a producción agrícola y en un país como el nuestro cualquiera con sentido común podrá darse cuenta de que va a ser necesario acabar con bosques y reservas naturales para conseguirlo. O eso o importar. Quizá algún día nos daremos cuenta de que no sirve de nada tener los mejores robots o aplicaciones cuando no tenemos una hogaza de pan en la despensa. ¿Y qué es eso de que los transgénicos ocasionan cáncer? ¿Cómo se ha podido posicionar la OMS a favor de tamaña mentira? Nunca nadie ha realizado un estudio científico bien hecho que lo haya demostrado pero las encuestas dicen que el noventa y cinco por cien de la población así lo cree. La decisión del a OMS obedece a una agenda política y a corrupción, no me cabe la menor duda».

—¿Quieres quitar esa puta mierda? —conminó *El Lagarto* haciendo que el hombre que manejaba el ordenador apagara la radio.

—Pues bien, como os adelanté, tengo aquí grabada a Alicia —dijo Suevo con voz rasgada—. Por si alguno no estáis al tanto, la policía está trabajando en un sistema experimental de vigilancia que podría estar operativo en unos pocos años. Se trata de coordinar todas las cámaras de vídeo que hay instaladas por la ciudad, tanto si son públicas como privadas. Una inteligencia artificial asimila toda esa información y es capaz de trazar las rutas de determinadas personas o vehículos. Todos sabemos que la inteligencia artificial ya es mejor que el ser humano en casi todo, así que esto es como si un gran cerebro con miles de ojos vigilara todo lo que ocurre a nuestro alrededor. ¿Alguien ha leído 1984, de George Orwell? ¿No? Me lo figuraba, fue de los primeros libros que cayeron bajo censura.

—Veremos qué hacemos la gente como nosotros cuando la

policía tenga ojos por toda la ciudad —aportó Salgado haciendo un ademán.

—Bueno, para eso estoy yo —respondió Suevo posando la mano en su hombro—. Ya tengo a uno de los investigadores en el bolsillo y cuando la policía disponga de esta tecnología me los ganaré también. Todo el mundo es sensible a dos cosas; el dinero y los placeres primitivos, y yo tengo los dos.

Todos los allí presentes menos el jefe soltaron una pequeña carcajada. Suevo, dándoles tiempo, continuó:

—Bueno, hoy se estrenaba nuestro amigo confidente del Instituto de Investigación Tecnológica y, la verdad, es que ha hecho un trabajo increíble. Mirad… ¡Reproducir video!

Entonces la habitación, que se encontraba en penumbra, se iluminó gracias a la luz de una enorme pantalla. Ante ellos apareció la parte trasera del Pub Extasía. Vieron allí a Erika descargando cajas de bebidas de un camión de reparto. En la parte inferior derecha de la imagen salía la fecha, la hora y unas letras en las que se podía leer “Joyería Jade, cámara exterior”. Repentinamente apareció una mujer que iba tapada con una gorra. La inteligencia artificial analizó por separado sus prendas. En la imagen iban apareciendo letreros con información y datos numéricos que desvanecían a gran velocidad. Pese a ello, los espectadores pudieron apreciar que reconocía la marca y la talla de cada una de las prendas, su precio y en ocasiones la tienda donde se habían comprado.

Cristina Meyer apartó la vista en la escena que Alicia apuñalaba a Erika. Aguardó unos segundos mirando al suelo y luego volvió a mirar la pantalla justo para observar cómo la asesina abandonaba el marco de la imagen. Pero antes de que desapareciera, otra cámara tomó el relevo. Habían saltado veinte segundos en los que la joven había caminado por un “punto negro”, que así era como se llamaban las zonas no filmadas. Ahora en la parte inferior se leía “Mezquita Saraqusta, cámara exterior”.

Las imágenes fueron sucediéndose una a una. En un momento dado Alicia pasó frente a la cámara de un cajero y entonces la Inteligencia Artificial detuvo la imagen para fichar hasta el último detalle de su rostro. Midió la distancia entre sus pupilas, el tamaño y forma de su nariz, las arrugas de su comisura labial… hasta el último resquicio antropométrico. Allá donde estuviera a partir de aquel momento el ordenador podría reconocerla.

También cuando se subió a un taxi extrajo el número de la matrícula y siguió al vehículo por las calles. Aquello fue sencillo. Incluso en algún momento dado, la trayectoria del coche se visualizó desde teléfonos móviles personales, dato que supieron

porque aparecía el nombre de los propietarios abajo y porque la imagen se movía, señal de que mantenían la cámara entre las manos y no se filmaba desde la pared.

Durante diez minutos no perdieron detalle de Alicia hasta que se apeó del taxi en el Paseo Sagasta. Caminó durante un minuto más hasta que desapareció en un portal.

—Eso es jodidamente fantástico —dijo Andrei.

—No puedo evitar pensar que algún día nos seguirá a nosotros —repitió *El Lagarto*—. ¿Os dais cuenta del poder que tendrá la policía con eso? Es todavía una aplicación experimental pero deberíamos estar prevenidos para cuando la activen.

—Yo creo que ni siquiera es legal que nadie acceda a cámaras privadas, especialmente los móviles —respondió Cristina.

—Sí que es legal —contradijo el abogado—. Cuando compras un móvil y descargas el paquete de aplicaciones y tecnología aceptas, en esas condiciones de uso que nadie lee, que espíen todo lo que haces. Hace tiempo que esto es así y nadie se ha quejado.

—Bueno, ¿qué hay, pues, en ese portal? —preguntó Cristina captando la atención de todos los presentes.

Suevo permaneció en silencio durante varios segundos. Disfrutaba de la expectación que sus futuras palabras estaban creando. Finalmente, bajo la atenta mirada de sus subalternos, dijo:

—Es un edificio antiguo. Allí hay un bufete de abogados, un observatorio de perspectiva de género, una guardería infantil, una gestoría, una empresa de posicionamiento en buscadores, otra de marketing online y… la sede de una fundación dedicada a luchar contra la prostitución. Fundación Isthar, se llama.

Todos los presentes enmudecieron. Los ojos de *El Lagarto* brillaban, por lo que la siguiente orden de Suevo fue todo una delicia para él.

—Salgado, averigua dónde se esconde la ratita. No creo que te cueste mucho, parece que la respuesta es bastante obvia.

CAPÍTULO XXVI:

Viernes, 12 de octubre de 2035.

Se decidió que el local de partida de la misión de ataque no sería la sede de la Fundación Isthar para que en caso de que algo saliera mal no pudiera ser trazada. César residía en un pequeño apartamento cuya decoración y mobiliario eran tan parcos como lo era la relación con sus vecinos. Asimismo, era discreto y distaba lo suficiente de todo como para no levantar sospechas.

En los últimos días, el antiguo soldado había conseguido un buen acopio de armas. Él sabía perfectamente cómo encontrar una pistola o, incluso, un fusil, pero no habría logrado reunir aquel arsenal sin ayuda. Mientras revisaba uno a uno cada ejemplar su amigo Said lo observaba con impaciencia.

—No vendrá —dijo sin poder ocultar su nerviosismo.

—Yo creo que vendrá.

Said era un joven de unos veinticinco años. De antepasados norteafricanos, era moreno de piel, pelo negro rizado y barba áspera de varios días. Era gracias a él, que todavía tenía los suficientes contactos en la ciudad, por lo que habían conseguido pertrecharse debidamente. Sobre la mesa en la que César solía comer se encontraban tres fusiles de asalto, cuatro pistolas, varias granadas e infinidad de cartuchos.

César cogió una de las armas largas y retiró el cargador para comprobar que estuviese debidamente repleto. Tras ello lo introdujo rápidamente. El chasquido que produjo el movimiento lo transportó a aquella guerra que tanta mella había hecho en su alma. Allí estaba su amigo Said, pero también Raúl. Pese a que era amigo de este último desde hacía años, a Said lo conoció en Suecia. La amistad se trabó entre los tres soldados cuando descubrieron que eran todos españoles.

—Lo que nunca entenderé es la alianza que se produjo entre los antiguos gobiernos de este país con el Islam —dijo Raúl.

Los hombres viajaban en un camión destino a Malmo, donde se esperaba una gran ofensiva por parte de las tropas del Gobierno para recuperar la ciudad. Había otros soldados junto a ellos, pero como no hablaban español se mantuvieron fuera de la conversación. El cielo era claro y el sol radiante calentaba sus entumecidos músculos.

—Es fácil, joder —respondió Said—. Aquí en Suecia se hizo una cosa muy rara durante años y que, entre otras cosas, nos ha traído

hasta este momento.

—¿Te refieres al patrón de inmigración regulado por la multiculturalidad y no la integración? —preguntó César apoyando el cañón del fusil en su barbilla.

—Eso en parte, pero no todo —insistió Said.

—Bueno, yo lo veo bastante clave —repitió César—. Durante años se pensó que el multiculturalismo era la mejor manera de aceptar inmigrantes. A todos nos lo han dicho en las escuelas, ¿no recordáis eso de que el etnocentrismo es pensar que tu cultura es superior a las demás y que es algo malo? ¿O eso de que todas las culturas son iguales y que aceptarlas tal y como son enriquece un país?

—Claro que nos lo han dicho a todos —aportó Raúl—. Pero siempre ha habido rebeldes que se han atrevido a decir que de eso nada. Obviamente, a las culturas, como a todo, se las puede ordenar. Una cultura que respete los derechos humanos, que tenga tendencias ecologistas, que crea en la igualdad ante la ley, en la fraternidad y en la libertad es superior a cualquier otra que no cumpla estos aspectos. Y desde luego, cualquier cultura en la que se promuevan los asesinatos y la violencia, se persiga la blasfemia o la libertad de opinión, se prohíban prácticas sexuales naturales o se castigue con muerte, amputaciones o dolor físico los delitos, es una cultura atrasada y significativamente peor.

—Sí pero eso no ha sido aceptado casi nunca por nuestros profesores o nuestros líderes —argumentó César—. Siempre nos han dicho lo contrario, que todo valía. Y en estas, los políticos han aceptado a los inmigrantes con posturas de multiculturalidad. Ellos podían venir aquí y mantener sus costumbres, por primitivas que fueran. Y si algo que hacíamos nosotros les molestaba, independientemente de si tenía sus bases en lo más profundo de nuestras raíces, lo cambiábamos para no ofender. Pues bien, la multiculturalidad con la que tanto se han llenado la boca ha sido un completo fracaso. Ahí siguen todos esos barrios o guetos donde se acumulan los inmigrantes sin mezclarse con los demás. Ahí tenemos la brecha salarial, social y de calidad de vida entre los autóctonos y los que no lo son, que cada vez es mayor. También el hecho de que nos encontremos con segundas y terceras generaciones que siguen sin considerarse europeos, o cuyos lazos con la comunidad más fuertes son su religión o su país de procedencia. ¿Os imagináis que en vez de llamarnos Unión Europea volviéramos a llamarnos a nosotros mismos la Cristiandad, como en la Edad Media?

—Sí, pero ya es tarde para aplicar las medidas que sí que se han mostrado efectivas en otros países —dijo esta vez Raúl—. La integración; tan fácil de ver y qué ciegos han estado todos. ¿Tú

quieres venir a mi país a trabajar y mejorar tu calidad de vida o tu libertad? Adelante, pero mira, deja en la frontera tu religión y estas dos o tres costumbres que no son compatibles con nuestro sistema de valores. Si estás de acuerdo, pasa que aquí te voy a considerar mi hermano y vas a ser dueño de este país, con su educación, su sanidad o su libertad. ¿Que prefieres tu religión? Bueno, pues puedes quedarte al otro lado de la frontera.

—Fronteras dice —dijo César soltando una risotada—. Como si tuviéramos de eso. Pero vamos, sí que estoy de acuerdo. Así incluso la primera generación es europea en cinco o diez años, indistinguible de los demás. Así se integra. ¿Habéis pensado que todos los que sabemos esto somos los que estamos aquí dando el callo?

—No tenéis ni idea —replicó Said aprovechando el vaivén que efectuó el camión tras pasar sobre un bache—. Estamos de acuerdo en que la multiculturalidad fue un gran error de países como este al que hemos venido a salvar pero no fue el único ni de lejos. Aquí se hicieron determinados experimentos de ingeniería social que se pueden ver a simple vista.

«Suecia intentó imponer un modelo de vida extremadamente progresista a la fuerza. Nadie duda de que sus intenciones fueran buenas, pero en ningún momento diseñaron ninguna herramienta que les permitiera bajarse del tren cuando vieran que iba directo al precipicio. Intentaron conseguir que la sociedad fuera, como digo, igualitaria hasta el exceso. Todos tenían que ser verdaderamente iguales y de aquella manera, sin que existieran las clases sociales, los sexos o las razas se alcanzaría la verdadera fraternidad. Y vale que sobre el papel es verdad que esa es una eficaz manera de conseguirlo, pero es necesario ver qué pierdes por el camino».

«Lo primero que tienes que cargarte para conseguir esta sociedad utópica es la familia. ¿Cómo va un ciudadano a considerar a un desconocido como un hermano si justo a su lado tiene a su hijo? Un hijo, recordemos, por el que hasta que se implementaron aquellas medidas aquel padre estaría dispuesto a dar su vida, trabajar hasta la extenuación o dejarle todo en herencia. Fácil; hay que acabar con la familia. Con un moderado desembolso de dinero público y agresivas campañas de marketing podemos conseguir que la gente deje de ser familiar. Y así fue, Suecia, un país donde los jóvenes se independizaban a los dieciocho años con becas estatales, donde la gente vivía orientada hacia su interior, con abundantes relaciones sociales, pero poco profundas, y donde la familia se convertía en ese incómodo compañero de viaje que no hemos podido elegir».

«Tras ello, habría que destruir el sexo» continuó Said, que

viendo que sus amigos le escuchaban se incorporó sobre el asiento para dar más vehemencia a sus palabras «Si no hay ni hombres ni mujeres, solo seres humanos, nos quitamos una razón más para pelearnos. Y, de nuevo, un argumento precioso si no fuera porque volvió a forzarse atentando hasta contra la biología. Se olvidaron de que ser iguales quiere decir serlo ante la ley; y vale. Luego cada cual que haga lo que quiera. Ahora bien, las cuotas de género para tener más mujeres policías, militares, ingenieras o mecánicas y más hombres enfermeros, cuidadores de guardería o trabajadores sociales no es aplicar este aparentemente buen principio con inteligencia. Tampoco lo es obligar a niños o niñas a jugar con los juguetes que históricamente se regalaron al sexo opuesto y otras muchas cosas que se hicieron, como orientar la escuela para que todos hicieran lo que su instinto no les pedía hacer mientras veían a sus compañeros o compañeras hacer con desgana lo que ellos sí que hubieran deseado. ¿Deportes de contacto o deportes de agilidad y coordinación motora?».

«Y bueno, otras muchas cosas que no os voy a contar porque viene el sargento y nos va a caer bronca. Pero para acabar mi exposición, como es lógico, el siguiente paso era derribar la identidad nacional, ¿y qué mejor manera que aliándose con cualquier cultura extranjera, especialmente si es hostil a la propia? Y para ello era necesario, en resumen, acabar con todo aquello que pueda sonar a tradicional o natural en pos de conseguir una sociedad que aunque en el papel pueda ser mejor, en la realidad no lo es. Una sociedad de individuos infelices, materialistas, que lejos de valorar sus raíces las repudian o las consideran arcaicas, y sin ningún interés en defender lo que creen. Vamos, lo que podría decirse de cualquier ciudadano europeo de nuestra época».

El sonido de un puño golpeando en la puerta de su apartamento sacó a César de su ensueño. Mientras Said cogía una pistola y la escondía tras su espalda el propietario de la vivienda fue a abrir. Allí, con una expresión indescriptible, mezclando miedo y valor, locura y serenidad, se encontraba el inspector Torres.

—Inspector, te presentó a Said. Es un amigo que hice en la guerra. Le salvé la vida varias veces y me debe, al menos, una. No tuve que pedirle dos veces que me ayudara en esto.

—No lo hago por las putas, César, lo hago por ti. No lo olvides —respondió el aludido.

Carlos estrechó la mano de aquel hombre. La notó firme, como la de César.

—No te he preguntado, César, en qué bando luchaste —dijo con voz lacónica.

—Ambos luchamos en el bando del Gobierno —respondió él.

—Sí —añadió Said—. Que no te engañe mi apariencia de moro. Mis padres eran marroquíes, yo nací aquí. Pero dejé el Islam con catorce años y ahora soy apóstata. Cuando los imanes llamaron a la Yihad muchos antiguos musulmanes nos unimos a los ejércitos que lucharían contra ella. Yo, que por mi ideología de izquierdas me hubiera venido mejor alistarme en las Brigadas Internacionales, tuve que hacerlo con la División de Voluntarios. ¿Te imaginas? Pero elegí el ateísmo frente al resto de posturas que defiende la izquierda, que se había aliado a la Sharía. ¿Sabes en cuántos países me matarían en cuanto pusiera un pie en ellos por haber renegado de la fe de Mahoma? No te lo diré, mejor investígalo, inspector.

El inspector escuchaba pacientemente a aquel joven que acababa de conocer. Hablaba demasiado pero todavía tendría que demostrar que tenía el valor de hacer lo que se proponían a hacer. ¿Lo tenía acaso él? ¿Iba a tirar toda su carrera por la borda por su idealismo? ¿Cambiaría su decisión si no albergara alguna posibilidad de atacar y salir impune?

—Bueno —dijo finalmente Carlos—. Ya te dije, César, que no traería armas de la comisaría porque están todas marcadas. También veo que tenéis aquí pistolas para aburrir. Pero de todas formas, he traído dos chalecos antibalas de buena calidad. Si me hubieras avisado de que nos acompañaría Said hubiera traído tres.

—Usadlos vosotros —respondió César sonriendo y meneando la cabeza—. Yo no lo necesito.

—Busca la muerte, ¿sabes? —respondió Said—. Los últimos meses de la campaña también lo hacía y nos metió bastantes veces en apuros. La guerra, que te sorbe el seso.

—Veremos si sigues siendo un guerrero o si ya te has oxidado —le respondió César con voz queda—. Esta noche, doce de octubre, día de la Multiculturalidad, antes día de la Hispanidad o del Pilar, según se mire, todos vamos a demostrar de qué pasta estamos hechos.

CAPÍTULO XXVII:

—No sé, Salgado, quizá deberías llevar más hombres —dijo Cristina Meyer paseándose por la habitación.

—Vale que está armada pero es solo una persona —respondió *El Lagarto*—. ¿Te parecen pocos tres hombres?

Se encontraban en una de las habitaciones especiales del Pub Extasía donde solían reunirse para tomar las decisiones importantes. El lugar era amplio y resultaba bastante cómodo ya que había mullidos sofás, sillas y mesas por doquier. La iluminación era adecuada y la música estaba tan baja que era prácticamente inaudible.

—Pero se ha cargado ya a cuatro personas, ¿recuerdas? —insistió la madame.

—No te preocupes, que no la subestimo —respondió *El Lagarto* —. Sé perfectamente lo que ha hecho y es por ello por lo que la voy a rajar de arriba abajo. Y es por ello también por lo que todos tendremos cuidado.

Junto al jefe de seguridad se encontraba Andrei y otro hombre que no hacía mucho tiempo que trabajaba para ellos. Se llamaba Luis y rondaba los veinte años. En el ataque contra los burdeles chinos se había destacado como uno de los pistoleros más sanguinarios por lo que *El Lagarto* decidió contar con él para aquella misión.

—Bien —sentenció Cristina—. ¿Has hablado ya con Suevo?

—No. Me dijo que me encargara y es lo que voy a hacer.

—¿Pero no crees que deberías decirle cuáles son tus planes? —volvió a la carga la mujer—. No sé, por si pasa algo.

El Lagarto meditó durante unos segundos la proposición de su socia. Se sentía impaciente por cobrarse aquella víctima que durante tantos días había buscado y quizá aquello le había hecho obrar con imprudencia. Después de todo, la madame había hecho una sugerencia muy acertada, por lo que dijo:

—Tienes razón. Dile tú que hemos salido a por Alicia y que intentaremos traerla con vida.

—Bueno, pues cuéntame con más detalle lo que vais a hacer.

Los comentarios de la madame comenzaban a molestarle. Quería salir cuanto antes de aquellas cuatro paredes. Llevaban ya las armas encima e incluso habían seleccionado el coche y la ruta de escape. No quería perder más tiempo de modo que relató nuevamente la historia a Cristina a gran velocidad.

Le informó de que desde que aquel programa de vigilancia

operado por inteligencia artificial había localizado el lugar donde se escondía la prostituta fugada se había empleado a fondo para averiguar qué hacía allí. Como sospecharon desde el principio, se ocultaba en la sede de una fundación que se dedicaba a luchar contra la trata de blancas; la Fundación Isthar. Había hecho también cierto trabajo de investigación en la red que había resultado muy útil. Gracias a ello había averiguado que la directora era una mujer llamada Helena Vega. No tenía redes sociales activas aunque se la podía trazar por varios actos oficiales o noticias digitales. Pese a ello, consiguió verla una vez saliendo del edificio y tomar un buen video de ella. No consiguió mucha más información sobre aquella fundación ya que parecía haberse formado hacía poco. Tampoco logró localizar a más miembros.

Durante el tiempo en el que estuvo apostado en las cercanías del local no vio salir a Alicia de modo que esperaba encontrarla allí. Si su investigación no había fallado, allí habría dos mujeres, una de las cuales podía estar armada. Creía que entre Andrei, Luis y él podrían reducirlas y secuestrarlas. Si dejaban la furgoneta lista para salir y conseguían hacerlo sin disparar, probablemente ni siquiera levantarían sospechas.

—Bueno, que no digo nada —dijo Cristina sin ocultar un deje de preocupación cuando acabó su disertación—. Tú eres el que sabes cómo hacer esos trabajos. Pero tened cuidado y no os fieis de esa puta.

—Ya habéis oído a la mujer —respondió pletórico *El Lagarto* adoptando cierto tono militar—. ¡Nos vamos de caza!

CAPÍTULO XXVIII:

El coche se desplazaba con decisión por la parte sur de Zaragoza. En su interior viajaban César, Carlos y Said. Todas las armas las llevaban en el maletero, pues si por casualidad eran detenidos por la policía, de aquella manera tendrían alguna posibilidad de no ser descubiertos. Conducían en silencio, muy concentrados en el trabajo que iban a desempeñar en escasos minutos. Said, que notó que en la radio sonaba *"Du hast"* de Rammstein, subió el volumen hasta límites ensordecedores.

—¡Quítalo hombre! —le gritó Carlos con nerviosismo.

—¿Recuerdas la guerra, César? ¿Oír esto desde el tanque? —bramó Said.

El aludido, que se encontraba al volante, se limitó a sonreír. Resignándose, el inspector decidió hacer caso omiso a la música y volver a sumergirse en sus reflexiones. Hacía un par de horas que había telefoneado a su familia. Tanto su mujer como su hija se encontraban a salvo en el pueblo. Seguían disgustadas pero quería creer que comenzaban a darse cuenta de que el padre de familia estaba metido en apuros y que era necesaria aquella medida cautelar.

—Bueno, concentración —dijo finalmente el conductor quitando la radio—. Hemos llegado al polígono. Ya habéis oído el plan, pero os lo recordaré. Hay un terraplén al sur, en la finca frente al burdel. Está deshabitado así que allí se apostará Said con el fusil de precisión. Said, no abrirás fuego hasta que nosotros lo hayamos hecho, así dispondremos del factor sorpresa. Carlos y yo avanzaremos por la puerta principal liquidando a todos los chulos que nos encontremos por el camino. ¿Entendido?

Los dos hombres asintieron con la cabeza. Pese a que el inspector también tenía formación en asalto y otras técnicas policiales, no tuvo inconveniente en que fuera el exsoldado el que dirigiera la operación. A Carlos le gustaba ser un líder, pero no le importaba hacerse a un lado cuando otra persona era lo suficientemente capaz y, desde luego, pensaba que su compañero lo era.

Aparcaron a una distancia prudencial. Desde allí se oía la música del local como un zumbido de fondo que de vez en cuando se aderezaba con risas o gritos de los clientes. Pasaba de las diez de la noche y el burdel ya había recibido a los primeros visitantes. César se había mostrado muy tajante con aquel detalle; atacarían pronto. Sería más difícil huir porque todavía había mucha circulación en la

ciudad, pero ir más tarde implicaría que la mayor parte de los individuos con los que se encontrarían serían civiles a los que no querían herir.

Tras abrir el maletero retiraron una pequeña manta y comenzaron a pertrecharse. Dado que Said actuaría de francotirador fueron los otros dos hombres los que se cubrieron con el chaleco antibalas. Una vez se lo hubieron colocado volvieron a ponerse sus respectivos abrigos y comenzaron a cargarse con armas y municiones. Se escondieron las pistolas atrás, sujetas y ocultas por los pantalones. Sus respectivos fusiles de asalto no eran tan grandes como el de Said, de modo que pudieron ocultarlos en las solapas de sus abrigos. Se abrocharon las correas al hombro para que no se les cayeran al suelo.

—Buen, caballeros, os deseo buena suerte —dijo César con seriedad y, dirigiéndose a Carlos añadió—: Y recordad que aquí somos los buenos.

El inspector de policía se sentía paralizado por el terror. Mientras comenzaba a andar despreocupadamente hacia la entrada del burdel, viendo de reojo cómo Said trepaba hábilmente por el terraplén, comenzó a barajar las posibilidades que tenía todavía de salir huyendo. No temía morir, era la idea de ser descubierto, juzgado y encarcelado lo que atenazaba su alma. Había trabajado mucho y muy duro durante toda su existencia para tener una vida normal y ahora se disponía a echarlo todo a perder en una orgía de sangre. ¿De verdad merecía la pena? ¿Era realmente aquel su lugar?

Ante él se desplegaron tres hombres vestidos con traje. Dos de ellos cubrían la entrada a La Factoría, el enorme edificio de cemento sin apenas decoración o ventanales. El tercero de ellos se encontraba a escasa distancia hablando con unos clientes. Eran, sin duda, sus primeros objetivos. Su corazón palpitaba frenéticamente mientras se iba acercando el momento de la verdad. ¿Todavía estaba a tiempo de abandonar aquella locura?

—Hola, venimos por las putas —dijo César con cierto tono chulesco.

—¿Putas? —dijo uno de los porteros, un hombre de unos cincuenta años, calvo y barbudo.

—Sí —respondió tranquilamente César—. Venía especialmente por una que se llama Alicia. ¿La conocéis?

Oír aquel nombre sirvió para que Carlos saliera de su ensoñación. En menos de un instante recordó su conversación con aquella joven en la universidad. A su memoria vinieron las hondas impresiones que le causó conocer las penurias que había vivido desde niña. Repentinamente supo que aquel era su lugar. Quería estar allí. Ya no tenía miedo y la sensación de poseer un fusil se

hizo especialmente notoria.

—¿Quién coño…?

Las palabras quedaron en el aire, pues una ráfaga de disparos fulminó a los dos porteros. La sangre salpicó la cara del inspector, que rápidamente sacó también su fusil. Los clientes se habían tirado al suelo gritando y el tercer hombre se encontraba desenfundando su pistola. Antes de que pudiera responder otra nueva ráfaga lo lanzó violentamente contra el suelo. César, de nuevo, había abatido al objetivo.

—¡Espabila! —le gritó ajustándose la ametralladora—. No quiero ser yo el que haga todo el trabajo.

Entonces apareció por la espalda del exsoldado un nuevo chulo con un revolver en ristre. Carlos empujó con el cañón de su fusil a su amigo pero antes de que pudiera reaccionar una bala silbó sobre sus cabezas y fue a impactar en el recién llegado, que cayó muerto en el acto. Said, oculto en la negrura de la noche, no había fallado.

—¡Vamos a entrar! —dijo César dando una patada a la puerta y penetrando en el edificio.

El interior saturó todos los sentidos del inspector. La música estaba más fuerte y había humo que eliminaba el olfato y nublaba la vista. Para más inri, clientes y prostitutas comenzaron a corretear a su alrededor intentando escapar. Carlos apuntaba con su fusil a todo aquel que se cruzara en su camino pero tenía que contener el gatillo para no producir bajas colaterales.

El primer enemigo real no tardó en aparecer. No vestía con traje pero iba claramente armado y aquello le parecía suficiente razón como para abrir fuego. De hecho, de no haber sido porque lo vio, probablemente hubiera matado a César, pues apareció por su espalda. Tras apretar el gatillo volvieron a su mente todas las veces en las que había disparado un arma, la mayor parte de ellas en un campo de tiro. Se sentía fresco para seguir pero el sonido del cuerpo inerte de su objetivo desparramándose por el suelo le indicó que ya no había marcha atrás. Había matado fuera de servicio. Se había excedido como policía.

—¡Vamos, vamos, vamos! —gritó César disparando una ráfaga contra un tabique tras el cual se había escondido otro pistolero.

Se encontraban en un largo hall en el que había decenas de lugares para esconderse. Desde allí se podía acceder a las habitaciones tanto por un pasillo como por una escalera, a la barra y a la zona de copas, que estaba salpicada de sillones y mesas. Pese a que los clientes y las prostitutas seguían interponiéndose en su campo de tiro, poco a poco los enemigos fueron llegando al lugar. Desde el exterior les llegaba el sonido de disparos; sin duda, Said estaba protegiendo la entrada.

Los dos asaltantes se parapetaron detrás del tabique de una barra. Con un gesto, César indicó a su compañero que vigilara la retaguardia mientras él, apostado en el suelo y asomando el cañón por un resquicio, intentaría liquidar a los defensores. Carlos se sentó en el suelo, protegido por la barra, y pugnó por calmar a una de las camareras, que lloriqueaba en el suelo.

Repentinamente, por la puerta principal entraron dos hombres armados. César no los había visto, de modo que el inspector se incorporó rápidamente, apuntó y disparó. El primero de ellos cayó muerto pero al segundo tuvo que seguirlo con el cañón mientras huía hasta que, tras vaciar el cargador, lo abatió también.

—¡Esto se pone interesante! —bramó eufórico César dando un par de palmadas en la pierna de su compañero.

Carlos jamás había visto a aquel hombre tan excitado. Aquel comportamiento maníaco que destilaba contrastaba notablemente con el estoicismo con el que solía desenvolverse. Los recuerdos de la guerra, pensó, debían haberle activado de nuevo.

Uno a uno, todos los chulos fueron cayendo. En ocasiones César los alcanzó atravesando muebles, otras veces en el momento en el que asomaron la cabeza para mirar y a veces simplemente porque cargaban contra ellos a pecho descubierto. Para el inspector aquel hombre parecía un titán de la guerra y le resultaba difícil llevar la cuenta de las balas que había disparado.

—Pásame un cargador que me he quedado sin —le dijo poniéndose en pie—. Vamos a rastrear las habitaciones.

—¿Ya?

—Aquí no queda nadie.

Carlos se levantó también y contempló que la zona del bar se encontraba completamente destruida. Había cadáveres, muebles rotos, vidrios estallados y sangre cubriendo cada metro cuadrado. Entre aquel maremágnum se podían divisar algunos supervivientes que se acurrucaban escondiéndose donde podían, sin ser ninguno de ellos objetivos de los asaltantes.

Abandonaron el parapeto y se adentraron en el primer pasillo. A ambos lados discurrían habitaciones que quedaban separadas, en el mejor de los casos, por cortinas. César y Carlos avanzaban despacio, apuntando. Cada vez que uno de ellos registraba una sala el otro se quedaba apuntando al horizonte, expectante. Fue justo después de que el inspector volviera a salir de una habitación, en la que dejó a una aterrorizada prostituta, cuando aparecieron a lo lejos dos nuevos hombres armados. Tanto el policía como el exsoldado abrieron fuego fulminándolos en el acto.

—¿Cuántos llevamos? —preguntó Carlos.

—Tú sigue.

De nuevo avanzaron unos cuantos pasos más y el inspector se puso en posición para adentrarse en otra habitación. Con un gesto rápido descorrió la cortina y entró justo por detrás del cañón de su fusil. El interior estaba oscuro pero enseguida reconoció dos cuerpos ocultos en un camastro. Se disponía a abandonar el lugar cuando un detalle captó su atención, de modo que volvió sobre los ocupantes. Tras acercarse más corroboró sus peores sospechas. El cliente era un hombre de unos sesenta años, con barba canosa y cuerpo peludo. El trabajador era un muchacho de unos doce años, que yacía desnudo junto a él. Aquella escena desbocó el corazón del inspector. Sus ojos se inundaron en lágrimas y la voz se le quebró. Quiso hablar pero no le salían las palabras. Estaba oscuro y olía a pólvora y sangre. La música de fondo seguía sonando pero en su cabeza se había instalado la canción que habían escuchado en la radio cuando se acercaban a La Factoría. Con exasperante lentitud depositó el fusil en una pequeña mesita y sacó la pistola de la parte trasera de sus pantalones. Tras ello clavó una rodilla en el mullido colchón y se fue abalanzando sobre el asustado cliente, que gimoteaba bajo él cubriéndose la cabeza con las manos.

Carlos estaba fuera de sí, apenas era consciente de lo que estaba haciendo. Era la bestia, esa que habita dentro de todos los hombres, la que empuñaba la pistola e introducía el ánima del cañón en la boca del cliente. En su mente, la canción llegó a su punto culmen.

Du, du hast, du hast mich.
Du, du hast, du hast mich…

Y entonces, el inspector aulló. No era él el que gritaba sino su alma. Aquel bramido desgarrador silenció todo lo demás y solo cesó cuando la explosión de la pistola reverberó en la habitación. Un reguero de sangre bautizó el rostro del que hasta aquella noche había sido un policía ejemplar.

CAPÍTULO XXIX:

Helena Vega se encontraba sentada a la mesa de la sala de reuniones de la sede de la fundación que dirigía. Tenía encendida en la pantalla el noticiero local y también ojeaba con avidez las últimas actualizaciones de Twitter en busca de información sobre lo que en cualquier momento ocurriría en La Factoría. Estaba muy nerviosa, pues sabía que se lo jugaban todo a una carta. Desde que la llamó César para decirle que salían hacia su destino no se había despegado de internet. Ni siquiera se había cambiado de ropa. Podía tolerar el traje pero los tacones eran demasiado, de modo que, soltando unos segundos el monitor, se descalzó.

No había comido nada desde el mediodía pero ni siquiera era capaz de sentir hambre. Había tres hombres que se iban a jugar la vida por su noble empresa. Nunca jamás nadie había realizado una hazaña tan solemne y altruista por ella de modo que vivía una mezcla de sentimientos que la extrañaban y aterrorizaban por igual. Ella, que había visto y estudiado lo peor del ser humano, descubría que había personas verdaderamente buenas. Era por este motivo por lo que una nueva sensación fue haciéndose hueco en su ser, algo que hacía tiempo no vivía. Tenía miedo, no por ella, sino por los que ya consideraba de los suyos.

A escasos metros de ella tres hombres descendieron de una furgoneta que acababan de aparcar en su portal. Se habían cubierto la cara con pasamontañas y, aunque no lo parecía a simple vista, iban fuertemente armados. El líder, al que apodaban *El Lagarto*, se acercó a la puerta del antiguo edificio. Para su suerte, la cerradura había sido reemplazada por un moderno dispositivo electrónico asociado a los propietarios. Estaba preparado para ello, pues contaba con un descodificador ilegal que le permitió abrirla en un par de segundos.

Los tres pistoleros se introdujeron en el edificio. Ascendían las escaleras con velocidad pero en completo silencio. La oscuridad, solo disipada en ocasiones cuando atravesaban las ventanas de mitad de pasillo, que introducían tímidos rayos de luz eléctrica exterior, hizo el resto. No tardaron demasiado tiempo en llegar al piso en el que un letrero cuyos rótulos rezaban “Fundación Ishtar” les daba la bienvenida.

—Cerradura de llaves —murmuró Andrei.

—¡Mierda! —musitó Luis, el tercer hombre.

Aquel fue un contratiempo que *El Lagarto* no esperaba. Ya casi nadie usaba llaves pero la fortuna seguía sonriéndoles, pues pese a

la sospecha inicial, se encontraban preparados.

—Andrei, el ariete —acabó diciendo el líder—. Acierta a la primera porque la puerta parece sólida.

El chulo sacó de una mochila un enorme tubo de hierro que acababa en una punta roma. Llevaba un par de correas que permitían propulsarlo y usar su inercia para derribar puertas. Era un elemento antiguo, pero dado que todavía existían puertas como aquella, necesitaban llevarlo encima.

Sus compañeros le hicieron hueco con agilidad. Andrei se colocó en posición y tanteó un par de veces la trayectoria que debía describir el utensilio. Cuando finalmente se decidió cogió aire, tomó impulso y descargó un potente golpe contra el lugar donde se encontraba el cerrojo. El estruendo fue ensordecedor, sin duda recorrió todo el rellano, pero la puerta aguantó.

—¡Más! —gritó *El Lagarto* desenfundando su pistola.

El segundo golpe hizo que la puerta temblara. El tercero levantó una nube de astillas. El cuarto la dejó medio abierta, solo sujeta por un par de tornillos. El quinto la abrió por completo lanzándola violentamente contra el tabique.

—¡A por ella!

Los tres hombres se introdujeron en el piso con decisión. Todos iban con linternas y pistolas, pues en el interior reinaba la oscuridad. El sonido de las noticias de algún televisor les impidió guiarse por el oído; tendrían que encontrar a su presa con la vista. Tras recorrer el hall fueron registrando una a una todas las habitaciones de la sede. No encontraron rastro humano pero vieron en una especie de sala de reuniones una Tablet encendida, un vaso de agua medio lleno y un pequeño flexo encendido.

—¿Dónde está la puta? —exigió *El Lagarto* cuando se reencontró con Luis.

—Mira —le respondió señalando una ventana abierta a través de la cual entraba cierta corriente que mecía las cortinas.

El líder se asomó pero no vio a la fugitiva. Ni había ningún tipo de escalera que permitiera una huida fácil ni la repisa era lo suficientemente grande como para sostener a un ser humano. El suelo, a varios metros de distancia, daba a una calleja de un solo carril que parecía deshabitada.

—¿Dónde cojones ha ido? —preguntó Luis.

Pero las palabras quedaron en el aire, pues en el cuarto contiguo Andrei estaba provocando golpes sordos y rítmicos. Los dos pistoleros acudieron rápidamente hasta allí. Cuando llegaron pudieron ver al gigante rompiendo una puerta de una patada. Volviendo a levantar sus armas le siguieron, y, en escasos segundos, irrumpieron en aquella sala.

—Mierda… —susurró *El Lagarto* con el rostro contraído por la ira—. ¡Qué hija de puta!

Los tres hombres, que se mantenían en pie como pasmarotes, atónitos y enfurecidos a partes iguales, vieron lo suficiente en el interior de aquel pequeño cuarto como para comprender qué había sido de Alicia tras su fuga del burdel.

CAPÍTULO XXX:

El último disparo lo efectuó César. Se encontraba ya en la parte trasera de la Factoría. Uno de los guardias intentaba huir trepando uno de los terraplenes que delimitaban el local pero fue abatido sin piedad por la espalda. Habían estado siguiendo a aquel objetivo durante los últimos tres minutos de modo que los asaltantes estaban convencidos de haber acabado con todos. Mientras se disipaba la nubecilla de pólvora quemada justo enfrente de su cañón el tirador hizo descender su fusil.

Carlos no tardó en alcanzarle, pues avanzaba varios metros por detrás cubriendo la retaguardia y los flancos. También su arma se encontraba caliente por la cantidad de balas que había escupido. Ambos habían perdido la cuenta del número de enemigos que habían matado pero la enorme cantidad de cadáveres y la magnitud de los charcos de sangre que se arremolinaban a su alrededor resultaban inequívocos. El burdel se había vaciado casi por completo ya que la mayoría de clientes y prostitutas habían huido por el inhóspito polígono industrial.

—Ya está hecho —murmuró el inspector.

—Sí —respondió el antiguo soldado—. ¿Estás bien?

—Bueno, me han dado un tiro en el chaleco. Me duelen las costillas, pero nada.

—¡Qué suerte! Vamos a buscar a Said.

Tras decir aquello, César emprendió el camino de vuelta hacia la entrada principal. Hubiera acortado pasando por el interior del edificio pero instintivamente prefirió no volver a adentrarse en aquel sangriento campo de batalla. En el exterior corría la brisa pero apenas la notaban; todavía sentían la tensión de la adrenalina.

El inspector, que caminaba varios pasos por detrás con el fusil colgando de la correa, miró de reojo a su compañero. Aquel hombre, tal y como le había dicho Helena, era un titán de la guerra. Había mantenido la concentración en todo momento y parecía que disipar las dudas, los miedos o las distracciones en pos de la puntería y la letalidad había resultado harto fácil para él. Sin embargo, su instinto policial le había hecho participe de un dato que no le había dejado indiferente. Tenía la certeza casi absoluta de que en el fragor de la batalla uno de los proxenetas había reconocido a César.

Todo había ocurrido muy rápido, lo que acrecentaba sus dudas, haciéndole incluso creer que quizá hubiera malinterpretado todo ante el estrés de la refriega. Pese a ello, Carlos podía desintegrar

aquella información en datos o acciones de los que sí que se atrevía a dar buena fe. Uno de ellos era la imagen del defensor que, corriendo hacia donde se encontraban, se había topado de bruces con ellos. César, que fue quien lo recibió, no pudo disparar su arma dada la proximidad de su enemigo, de modo que tuvo que darle un culatazo y derribarlo. Tras ello, su fusil se enganchó en un sofá y tardó varios segundos en liberarlo. En aquel tiempo, el defensor pudo mirarle a la cara, abrir los ojos como platos, fruncir el ceño y pronunciar unas palabras que, a vista pasada, se antojaban cuestionables al inspector.

—¡Eres tú!

¿Había dicho realmente aquello? Reconocía que tras vocalizar la última sílaba una bala había destrozado su cráneo, de modo que, de haber sido así, aquellas hubieran sido sus últimas palabras. ¿Eres tú? A poca distancia una mujer aullaba aterrorizada, la música no había dejado de sonar en todo momento y él estaba bastante nervioso. ¿Podía haberse confundido al interpretar aquel balbuceo?

—Espero que Said no nos dispare cuando nos vea —dijo César sacándole de su ensimismamiento.

Cuando llegaron a la entrada del local descubrieron que a los tres guardias que habían liquidado se les habían sumado cinco cadáveres más. Por su localización y las características de las heridas parecían haber sido abatidos por el francotirador del equipo. Sin perder demasiado tiempo examinando los cuerpos, César salió del vallado, atravesó la calle y comenzó a escalar el terraplén. Sus peores temores comenzaban a acrecentarse a medida que iba dándose cuenta de que su amigo no contestaba.

—¡Said!

Antes de llegar a la posición de su compañero descubrieron el fusil, que parecía haber sido arrojado por el terraplén. Haciendo un último esfuerzo acabaron de trepar por la pendiente y la visión que se les presentó hizo que quedaran enmudecidos. Ante ellos se desplegaban dos cadáveres, ambos llenos de balazos. Uno de ellos era, sin duda, uno de los pistoleros del burdel. El otro pertenecía a Said.

El inspector se cercioró de la muerte de su compañero buscando signos vitales. Cuando la hubo confirmado dedicó una mirada escrutadora a César. El antiguo soldado permanecía inmóvil, impávido y con una expresión difícil de leer. No parecía apenado, ni siquiera enfurecido. Carlos, que solía fiarse bastante de su instinto, creyó reconocer en ella el conformismo ante la muerte de los militares. Todos los que luchaban en una guerra sabían que podían morir en cualquier momento y que la misma ley se podía aplicar a sus compañeros. Desconocía cuán unidos podían haber estado

aquellos dos previamente pero reconocía que el hecho de que Said hubiera querido ayudarles sin pedir nada a cambio implicaba un fuerte lazo de amistad.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó finalmente el policía.

—Estoy pensando si llevarnos el cadáver o no —respondió taciturno César.

Carlos no esperaba oír aquello, pero su respuesta no hizo más que confirmar su teoría. Pese a la batalla, a haber segado la vida de varios seres humanos y haber perdido a un ser querido la mente del exsoldado seguía pensando, produciendo, intentando resolver los problemas.

—Nos lo deberíamos llevar —le ayudó el inspector—. Por él, ¿no? Supongo que se merecerá un entierro digno. Tampoco le conviene a él o a su familia ser relacionado con este suceso.

—Él no tiene familia —respondió César.

—¿No tiene ni una novia que se preocupe por él? ¿Amigos?

—Eso lo desconozco.

César levantó la vista del cadáver y la dirigió al horizonte. En cualquier momento acudiría la policía alertada por los disparos y las llamadas de los clientes. Aquello, sin duda, sería un gran golpe para el Pub Extasía, ya que en cuestión de días la investigación conseguiría vincular ambos locales. Sin embargo, la llegada de las fuerzas del orden jugaba en su contra, pues no debían ser descubiertos. Tenía que tomar una decisión y tenía que hacerlo ya. Compartía la idea de Carlos de que Said no se merecía quedarse allí y ser relacionado con el atentado pero temía los inconvenientes de tener que deshacerse de un cadáver sin levantar sospechas, acción que complicaría sobremanera el resto de actividades que Helena tenía programadas.

—Bueno —dijo finalmente tras unos segundos de reflexión—. Creo que lo mejor será…

Pero su frase quedó cortada en el aire por una llamada telefónica. El antiguo soldado reconoció aquel tono, que solo podía provenir de la directora de la Fundación Isthar. Mientras descolgaba la llamada, acercándose el reloj al oído, su compañero Carlos contuvo la respiración.

—¿Sí? ¿Qué? ¿Qué? Tranquila. ¡Por favor! ¡Tranquilízate y habla bien! ¿Dónde estás? ¿Dónde? Sí. Sí, sí, sí… vamos para allá. No te muevas y si cambias de posición llámame de nuevo.

—¿Qué pasa? —preguntó Carlos sin ocultar su alarma.

—Dejaremos aquí a Said —respondió César girándose sobre sus talones y emprendiendo una marcha veloz hacia la furgoneta—. Los chulos han ido a la fundación y están persiguiendo a Helena.

CAPÍTULO XXXI:

La noche había sumido en las tinieblas el Parque Grande José Antonio Labordeta. Las farolas, distantes unas de otras, apenas conseguían introducir sus rayos de luz entre el tupido follaje de los plataneros, los chopos, los fresnos y los cipreses que crecían divididos por los escasos caminos de piedra o tierra pisada. Helena Vega se encontraba agazapada detrás de un pequeño montículo formado por un tronco caído que ya había sido engullido por la hierba. Su traje se encontraba lleno de tierra. Al hombro portaba una mochila. Los chulos no le dieron tiempo para coger nada más.

Llevaba una hora corriendo por la ciudad y estaba prácticamente agotada. Ya iba descalza y en la parte de sus piernas que no cubría la corta falda habían aparecido algunos rasguños de poca monta. Su pelo negro estaba alborotado y sus ropas empapadas en sudor. Sin embargo, pese a la trepidante huida, no había conseguido zafarse de sus perseguidores.

Cuando entraron en la sede de la fundación tuvo menos de un minuto para coger el dinero y descolgarse por el balcón. Reconoció tres voces diferentes, de modo que entendió que presentar batalla sería una opción suicida. Aplastando su cuerpo contra la fachada justo bajo la cornisa de la ventana aguantó estoicamente a que los que se habían asomado por ella volvieran al interior del edificio. Cuando lo hicieron intentó descender aferrándose a los salientes pero a mitad de camino cayó al suelo. La caída no le ocasionó ninguna fractura pero le dejó el cuerpo condolido. El ruido alertó a los proxenetas, que al volver a asomarse la vieron huyendo por la calle.

Desde aquel momento no había dejado de correr con los tres hombres pisándole los talones. Había incluso robado un vehículo por la fuerza que acabó estrellando a los pocos metros. Pese a la gravedad del asunto, reconoció en aquella radio proscrita que todo el mundo llevaba en el coche la canción de "*The day that never comes*", de Metallica, que se le antojó su propia banda sonora en una noche que parecía no tener fin. La temeraria conducción le había dado cierto margen que, una vez estuvo de nuevo a pie, sus perseguidores recortaron. Pasó cierto tiempo escondida en algunos callejones pero de una manera u otra acababan encontrándola. Todavía no sabía cómo había llegado hasta allí pero reconocía perfectamente el Parque Grande. Oculta bajo la oscuridad y los árboles pensó darles esquinazo pero cuando reparó en las linternas que barrían el bosque a escasa distancia sintió que, tarde o

temprano, sería descubierta.

Había avisado a César pero no tenía nada claro que pudieran llegar a tiempo. Tenía miedo, pues no alcanzaba a comprender cómo aquellos maleantes habían descubierto que iba a por ellos. Sin duda, el hecho de que hubieran intentado capturarla confirmaba que no tenían ningún tipo de escrúpulo.

Poco a poco, los pasos y las voces se iban acercando. En un par de ocasiones un destello de la linterna la había deslumbrado pero el improvisado camuflaje que su traje oscuro le confería había permitido que no la descubrieran. De cualquier forma, una voz con acento rumano no paraba de aproximarse a ella.

—Parad —dijo un hombre a más distancia—. ¿Cómo? ¿En La Factoría? ¿Muertos?

—¿Qué pasa? —preguntó el que tenía más próximo con voz potente.

—Han atacado La Factoría —respondió el otro con evidentes signos de furia—. Han debido de ser los chinos. Vamos para allá.

En aquel momento, el hombre que hablaba con acento rumano se giró sobre sí mismo para obedecer la orden pero en aquel preciso instante una rama crujió bajo los pies de Helena. Aquel sonido hizo que el proxeneta, que era de enormes proporciones, detuviera su marcha y volviera sobre sus pasos para investigar. La mujer contrajo con fuerza las mandíbulas y cerró los ojos arrepentida por el descuido que acababa de cometer. Intentó agazaparse todavía más pero sabía que iba a ser descubierta inminentemente. Sobre el hombro izquierdo portaba la bolsa y en la mano derecha asía con fuerza un pequeño punzón que había conseguido coger de la modesta cocina de la fundación. Los pasos iban siendo cada vez más fuertes. La pesada respiración del hombre resultaba tan próxima que la sentía encima de su nuca. Llegado el punto pudo incluso atisbar en el ambiente una mezcla de olores que comprendían desde el del alcohol hasta el del sudor humano. La bestia se acercaba y sabía que tenía solo una oportunidad.

—¡Eh, tú! —gritó el gigante—. ¡Eh, Lagarto, está aquí!

—Por favor, no me hagas nada —gimoteó Helena echándose al suelo bocarriba.

El hombre sonrió y frunció el ceño eufórico. No sin cierta torpeza superó el obstáculo del tronco con una gran zancada y depositó su bota a escasos centímetros de Helena, que asustada se retorcía sobre la tierra.

—Has corrido mucho, ¿eh? ¿Estás cansada? —dijo con tono paternal.

—Por favor, ¿qué quieres de mí? —volvió a lloriquear acurrucándose todavía más.

Entonces una fuerte mano la asió del brazo y la levantó en volandas quedando la mochila en el suelo. La mujer pesaba tan poco y el hombre era tan musculoso que aquel gesto pareció sencillo. Helena todavía tenía los pies en el suelo pero tuvo que ponerse de puntillas para no quedar suspendida en el aire. Comenzó a sentir un dolor atroz en el brazo agarrado, pensando incluso que pudiera llegar a quebrarle algún hueso.

—No me mates —volvió a implorar.

—Te esperan cosas peores, guapa…

Pero su frase quedó ahogada en un burbujeo porque en un rápido gesto Helena introdujo el punzón en su cuello. La herida entró por un lateral, atravesándole vasos y tráquea. El sonido de su voz fue sustituido por un rebuzno sanguinolento. Intentaba articular nuevas palabras pero le resultaba imposible. Cuando la mujer extrajo su arma un chorro de sangre pulsátil salió despedido a varios metros de distancia. El chulo ya no podía sostenerla, por lo que la dejó caer. Segundos después se desplomó en el suelo estremeciéndose. En sus ojos se leía la certeza personal de que iba a morir.

—Hija de puta… —oyó bramar a aquel al que habían llamado Lagarto.

Helena se volvió a ocultar tras el tronco con presteza. Acto seguido varios disparos levantaron un estallido de astillas a su vera, algunas de las cuales se clavaron en su piel. Aferraba el punzón con fuerza, sentía incluso cómo la sangre bañaba su mano, pero sabía que no sobreviviría a aquel momento. Los pistoleros se iban acercando cada vez más, rodeándola. Ya apenas disparaban, pues habían comprendido que ella no tenía armas de fuego. En su cabeza, la canción que había oído en el vehículo comenzó a sonar inoportunamente.

“The day that never comes.
When they stand up and feel the warmth.
But the sunshine never comes, no.
No, the sunshine never comes”.

Pero repentinamente, el sonido de una ráfaga de fusil quebró el panorama haciendo que sus perseguidores tuvieran que echarse al suelo. Estaban a tres o cuatro metros de ella pero el fuego de una segunda arma larga le hizo recuperar las esperanzas. Eran sin duda los suyos, que finalmente habían llegado a socorrerla.

—Si dais un paso más sois hombres muertos —rugió César.

—¿Dónde estáis, mamones? —rio *El Lagarto*.

De nuevo, un par de ráfagas consiguieron que los dos proxenetas

comenzaran a replegarse reptando por el suelo. Helena pensó que no sabían desde dónde les estaban disparando y que aquello, junto a que sus pistolas no podían competir contra los fusiles, conllevó que se retiraran. Durante un par de minutos aguardó expectante detrás del tronco. No se oyeron más disparos. Pasado un tiempo prudencial se puso en pie. A su lado se encontraba César, que le posó la mano en el hombro. Junto a él estaba Carlos con cara de preocupación.

—¿Estás bien? —preguntó el antiguo soldado.

—Sí.

—¿Quién es? —volvió a inquirir.

—Andrei —respondió Helena tras darle una patada que puso su cabeza bocarriba—. El otro era *El Lagarto*.

—¿Estabas en la fundación? ¿Cómo te han encontrado? —preguntó César de nuevo.

—No lo sé.

Entonces Carlos, que se encontraba ligeramente apartado de la conversación, dio un paso al frente y dijo con evidente malestar.

—¿Cómo que cómo te han encontrado? La pregunta es por qué te han encontrado.

—¿Eh? —musitó Helena arrugando la frente.

—Sí —insistió el inspector—. ¿Por qué han ido a por ti? ¿Sabían que ibas a asestarles el golpe de La Factoría? ¿Por qué no estaban debidamente preparados para ello? ¿Qué cojones está pasando aquí?

—Tranquilízate —dijo César poniendo su mano por encima del fusil de su compañero.

—No, no me calmo —respondió el policía elevando el tono de su enfurecida voz—. Aquí una de las partes no ha sido completamente sincera y no he sido yo. ¿Qué coño pasa? Decidme la verdad. ¿Qué es esto?

—Te la diremos, Carlos —respondió Helena avanzando hasta su posición y posando las manos en sus mejillas—. Pero vamos a salir de aquí primero.

—No, Helena, dímelo ya —murmuró con un hilo de voz el inspector—. ¿Dónde está Alicia? ¿Dónde la tienes oculta?

CAPÍTULO XXXII:

Zaragoza, febrero de 2035 (unos meses antes)

César apuró el último trago de su botella de cerveza y la lanzó a la calle. Se encontraba sentado en un portal. Debido al gélido invierno que reinaba en la ciudad había salido de su apartamento con gorro, guantes, botas y gabardina. Apenas pasaba de las diez de la noche por lo que todavía se veía bastante gente. Muchos no podían ocultar mirarle con desprecio, pues no tenía edad para andar bebiendo solo por la calle.

Enfrente se desplegaba el enorme escaparate de una tienda de televisores. Los había contado mientras acababa la bebida; eran doce. En todos ellos se veía la misma imagen, una mujer joven y atractiva hablando en un documental. No podía oír lo que decía pero tenía subtítulos en la parte inferior. Intrigado por el mensaje que pudiera transmitirle su inanimada compañera de botellón decidió levantarse y, antes de marcharse, acercarse lo suficiente como para ver qué decía.

«El mundo es un lugar maravilloso que debemos preservar a toda costa. Para ello, debemos anhelar la paz con todo nuestro corazón. Si todos rompiéramos la cadena de la violencia en poco tiempo alcanzaríamos la paz y armonía entre los seres humanos. Porque el mundo es algo que debemos disfrutar. Si somos buenos, el mundo lo será con nosotros, ya lo creo. Hay que descartar todo tipo de violencia. ¿Cómo podemos pretender lograr la paz si seguimos despreciando al prójimo, fabricando armas, crueles leyes o sembrando la discordia? Es necesario un drástico cambio de mentalidad. Es necesario que renunciemos a la violencia por completo para crear un mundo mejor».

—¡Esto es basura! —bramó César alarmando a una madre y su hija que pasaban por allí—. ¿Cómo puedes haber condensado tanta mierda en un mensaje tan corto? Antes la verdad que la paz. Si vis pacem, para bellum, ¿o es que no sabes nada de nada?

Las dos mujeres apretaron la marcha al pasar a su lado. El hombre, con los ojos fuera de sí, les dijo:

—¿Es que no os habéis enterado de que ha habido una terrible guerra en Europa hace menos de un año? ¿Os da igual? ¡Cobardes!

Tras ello echaron a correr. César se sintió mal por haberlas asustado, pero su malestar duró una milésima de segundo. Había llegado a la conclusión de que ya nada importaba. Estaba muerto, había dejado su vida en el frente, tal y como había hecho, pensaba, Europa con su dignidad. Los gélidos bosques escandinavos estarían

regados por la sangre de los más valientes del continente durante años. Él y los suyos habían sufrido una aplastante derrota. En su nihilismo, estaba convencido de que aquello había sido un pequeño preludio de lo que vendría después, una verdadera tormenta de violencia, fanatismo y bestialidad.

Ignorando todo cuanto acontecía a su alrededor se encaminó hacia el lugar al que quería llegar desde el principio. Mientras lo hacía revisó su cartera. Apenas le quedaba dinero y aquello era todo lo que tenía. Dado que debía algunos plazos del apartamento podría decirse que se encontraba en la más completa bancarrota. Además, pensaba gastarse ese dinero aquella noche. ¿Después? Después se suicidaría.

—Quiero pasar la noche con una mujer —dijo a los porteros del Pub Extasía al llegar.

—Adelante, *cowboy* —le espetaron con sorna dejándole pasar.

Tras gastarse sus últimos ahorros lo acompañaron a una habitación. Había contratado los servicios de una chica para la próxima hora. César no tenía claro que fuera a disfrutar de la experiencia, pues ya casi nada podía afectar a su inexistente moral, pero creía que pasar sus últimos momentos en compañía de una mujer y tener sexo con ella era lo que cabía esperar de alguien que va a morir. ¿No era así?

Esperó vestido en la habitación, tirado en la cama. Todo estaba decorado para exaltar la sensualidad. Los colores eran cálidos, oscilando entre el rojo y el rosa. La luz y la música conseguían crear un ambiente propicio para el sexo pero aquellos detalles todavía no conseguían despertar ningún interés en él. Echar un polvo, empezó a pensar, no tenía ningún significado metafísico cuando habías visto morir uno a uno a tus mejores amigos. ¿Qué hacía allí?

Cuando llegó su prostituta enmudeció, pues quería darle una oportunidad. Era una joven de unos veinte años, delgada, bonita, de largos cabellos rubios y mirada inteligente. Se presentó como Alicia. Parecía una chica cualquiera, pero algo en su rostro le hizo pensar que había algo más.

Para Alicia, aquel hombre no fue un cliente común. Saltaba a la legua que estaba trastornado por algún motivo. Aquellos no eran los hombres que pedían cosas ordinarias, de modo que se preparó para satisfacer sus demandas, fueran cuales fuesen.

Se sentó en la cama, a su lado, adoptando una pose sensual. Al principio intercambiaron unas palabras. El hombre no hacía ningún ademan de lanzarse hacia ella, parecía querer hablar de trivialidades. Alicia aprovechó para penetrar más en aquella mirada huidiza. Hacía un par de años que había desarrollado una especie de sexto sentido que le permitía intuir cómo iban a comportarse los

seres humanos. Todavía no lo comprendía bien pero en ocasiones se le presentaban escenas o emociones que le revelaban importantísima información sobre terceros.

—¿Qué te pasa? —acabó preguntándole mientras se sentaba encima de él juntando sus genitales—. ¿Quieres hablar?

Entonces César habló, y lo hizo como si hubiera guardado silencio durante toda la vida. Le contó historias sobre una guerra lejana de la que acababa de volver, algo que Alicia jamás hubiera sospechado por lo que había visto en las noticias. Aquel hombre se encontraba francamente atormentado por haber sido derrotado, haber visto morir a sus amigos y haber perdido toda esperanza en el futuro. Los minutos pasaban y poco a poco la joven fue haciéndose una idea de lo que había ocurrido. Allí, en Suecia, había habido una terrible guerra civil encubierta por la prensa y los países europeos. Una parte de la población, que casi llegaba a la mitad, se encontraba descontenta con el gobierno, apoyado por la otra mitad. Las elecciones habían sido unos meses antes de la contienda pero la oposición no aceptaba los resultados. En un principio hubo una negativa a la colaboración, luego vinieron los insultos y más tarde la violencia aislada. Finalmente, y azuzada por diversos actores, previamente enemigos, que decidieron aliarse, se desató una insurrección. El ejército, mermado hasta límites irrisorios en las últimas décadas, no fue capaz de contener las revueltas, que finalmente acabaron en guerra civil cuando todos los ciudadanos decidieron apoyar lo que creían más justo.

Pero aquel conflicto no quedó ahí, y aquello era lo que más irritaba a su parlanchín cliente. Mientras los líderes mundiales hacían caso omiso a la guerra, cientos de miles de hombres y mujeres se alistaban en ejércitos improvisados para luchar. Al bando de los rebeldes muy pronto se unieron unas Brigadas Internacionales. También los imanes europeos llamaron a la Yihad, aunando en dicha facción a un numeroso contingente de aguerridos fanáticos. César había comprobado que ni siquiera la mitad de ellos eran descendientes de inmigrantes; la mayoría eran conversos, ciudadanos europeos cuyos padres fueron cristianos o ateos que, descontentos por un sistema que consideraban injusto, habían encontrado en el Islam la solución a sus problemas.

Su cliente, dijo finalmente, había decidido enrolarse en la División de Voluntarios. Junto a ellos lucharon tropas encubiertas de algunas naciones, pero todas aquellas fuerzas habían sido aplastadas. Cuando llegaron al país el ejército nacional ya se había rendido y los rebeldes contaban con armas de última tecnología, información por satélite, comunicaciones, suministros, energía. Era una guerra perdida de antemano pero pese a que se había llevado

por delante su esperanza no se arrepentía de haber formado parte de ella.

—¿Y qué pasa ahora allí? —preguntó Alicia, que había acabado sintiéndose intrigada por la historia.

—¿Allí? —respondió César sorprendido—. Se ha restaurado la democracia y el gobierno ha decidido incluir las propuestas de los rebeldes, ¿no has visto las noticias? Eso dicen, y en parte es verdad. La minoría no ha respetado las leyes y ha impuesto su voluntad con violencia. Se espera un periodo de purgas que les harán ser mayoría en poco tiempo. Pero eso no lo dirán en la televisión.

Entonces, dos golpes fuertes sonaron en la puerta. César se estremeció y se incorporó quitándose de encima a la prostituta, pues aquel tipo de sonidos le recordaban a las bombas. Al hacerlo sintió el calor que su cuerpo había proyectado sobre sus partes tras la larga conversación.

—Ha pasado una hora —dijo una voz a través de la puerta—. Fin de la fiesta, *cowboy*.

César suspiró, miró al suelo y comenzó a vestirse. Desde la cama, Alicia lo miraba con una mezcla de sorpresa y curiosidad. Sin duda, pensaba, aquel no era un hombre corriente. Estaba completamente loco y todo parecía indicar que la vida se le había escapado. Ella era experta en satisfacer a los hombres y lo había hecho con todos los que habían compartido cama con ella. No era infrecuente en su trabajo que algunos de ellos solo quisieran hablar, dormir abrazados o realizar acciones ridículas, pero jamás se había visto en la tesitura de tener que reparar el alma de un moribundo. Quiso fervientemente volver a ver a aquel hombre. Quiso ayudarle a volver a la vida. Tras una hora de conversación, y gracias a su instinto, estaba segura de que aquel trastornado era una persona noble.

César se sentía reconfortado. Durante los últimos minutos había olvidado lo desconsolado que estaba. Miró la puerta y pensó que en cuanto saliera de allí los gritos de muerte, la sangre, las ráfagas de ametralladora y los sonidos de las bombas volverían a resonar en su cabeza. ¿Quién era aquella joven que tanto bien le había hecho en tan poco rato? Mientras se abrochaba la cremallera de la gabardina se giró hacia ella y dio varios pasos hasta colocarse en el borde de la cama. Alicia estaba medio tapada por una sábana blanca. Sonrosados coloretes refulgían en sus mejillas, haciéndole recordar lo caliente que estaba su cuerpo.

—Ha sido una gran hora —le dijo agachándose a su vera y dándole un beso en la frente.

CAPÍTULO XXXIII:

Se encontraban sentados alrededor de la mesa en la sala habilitada para reuniones de la Fundación Ishtar. Habían decidido regresar, pues Helena aseguró que necesitaba recuperar algunas cosas. Los tres estaban de acuerdo en que aquel sitio ya no era seguro y no les costó mucho tiempo llegar a la conclusión de cuál sería el mejor lugar para esconderse a partir de aquel momento. César vivía alquilado en un pequeño apartamento lo suficientemente alejado y discreto como para que nadie sospechara.

Eran las tres de la madrugada de una noche que parecía no tener fin. Estaban agotados pero allí estaban, en vilo y pendientes de una ineludible conversación. La mujer había servido a Carlos un café que pareció reconfortarle. Los tres se miraban pasando la vista de uno a otro en silencio. Se habían dispuesto equidistantes en aquella minimalista mesa redonda.

—Bueno, Helena. Ha llegado la hora de hablar —dijo Carlos finalmente.

—¿Por dónde empiezo…? —respondió la mujer poniendo los ojos en blanco.

Ni siquiera se había permitido unos minutos para adecentarse, ignorando por completo su coquetería natural. Su pelo negro estaba alborotado y de algunos lugares colgaban hojas secas y ramitas. Se había quitado la americana, dejando entrever una camisa blanca que se encontraba apelmazada a su piel por el sudor.

—Empieza por decirme dónde está Alicia y por qué no me dijiste antes que la tenías.

—Alicia está en este piso —respondió con resignación.

Entonces Carlos hizo un ademán de incorporarse y miró con avidez a diestra y siniestra. ¿Estaba allí? ¿Cómo podían no haberla encontrado los proxenetas?

—¿Dónde?

—Está delante de ti.

Aquella información hizo enmudecer al inspector. Con el ceño fruncido y seria mirada escrutó a Helena con detenimiento. ¿A qué se refería? Delante de él estaba ella misma. ¿Acaso quería decir…?

—Soy yo, Carlos. ¿Todavía no te has dado cuenta?

El corazón del policía se desbocó. Su mirada quedó suspendida en el vacío mientras intentaba integrar aquella revelación. ¿Ella? ¿Helena era Alicia?

—Pero… ¿Cómo?

En aquel momento, Helena se levantó de la silla y se llevó las

manos a la frente. Con delicadeza, y esbozando un gesto de dolor, se retiró una peluca de la cabeza. Aquella imponente melena azabache dejó paso a unos cabellos rubios que se encontraban perfectamente aplastados contra el cráneo por un gel plástico. Carlos tuvo que agarrarse a la mesa para no perder el equilibrio.

—Pero… pero… pero yo te vi —balbuceó el policía—. ¡Te vi en la universidad! Hablamos de… Tú no puedes ser Alicia.

La mujer entrecerró los ojos y suspiró. Cuando volvió a abrirlos miró a César con complicidad y asintió con la cabeza. Carlos permaneció estupefacto mientras el exsoldado abandonaba la sala de reuniones.

—¿Dónde va?

—Va a buscar una cosa que tengo en un cuarto oculto de esta sede. ¿Sabes? *El Lagarto* ha entrado ahí y me ha descubierto. Allí tengo varias pelucas, la pistola que robé del burdel al huir y algunas cosas más. Lo vieron todo.

Carlos sentía vértigo y náuseas. ¿De verdad podía haber engañado a todo el mundo de aquella manera? Pese a la confesión todavía no creía lo que oía. Había visto con sus propios ojos a Alicia y su rostro no se asemejaba al de Helena. Eran completamente diferentes. Las dos eran jóvenes, guapas y tenían una complexión corporal semejante pero, independientemente del color del pelo, no podían ser la misma persona.

Segundos después regresó César portando en las manos un objeto que a los ojos del inspector se le antojaba como una de esas jeringuillas antiguas de hierro que podían verse en los museos. Sin duda, el aparato tenía una aguja gruesa, un cilindro y un émbolo. Cuando lo vio más cerca pudo observar que tenía también marcas que delimitaban cantidades de volumen. Era, sin duda, una jeringa.

La mujer volvió a mirar a su amigo y asintió de nuevo. Tras ello agachó la cabeza, la ladeó hacia la derecha y se retiró la melena de ese lugar dejando libre la oreja. César se puso detrás de ella y apoyó la aguja a la altura de la nuca ante la aterrorizada mirada de Carlos.

El metal atravesó la piel de la mujer haciendo que contrajera imperceptiblemente la musculatura facial en una mueca de dolor. César, entonces, comenzó a aspirar, llenando el cilindro de una sustancia de aspecto acuoso. El inspector no podía apartar la mirada del utensilio médico mientras iba extrayendo aquel contenido. ¿Qué demonios era aquello?

Pero en aquel momento, justo cuando el exsoldado acabó y retiró la jeringa, Helena volvió a mirarle y ya no era ella. Carlos dejó de respirar, quizá su corazón también quedó paralizado, mientras su raciocinio orbitaba alrededor de un violento torbellino. Ante él reconocía perfectamente las facciones de Alicia, la joven

prostituta fugada del Pub Extasía.

—¿Qué cojones…? —balbuceó.

Entonces Alicia comenzó una larga disertación en la que le contó todo lo que había vivido desde que asesinó al político Ernesto Abad. Tal y como le había revelado su amiga Daniela cuando fue a investigar al local, se había llevado consigo las recaudaciones del mes. La cantidad de dinero era realmente astronómica, por lo que con él pudo sobrevivir durante todo este tiempo.

Lo primero que hizo fue acudir a César. El hombre había sido un antiguo cliente suyo pero entre ellos se había trabado una fuerte amistad. En aquel momento del monólogo el aludido aprovechó para decir con su voz melancólica y concisa que estaba en deuda con Alicia porque le había salvado la vida. Así pues, continuó la joven, encargó a César que hiciera algunos trabajos para ella. Lo primero que hizo fue crear la Fundación Isthar. Pagó también a una empresa de posicionamiento online para que creara perfiles de redes sociales y, lo que era más importante, les diera una continuidad histórica. Tendrían que introducir entradas web y noticias de hasta cinco años de antigüedad pese a que la empresa tuviera solo unas horas. Fue caro, reconoció, pero había merecido la pena.

También César se encargó de buscar un local y acondicionarlo para crear una sede física. Mientras tanto, ella había acudido al único lugar que le permitiría pasar desapercibida mientras la policía y unos mafiosos desalmados la persiguieran. En la ciudad ya había varios cirujanos clandestinos que eran capaces de hacer cambios de apariencia física para ocultar a las personas. Trabajaban también con otros empresarios que creaban perfiles de identidad falsos, incluyendo el Documento Nacional de Identidad, partida de nacimiento, árbol genealógico e incluso títulos educativos si era necesario.

En un principio, a Alicia le ofrecieron un trasplante de rostro. Aquello supondría gastar casi todo su dinero, necesitaría un largo postoperatorio y tendría que tomar varios medicamentos durante toda su vida. No tenía problema ni con la primera ni con la última de las pegas, pero no podía asumir estar en un hospital convaleciente durante semanas; quería una venganza y la quería ya.

Al oír aquello, el cirujano le ofreció una opción más económica. Era una técnica más antigua pero en manos expertas daba buenos resultados y, lo mejor de todo, era reversible. La operación consistía en introducir una serie de bolsas plásticas en determinadas regiones del rostro que podían inflarse con un gel y cambiar por completo las facciones. Aquello satisfizo todavía más a Alicia, que aceptó sin dudarlo. El cirujano le hizo un estudio anatómico completo y

fabricó las piezas en su propio taller clandestino con una impresora 3D. Se amoldaban perfectamente a sus músculos y huesos y, una vez hinchadas, le conferían una nueva cara. Aquel mismo día la joven pudo verse al espejo. Esperaba encontrar un monstruo, cosa que no le importaba porque ya lo único a lo que aspiraba era a matar a todos aquellos que la habían explotado, pero quedó maravillada cuando vio que aquel médico había creado a una bellísima mujer. Además, dado que podría ponerse o quitarse el gel a placer, sería capaz de cambiar de identidad tantas veces como quisiera.

—¿Que cómo te he dejado tan guapa? —preguntó el profesional soltando una pequeña risa—. ¿Por qué crees que cobro tanto? Me gusta dejar contentos a mis clientes, especialmente si pagan como lo haces tú. Ahora bien, hay quien dice que cuando hay buen material de base es fácil conseguir buenos resultados.

—Entonces —dijo Carlos cortándola—. No tienes todas esas pruebas que incriminan a los delincuentes, ¿no? Ni has realizado todos esos trabajos por Europa contra la trata de seres humanos. Y todo lo que sabes…

—Todo lo que sé está aquí, en mi cabeza —respondió Alicia—. Todas las pruebas las tengo en mi memoria.

—¿Y a quién has matado? —insistió el inspector, que se debatía entre la estabilidad mental y la cordura ante la relevancia de la información que estaba recibiendo.

Alicia respondió con una sonrisa en la comisura de los labios y aire de satisfacción:

—Me he cargado al médico que nos curaba para que siguiésemos follando como conejas, me he cargado a una puta que, además de serlo, era una grandísima hija de puta y nos había vendido a todas en alguna ocasión y me he cargado también a Andrei. Ese monstruo era especialmente violento cuando me violaba. No le importaba hacerme daño, de hecho creo que le gustaba todavía más. ¡Ah! Y me cargué también al político, pero aquello ya lo dejaste pasar en la universidad, ¿recuerdas?

A Carlos no le gustó la suficiencia de Alicia. En el fondo seguía siendo un policía, y no podía aceptar de buen grado que una asesina le revelara todos los crímenes que había cometido con impunidad. ¿Era aquello lo que le molestaba o estaba realmente indignado porque no le hubiera dicho la verdad desde el principio? ¿Implicaba todo aquello que se habían aprovechado de él? ¿Había sido la escena de pasión del Restaurante Laureado una estrategia más en el tablero de ajedrez de aquella reina asesina?

—Lo demás ya lo conoces, Carlos —continuó Alicia—. Pedí a César que nos concertara una cita. Hablamos y te metí en esto.

Miento… no lo hice. Tú decidiste ayudarme. ¿No es así?

—Me has engañado.

—Yo no te he engañado —dijo Alicia esgrimiendo una mueca de indignación—, reconoce que no podía decírtelo todo desde el principio. Te lo iba a decir, el hecho de que lo medio hayas descubierto antes no le resta importancia a este detalle. Además, tú decidiste ayudarme tanto a mí como a Helena Vega.

Carlos miró con dureza a la mujer. Se sentía dolido y traicionado, de modo que convertía aquellas emociones en ira. ¿Cómo había podido ser tan iluso? ¿Cómo se atrevía aquella joven a tratarle de aquella manera? En el fondo, subconscientemente, seguía pensando que Helena no estaba ante él, que estaría en algún otro lugar. La directora de la fundación era una mujer segura, decidida, inteligente, valiente, agradable y con una excelente educación. Alicia… Alicia era todas esas mismas cosas, pensaba, pero la manera en la que le decía todo aquello, el tono maquiavélico que daba a sus palabras, le asustaba. ¿Había sido un simple peón en sus manos?

—Esto… esto es demasiado para mí —dijo finalmente levantándose y apretando la mano contra las cuencas de sus ojos—. Creo que me voy a ir.

—Espera —dijo Alicia—. César, ¿puedes dejarme un momento a solas con el inspector?

Ante aquella solicitud, el antiguo soldado arqueó las cejas en señal de alarma. Parecía incómodo de tener que marcharse del lugar, como si pensara que aquel detalle significara que Alicia pudiera querer ahora ocultarle cosas a él. Carlos, que pese a estar prácticamente desbordado nunca abandonaba su sentido analítico, reparó en aquel acontecimiento. En el fondo pensó que quizá la mujer quisiera volver a jugar sus argucias contra él y se sentía demasiado abatido como para resistirlas.

—Mira… no —insistió—. Creo que debo marcharme.

—Carlos, por favor —imploró Alicia con voz trémula—. ¿Qué vas a hacer? Te necesitamos.

—¡Me voy ya! —asintió con dureza—. Tengo que salir de aquí cuanto antes. Tengo que… Necesito pensar. No te preocupes, Alicia. No voy a ir a la policía con este cuento ni nada de eso. Sigue con lo tuyo. Quizá volvamos a… no sé, tengo que pensar.

Y tras ello cogió el fusil que todavía sostenía sobre las piernas y lo depositó en la mesa para abandonar la fundación en la oscuridad de la madrugada.

CAPÍTULO XXXIV:

Sábado, 13 de octubre de 2035.

Aquella mañana, finalmente, Cristina Meyer pudo permitirse descansar un poco. Acababa de departir algunos asuntos con las prostitutas para que todo siguiera funcionando como si no hubiera pasado nada. Tendrían que limpiar, reponer las bebidas y estar listas para la noche, cuando un sinfín de clientes volverían a atestar el Pub Extasía. La noche previa la había pasado en vela y no solo porque tuviera que trabajar. El ataque a La Factoría, así como la infructuosa búsqueda de Alicia, habían conllevado que los guardias de seguridad hubieran pasado la jornada entera desempeñando sus funciones. Ella había quedado a cargo del burdel pero en ningún momento había dejado de pensar en sus compañeros, llamándoles por teléfono siempre que pudo para actualizar el seguimiento de las operaciones.

Finalmente, todo parecía indicar que los chinos habían devuelto el golpe. Ninguno de los hombres había sobrevivido al ataque, de modo que no tenían certeza absoluta de lo sucedido. *El Lagarto*, en cuanto supo lo ocurrido, salió raudo hacia La Factoría. Llegó antes que la policía pero tarde para hacer algo. Casi todas las prostitutas se habían fugado pero pudo coger a una que había permanecido todo el tiroteo escondida detrás de una barra. La interrogaron durante casi una hora y todo lo que pudieron averiguar fue que eran entre dos y cinco tiradores y que habían entrado en el burdel destruyendo todo a su paso. La chica dijo que no estaba segura de si eran chinos, ya que no se asomó en ningún momento.

¿Quiénes iban a ser si no? Pensaba la madame. Si el número de asaltantes era tan bajo tenían que ser ellos. El dragón de oriente había conseguido dar un golpe certero pero de pequeña escala, lo que debía de traducir que apenas tenían recursos para más. Después de todo, el ataque que los suyos habían protagonizado contra ellos había sido demoledor.

En la prensa todavía se hablaba de atentado terrorista. Se había paralizado el trabajo en los polígonos industriales adyacentes y la zona se había llenado de militares. Sería cuestión de tiempo que descubrieran que la Yihad no había tenido nada que ver. Quizá cuando dieran el verdadero parte de muertos en las noticias podrían averiguar algo más de lo ocurrido.

Pese a ello, uno de sus hombres se encontraba trabajando en los vídeos de las cámaras de seguridad del lugar. *El Lagarto* había

conseguido llevarse los archivos pero tuvo que arrancar algunos procesadores para ello y estos quedaron dañados. Afortunadamente, la policía no tendría acceso a ellos, pero a los suyos les costaría más averiguar qué había pasado. También el jefe de seguridad se había preocupado de limpiar todos aquellos elementos que pudieran implicar a La Factoría con el Pub Extasía, aunque no estaba seguro de haberlo conseguido.

Cristina, una vez estuvo sola, se fue a su habitación. Ya no tenía edad para tanto trote, estaba realmente cansada. Sin quitarse la ropa se echó en la cama. De viva voz solicitó a la inteligencia artificial del edificio que aumentara varios grados la temperatura ambiental. En aquella posición otro problema volvió a rondar su mente.

Andrei estaba muerto. Alicia lo había degollado en el Parque Grande. No tardaría demasiado tiempo en ser encontrado su cadáver por algún corredor. ¿Cómo podía una muchacha de menos de sesenta kilogramos haber acabado con la vida de una mole de más de cien? *El Lagarto* le había referido que la fugitiva contaba con la ayuda de al menos dos personas que habían llegado en último momento armados con fusiles.

—Eras mi favorita, Alicia —murmuró para sí—. Yo te lo iba a dar todo. ¿Cómo pudiste traicionarnos? Ahora no tendremos piedad. No nos has dejado otra opción.

La madame quería que sus palabras confirmaran su anhelo, que consistía en sentirse segura de que su empresa triunfaría. Sin embargo, una pequeña desazón mordía su corazón. En lo más profundo de su alma el miedo había comenzado a campar a sus anchas. ¿Miedo? ¿Cómo podía tener miedo cuando había tantos hombres para defenderla? Era cierto que habían perdido unos cuantos en La Factoría pero todavía estaba *El Lagarto*, Suevo, Calvo y otros muchos. Alicia no era más que una muchacha, pero ahora contaba con ayuda. ¿Quiénes eran aquellos misteriosos tiradores? ¿Por qué tenía tanto miedo? ¿Sería capaz su pupila predilecta de ir también a por ella?

Y luego estaba el tema de la Fundación Isthar. Alicia había sido muy inteligente para desempeñar el juego de la doble identidad. Helena Vega; la trayectoria vital de aquel falso perfil era envidiable. ¿Cómo había conseguido tanto si hacía menos de dos semanas se encontraba entre ellos, trabajando con su cuerpo, como una más? Siempre la tuvo por una chica inteligente, pero jamás pensó que pudiera llegar a aquellos extremos.

Al hilo de aquellas reflexiones se quedó pesadamente dormida. Las pastillas que tomaba para ello ayudaron. Al cambiar el mundo real por el de Morfeo soñó con un lugar oscuro cubierto por la

niebla en el que caminaba buscando algo. Estaba aterrorizada y no sabía de qué; alguien la perseguía. El sueño fue evolucionando y convirtiéndose en una pesadilla cada vez más grotesca hasta que despertó sobresaltada. Abrió los ojos y ante ella vio a Alicia, de cuclillas sobre su pecho, mirándola con ojos desquiciados y sonrisa sardónica. Un largo punzón apuntaba directamente a sus pupilas. Quiso gritar pero no le salió la voz. Había llegado su momento.

—¡Ayuda! —aulló finalmente.

Pero al incorporarse descubrió que aquella visión seguía perteneciendo al mundo onírico. Estaba sola en la habitación, empapada en sudor y con el corazón desbocado. Miro a su alrededor pero no vio ni rastro de la fugitiva. Alicia no la mataría.

Era incapaz de quitarse aquella idea. Alicia no la mataría. Alicia no la mataría; hoy.

CAPÍTULO XXXV:

El inspector Torres, sin poder ocultar las ojeras y un rostro demacrado, se personó en la comisaría el sábado, tal y como se esperaba de él. Todos los noticieros habían abierto sus programas diarios con la imagen de un atentado brutal en un polígono industrial de Zaragoza. Los terroristas habían empleado la técnica del asalto en grupo con fusiles. La población estaba aterrorizada y el despliegue policial y militar no tardó en batir toda la zona.

Las noticias fueron evolucionando a lo largo de la mañana conforme se iban descubriendo los detalles del tiroteo. La policía no tardó en encontrar que casi todos los cadáveres portaban armas, que había en el local cierta cantidad de drogas y un número indeterminado de mujeres que, tras las intimidatorias preguntas de las fuerzas del orden, confesaron ejercer la prostitución. También encontraron los testimonios de un cliente que voluntariamente se decidió a acudir a una comisaría a declarar.

A mitad de mañana se filtró a la prensa que el atentado no había tenido causas terroristas, sino que parecía relacionado con aquel otro que hacía unos días se había cobrado la vida de un puñado de proxenetas chinos. Todo parecía indicar que se trataba de un ajuste de cuentas. La policía decidió mantener en secreto algunos hallazgos más con idea de revelarlos más adelante. No solo haber hallado un lugar donde se explotaban seres humanos resultaba un verdadero bombazo para la opinión pública, también el hecho de haber encontrado menores de edad entre las trabajadoras haría correr ríos de tinta, incendiaría las redes sociales y cortaría las cabezas de varios puestos de responsabilidad.

—Te lo dije —habló finalmente el inspector Torres al comisario Ruiz Castillo—. Te traje todas las pruebas que había conseguido. Ese lugar lo llaman La Factoría y es un burdel de baja calidad que provisiona a otros mayores, entre ellos, el Pub Extasía.

Los dos hombres se encontraban en el despacho del comisario. La mañana había sido demasiado esclarecedora hasta aquel momento, de modo que pudieron tomarse una pequeña pausa. Ya no eran necesarios tantos hombres armados patrullando las calles.

—Lo sé —reconoció el comisario sin ocultar su malestar—. Y el equipo dedicado a la trata de seres humanos estaba trabajando en ello.

—Había menores allí —insistió Carlos—. ¿Cómo hemos podido permitir que se nos escapara algo tan gordo aquí en Zaragoza?

—Nadie esperaba encontrar eso ahí —replicó el comisario

sentándose en su cómoda silla.

—¿Seguro?

—¿Qué insinúas? —preguntó el superior arqueando las cejas.

—Me pregunto cómo nos hemos podido comer eso, teniendo una brigada dedicada a ese tipo de delitos. Una mafia ha levantado un imperio de la prostitución en nuestra ciudad, con un montón de bares, hoteles y clubs, ¿y no los hemos visto? ¿Nadie se ha dado cuenta? ¿Nadie ha interceptado alguna comunicación digital? ¿Nada?

—Espero que no estés insinuando lo que parece que estás insinuando. Si te refieres a sí teníamos datos de ello, puedes estar tranquilo, los teníamos. Sabíamos que allí se ejercía la prostitución, no somos tontos. Pero eso no quita que tuviéramos las manos atadas. No había suficientes pruebas para intervenir y, aunque lo hubiéramos hecho, esa gente siempre tiene las de ganar. Pueden aducir que ellos lo que tienen es una empresa de masajes, de acompañamiento femenino… cualquier cosa. Yo no vi en las pruebas que nos trajiste un video completo en el que alguien pagara una cantidad de dinero, luego realizara un acto sexual y, de alguna manera, quedara perfectamente enmarcado en el video que esas dos acciones estaban relacionadas. Sabes tan bien como yo que esto no funciona así, que para esos mafiosos es muy fácil escaparse.

El inspector permaneció inmóvil asimilando la respuesta de su superior. Pensaba que, en realidad, no le faltaba razón. Cada día era más difícil demostrar que los criminales lo eran y, debido a la cantidad de recursos que tenía la policía, resultaría inverosímil que nadie hubiera descubierto que allí se ejercía la prostitución. No obstante, algo no le cuadraba. Pensaba que si un político como Ernesto Abad estaba comprado, ¿cuántos más poderes públicos velarían por la seguridad de aquella empresa ilegal?

—Me pregunto si no habrá algo más encubriendo a esos criminales —acabó diciendo saliendo del despacho.

Tras aquella conversación abandonó la comisaría. Tenía el día libre, no había dormido nada y ya no era necesario dado que se había descartado la causa terrorista en el tiroteo. La luz de la mañana le molestaba, de modo que cuando subió a su coche ajustó la opacidad de los cristales para oscurecer algo más el interior del vehículo. Arrancó y, acto seguido, el sonido de la radio, que la había dejado encendida en un programa de entrevistas cuando aparcó, comenzó a sonar. Estaba demasiado cansado hasta para apagarla, de modo que la dejó mientras circulaba por la ciudad.

«Sí, Mónica, me alegro mucho de que me haya hecho esa pregunta. Lo que ha pasado con la literatura en las últimas décadas merece un punto y aparte en nuestra historia. Lo más chocante de todo este asunto

es que la gente de a pie parece no haberse dado cuenta del enorme cambio que se ha hecho en la cultura, favoreciendo todas las nuevas creaciones y desprestigiando, cambiando o incluso eliminando las viejas. Yo recuerdo perfectamente cuando era un estudiante universitario. Se escribían nuevos libros o películas que solían ir en consonancia con la ideología o modas del momento. Por ejemplo, se dio mayor protagonismo a colectivos que habían estado infrarrepresentados previamente, como las mujeres, los inmigrantes, las minorías raciales o los individuos de sexualidad no normativa. En ocasiones se creaban buenas obras, desde luego, pero llegó un punto en el que se alcanzó una obsesión enfermiza por cumplir todos los estándares en ellas. ¿Recuerda la escala Kobik? Sí, esa que era capaz de puntuar una película en función de lo inclusiva que fuera haciendo protagonistas a estos colectivos. Y luego las subvenciones, que para recibirlas, era necesario incluir personajes que cumplieran todas las características anteriores. Se buscaba un siempre noble afán por hacer la sociedad más respetuosa pero, indefectiblemente, se cargaron el arte. ¿Cuáles han sido, si no, las obras consideradas como más impactantes, polémicas o de culto de los últimos veinte años? Es gracioso, pero, curiosamente, son aquellas que imitaban lo clásico. Un puñado de hombres rudos perdidos en la Antártida, una mujer atractiva y lista que consigue en la Edad Media hacerse con el poder de un reino haciendo uso de todos los roles que antiguamente se han atribuido a la mujer; ya bien sea la malicia, la sensualidad, la devoción por la familia, la belleza o la candidez fingida… Irónico, ¿no?».

«Pero lo que más importancia tiene, en mi opinión, es el borrón y cuenta nueva que se está haciendo con el arte, especialmente con la literatura. En mis tiempos universitarios ya se empezó con aquello de "No hay que leer a este, que simpatizó con el fascismo en su juventud". "A este tampoco, que fue un esclavista". "Estos libros están prohibidos, pues en sus páginas se habla con total naturalidad de cuestiones machistas y racistas". ¡Demonios! Claro que se habla de ello, se escribió hace doscientos años y todo el mundo era, para los estándares actuales, machista y racista. No hay un solo escritor del siglo XX o previos que pase la lupa actual de lo políticamente correcto y, hasta hace diez o quince años, la mayoría tampoco. Ante este panorama, había dos opciones. Una, quizá más anticuada, que consistía en forzar el espíritu crítico de los estudiantes para que supieran apreciar las obras clásicas por lo que son y aprender a separar el grano de la paja, entendiéndolas por su contexto e ignorando todos aquellos comentarios subidos de tono de aquellos escritores póstumos; u otra más moderna que consiste en, como ya he dicho, hacer borrón y cuenta nueva con intención de proteger la mentalidad y las emociones de unos seres humanos que están cada vez más infantilizados y tienen menor capacidad para razonar. Se

ha prohibido la reedición de la inmensa mayoría de libros que tienen más de quince años. Algunos de ellos se han salvado de la censura a costa de ser completamente reescritos. ¿Cuánta gente sabe que los protagonistas varones de Disney eran realmente príncipes y no ciudadanos cualquiera y que se enamoraban de, generalmente, mujeres jóvenes, solo por lo bellas que eran? ¿Lo sabía usted? ¿Hay acaso un comportamiento más primitivo y, a la vez, sorprendente, que ese? Un hombre de clase alta y sangre azul que abandona todo lo que tiene por una chica de la que solo sabe que es tremendamente hermosa, y una chica de clase baja que es capaz de enamorarse perdidamente de alguien al que conoce de solo haberlo visto una vez porque, principalmente, tiene un alto estatus social».

«Pues bien, Mónica, estoy convencido de que la literatura ha muerto. Los libros actuales parecen todos cortados por el mismo patrón, y son tan predecibles y políticamente correctos que son un verdadero, perdón por la expresión, coñazo. Y los viejos… bueno, los viejos están más revalorizados que nunca. Yo tengo mi biblioteca llena de ellos y no soy el único. Me consta que en Amazon se venden libros antiguos por cantidades que superan los dos mil euros. No en vano, el día que se aprobó la ley que prohibía determinados libros y que obligaba a las fuerzas del orden a quemarlos, sí, sí… quemarlos si los encontraban, libros como "1984" de Orwell o "Un mundo feliz" de Huxley se agotaron en todas las librerías de España. Apostaría que esos compradores son los últimos hombres y mujeres libres capaces de comprender la deriva actual de nuestra sociedad».

Entonces respondió la voz de una mujer:

«Con esto se nos acaba el tiempo de entrevistas, muchas gracias por venir Profesor Calatayud, siempre polémico en sus declaraciones. Esperamos volver a tenerle con nosotros el próximo…»

Carlos apagó la radio sumiendo el interior del vehículo en el silencio más absoluto; necesitaba pensar. Acababa de hacer un desplante a su superior pero no le importaba. En el fondo, se sentía tremendamente dolido por el hecho de que Helena, o Alicia, no hubiera querido explicarle quién era desde el principio. Había pasado toda la noche haciéndose preguntas al respecto. ¿Hubiera colaborado con ella si hubiera sido Alicia la primera persona que conoció? ¿Hubieran cambiado sus impresiones al tratar con una prostituta huida en vez de con una mujer interesante e impecable como Helena? ¿Hasta qué punto ayudó a la mujer porque se sentía impotente y furioso por los crímenes de los proxenetas y no por la atracción, cada vez más innegable, que sentía por ella? ¿El sexo en el baño fue parte de su plan? ¿Había sido utilizado o de verdad creían en él? ¿Había abandonado el uso de la razón por los dictámenes que su pene le exigía? Y por otro lado, y no menos

inquietante, ¿qué importancia tenía que hubiera matado a bocajarro a aquel cliente que descubrió con un menor? Hasta ahora, creía que todo lo que estaba haciendo, aunque ilegal, tenía una justificación basada en la nobleza del fin perseguido. Un policía podía, y debía, saltarse la ley si creía estar haciendo algo justo o bueno para la sociedad. Todos eran criminales, sin duda, pero la arbitrariedad a la hora de trazar la línea que separara los que merecían morir de los que no le estaba resultando un verdadero quebradero de cabeza.

¿Qué debía hacer a partir de ahora? Su familia estaba a salvo en el pueblo y la soledad de su casa se le haría insoportable. Atrás habían quedado Alicia y César, que seguirían dispuestos a desarticular la banda criminal con o sin él. ¿Se merecían que los dejara tirados después de haber empezado parte del trabajo? ¿Se merecían que les ayudase pese a que le hubieran mentido?

El inspector nadaba en un mar de dudas y el cansancio, lejos de hacer que sus pensamientos estuvieran anquilosados, le hacía reflexionar con vertiginosidad. Sabía que muy pronto hallaría la respuesta. En ocasiones solo tenía que despistarse un poco, dormir o pensar en otra cosa para que la solución de un problema que a priori le parecía imposible apareciera en su mente como el sedimento que deja el agua al evaporarse.

CAPÍTULO XXXVI:

El apartamento de César resultó un buen lugar para esconderse. Hasta que cayó la noche Alicia había permanecido oculta en él. El hombre había salido a comprar alimentos y productos que pudieran servir a su compañera, ya que él llevaba una vida en extremo parca. No fue hasta que la oscuridad cubrió la ciudad cuando por fin la mujer se atrevió a asomarse por las ventanas a otear la calle. Llevaba puesto un camisón nacarado. No tenía necesidad de llevar peluca por lo que su melena rubia, ya seca tras haberse retirado en la ducha el gel fijador, reposaba grácilmente sobre sus hombros.

—Aquí no te encontrarán —dijo César mirándola desde la cama.

—Lo sé.

—¿Qué crees que va a pasar con Carlos? —insistió el exsoldado.

—No lo sé —respondió girándose y sentándose a su lado—. ¿Luchó bien?

—¡Oh! Desde luego que sí —respondió César con cierto entusiasmo—. Fue una gran sorpresa.

—No te lo he dicho aún pero siento mucho lo de tu amigo Said.

—Gracias.

—¿Estás bien?

—Sí —respondió lacónicamente—. Said ya estaba muerto, igual que yo. Todos los que perdimos aquella guerra lo estamos, ¿sabes? Ya no tenemos ninguna esperanza en el futuro y eso es la muerte, ¿no?

Alicia reflexionó sobre las palabras de su amigo. Aquel hilo de pensamientos también lo había elaborado ella en un sinfín de ocasiones pero en los últimos días una nueva emoción había comenzado a bullir en su interior. Todavía no alcanzaba a comprenderla pero le recordaba a tiempos pretéritos, quizá cuando fue niña y todavía tenía una familia que ya había olvidado. Disfrutaba más de la compañía de las personas o descubría que había pequeñas acciones diarias en las que encontraba satisfacción, ya bien fuera comer un plato bien preparado o darse una ducha de agua caliente tras una noche corriendo por el Parque Grande. Tenía también deseos de ver o hacer cosas que jamás hubiera sospechado tener a su alcance. ¿Sería, quizá, que volvía a tener esperanza?

—Nunca te estaré completamente agradecida por tu ayuda —dijo finalmente Alicia.

—Ya te dije, actualmente eres la única persona noble que conozco. A mí la vida ya no me importa pero cuando me contaste todas tus miserias me conmoviste y decidí ayudarte, aunque sea mi

última redención antes de morir.

—César, no tienes que morir después de esto —argumentó Alicia abrazándolo—. Tienes treinta años y toda la vida por delante. Lo de la guerra pasará, ya verás. Podrás hacer un montón de cosas buenas todavía.

—Puedo olvidarme de la guerra —respondió fijando la mirada en el vacío—. De hecho ya me cuesta recordar algunos detalles y paso en ocasiones semanas enteras sin acordarme de cosas que quedaron grabadas a fuego en mi memoria. Puedo huir de la guerra un tiempo, sí señor, pero la guerra volverá a mí. Quizá sea pronto y pueda pelear, quizá sea dentro de más tiempo y me pille siendo un viejo decrépito que muera a la primera de cambio. Nos alcanzará a todos, ¿sabes? Pero es una guerra perdida de antemano, así que no veo los motivos para esperar. Es todo demasiado triste como para vivirlo otra vez, prefiero no estar aquí cuando ocurra. Es que me conozco, y veo que quizá incluso vuelva a creer en la victoria, pero ahora que mis emociones están anestesiadas lo veo claramente. No hay nada que hacer y no quiero volver a tragar una sensación tan mala como la de ser derrotado por un nido de serpientes, intransigentes y fanáticos.

—¿Y por qué no te dedicas a disfrutar de la vida hasta que llegue ese momento? Anda que no hay cosas divertidas donde uno puede encontrar la felicidad.

—Es que me parece una pérdida de tiempo —respondió César mirándola a los ojos—. No las disfruto, son acciones banales si se comparan con hacer estallar un tanque rebelde o piratear un sistema informático y derribar con ello una decena de drones asesinos en pleno ataque. No tengo ganas de nada. Solo quiero ayudarte a que te vengues de todos esos cabrones.

Alicia suspiró y miró al colchón. Se sentía triste por su amigo pero no podía hacer nada más. Todas sus ansias se condensaban en matar a Suevo, a Cristina Meyer, a *El Lagarto* y al abogado, que se le antojaban el rey, la reina, el alfil y una torre de su sangrienta y particular partida de ajedrez. Anhelaba acabar con sus vidas pero no quería consumir en su determinación las de los escasos seres queridos que tenía. Tras varios meses había llegado a querer a César. Alicia nunca había amado, y creía que no era amor lo que sentía. Había leído en ocasiones sobre el amor y ella no estaba viviendo todas esas emociones. Sin embargo, quería al antiguo soldado. Quería que le fuera bien, que fuera feliz y que viviera. Le gustaba estar con él, pues le suministraba cierta paz interior.

Tras aquellas reflexiones volvió a mirarle y lo que vio la tranquilizó. César había cambiado, tal y como le ocurría en ocasiones. Alicia comenzaba a creer que sus visiones no eran fruto

de la locura ni, mucho menos, situaciones o criaturas reales. Pensaba que había desarrollado una especie de sexto sentido que se manifestaba con un exceso de creatividad. Podía leer las virtudes y los vicios más bajos de las personas de un simple vistazo y, ante él, César se erigía como un verdadero Hércules. Sus ojos eran más grandes de lo normal, vivos pero sabios; sus facciones muy marcadas, así como sus músculos. Toda su piel había adquirido cierto color marmóreo, como si de una antigua estatua griega se tratara. Desprendía un calor y una luminosidad puros, limpios y benignos que la obligaban a acercarse a él.

—Alicia, ¿qué haces? —dijo el hombre cuando ella se sentó encima de él—. Tenemos que planear nuestro siguiente golpe. Hay que pulir los detalles de lo que me has sugerido esta tarde.

—Quiero demostrarte que hay cosas que todavía merece la pena vivir —respondió sonriendo con mirada pícara.

Entonces Alicia se desabrochó la blusa y dejó sus pechos a la altura del rostro de César. Él, aunque a ella se le antojara un titán sacado de la mitología griega, no era de piedra, por lo que respondió ante aquella visión con una rápida erección. La mujer no necesitó mucho más para acabar de quitarse la ropa e introducir su miembro en su vagina.

—¡Uf! Alicia —dijo César abrazándola con fuerza.

La joven empezó a mover su cuerpo acompasadamente con los esfuerzos de su guerrero particular. No era la primera vez que mantenían relaciones sexuales, pero sí que lo hacían con tan poca frecuencia que cada vez resultaba única. Sabía perfectamente que César tenía sentimientos ambivalentes hacia ello, pues sentía cierta culpabilidad por haberlo hecho en alguna ocasión mediante dinero cuando ella todavía trabajaba en el Pub Extasía. Sin embargo, desde que Alicia había escapado solo le había permitido disfrutar de sus poderes amatorios tres veces, y todas ellas habían sido porque ella había querido. Jamás el antiguo soldado se lo había propuesto, era como si no quisiera hacerlo, pero la mujer sabía perfectamente que estaba loco por ella. Había tratado con tantos hombres que podía leer su tono de voz, sus palabras y su mímica hasta el punto de meterse en sus mentes.

—Eres muy importante para mí, César —dijo en su oído cuándo comenzó a notar que su compañero iba a tener un orgasmo—. No estaría aquí si no fuera por ti.

—Alicia… —respondió este con voz entrecortada—. Eres una diosa.

—¿Sabes? —le volvió a decir agarrándole la cabeza e introduciendo sus labios en su pabellón auditivo—. Te quiero.

CAPÍTULO XXXVII:

Domingo, 14 de octubre de 2035.

El día había amanecido gris y polvoriento. La Autovía Mudéjar, que unía Zaragoza con Teruel, se encontraba flanqueada por un páramo árido y seco. Algunos matorrales y plantas herbáceas teñían el lugar de colores verdosos y pardos, que junto con el marrón de la tierra humedecida por la escarcha conferían al paisaje un aspecto tétrico y solemne. En ocasiones, algún pueblo fantasma salpicaba el terreno, contrastando con edificios construidos con roca cuyas tapias y fachadas rompían la monotonía de colores muertos con tonos blancos, amarillos e incluso salmón.

En la furgoneta viajaban *El Lagarto*, Calvo y Luis. Se dirigían a uno de esos pueblos de Teruel que habían quedado prácticamente desiertos después del importante éxodo que habían protagonizado sus habitantes. Una búsqueda rápida en internet había arrojado datos de utilidad como que en invierno vivían en él veinte personas, un callejero y la localización del cuartel de la Guardia Civil más cercano.

El Lagarto se sentía feliz, pues sabía que muy pronto contarían con un elemento decisivo para la lucha contra sus enemigos. A final de la mañana del sábado su informático había conseguido recuperar los archivos de las cámaras de vídeo de La Factoría. El jefe de seguridad tuvo que contener su ira cuando reconoció entre los tiradores a Carlos Torres, aquel inspector que había investigado el caso del asesinato de Ernesto Abad. En un principio pensaron que cuando la policía cerró el caso aquel hombre había detenido el hostigamiento a su empresa, pero no era así. No solo no había cesado en su empeño de descubrirles, sino que había decidido también, contra todo pronóstico, mancharse las manos de sangre en una verdadera carnicería. *El Lagarto* mitigó parcialmente su furia asesina porque comenzó a sentir cierta admiración por un hombre que había tomado la determinación de destruir su excelente historial laboral por ayudar a una simple prostituta. Se trataba, pensaba, de un hombre con principios y con un alto sentido de la moral que no quedaba empañado por la mojigatería que en ocasiones reinaba entre los encargados de aplicar la ley.

Tuvieron que ver los videos varias veces, ya que había una decena de cámaras, pero no pasó demasiado tiempo hasta que uno de los espectadores reconoció al otro tirador. No sabían cómo se llamaba pero lo habían visto varias veces por el Pub Extasía.

Cuando consultaron a Cristina Meyer esta les dijo que también desconocía su nombre porque se dirigía a él como "soldado" cuando lo recibía. También reveló que solo quería contratar los servicios de Alicia. Aquellos detalles conllevaron que poco a poco fueran atando cabos. César trabajaba para la fugitiva, pero todavía no quedaba muy claro cómo esta había conseguido ganarse al inspector para su causa. *El Lagarto* ardía en deseos de averiguarlo. Le contentaba saber que no tardaría en encontrarse con él y que podría preguntárselo.

—Este es el pueblo, tuerce aquí —dijo Luis, que sostenía en las manos una Tablet.

—Bueno, recordad bien —añadió *El Lagarto*—. Las necesitamos vivas. La madre se llama Ana y la hija Irene. Están aquí en casa de los abuelos maternos. Luis, enséñanos las fotos otra vez.

El pistolero ofreció el monitor a sus compañeros para que pudieran ver el Instagram de la niña. Calvo levantó durante varios segundos la mirada de la carretera para echar un vistazo.

—¡Plan cacotas! —leyó Luis con voz infantil en una de sus fotos —. Al pueblo con los yayos porque papi tiene que trabajar. Echándoos de menos. Besis.

Habían rastreado las redes sociales a la familia de Carlos y no tardaron en averiguar que se encontraban en aquel pueblo. Dedujeron por los comentarios de la niña que el padre debía de haberlas enviado allí para que estuvieran más seguras. Hackearon también sus cuentas online para saber qué tipo de vida llevaban en aquel lugar. Al parecer, salían a pasear por las mañanas, comían todos en familia y por la tarde, cuando las temperaturas bajaban, veían series.

—El abuelo es un señor de más de setenta años y no ha sido policía ni nada que se le parezca. Las mujeres son inofensivas — añadió *El Lagarto*—. Será un paseo pero no quiero que os fieis. Ya sabéis que hemos perdido un puñado de buenos hombres.

Aparcaron en la misma casa, un enorme edificio de tres plantas construido con ladrillo. A través de las tres calles que atravesaron para llegar hasta allí no vieron a ninguna persona. Era mediodía y los escasos y envejecidos habitantes del lugar estarían comiendo. Pasaron por una escuela cuyas ventanas estaban rotas, claro ejemplo de que llevaba décadas abandonada. El letrero del consultorio médico se había caído y en su puerta se acumulaba el polvo. La mayor parte de las casas se encontraban medio derruidas sin que a nadie pareciera importarle.

Bajaron del vehículo cubiertos con pasamontañas y con las pistolas en la mano. La cerradura de la casa era electrónica, por lo que pudieron desactivarla con su descodificador. Al atravesarla

encontraron un hall que daba a unas escaleras. Aquel lugar parecía la entrada a un garaje. Antes de que comenzaran a subir apareció un perro de grandes proporciones frente a ellos. *El Lagarto* le apuntó instintivamente con su pistola. No quería perder el factor sorpresa pero tampoco quería ser mordido. El animal les miraba inmóvil, escrutándoles a través de sus caninas pupilas. Pasaron todos varios segundos quietos, esperando. Finalmente, la bestia se acercó hasta el líder de seguridad y le olisqueó la pistola. En estas, el hombre aprovechó para acariciarle la cabeza, consiguiendo que el perro se estirara y comenzara a agitar el rabo.

—Atalo ahí para cuando volvamos a bajar con ellas —dijo *El Lagarto* a Calvo en un susurro.

Una vez volvieron a poner la correa al animal y lo ataron continuaron subiendo las escaleras. El segundo piso también estaba protegido por un cierre electrónico que no tardaron en abrir.

—Buenos días, familia —dijo *El Lagarto* atravesando la puerta—. Al primero que se mueva le meto un tiro. ¿Entendido?

Ante los tres mafiosos se disponía un enorme comedor en el que una pareja añosa, una mujer joven y una niña se disponían a comer una sopa. En medio de la mesa se encontraba una nada despreciable parrilla de carne de cerdo que podía olerse desde las escaleras de acceso.

A cien kilómetros de allí, Carlos pretendía comer algo en su domicilio. Abrió la nevera, que estaba prácticamente vacía, y la volvió a cerrar. Tenía hambre pero no se sentía con energía para cocinar nada. Acababa de hablar por teléfono con su mujer, que le había comunicado que todo estaba en orden en el pueblo. Tras un par de minutos de una fría conversación intentó charlar con su hija pero Ana le dijo que no quería hablar con él, que seguía enfadada. Tuvo que colgar y resignarse. Se sentía tremendamente desdichado por una situación que se le escapaba de las manos. Aunque su vida familiar hacía aguas desde hacía tiempo, ahora todo se había complicado sobremanera con sus asuntos laborales, si se les podía llamar de aquella forma.

Extenuado, se sentó en la mesa de la cocina y se sirvió un largo café. Fijó su vista en un punto cualquiera aunque ni siquiera se paró a estudiar lo que sus ojos veían. Su mente abandonó enseguida a su familia para ponerse a pensar en Alicia, César y cómo cerrar aquel asunto.

Pero antes de que pudiera concentrarse el teléfono sonó. Como seguía muy preocupado por si la situación de su familia cambiaba dijo:

—¡Descolgar!

A su derecha se encendió un monitor que le confirmó sus peores

sospechas. En él pudo ver a su hija Irene amordazada. Estaba sola y tras ella se veía el comedor de la casa de sus suegros. Parecía realmente asustada, pues estaba llorando. Llevaba un pañuelo en la boca que enseguida le quitó un hombre encapuchado.

—¡Papá! —lloriqueó—. ¡Papá ayúdanos! Han entrado en casa tres…

Entonces apareció en pantalla un hombre que la abofeteó y la tiró al suelo violentamente. Carlos, ante aquella escena, se metió el puño a la boca y lo mordió con fuerza conteniendo un grito. Nunca antes en su vida había sentido tanta ira como en aquel preciso instante.

—¡Cíñete a lo que te hemos dicho que digas! —dijo la voz del encapuchado.

La muchacha se volvió a incorporar y aguardó varios segundos en silencio, respirando pesadamente. Densos lagrimones recorrían sus encendidas mejillas.

—Papá —dijo sensiblemente más calmada—. Han venido unos conocidos tuyos a casa. Han matado a los abuelos con una correa, los han estrangulado —hizo una pausa para esbozar una mueca de dolor—. Nos tienen a mamá y a mí. Dicen que quieren que hagas algo por ellos y que entonces nos dejarán libres. Dicen que si no lo haces nos darán… nos darán trabajo a mamá y a mí. Papá, no entiendo nada, pero ayúdanos.

—¿Qué queréis? —bramó Carlos acercándose a un palmo del monitor—. ¿Qué queréis de mí?

Entonces apareció en la pantalla la cabeza de uno de los secuestradores. Llevaba un pasamontañas pero Carlos grabó a fuego en sus retinas los ojos de aquel hombre. Los había visto antes. No tardó demasiado tiempo en reconocer a Salgado, alias *El Lagarto*.

—Escucha bien, papi —comenzó diciendo arrastrando la voz—. Tienes que traernos a dos amigos tuyos. De lo contrario, como ha dicho tu preciosa hija, daremos trabajo a las chicas de tu familia. ¿Lo harás por nosotros? Créeme que si no lo haces trabajo no les va a faltar, de día, de noche… varias veces al día hasta que estén agotadas y felices. ¿Comprendes?

El inspector se encontraba horrorizado. Quería arrancarle la cabeza a aquel hombre pero se sentía impotente. Ni siquiera le importaba que aquellos chulos pudieran verle en aquella situación. No quiso mirar a la cámara delantera de la videollamada, pero su rostro estaba completamente desencajado, oscilando entre el miedo, el odio y la locura.

—Lo haré. Lo haré, pero no les hagáis nada, por favor —imploró finalmente—. ¿Dónde queréis que os los lleve?

—Te lo diremos cuando llegue el momento. Estate pendiente del

teléfono móvil —respondió *El Lagarto*—. Tienes veinticuatro horas para hacerlo. Si no lo consigues, nos juegas una mala pasada o te da por avisar a tus amigos maderos perderás de vista a tus chicas para siempre. ¿Comprendes?

—Sí —se limitó a responder Carlos cerrando los ojos.

En aquel momento la llamada se cortó. La oscuridad del monitor parecía reflejar las tinieblas en las que acababa de sumirse el alma del inspector de policía. En un principio comenzó a preguntarse sobre qué haría, pero poco a poco su mente fue virando hacia otra pregunta.

¿Cómo lo haría?

CAPÍTULO XXXVIII:

Lunes, 15 de octubre de 2035

Alicia había decidido aquella mañana ponerse un ajustado traje azul marino de falda, altos tacones, camisa blanca y la peluca negra, de modo que se había convertido en otra persona. Realmente, era Helena Vega la que aguardaba pacientemente en una salita de espera a ser atendida en el prestigioso bufete de abogados Menéndez Serrano de la Calle el Coso. La secretaria le había dicho que en breves podría pasar a hablar con el propietario.

Mientras pasaban los minutos ojeó desinteresadamente una revista de banalidades que había dispuesta a su lado. En un momento dado, al pasar una hoja, levantó la mirada para observar a otro hombre que había entrado detrás de ella. Se trababa de un señor de más de cincuenta años, obeso y canoso. Vestía elegantemente con traje y corbata y portaba un maletín. Había pasado todo el tiempo mirándola con lascivia, respirando pesadamente para oxigenar su mole de más de cien kilogramos. Helena, que reparó en los deseos de su compañero de sala, se ladeó ligeramente en la silla cruzando las piernas y dejando a su vista las curvas que describían su cintura y sus caderas. El hombre abrió los ojos como platos para captar todos los detalles posibles de aquel cuerpo exuberante. La joven había comenzado a reflexionar sobre el poder que tenía sobre los hombres debido a su belleza pero aquel hilo de pensamientos quedó en el aire cuando oyó a la secretaria decirle:

—Señora Láinez, ¿puede acompañarme? El señor Menéndez Serrano ya se ha quedado libre.

Entonces Helena se puso en pie y se colocó con coquetería la falda. Tras ello caminó dando los cortos pasitos que le permitía aquella indumentaria, haciendo que con cada uno de ellos sus tacones resonaran en el suelo. Atravesó a la zaga de la secretaria todo el local hasta llegar al despacho del abogado, que aguardaba ojeando unos papeles. Cuando la mujer entró inundó toda la estancia con un agradable perfume femenino que no pasaba desapercibido. Pudo ver a dos hombres, una especie de guardaespaldas que hacía las veces de secretario y al abogado en cuestión. Este último, de ojos diminutos, gafas sin montura, boca viperina y mandíbula cuadrada intentó estrecharle la mano pero Helena le dio dos sonoros besos. Había aprovechado para imprimir sus senos en su pecho en el efusivo intercambio.

—Buenos días, señor Menéndez Serrano —comenzó diciendo—. Soy Claudia Láinez. He venido aquí porque necesito de sus servicios. He oído que es el mejor abogado de Zaragoza.

—Bueno, quizá eso sea asumir mucho —respondió el hombre volviéndose a sentar.

Helena reparó en que aquel individuo, al que conocía bien, ya no era como lo recordaba. Su piel parecía haberse cubierto de escamas verdosas y sus ojos eran completamente negros y faltos de humanidad. Donde otrora hubo una boca, ahora sus labios habían desaparecido dejando paso a unas fauces espantosas de las que al hablar salía una lengua bífida. Siempre lo había tenido por una serpiente, pero jamás hubiera podido imaginar que pudiera convertirse en una.

—Sí, sí, ya nos entendemos. Me refiero al mejor en determinado tipo de casos. Verá, tome asiento porque la historia es larga. Seguro que ha oído usted cosas peores, pero quiero que comprenda que tanto para mí como para mi familia este asunto ha sido un verdadero mazazo.

Helena gesticulaba, sonreía, hacía caídas de ojos con gran vehemencia. Acompañaba sus palabras con algún que otro gemido, voz dulce e incluso contacto físico con el abogado, al que había tocado las manos y los brazos varias veces. Incluso se había permitido retirarle una inexistente pestaña de la cara con una seductora y parsimoniosa caricia.

Durante varios minutos le contó una historia que había preparado previamente. Dijo pertenecer a una familia importante de la ciudad. En ella, sus padres tenían una empresa de productos de agricultura ecológica y habían decidido incluirla a ella y a su hermano en el negocio. Ella tenía una carrera en contabilidad y estaba más que preparada para afrontar el cargo, pero su hermano había sido siempre un bala perdida, amigo de malas compañías, consumidor de drogas, amante de los coches y de las juergas hasta altas horas de la noche. Sus familiares no solo eran importantes empresarios, sino que también habían fundado una ONG que defendía la comida ecológica, la medicina natural y la homeopatía contra todo aquello que pudiera considerarse “químico” o “transgénico”. Tenían un montón de contactos entre la gente importante de la ciudad y ella, personalmente, no descartaba dar el salto a la política muy pronto. Tanto Verdes como Animalistas habían mostrado interés por su trayectoria.

Tras aquella introducción, le confesó que su hermano había cometido un crimen. El sábado por la noche, volviendo de una fiesta, había atropellado a un anciano que había madrugado para salir a caminar. Huyó, pues había consumido drogas, pero la

víctima sufrió una fractura de cadera y ahora estaba hospitalizada. Desafortunadamente para ella, la policía había dado finalmente con su hermano porque habían rastreado los restos del vehículo que se desprendieron del atropello. Hoy mismo lo habían detenido. Iba a dar positivo en drogas e, indefectiblemente, mancharía el nombre de su familia.

—¿Hay algo que pueda hacer usted por librar a mi hermano de esto? —imploró finalmente haciendo mohines—. No podemos permitirnos esta lacra sobre nuestra familia.

—Desde luego que ha venido usted al lugar indicado, señora Láinez.

—Llámeme señorita —le interrumpió soltando una risotada inocente—, solo tengo veinticuatro años.

—Como quiera, señorita Láinez. Como le digo, podemos atender su caso. Le presentaré al señor Gutiérrez, es uno de los mejores abogados de nuestro equipo. Por lo que me dice, creo que hará un trabajo excelente en minimizar…

—¿No va a llevar usted el caso? —preguntó Helena con rostro compungido.

—Ya me gustaría, señorita, pero es que estoy hasta arriba de trabajo y todos mis empleados son igual…

—Pero yo he oído que usted es el mejor —volvió a insistir clavándole la mirada—. Verá, es muy importante para nosotros que mi hermano salga indemne de esta, ¿sabe? El dinero no será un problema.

—No es una cuestión de dinero.

—Bueno —volvió a decir lanzándole una mirada sugerente—. Todo se puede arreglar. Hay algo que todavía no le he contado al respecto, algo que me gustaría decirle en privado.

Tras ello hizo un gesto con la cabeza para señalar al secretario. El abogado permaneció varios segundos escrutando a su cliente hasta que finalmente, con gran educación, y con aquella voz siseante propia de las víboras, pidió a su empleado que abandonara la estancia.

—Cierra al salir, por favor.

Una vez quedaron solos, Helena volvió a la carga:

—En serio le digo que nos va la vida en esto. ¿Hay algo que yo pueda hacer para que usted lleve el caso? Lo que sea.

—Intento decirle que eso va a ser imposible, señorita. Es un caso de libro, no tiene mucho misterio. Cualquiera de mis abogados puede ganarlo, no lo dude.

—Pero es que yo quiero que sea usted —insistió la mujer poniéndose en pie, dejando el bolso sobre la silla, acercándose hasta la puerta y echando el cerrojo.

Cuando volvió a la mesa se erigió ante el abogado en todo su esplendor, mordiéndose el labio inferior y agachando la cabeza para que el pelo le cubriera parte del rostro. Sus tacones resonaban en el suelo conforme iba acortando distancias con el abogado, que parecía realmente desconcertado. Cuando llegó hasta él empujó la silla para alejarlo del escritorio y se sentó en su regazo. El hombre no pudo contener una expresión de alarma pero no hizo nada por quitársela de encima. Tras ello, Helena rodeó su cuello con los brazos y acercó los labios a su oreja para decir arrastrando las palabras:

—Cuando digo que haré cualquier cosa, quiero decir cualquier cosa.

Aquello fue suficiente para que notara bajo su falda la erección del abogado, de modo que no perdió el tiempo. Mientras con la mano derecha comenzaba a desabrocharle la bragueta con la izquierda se subía la falda hasta las caderas dejando ver sus firmes piernas, que colgaban a ambos lados del hombre. Con su miembro entre las manos, y viendo como el abogado contenía la respiración en medio de la excitación y la sorpresa por aquella invasión, se lo introdujo en su ser. Menéndez Serrano soltó un largo suspiro y la agarró de los pechos con aquellos brazos diminutos que sobresalían de su oblongo cuerpo de reptil. Helena comenzó a gemir y a moverse a horcajadas.

—¿Defenderás a mi hermano? —dijo gimiendo.

—¡Oh, sí! Sí que lo haré —respondió con voz entrecortada el abogado.

—¿No te suena esto?

—¿El qué? —preguntó el hombre sin dejar de gemir.

—Esta vagina. Ya has estado aquí dentro antes. ¿No lo recuerdas?

Entonces el hombre dejó de moverse y descorrió las telas de sus párpados abriendo sus ojos negros de par en par. Ante él, la que hasta aquel momento había sido una atractiva y jovial mujer ahora se había convertido en algo totalmente diferente. Sus ojos estaban encendidos en furia, su sonrisa había dado paso a una mueca de lujuria asesina y todos sus músculos se encontraban firmes, amarrándolo a la silla.

—Sí, soy Alicia. ¿Te acuerdas de mí? Tú has velado por los intereses de unos criminales durante años y en ocasiones, además del dinero, te lo has cobrado en carnes. ¿No?

Y tras ello, en un rápido gesto, agarró la corbata del hombre, se la anudó al cuello, extrajo su punzón del bolso y le seccionó el pene de un tajo. El abogado aulló de dolor mientras la sangre salía despedida desparramándose sobre el cuerpo de Helena, que se

retiró y volvió a ponerse en pie. Los gritos alarmaron al guardaespaldas encubierto, que comenzó a dar golpes en la puerta y a preguntar que qué ocurría.

—¿Dime dónde puedo encontrar a Suevo? —gritó Helena forzando el nudo de su corbata.

—¡Me has cortado la polla, hija de puta! —musitó el hombre con la voz entrecortada.

—¡Error! —bramó Helena clavando el punzón sobre su clavícula.

Un nuevo alarido de dolor hizo que el guardaespaldas comenzara a aporrear con mayor virulencia la puerta, que, por momentos, resistía.

—Habla o te mato a ti también. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—En el Pub Extasía, si ya lo sabes —gimoteó el abogado.

—Ya sé que a veces está allí, pero no sé dónde más. Dime dónde han llevado todas las armas y a las chicas después de que destruyéramos La Factoría. ¿Dónde se esconden ahora? ¡Habla o te juro que te corto en pedazos, mamón!

—Están todos en una finca rural —acabó diciendo cerrando los ojos y lloriqueando—. Está a las afueras de Zaragoza, en el término municipal de La Almunia, en el kilómetro veintitrés de la carretera.

—¿Ves cómo no era tan difícil? —dijo Helena con voz feliz—. Ahora toca morir.

Y tras ello levantó el punzón en el aire pero el abogado alzó las manos cubriéndose su viperino rostro mientras decía:

—¡Espera! Puedo ayudarte. No me mates, te puedo ser de utilidad. Hay muchos más detalles que puedo contarte para que te vengues de ellos.

Helena bajó el punzón y frunció el ceño en una mueca de intriga. Con la mano izquierda apartó los brazos del abogado y le asió delicadamente la barbilla para decir con tono maternal:

—¿De verdad? Está bien, puedes contarme esos detalles y me pensaré qué hago contigo. Eso te daría tiempo, ¿no? ¿Crees que no sé que has llamado a *El Lagarto* en cuanto te he atacado pulsando el botón que tienes debajo del escritorio? ¿O que no habrá pedido ayuda ese idiota que tienes fuera dando golpes en la puerta? ¿Tú crees que llegarán a tiempo? No, amigo, no para ti. Estoy esperando a que vengan, ¿sabes? Tú no les has llamado por cuenta propia, sino que yo te he permitido que lo hagas. Ahí fuera en la calle tengo a un soldado cabreado con una ametralladora que va a hacer picadillo a tus esbirros. Además, mi venganza hacia ellos me ciega, sí que es cierto, pero tú eres uno de los suyos, y, por tanto, eres parte de mi venganza.

—Por favor…

—Hoy habrá una serpiente menos en el mundo.

Y tras aquellas palabras, que parecían losas, comenzó a lanzar tantas puñaladas al hombre que resultaron imposibles de contar. Con cada una de ellas berreaba y la sangre iba regando sus ropas, su rostro y sus negros cabellos. Tales fueron sus aullidos animales que hasta el guardaespaldas dejó de golpear en la puerta, asustado por lo que podría encontrar al otro lado si conseguía abrirla.

CAPÍTULO XXXIX:

Dos vehículos circulaban a toda velocidad por las calles de Zaragoza. En uno de ellos, una furgoneta blanca, iba *El Lagarto* con otros cuatro hombres, todos armados hasta los dientes. En el otro, a cierta distancia todavía, viajaba el inspector Torres.

Los primeros, que salieron del Pub Extasía, se encontraban realmente cerca de la Calle el Coso, pero no por ello fueron más despacio. Bajaban la Calle Independencia a toda velocidad, pues se jugaban la vida de uno de los suyos, el abogado Menéndez Serrano. El hombre había activado la señal de alarma de su bufete y poco después uno de sus hombres de confianza, que trabajaba como guardaespaldas, había llamado para confirmar que una mujer joven, posiblemente Alicia, se había encerrado en el despacho con él y que se habían escuchado gritos de dolor.

Carlos, que pensaba que iba a llegar tarde, pisó el acelerador a fondo. Cuando giró en la Calle Independencia vio una furgoneta blanca que conducía temerariamente, subiéndose por las aceras o pasando por los raíles del tranvía en ocasiones. Sabía que tenían que ser ellos por lo que, sin dudarlo, pasó también a la acera y condujo a más de cien kilómetros por hora para darles alcance, haciendo que los peatones tuvieran que tirarse al suelo para no ser atropellados.

En cuestión de segundos, y a varios metros de la Calle el Coso, les dio alcance. Al llegar hasta ellos observó que el vehículo iba lleno de hombres que vestían de traje por lo que sus dudas quedaron completamente disipadas. Tenía que hacerlo o sería demasiado tarde, de modo que apretó todavía más el acelerador y dio un golpe de volante para cortarles el paso.

La furgoneta frenó en seco evitando la colisión. Carlos, que cerró los ojos momentáneamente para aguantar la embestida, volvió a abrirlos al percibir que no se había producido, se desabrochó el cinturón y salió del vehículo. Ya en la calle vio que dos de los proxenetas habían salido de la furgoneta y le apuntaban amenazantes con sus pistolas, así que levantó los brazos y dijo con nerviosismo:

—¡No disparéis! ¡No! Soy yo. No voy armado.

Los secuaces le gritaban órdenes incomprensibles. El inspector temió por su vida, sabiendo que existían muchas probabilidades de que le dispararan, pero sobre todo estaba aterrado por morir sin poder ayudar a su familia. Con los brazos alzados aguardó a que los hombres se relajaran. Escrutó el interior del furgón y enseguida

reconoció a *El Lagarto*, que le miraba desde el asiento del copiloto.

—¡Ven aquí! —dijo finalmente abriendo la ventanilla.

Los pistoleros le registraron violentamente para confirmar que no tuviera armas. La mayor parte de los viandantes de la concurrida calle habían huido al ver las pistolas pensando que fuera a desencadenarse otro tiroteo. Los coches que aguardaban en hilera tras ellos y que habían quedado atascados habían sido abandonados cuando sus ocupantes cerraron las puertas y salieron corriendo.

—¿Qué haces? ¿Quieres que violemos todos a tus chicas hasta la muerte? —le preguntó destilando odio *El Lagarto* cuando lo llevaron hasta su ventanilla.

—He venido a advertiros de que no debéis seguir adelante —respondió atropelladamente el inspector—. Es una trampa.

—¿Qué? —exclamó el copiloto echando mano a la pistola.

—Sí, sí —insistió el policía sensiblemente afectado por la situación—. Podéis dar por muerto al abogado, pero si seguís adelante moriréis también vosotros. Está César apostado en algún lugar que desconozco con una ametralladora de gran calibre. En cuanto os vea abrirá fuego y destruirá por completo la furgoneta.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé porque me lo han dicho.

—¿Y no has hecho nada?

—No he podido —respondió Carlos en un lamento—. César va armado a todos sitios y no se fían de mí. Cuando atacamos el burdel los abandoné, ¿sabes? Eso fue demasiado para mí. Luego cogisteis a mi familia y… ¡Dios! Quiero hacer lo que pedís pero ha sido muy raro que haya vuelto ahora con ellos y no se fían.

—Tienes hasta hoy al mediodía para traerlos, ese era el plan —se limitó a responder *El Lagarto*—. Si no estará todo perdido para tus chicas, ya sabes.

—Te los voy a llevar, ¡joder! —respondió Carlos soltando una lágrima—. Pero necesito más tiempo. Déjame veinticuatro horas más, por favor, y mañana te los llevo. Cuando salgan del bufete me reuniré con ellos y te los llevaré. ¡Te lo juro por mi familia!

—No dudes que por tu familia juras —respondió *El Lagarto* riendo—. Chicos, seguid adelante.

—¡Parad! —gritó Carlos metiendo la mano por la ventanilla—. De verdad, no sigáis. He visto la ametralladora. Es un arma de guerra y las balas son de casi un palmo. Os va a hacer picadillo si seguís. Por favor, dejadme a mí. Ya es tarde para el abogado pero si me dejáis hacerlo a mi manera mañana antes del mediodía los tendréis a los dos donde me digáis. ¡Por favor!

El Lagarto hizo un gesto al conductor para que detuviera la marcha que ya había iniciado. Todo se había detenido alrededor,

pues tenían la calle, que había adquirido cierto aspecto post apocalíptico al verse privada de ciudadanos, para ellos solos. El líder de los proxenetas miraba a través del cristal pero no veía nada, pues estaba reflexionando. Pese a ello, enfrente de su furgoneta se encontraba el coche del policía cruzado. Las puertas delanteras estaban abiertas pero las traseras no. *El Lagarto* había fijado su mirada en aquel punto y, en un momento dado, le pareció percibir que una cabeza asomaba por allí. Despertando de sus pensamientos forzó la vista pero no vio nada. El coche estaba vacío, de modo que pensó que todo había sido una mala jugada de su imaginación.

—Está bien —dijo finalmente—. Tienes veinticuatro horas más. Pero hoy me lo pasaré bien con alguna de tus chicas, igual las dos, por haber incumplido tu palabra. Mañana te diremos dónde es la entrega. Chicos, volvemos.

CAPÍTULO XL:

Martes, 16 de octubre de 2035.

Aquella mañana madrugaron. César se despertó primero y se dio una ducha con agua fría para templar los músculos. Sabía que aquel sería un día decisivo y desde que estuvo en la guerra había mantenido la creencia de que la higiene corporal era indispensable antes de acometer grandes empresas.

Alicia se levantó más tarde, aunque aún no había salido el sol. Ella tenía otro concepto de aquel asunto, de modo que también empleó algunos minutos en el baño para prepararse. Se aseó, usó varios productos cosméticos y se maquilló la cara. También ella podía morir aquel día. Si lo hacía, quería estar presentable.

—Vas a ser el cadáver más bonito del cementerio —le dijo César apoyándose sobre el marco de la puerta del baño mientras la joven se pintaba mirándose al espejo.

—Te sorprendería saber todo lo que una mujer guapa puede conseguir de los hombres.

—Reconozco que te subestimé cuando me dijiste tu plan con el abogado. No hubiera apostado ni un euro a que lo conseguirías, pero me has dejado fuera de combate.

—Te lo digo en serio. Yo cuando era puta no sabía esto porque mis encantos estaban al servicio de quien quisiera comprarlos. Ahora bien, en este mundo una mujer hermosa puede conseguir cualquier cosa que se proponga.

—También si es inteligente.

—Desde luego, pero los dos atributos, belleza e inteligencia, pueden ser empleados para ganar poder. Y cuando ambos se reúnen en una misma mujer, ¡ay, amigo! Entonces el mundo es suyo.

—No lo dudo —respondió César encogiéndose de hombros—. Los hombres somos muy fáciles.

—¿Sabes lo que me dijeron ayer por la calle mientras iba hacia el bufete de Menéndez Serrano?

—¿Qué? —preguntó el exsoldado apoyándose de nuevo en el marco.

—Me dijeron unas chicas que cómo podía estar tan buena —respondió Alicia dejando de pintarse los labios—. Te lo juro que no supe que contestarles. Eran tres muchachas de mi edad, quizá un poco más jóvenes. Dos de ellas estaban bastante gordas y la otra era muy alta y desgarbada. Me dijeron que yo estaba muy buena y que eso estaba mal, que las hacía quedar a ellas peor.

—Es que ayer estabas muy cañón —respondió César sonriendo —. Es una lástima que hayamos tenido que tirar ese traje. Tanta sangre no se iba a ir.

—Sí, pero es que esas chicas me estuvieron acosando un rato por ir elegante, ¿sabes? Yo jamás había visto nada igual, aunque claro, viviendo en un burdel. El tema es que me dijeron cosas como que hacer mucho deporte y comer poco era la única manera de tener un cuerpo como el mío y que, sin duda, si estaba así de buena, era porque había sucumbido a los cánones machistas patriarcales de la sociedad. Dijeron que mientras hubiera traidoras como yo los hombres jamás nos aceptarían por cómo somos, sino por nuestro exterior, y que para eso había que ser feliz, comer de todo y descuidar la forma.

—¡Vaya novedad!

La mujer parecía realmente molesta por la vivencia pasada, de modo que hablaba y hablaba elevando cada vez más el tono de voz.

—Y de nada sirvió que les dijera que ese era mi cuerpo, que no hacía nada especial para mantenerlo y que a mí me gustaba. Dijeron que era injusto que yo estuviera tan buena porque hacía que aumentara la desigualdad y que era una esclava del patriarcado. De verdad, tuve que quitármelas de encima siendo grosera, pues me siguieron un rato por el camino y una incluso me agarró del brazo.

—Eso es porque no sabían quién eres. Si hubieran visto el punzón del bolso hubieran salido corriendo despavoridas.

—Pero es que me jode que esas mujeres me atacaran de aquella forma. ¿Por qué lo hicieron? Mira que yo soy una mujer fuerte y me dio igual pero a otra más débil la hubieran hundido. ¿Qué ganan con eso? ¿No pueden entender que criticarnos entre nosotras por razones como estas nos debilita? Yo soy inteligente y atractiva, son armas que mi naturaleza me ha dado, y me estoy sirviendo de ellas para conseguir mis objetivos. Ahí fuera hay mujeres guapas, mujeres inteligentes, algunas que son las dos cosas y otras que no tienen nada de eso. Cada una sobrevive como puede. ¿Por qué ellas, que parecían estudiantes, tienen que despreciar que una mujer se gane la vida o triunfe gracias a su belleza?

—Un amigo mío de la guerra lo llamaba la tiranía de los esclavos —aportó César sentándose en el bidet.

—¿Y cómo es eso? —preguntó Alicia volviéndose hacia el espejo y comenzando a pintarse la raya.

—Sí, bueno, es una historia que se ancla en las tradiciones filosóficas de nuestra sociedad. Este amigo mío era Licenciado en Historia y le encantaban estos temas. El caso es que hubo un tiempo, hace más de dos mil años, en el que se premiaba la belleza,

la juventud, la potencia, la ausencia de piedad, la audacia… En resumen, se ensalzaban todas las grandes cualidades del ser humano. Era el reinado de los héroes y de los poderosos. Aquiles, Héctor, Julio César, Hércules, Gilgamesh, los guerreros de las epopeyas nórdicas… Era el superhombre. Ahora bien, conforme la religión cristiana iba imponiéndose, estos valores fueron mutando. Poco a poco las virtudes de las personas pasaron a ser la compasión, la humildad, el pacifismo, el victimismo. Estos movimientos pudieron ser aplastados por los poderosos, pero esto no ocurrió, y en cuestión de pocos siglos se alzaron con el poder. Era la tiranía de los esclavos, los débiles, los pobres y los poco valiosos; la famélica legión.

«Nos encontramos ahora en una sociedad muy avanzada que ha abandonado aquella religión cristiana sobre la que se asienta nuestra cultura, pero solo el concepto, no la forma. La mayor parte de la población nos consideramos ateos pero seguimos siendo cristianos, pues nuestros partidos políticos y tendencias sociales han tomado todos los valores de ellos. En nuestro mundo se está intentando alcanzar una igualdad cuyos nobles propósitos han sido envenenados por sus medios. Queremos ser todos iguales nivelando a la baja. Si tú eres más guapa deberías no serlo, o, al menos, no arreglarte, porque partes de unos privilegios, un beneficio genético, determinista, del que esas chicas que te increparon no disfrutan. Ellas han estudiado, ¿no? Han gastado su tiempo y sus esfuerzos en cultivar la mente. Son otras personas que también han estudiado las que escriben lo que está bien y lo que no, así que, ¿qué atributo es, según la gente, más valioso? ¿Inteligencia o belleza? ¿Por qué la chica que gana su sueldo como azafata de eventos tiene un trabajo que es considerado inmoral o humillante, viendo importantes limitaciones en la legislación laboral que le compete, mientras que respecto a otra que vive enteramente de su inteligencia se considera a su trabajo dignificante?»

—Por el mismo motivo por el que hace años prohibieron la prostitución, abocando a miles de mujeres que vivían de su cuerpo a verse extorsionadas por mafias —continuó Alicia—. Ya veo a dónde quieres llegar. Había muchas mujeres que no podían o no querían hacer otra cosa que no fuera vender su cuerpo. Podría escribir un libro de cada una de mis antiguas compañeras. De haber sido legal, muchas seguirían trabajando en ello, solo que sin ser maltratadas. Es que hay de todo en este mundo. Puedes encontrarte desde la que es tan inútil que no sería capaz de desempeñar otro trabajo hasta la que incluso llega a disfrutarlo. Y desde luego, un gran número de ellas lo harían porque sería su voluntad. He conocido a muchas que me han dicho que de ser libres seguirían ejerciendo porque

prefieren echar un polvo de media hora y con ello ganar el mismo dinero que ganarían pasando tres o cuatro días en una cadena de montaje o en cualquier otro trabajo de baja cualificación de los que tan mal pagados están en nuestros días».

«Pero la prohibieron» continuó Alicia, «porque ninguno de esos políticos, miembros de oenegés o activistas habían visto en su puta vida a una prostituta. Obraron según les dictaba su moral, su sacrosanta e incuestionable moral, sin pararse a analizar que el problema era más complejo de lo que parecía. Legislaron para salvarnos y lo hicieron tan mal que nos dejaron en manos de las mafias, condenándonos a las peores miserias del ser humano».

—El débil sobre el fuerte, el pobre sobre el rico, el feo sobre el guapo, el tonto sobre el listo —recitó César esbozando una imperceptible sonrisa—. A esto hemos llegado, y a esto llamaba mi amigo Raúl la tiranía de los esclavos. Vivimos en una sociedad que premia la incompetencia solo porque reúne algunos valores que, según el hilo moral del momento, son más adecuados para transformar esta sociedad con su ingeniería social. Ahora bien, cuando la gente valiosa se queda por el camino las naciones firman su sentencia de muerte. Será pronto o será tarde, pero será. Yo ya lo he visto, y ha ocurrido muy cerca de casa. ¿De verdad tienes alguna ilusión todavía por vivir en este mundo decadente?

Tras aquel comentario, los dos amigos permanecieron en silencio durante largo rato. Ambos se sumieron en sus pensamientos mientras acababan de prepararse. César se vistió con botas de militar, vaqueros y chupa de cuero. Alicia prefirió permanecer en pijama hasta que se le secara el pelo.

—Bueno, hoy nos la jugamos otra vez —dijo César—. Quizá va siendo hora de que volvamos a mirar el mapa a ver cómo lo hacemos.

Alicia asintió con la cabeza y acompañó a César hasta el comedor, donde tenían desplegado sobre la mesa un monitor con un mapa abierto del término municipal de La Almunia. Los dos escrutaron de nuevo los altibajos del terreno, así como los muros, tabiques, caminos y puertas. Tras varios minutos haciéndolo, el hombre habló:

—¿Tú crees que el inspector va a echarse para atrás?

—No lo hará.

—¿Cómo lo sabes?

—Puedo leer la mente de las personas.

Y tras decir aquello, un par de golpes secos resonaron en el apartamento, haciendo que los dos quedaran sobrecogidos. Se miraron durante varios segundos hasta que el sonido volvió a producirse; llamaban a la puerta.

—¿Quién va? —preguntó César acercándose a ella siendo seguido un par de pasos por detrás por Alicia.

—Carlos —dijo una voz lacónica desde el otro lado.

Entonces el exsoldado descorrió el cerrojo y abrió la puerta. Tras ella, un hombre con ojeras, el rostro compungido y la mirada vacía apareció. La cabeza estaba gacha y los hombros caídos. En la mano, como si fuera una prolongación del brazo, reposaba una pistola. El dedo descansaba en el gatillo.

CAPÍTULO XLI:

En la sala de reuniones del Pub Extasía, cuatro personas esperaban con impaciencia. *El Lagarto*, que era una de ellas, estaba sentado en una silla de malas maneras con las piernas completamente estiradas. Cristina Meyer había preferido aguardar en un cómodo sillón, aunque su posición, espalda recta, piernas juntas y manos sobre las rodillas indicaba que, al igual que los demás, estaba intranquila. Calvo estaba de pie, mirando por una de las ventanas. Por último, Suevo, el jefe de todos ellos, se había colocado en una esquina, de cuclillas. Cuando adoptaba aquella posición y le ofrecían una silla siempre respondía que estaba así porque quería, porque favorecía el retorno venoso.

—Las nueve de la mañana —dijo *El Lagarto* dando golpecitos rítmicos sobre la mesa con las yemas de los dedos—. No llama.

—Le quedan tres horas —respondió con voz queda Suevo.

El líder vestía una de sus camisas de colores con estampados florales. Los cuatro botones superiores estaban desabrochados, dejando ver un pecho musculoso y rasurado. Pese a que en la estancia reinaba la penumbra no se había quitado sus gafas de sol. Sí que era cierto que regulaba la opacidad de los cristales cuando se encontraba en interiores, pero pocos habían visto alguna vez el verdadero color de sus ojos.

—¿Y lo va a hacer a última hora? —preguntó esta vez Cristina —. Yo creo que hay que empezar a pensar que nos ha engañado.

—Ayer me lo pasé bien con la madre pero si a las doce no hay respuesta me voy directo a por la hija —musitó *El Lagarto* con odio.

—Llamará —insistió Suevo.

Tenían muchos problemas, pero aquello no parecía importar al jefe, cosa que sacaba de quicio a todos los demás. La policía había vuelto a acudir al pub para indagar sobre el asunto de La Factoría. No tenían todavía pruebas que permitieran una orden judicial de registro pero no tardarían en encontrarlas. Habían hallado ya el cadáver de Andrei y el asesinato del abogado había levantado un revuelo terrible en la prensa. La gente comenzaba a estar asustada por que hubiera asesinatos día sí y día también, cosa que no era muy frecuente en aquellos días, especialmente si no estaban mediados por terroristas. Las redes sociales, así como las encuestas de opinión, habían desplomado la reputación del gobierno. Aquello ocasionaría que los políticos comenzaran a tener miedo de perder poder y que se dedicaran a alentar a las fuerzas del orden para que resolvieran el asunto. Era cuestión de tiempo que alguien atara

todos los cabos sueltos y se diera cuenta de que la cuerda iba directamente al lugar donde se encontraban en aquel preciso momento. ¿Qué ocurriría entonces? Cuando Cristina reflexionaba al respecto pensaba que ni siquiera sería descabellado plantearse el cierre y salir de la ciudad unos días. Pero, ¿cómo hacer todo aquello con la fama y el imperio que tenían ganado? ¿Qué harían con todas las chicas? ¿Podrían recuperarse? ¿No sería dejarles el camino llano a los burdeles chinos para que acabaran imponiéndose?

Una llamada telefónica hizo que todos se estremecieran. Calvo abandonó la ventana y la madame se levantó del asiento para ponerse al lado de *El Lagarto*, desde cuya posición tenía una visión privilegiada del monitor de video llamadas.

—Apagar cámara reversa, descolgar —ordenó el jefe de seguridad.

Entonces ante ellos se vislumbró una imagen oscura que poco a poco fue enfocándose. La pantallita pequeña en la que debían aparecer ellos estaba negra, pues no querían revelar su posición. Los cuatro mafiosos afinaron la vista para discriminar algo en aquel video pero la iluminación del lugar brillaba por su ausencia. Finalmente, la cámara ajustó el diafragma y pudieron ver al inspector Torres, que jadeaba frenéticamente en un primer plano. Parecía encontrarse arrodillado en el suelo. Había alejado el móvil todo lo que pudo de su cuerpo para grabarse a sí mismo.

—¿Veis? Ya los tengo. Mirad.

Entonces barrió una especie de habitación de un apartamento con la cámara de su móvil. En las imágenes pudieron ver a Alicia, que se encontraba maniatada en el suelo. Pataleaba y gritaba pero sus movimientos eran fútiles, pues la cuerda daba varias vueltas a sus extremidades. En la boca llevaba un pañuelo blanco que hacía que sus sonidos fueran ininteligibles. El visor prosiguió y grabó justo a su lado a un hombre que yacía en el suelo junto a un charco de sangre. Cuando Carlos acercó la cámara pudieron reconocer al otro tirador que había sembrado la muerte en La Factoría, aquel al que Cristina llamaba soldado. Tenía varias heridas de bala en el torso y su rostro mostraba una imagen totalmente carente de vida.

—He tenido que matar a César —dijo el inspector volviéndose a grabar con la voz quebrada—. Iba armado y no pude hacer otra cosa. Pero tengo a Alicia, así que decidme dónde queréis que la lleve.

—Buen trabajo —dijo *El Lagarto* sonriendo—. Realmente, no estábamos seguros de que lo consiguieras, pero bien hecho. La dirección es la siguiente, toma nota. Es una finca del término de La Almunia, en el kilómetro 23 de la carretera. Sobra decir que tienes que venir solo, desarmado, antes de las doce, con la chica y con el

dinero.

—¿Qué dinero? —preguntó Carlos.

—El dinero que esa puta nos robó. Búscalo bien porque debe estar por ahí, y si no sácale a Alicia dónde lo ha escondido.

A través de la pantalla pudieron ver cómo Carlos miraba hacia un lado intentando asimilar aquella información. Finalmente, tras menear la cabeza en señal de haber entendido, dijo:

—Lo haré. Haré todo lo que me pedís. Pero primero quiero ver a mi familia.

—No te pongas tonto, papi —respondió *El Lagarto*.

—¡Quiero verlos o no tendréis ni a Alicia ni el dinero! —chilló desquiciadamente el inspector—. Por favor.

El Lagarto miró a Suevo, que tras unos instantes asintió con la cabeza. Aquello bastó para que Calvo saliera de la sala y trajera a Irene. Tenían a ambas mujeres en otra habitación, protegidas por dos pistoleros. La niña seguía atada de manos y pies, por lo que tuvo que traerla en volandas.

—Si le dices a tu padre dónde estamos ahora o algún dato sobre nosotros te rajaré de arriba a abajo, ¿entiendes? —le dijo Calvo mientras la metía en el cuarto con los demás.

—¡Papá! —gritó cuando vio la imagen de su progenitor en el monitor—. Papá, por favor, sácanos de aquí.

—¡Irene! —respondió llorando su padre acercándose todavía más al monitor, que para él era una pantalla negra, como si pudiera de aquella manera estar más cerca de ella—. Hija no tengas miedo que voy a sacaros de allí. ¿Estás bien? ¿Y mamá?

—No estamos bien, ¡ven!

—¿Te han hecho algo? —preguntó Carlos con la voz quebrada.

—A mí no pero a mamá se la llevaron anoche.

—¿Está viva?

—Sí, papá, pero no puede dejar de llorar y no me habla.

—Esta historia familiar es muy tierna pero ya basta —dijo finalmente *El Lagarto* haciendo un gesto para que Calvo se llevara a la niña—. No sé qué le pasaría anoche a tu mujer pero apostaría que le ocurrirá lo mismo a tu hija si algo sale mal hoy. ¿Entiendes?

—Por favor —lloraba Carlos desconsolado y arrodillado en el suelo—. No les hagáis nada más, por favor. Os llevaré todo, os lo juro. Estaré allí antes de las doce.

—Allí nos veremos.

CAPÍTULO XLII:

El Megane del inspector serpenteaba por un angosto camino de tierra flanqueado a ambos lados por un bosque de altos pinos. En ocasiones sus neumáticos aplastaban alguna piedrecita que finalmente salía despedida contra sus bajos, provocando un ruido sordo. No podía ir muy deprisa, pues por aquella vía apenas cabía un vehículo. De cualquier forma, el reloj marcaba las once; iba con tiempo.

En un momento dado vio a un hombre entre los árboles armado con un fusil. Llevaba gafas de sol y una vestimenta de camuflaje. Mientras el coche lo iba superando permaneció impávido, siguiendo su trayectoria con la cabeza. Solo cuando lo dejó atrás se permitió mirar por el retrovisor, justo para verle sacar un teléfono con el que dar el aviso. Con aquel vistazo pudo ser consciente también de un bulto que se estremecía en los asientos traseros. La mujer estaba maniatada y un saco cubría su cabeza. También la había amordazado, por lo que no podía articular palabra.

Cuando giró un recodo en el camino que describía una curva de noventa grados vislumbro a cierta distancia su objetivo. Se trataba de una enorme finca rural compuesta por dos edificios. El primero de ellos, que si seguía por aquel camino dejaría a la derecha, era una casa de dos pisos pintada en rojo vinoso. En la parte delantera tenía un par de puertas y un pequeño muro de piedra de no más de un metro que hacía mayor función decorativa que protectora. Solo la parte derecha de la casa tenía dos plantas, estando la segunda cubierta por tejas parduzcas. La otra mitad mostraba a aquella altura una terraza por la cual asomaban varios hombres armados. Su tapia les cubría hasta los hombros pero los cañones de sus fusiles asomaban a cada paso que daban.

Un poco más lejos de aquella casa, si se seguía por el camino, se erigía un almacén que también estaba pintado en rojo, solo que el tejado y las puertas eran de chapa. También tenía alguna ventana pero solo vio a un hombre atrincherado.

El terreno que rodeaba aquellos dos edificios era de tierra pisada, no como aquel camino pedregoso que tenía que recorrer. Había cerca de diez coches y furgonetas repartidos por doquier, algunos de ellos puestos a conciencia para dificultar la huida del lugar y ofrecer parapeto en caso de ataque.

Carlos intentó contar los hombres que había visto pero desistió cuando llegó a quince. Todos se movían demasiado y era probable que fueran muchos más. Pese a ello, conforme se acercaba iba

percibiendo mayores detalles de la situación. En el medio de todo aquel panorama, enfrente de la puerta principal de la casa, había un puñado de hombres juntos. Entre ellos reconoció a *El Lagarto*. Su sangre hirvió, sus orificios nasales se dilataron y las manos se pusieron blancas de tanto apretar el volante. Hubiera deseado torturar a aquel proxeneta hasta la muerte pero la visión de su familia le hizo calmar los ánimos y, a su vez, sentirse invadido por el miedo. Tanto Irene como Ana estaban junto a él, de rodillas en el suelo. Llevaban las manos atadas por detrás y sendas bandas blancas que les cubrían la boca.

—Ya hemos llegado —se limitó a decir a su pasajera, que pese a que no era capaz de hablar, podía escuchar.

El inspector avanzó un poco más pero antes de superar a los primeros pistoleros, que montaban guardia a ambos lados del camino a una distancia prudencial, se detuvo. Giró a la derecha y sacó el coche de la vía, aparcándolo de manera tangencial al camino. Quería, una vez recuperara a su familia, salir de ahí cuanto antes, y hacer más maniobras de la cuenta era algo que prefería evitar.

El motor eléctrico se detuvo pero aguardó varios segundos para coger varias bocanadas de aire. Cerró los ojos, se concentró y, finalmente, salió del vehículo. Un agradable olor a pino y romero inundó sus fosas nasales. A través de su olfato, que muchas veces se conecta con las partes más profundas del cerebro, vinieron a su memoria escenas de todas aquellas veces que había llevado a su hija a pasear al monte. Irene siempre había amado la naturaleza y para ella descubrir cualquier bicho o planta era una maravilla. En aquellos momentos, Carlos asoció aquellos olores al miedo que sentía, y dedujo que nunca jamás volvería a disfrutarlos.

Cerró la puerta y fue caminando lentamente hasta la trasera, que abrió. Primero cogió en brazos a su cautiva, a la que arrastró, no sin esfuerzo, fuera del vehículo, arrojándola al suelo. Posteriormente introdujo la mitad de su cuerpo, apoyando la rodilla en el asiento, para sacar una bolsa, que también depositó junto a la mujer. Tras ello se asomó al interior otra vez para extraer una sospechosa botella roja de plástico y otra pequeña de vidrio que parecía de cerveza. Como si de un ritual se tratara, las fue colocando una a una en el suelo bajo la atenta mirada de los tiradores. A la derecha la chica, luego el dinero, luego la botella roja y luego la de vidrio.

—¿Qué es este juego, Carlos? —preguntó *El Lagarto*, que llevaba la pistola en la mano.

El inspector levantó la vista para volver a echar un vistazo al panorama. Varios de los pistoleros le apuntaban directamente, esperando una orden para coserle a balazos. Los dos edificios

parecían una fortaleza inexpugnable, ya que estaban plagados de defensores. Todo el lugar en sí era también inaccesible, pues estaba rodeado por los cuatro puntos cardinales por un denso pinar. Al sur del edificio se alzaba una pequeña colina pero no podía verse en ella más que árboles y algún risco que sobresalía tímidamente entre ellos. El camino era demasiado angosto tanto para entrar como para salir.

—He traído a Alicia —dijo con voz potente Carlos—. Y como veis, he traído el dinero. Yo solo quiero llevarme de aquí a mi familia y espero que vosotros también respetéis el intercambio.

—Lo haremos, inspector Torres —respondió *El Lagarto* sin ocultar su sonrisa—. Pero antes de nada, dime. Llevo unos días preguntándome una cosa que apenas me deja dormir. ¿Por qué atacaste La Factoría?

El aludido no esperaba aquella pregunta. Durante varios segundos quedó patente que se sentía desconcertado, así que, para ganar tiempo, preguntó:

—¿Cómo?

—Sí, hombre. Tú y ese tal César, mano a mano, cargándoos a todos mis hombres. ¿Por qué un policía con una vida normal, una familia fabulosa y un trabajo en el que hay que cumplir la ley a rajatabla tira todo por la borda? ¿Qué te pasó para que hicieras aquello? ¡Guau! Casi veinte de mis hombres muertos e incluso un cliente y una prostituta. Os quedaríais a gusto.

—Bueno, Helena me convenció —respondió finalmente Carlos —. Esa mujer, ya sabéis, la otra identidad de Alicia, me llenó la cabeza con ideas sobre la prostitución, vosotros y la corrupción. Me transmitió sus… ansias de venganza. Creo que me utilizó.

—¿Y por qué ahora la traicionas? —disparó *El Lagarto*.

—¿No es evidente? —respondió el policía con la voz rota—. ¡Habéis cogido a mi familia! Es lo que más quiero. Hemos perdido la partida y ya está. Ahora tengo que reordenar mis prioridades, y tengo muy claro cuáles son.

—Pero al principio trabajaste con Helena, o Alicia, y César, porque creíste que era lo correcto. ¿No? Te sentías un hombre honrado cada vez que veías cómo los míos morían. ¿Era así?

—¡No sé cómo cojones era! —exclamó Carlos reprimiendo un sollozo—. Sí, supongo que lo pensé, pero me equivoqué. Mi familia es más importante. ¡Joder!, ¿queréis que lo diga? Nunca debí haber ayudado a Alicia.

—Entonces reconoces que eres como nosotros —*El Lagarto* parecía estar representando una obra de teatro, pues gesticulaba, caminaba de lado a lado y hablaba dando diferentes entonaciones a su voz—. Todo era un camino de rosas cuando os iba bien; eras el

policía del año. Pero cuando le has visto las orejas al lobo tu moral se ha derrumbado. Ya no eres el defensor de las causas justas, ¿no? Ahora lo importante es lo importante, y lo importante es lo mío, los demás pueden irse al infierno.

—Sí, joder, yo qué sé —insistió Carlos—. ¿Por qué me preguntas todo esto? ¿Vamos a hacer el intercambio o no?

—Sí, hombre, sí —respondió *El Lagarto*, que indiscutiblemente había captado la atención de todos los hombres—. Solo quería conocerte un poco, ya que me ha sorprendido tu actuación todo este tiempo. Incluso ahora me sorprende; obedecernos y venir aquí cuando no tienes ninguna garantía de salir con vida. ¿No lo habías pensado?

—Claro que lo he pensado —replicó—. ¿Pero es que no vais a respetar el acuerdo?

—¿Qué nos obliga a hacerlo? ¿Se va a enterar alguien si te mato ahora mismo? Es más, si lo hago me quitaré un problema de encima. ¿Quién me dice que no vas a ir tú luego desde la policía a por nosotros? Vamos papi, quiero verte más abajo si es posible. Humíllate más aquí, delante de tu familia. Explícame las razones por las que no debería traicionarte y matarte a ti y a los tuyos.

Entonces Carlos agachó la mirada y cerró los ojos. En el suelo, el bulto humano temblaba, probablemente bajo los efectos del terror. Sus piernas desnudas se habían herido al caer sobre una de las piedras montesas. El hombre aguardó varios segundos más, evaluando sus energías. Se estaba jugando la vida y no podía equivocarse.

—Te daré una sola razón, Lagarto, por la que debes cumplir tu parte del plan —mientras decía aquello se agachó, cogió la botella roja y comenzó a derramar un fluido sobre la bolsa del dinero—. Esto que tengo aquí es gasolina, y ahora mismo impregna todo vuestro dinero. Y esta otra botella —volvió a agacharse y con un gesto rápido encendió con un mechero un trapo empapado en el mismo combustible, que se encontraba a mitad de meter en el vidrio, también lleno de gasolina—, es un cóctel Molotov que tiraré al dinero si no cumplís vuestra parte. Creo que ya me he humillado bastante y un hombre tiene que saber dónde acaba lo permitido y donde empieza lo intolerable. Vosotros tenéis a mi familia, yo a Alicia y el dinero. Podemos intercambiarlo o podemos perderlo todo, vosotros elegís.

CAPÍTULO XLIII:

El tiempo parecía haberse detenido en la finca. El sol, que se erigía en mitad del cielo, apenas podía atravesar con sus rayos los densos nubarrones grises que lo cubrían. Incluso las aves del monte parecían haber dejado de cantar.

Carlos puso en pie a la mujer desatándole la cuerda de los pies. Tras ello agarró la capucha y se la quitó, dejando ver una revuelta melena rubia. *El Lagarto* también hizo que sus dos prisioneras se levantaran. Agarraba a Ana por el brazo mientras a Irene la sujetaba uno de sus esbirros.

—Comienzan a caminar a la vez —dijo—. Las coges, te subes al coche y te vas.

—Me llevaré el dinero hasta mitad del camino —respondió Carlos—, y lo arrojaré a la altura del centinela que tienes apostado allí.

—De eso nada. Dejarás aquí el dinero. Te dejaremos marchar.

—Os juro que le prenderé fuego a la pasta si me tocáis los cojones —gritó el inspector pasando la llama a escasos centímetros de la bolsa—. No me fio ni un pelo de vosotros y si vamos a morir será dejándoos en la ruina.

—¿Tú crees que necesitamos tanto ese dinero como para consentirte esto?

—¡Oh! Claro que necesitáis el dinero —respondió Carlos meneando la cabeza—. Alicia me lo ha contado todo. Me dijo que aquí dentro está vuestra recaudación de un mes. Si echamos cuentas, con lo que vais a perder con La Factoría y todos los problemas que vais a tener ahora, sí, sí que necesitáis este dinero.

—Te llevarás la mitad —dijo *El Lagarto* sin poder ocultar el odio en sus palabras—. Abres la bolsa, tiras la mitad de los fajos y te llevas la otra mitad. A la altura de mi centinela dejas lo demás y te piras. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió.

Entonces, el jefe de seguridad del burdel dio un pequeño manotazo a Ana que hizo que comenzara a andar. Con ella, justo a su derecha, avanzaba Irene. Ambas seguían amordazadas y maniatadas, pero a cada paso se encontraban más cerca de su marido y padre.

—Despacio, bonitas —les dijo—. No queremos precipitar un malentendido.

Carlos, que se encontraba a unos treinta metros, hizo lo mismo. *El Lagarto* apenas podía ver a Alicia desde aquella distancia pero sin

duda parecía ella. Sus cabellos rubios y su complexión física así lo atestiguaban pero hasta aquel momento había estado encapuchada y ahora su melena le cubría el rostro.

Las tres mujeres acortaron distancias. Habían recorrido un par de metros cada una pero seguían desplazándose con total parsimonia, como si cada paso les costara un esfuerzo sobrehumano. El tiempo parecía pasar mucho más despacio y las prisioneras lo corroboraban con aquella marcha ralentizada.

—No os pongáis nerviosas —animó el inspector extendiendo los brazos.

Entonces Irene emprendió la carrera hacia su padre pero Ana le puso la zancadilla y la tiró al suelo. Todos los hombres les apuntaron con sus armas pero *El Lagarto* levantó un puño en el último instante evitando la carnicería. La niña sollozaba en el suelo sin entender por qué había ocurrido aquello. Ana también lloraba pero tuvo el suficiente coraje como para ponerse de cuclillas a su lado, agacharse y ayudar a que se levantara. La pequeña entendió con una sola mirada que tenía que mantener la calma.

La marcha se inició de nuevo. Ya habían recorrido la tercera parte del camino. Estaban tan lejos de sus captores como lo estaban entre ellas. Las tres mujeres se permitieron lanzarse miradas fugaces para escudriñar las apariencias de aquellas que habían visto su suerte truncada en aquel bonito paraje natural.

El Lagarto no perdía detalle del inspector. Temía que en el último momento intentara alguna jugarreta. Podía ir armado y no quería perder más hombres. Tenía por seguro que sus tiradores, especialmente los de las alturas, lo abatirían a la primera de cambio, pero no quería correr riesgos. Todavía no sabía qué haría con él. El plan inicial había sido matarlos a todos pero con el asunto del dinero el policía se había blindado bien. Se vería obligado a dejarle marchar. Aquello no entraba en sus planes pero todavía estaba a tiempo de alertar al centinela para que en cuanto viera el dinero vaciara un cargador sobre el vehículo. Sus posibilidades de sobrevivir, en ese caso, serían escasas. Incluso si huía, en aquel estado podrían darle alcance enseguida. Tenía que matarlos, ese era el plan, pero, ¿y si no lo hacía? Admiraba el valor que había mostrado viniendo hasta aquí y, en el fondo, lamentaría tener que acabar con su vida. De hecho, pensaba, si supiera que no iba a causarles más problemas no le importaría dejarles vivir. De cualquier forma, ya tenían a Alicia.

Cuando madre e hija rebasaron a su pareja de intercambio apretaron el paso. Fue un detalle sutil pero no lo suficiente como para ocultar que la marcha estaba siendo francamente desigual. Asimismo, no contentas con eso, el movimiento, además de mayor

velocidad, tenía aceleración, de modo que cada vez caminaban más deprisa. A *El Lagarto* no le gustó aquello, por lo que quitó el seguro de su pistola. Fue justo en aquel momento cuando vio algo en Alicia que le llamó la atención. La recordaba bien, pues la conocía desde hacía años. Su piel era muy blanca, pero en cambio, la mujer que se acercaba hacia ellos era algo más morena. Era cierto que sus cabellos eran del mismo color, pero, ¿por qué todavía no le había visto el rostro?

—¡Eh, tú! —gritó.

Aquel berrido asustó a la mujer, que se estremeció ligeramente haciendo que los mechones dorados se apartaran ligeramente del rostro. Fue solo un segundo, pero fue suficiente para el líder de la banda criminal. No sabía quién era esa chica pero, desde luego, no era Alicia.

—¡Quietas! —aulló.

El inspector, que se encontraba a treinta metros, rodilla clavada en el suelo y mano extendida hacia su familia, que ya solo distaba de él por un par de zancadas, gritó con lágrimas en los ojos:

—¡Corred!

CAPÍTULO XXXIV:

Lunes, 15 de octubre de 2035, (un día antes)

El inspector Torres se encontraba en su propia comisaría. Aunque estaba de servicio, vestía ropa de calle. Aguardaba frente a la entrada de los calabozos, donde había llegado casi sin ser visto. Hasta hacía nada había sido el policía más famoso en aquella comisaría, pues estaba investigando el caso de moda del político. Pero su éxito duró poco, pues tras el ataque a los burdeles chinos y después la venganza sobre La Factoría todo el mundo estaba demasiado ocupado para prestarle atención. Aquello, pensó, jugaba a su favor.

Se disponía a atravesar la puerta cuando una mano se posó en su hombro. Carlos quedó paralizado pero, intentando mantener la calma, se giró. Ante él se encontraba Ángela Vasilescu, su amiga de la Policía Científica.

—¡Por el amor de Dios, inspector! Vaya cara pálida, parece que ha visto usted un muerto.

—No me hable de muertos, por favor.

El hombre se sorprendió a sí mismo dando una respuesta cordial que incluso tenía cierto toque de humor en aquellos momentos. Tenía prisa, pues si no hacía lo que tenía que hacer antes del mediodía matarían a su familia. Sin embargo, no podía negarle una sonrisa a aquella amiga, ni siquiera cuando su situación era tan crítica.

—¿Dónde va? Hace mucho que no lo veo.

—Eso es porque he tenido un puente movido.

—¿Con la familia y eso?

—Sí, bueno, ojalá —y mirando el reloj, nervioso, añadió—: Ángela, no tengo tiempo ahora para hablar. Estoy metido en unos asuntos importantes… ya hablaremos.

—Carlos —dijo la mujer apoyando la mano en la puerta e impidiendo que la abriera—. ¿Estás bien?

Aquella era la primera vez que lo llamaba por su nombre y que le tuteaba. Pese a todo, el inspector no pudo evitar sobresaltarse.

—Sí, déjame pasar —respondió.

—Carlos, sé que tienes algún problema gordo, vas por ahí como alma en pena y creo conocerte bastante bien. No sé en qué lío te has metido pero quiero que sepas que te aprecio, que soy tu amiga y que si está en mi mano ayudarte lo haré. ¿Entiendes?

Tras aquella revelación, el hombre quedó conmovido. Recordó

todas aquellas veces en las que había reflexionado sobre lo confortable que se sentía junto a aquella mujer. ¿Cómo no le había dicho nunca que también la consideraba una buena amiga? ¿Por qué tampoco se lo había oído decir a ella?

—Ángela —dijo finalmente con voz sosegada—. Agradezco mucho tu preocupación, pero es que ahora no puedes ayudarme. Tengo problemas gordos, a ti no puedo mentirte, pero los voy a resolver. No insistas más y déjame solo, por favor. Cuando todo esto acabe te llamaré y te lo contaré.

La policía permaneció inmóvil sin apartar la vista de sus ojos. Fruncía el ceño como si aquella mueca pudiera permitirle escudriñar entre los recovecos del alma de aquel inspector. Pasaron varios segundos sin que tuviera éxito, tiempo en el que el hombre descubrió que ya no aferraba la puerta y que podía abrirla.

—Gracias —añadió abandonándola.

En el interior del calabozo saludó a uno de los policías que vigilaban la entrada. Era un hombre rechoncho, bigotudo y calvo. Lo sorprendió leyendo el periódico con los pies sobre la mesa, posición que corrigió en cuanto vio a su superior.

—Vengo a ver a la prisionera Daniela Vázquez. Vamos a realizar un nuevo interrogatorio —dijo con seguridad.

—¿Otro? Pero si ya está toda la información del caso cerrada y va a salir hoy mismo hacia prisión.

—Nos han quedado unas preguntas —continuó avanzando sin mirar al policía—. Te la traigo en media hora.

—Como sea, inspector —sentenció.

Al paso de Carlos por las celdas los presos se asomaron para cotillear. La mayoría de ellos eran maleantes de poca monta que en unas horas serían puestos en libertad. Había también unos cuantos hombres que habían sido denunciados por sus parejas por supuestos delitos como acoso, insultos, intimidación y, en algún caso, incluso violencia física. En la última jaula y sola se encontraba la mujer que buscaba.

—Inspector ya le he dicho todo lo que sé. No sé qué más hace aquí. ¿Dónde está mi abogado?

—No, ahora vengo yo a decirte algo a ti.

Durante varios segundos rebuscó entre un manojo de tarjetas hasta que encontró una que le permitió abrir la jaula. Daniela se alejó de él todo lo que pudo hasta llegar a aplastarse contra la pared. En su rostro se podía leer el miedo. La desquiciada mirada del inspector la intranquilizaba.

—Siéntate aquí y escúchame, por favor.

Y todo lo rápido que pudo, mientras echaba vistazos nerviosos a su reloj de pulsera, la puso al día de todo lo que había ocurrido

desde que estaba presa. Le explicó que Alicia tenía una doble identidad, disfrazándose en ocasiones de Helena, la directora de una fundación. Le dijo cómo había planeado la venganza de todos aquellos que la habían explotado durante aquellos años. También le reveló que Alicia le había hablado siempre muy bien de ella, de la gran amistad que tenían y de que sabían que si se había inculpado era porque Suevo o *El Lagarto* la habían amenazado con matar a su hijo.

—No hablaré sin mi abogado —decía Daniela llorando a moco tendido.

—Por favor, cálmate, eso no será necesario —respondió Carlos pasando el brazo por sus hombros—. Mira, Alicia me envía aquí porque quiere pedirte un favor. Dice que tú eres para ella como su hermana y que haría todo por ti. Yo le he dicho que no creía que fueras a ayudarnos, porque durante todos los interrogatorios te has mantenido firme, pero me ha dicho que viniera igualmente. Tiene un plan para matarlos a todos y lo va a hacer, así que tú y tu hijo estaréis a salvo. Ahora bien, necesita que te hagas pasar por ella.

—¿Para qué? —preguntó la venezolana dejando de llorar y conteniendo la respiración.

—Han secuestrado a mi familia y tengo que hacer un intercambio. No puedo entregarla a ella, pues la matarían y, además, tiene que desempeñar otra función. Me ha dicho que si te lo pedía tú estarías dispuesta a ponerte una peluca rubia y participar en un intercambio de rehenes. Daniela, sé que todo esto es muy duro, pero, ¿es así?

La mujer volvió a llorar y a introducir su cabeza entre los hombros. Su pelo negro y rizado le ocultó el rostro por completo. Carlos esperó pacientemente pese a que el tiempo le apremiaba. En el fondo, sentía lástima por ella, y fue por ese motivo por lo que la estrechó más fuerte entre sus brazos.

—Lo haré —dijo finalmente—. Por Alicia haría cualquier cosa. Es la mejor persona que conozco. Se lo debo. Aunque me maten.

—No vas a morir —respondió Carlos levantándole la cara y mirándola a los ojos—, ¿me oyes? Todo saldrá según nuestro plan. Ni a ti ni a tu hijo os pasará nada, créeme.

—Vale —respondió aspirando las mucosidades del llanto—. Pero, ¿cómo salimos de aquí? ¿Y dónde me llevarás?

—De sacarte de aquí yo me encargo —respondió Carlos con seguridad—. El intercambio se hará mañana. Ahora tenemos que salir a toda prisa hacia la Calle el Coso. Alicia va a acuchillar a tu abogado y nosotros tenemos que evitar que *El Lagarto* llegue a tiempo para impedirlo.

CAPÍTULO XLV:

Martes, 16 de octubre de 2035

No recordaba aquel Paseo de María Agustín, por el que tantas veces había pasado, de aquella manera. La calle, otrora amplia, luminosa y llena de bullicio había dado lugar a una especie de paso entre dos acantilados escarpados de piedra terrosa. Su verticalidad era insultante, de modo que pensaba que jamás hubiera podido escalarlos de haberlo intentado. El asfalto que debía encontrarse bajo sus pies, por otro lado, ahora era una marisma infernal. En algunos lugares se veían charcos lodosos, en otros musgos y en alguna esquina incluso crecían hongos de formas repugnantes. Sí que percibió que en aquella naturaleza salvaje había cierto patrón geométrico fuera de lo común. En algunas partes el suelo adquiría una tonalidad blanquecina mientras que en otras era negra. Las formas eran cuadrados perfectos que se iban alternando en colores en las dos dimensiones. Aquello, visto en perspectiva, parecía un tablero de ajedrez, uno en el que la vida natural se había hecho un hueco salpicándolo por doquier y rompiendo su pureza.

Mientras Alicia caminaba por aquel decrepito valle miraba al cielo. Ni siquiera era mediodía pero el sol había desaparecido por completo. Sobre su cabeza podía divisar una cúpula de un negro imposible, sin astros ni ningún tipo de materia. No le hubiera extrañado si alguien le hubiera revelado que se encontraba en una pesadilla o que sobre el cielo se había desplegado un fúnebre crespón. Sin embargo, en ocasiones criaturas aladas cruzaban volando sobre ella, pasando de un acantilado a otro. Eran bestias de diferentes tamaños, de entre un metro y dos. Tenían un cuerpo humanoide pero de sus escápulas nacían enormes alas membranosas. Donde debieran haber existido manos y pies tenían garras, pezuñas e incluso patas de ave. Sus rostros resultaban espantosos de mirar, pues presentaban formas grotescas compuestas por enormes colmillos, orejas colgantes, cuernos retorcidos, ojos de reptil…

Las bestezuelas sobrevolaban el firmamento hasta chocar contra los riscos, a los que se aferraban con sus afiladas garras. Tras ello reptaban por ellos hasta alcanzar un saliente propicio, al que se encaramaban para quedarse allí, mirándola a su paso. A Alicia le recordaron a aquellas gárgolas esculpidas de las catedrales góticas. Todas parecían feroces y espeluznantes, sobre todo cuando clavaban sus ojos espectrales en ella, pero la joven se sentía tranquila. Algo

en su interior le decía que no le harían daño. Estaban allí para observar cómo ganaba su partida de ajedrez culminando su venganza.

Al fondo del pedregoso valle vio su objetivo pero apenas creyó lo que veían sus ojos. Aquel Pub Extasía, lleno de luz y de color de un tiempo hasta aquella parte, se había convertido en una tétrica torre almenada. Tenía varios pisos y era de proporciones titánicas. Parecía haber sido construida con losas grisáceas y parduzcas, pero casi todas ellas habían sido invadidas por hiedras. Algunas gárgolas también se estremecían colgadas de sus paredes intentando buscar un sitio para erguirse. Dos de ellas, incluso, peleaban a dentelladas y arañazos por el alfeizar de una ventana.

También sus ropas habían mudado para dar mayor solemnidad al acto. Recordaba haber salido de casa con vaqueros, deportivas, sudadera con capucha y anorak. En cambio ahora, al mirarse, se daba cuenta de que vestía de una manera antigua, diríase medieval, con botas, calzones y jubón, todos ellos cubiertos por una especie de hábito rojo de monje que le cubría el rostro también con otra capucha.

Ya se encontraba a escasos pasos del portón de hierro y madera. Custodiándolo había un guerrero que la miraba. Llevaba una armadura de piezas metálica y un casco a través del cual pudo ver unas facciones espantosas, más propias de un no muerto que de un vivo. Sin detener su marcha se acercó hasta él y, cuando estaba a un palmo de distancia, levantó la cabeza descubriendo su rostro y sus cabellos rubios. De sus jubones sacó una pistola y la apoyó contra su abdomen. El guerrero se sobresaltó, pues no esperaba aquel ataque, de modo que levantó las manos sin osar tocar su espada. Alicia reparó que su pistola ya no era aquella *beretta* que había robado en el burdel cuando huyó de él. Lo que tenía ahora entre manos era una especie de arma de fuego arcaica, de chispa, pero compuesta de madera, con el cañón ligeramente dilatado en su punta.

—¡Sorpresa! —dijo la mujer clavando la pistola todavía más en la barriga del centinela—. Vamos a entrar en el castillo y vas a caminar delante de mí. Me vas a llevar hasta la reina y si haces un gesto raro te dispararé a bocajarro. ¿De acuerdo?

—¿Pero qué castillo? ¿Y qué reina? —preguntó nervioso el guardia—. ¿Eres Alicia?

—Sí, soy yo. El castillo está aquí detrás y la reina es Cristina Meyer. ¿Entiendes ahora? ¡Adelante!

El soldado asintió con la cabeza. Su cadavérico rostro era capaz de manifestar cierto deje de miedo, después de todo, quizá las balas normales también pudieran matarlo.

Emprendió la marcha con la joven a la zaga, que ocultó la pistola en uno de los bolsillos de su hábito. El interior, dado el horario matinal, estaba completamente desierto. Alicia recordaba que allí antes había habido un cálido hall, muy luminoso y lleno de cómodas sillas y mesas para beber y conocer a las chicas. Pero en aquella ocasión discurrían por un larguísimo corredor, tanto que el fondo quedaba cubierto por las tinieblas. A ambos lados del mismo se disponían estatuas grotescas de criaturas inenarrables. Algunas se asemejaban a las gárgolas del exterior pero otras muchas adoptaban formas demoníacas imposibles de referir.

—¿Está el rey? —preguntó la mujer.

—¿Qué rey?

—Suevo.

—Sí, lo he visto por aquí hace un rato.

—¡Fantástico!

—¿Buscas también a *El Lagarto*? —se aventuró a preguntar el guardia con voz temblorosa.

—No, a él no, porque sé que no está aquí —respondió Alicia acercándose todavía más a él e imprimiendo el cañón de la pistola, a través de sus ropas, en su espalda—. Los reyes del tablero han decidido mandar al alfil con sus peones en una gran ofensiva hacia mis piezas. Lo que no saben es que con ello se han quedado desprotegidos.

—¿Qué quieres hacer, Alicia?

—¿No me ves? Soy la reina de mis tropas y he decidido tomar parte activa en la guerra adelantándome en una incursión en solitario. ¿Sabes? No hay mejor defensa que un buen ataque. La reina es la pieza más poderosa de la partida.

En aquel momento llegaron a un cruce de caminos. El lugar estaría sumido en las tinieblas de no ser por algunas antorchas que pendían de las paredes. Justo enfrente de donde se encontraban podía ver unas escaleras que ascendían y un elevador compuesto por una tarima de hierro, unas poleas y unas sogas polvorientas. A izquierda y derecha se disponían un sinfín de cuartos que estaban separados por rejas. Aquel lugar debía de ser las mazmorras. Alicia se orientaba bien en aquel castillo, pues los planos le eran muy familiares y cuando no sabía qué era algo su instinto se lo decía.

—Entra en esa mazmorra —dijo a su prisionero.

—Bien.

El hombre atravesó una de las rejas y se introdujo en un cuarto oscuro. En él había un camastro compuesto por sábanas que, aunque otrora debieron ser blancas, habían adquirido un tono amarillento por la suciedad, y un colchón de paja.

—Toma esta cuerda —dijo dándole una—. Arrodíllate ahí de

espaldas a mí y átate las manos.

—Alicia, esto no te va a salir bien —intentó decir el centinela.

—¡Hazlo o te pego un tiro!

—Está bien.

El hombre parecía haber perdido su miedo inicial, ya que ahora hablaba y contestaba con mayor valor en una actitud desafiante. Alicia había visto claramente que su contrincante estaba evaluando en cada momento sus posibilidades de contraatacar y quitarle la pistola. Era por ello por lo que tenía que deshacerse de él. Sabía perfectamente en qué casilla se encontraría la reina por lo que ya no necesitaba más a aquel peón.

De mala gana, el hombre se arrodilló y comenzó a atarse las manos.

—He dicho de espaldas.

El centinela bufó y sin ponerse de pie fue ladeándose hasta darse la vuelta. No sin cierta torpeza manipulaba la cuerda, dándole vueltas sobre sus muñecas. Para aquella acción tenía la cabeza agachada, intentando acercar sus ojos a los complejos nudos. Alicia veía desde su posición la parte trasera de su cuello, que en aquella postura quedaba descubierta respecto al casco metálico. No podía disparar a aquel hombre, pues alertaría a todos los guardias, así que dejó la pistola en la cama y desenvainó su daga, antes punzón, y apuntó a su cuello. Vio perfectamente las marcas que las vértebras grababan en su piel, de modo que, silenciosamente, apoyó la punta entre dos de ellas y lanzó una decidida estocada hacia arriba. La hoja penetró limpiamente introduciéndose en la médula espinal del hombre y llegando casi hasta el cerebro. Con aquel ataque seccionó todos los centros nerviosos vitales de su enemigo, que repentinamente hizo un espasmo y cayó desplomado. Estaba muerto.

Liquidado el peón, la reina no quiso perder tiempo, así que se agachó, rebuscó entre sus ropas hasta que encontró otra pistola, se la metió entre las suyas y siguió su camino.

CAPÍTULO LXVI:

El tiempo parecía haberse detenido. Pegado a su propio vehículo, el inspector observaba todo el panorama como si estuviera congelado. Su esposa y su hija habían iniciado la carrera, mientras Daniela se había quedado de pie como un pasmarote. Los pistoleros que les apuntaban habían contraído la musculatura de sus brazos, señal de que las balas no tardarían en llegar. Los que, por el contrario, mantenían las armas enfundadas, se apresuraban a echar manos de ellas. Todos los presentes en aquella finca rural habían adoptado muecas que iban desde la sorpresa hasta la ira. Solo en los rostros de los rehenes y de Carlos se podía leer el miedo.

El primer disparo rompió la quietud del ambiente, haciendo que la naturaleza enmudeciera. Tras ello vinieron otros muchos. Las chicas corrían demasiado despacio para el padre, que comenzaba a incorporarse para recibirlas. Sin embargo, una de aquellas balas alcanzó a su esposa, emitiendo una nube de sangre. Al sentir el calor del vital fluido en su rostro tuvo que pestañear, de modo que no vio dónde la había alcanzado. Sí que supo al volver a abrirlos que seguía corriendo hacia él.

Carlos estaba paralizado por el terror. No soportaría la idea de que su familia muriera y comenzaba a arrepentirse de que por sus acciones hubieran tenido que verse envueltas en aquello. Ya casi podía tocarlas con las yemas de los dedos cuando a través de la periferia de su campo visual observó que Daniela se había desplomado, probablemente víctima de alguna, perdida o no, bala.

Pero entonces, justo cuando sintió el contacto de su familia y les daba un fuerte tirón para ponerlas a resguardo, un nuevo sonido se sumó a la algarabía reinante. Venía de lejos, del sur. Desde aquella distancia, y reverberado por los árboles y la vegetación, sonaba como si un martillo enorme estuviera dando golpes secos contra un yunque, solo que a una velocidad imposible para los límites humanos. Hubiera sido quizá el equivalente a diez hombres martillando rítmicamente, haciendo que cada golpe se produjera una décima de segundo después que el anterior. Desde tan lejos sonaba atronador, por lo que le resultaba imposible imaginar cuán fuerte se oiría aquel artilugio para el que lo estuviera manipulando.

Y a la vez que se percibían los truenos llegaban los rayos, sembrando la muerte en el bando de los mafiosos. Cerca de *El Lagarto*, donde se habían arremolinado varios hombres, se levantaron nubes de polvo y sangre sobre las que, en alguna ocasión, se vio sobrevolar algún miembro amputado. Los pistoleros

gritaron e intentaron ponerse a cubierto pero el tornado de destrucción siguió moviéndose hacia la casa, destruyendo por completo una ventana y haciendo enormes agujeros en la pared. Tras ello ascendió todavía más, alcanzando el tabique de la terraza tras la cual se guarecían varios francotiradores. Al pasar por allí hizo estallar, literalmente, la cabeza de uno de ellos, que parecía demasiado atónito para ponerse a cubierto.

El inspector arrastró a su esposa y a su hija casi en volandas hasta situarlas detrás del vehículo. Algunos de sus enemigos todavía no habían visto su posición peligrar, por lo que seguían disparándoles. Las primeras balas penetraron en su coche provocando desagradables chirridos. Una de ellas incluso reventó una de las ruedas, pero la inteligencia artificial del vehículo la volvió a hinchar rápidamente.

Una vez a cubierto, Carlos examinó a sus familiares. Su mujer había sido alcanzada en el hombro pero existía orificio de salida y parecía haber producido una trayectoria de escaso compromiso vital. Su hija, aunque lloraba y gritaba, estaba indemne.

—¿Estáis bien? —lloró el padre abrazándolas.

—Sí, papá —chilló su hija.

Carlos quiso que aquel abrazo nunca cesara, pero sabía que todavía corrían demasiado peligro. No podrían huir hasta que la finca estuviera más despejada de enemigos, así que, elevando la voz sobre los disparos, dijo:

—Escuchadme bien, porque os necesito. Irene, aprieta la herida de tu madre. Quedaos aquí pegadas al coche y no se os ocurra asomaros.

—¡No te vayas, papá! —aulló la niña.

—No me voy —respondió Carlos abriendo la puerta trasera del vehículo.

Y sin exponerse demasiado se introdujo parcialmente y extrajo uno de los fusiles de asalto con los que habían protagonizado el ataque a La Factoría. Allí dentro también tenía una bolsa de municiones, por lo que esperaba ofrecer una resistencia notable.

Mientras quitaba el seguro del arma y cargaba la primera bala se permitió echar una ojeada a la colina del sur. Los pinos la engullían por completo, haciendo que resultara imposible localizar la posición de su compañero César. El inspector sabía bien que el antiguo soldado estaba apostado allí con una ametralladora militar de gran calibre. La destrucción que había sembrado sobre sus enemigos había sido tal que les había salvado la vida. De cualquier forma, era consciente de que ahora venía lo difícil.

Pero repentinamente, el sonido de la ametralladora se detuvo. Aunque le resultaba imposible saber cuántos disparos había

efectuado, aquello notificó que debía recargar. Su situación era crítica, de modo que acarició a su hija en la cabeza y se dispuso a presentar batalla. Quería asomarse para apreciar el panorama en la finca pero antes de que pudiera hacerlo oyó pasos que se acercaban a toda velocidad. Por ello, aferró con fuerza el fusil y levantó la cabeza lo justo para ver cómo uno de los pistoleros corría por su izquierda hacia su posición. Carlos volvió a echarse al suelo y apuntó hacia aquella dirección, por donde no tardó en aparecer el aventurero, corriendo de medio lado y con el dedo en el gatillo.

Entonces Carlos efectuó dos disparos precisos que lo derribaron sin que pudiera utilizar su arma, que salió despedida. Ya en el suelo intentó reptar hacia ella pero el policía volvió a disparar, acertándole de lleno en la cabeza y matándolo en el acto. Irene sollozó ante aquella visión, por lo que se agachó todavía más para comprimir la herida de su madre. Ana, por el contrario, parecía suficientemente entera. Sabía que tenían que ser fuertes para aumentar sus posibilidades de supervivencia.

—¡Muy bonito! —gritó *El Lagarto* desde una posición oculta—. No dejas de sorprenderme, inspector. Ahora bien, esto es ya muy gordo. Imaginaos tú y tu familia lo peor que se os pueda ocurrir, lo más doloroso, humillante y terrible. Eso, multiplicado, será lo que os haré.

El inspector no esperó a que los proxenetas tomaran la iniciativa de nuevo. Armándose de valor tomó aire, meneó la cabeza con los ojos cerrados y se puso de pie asomándose por el techo del vehículo. La fotografía le hizo ver que había varios hombres descuartizados por doquier y que parte de la fachada de la casa se había venido abajo, creando una perfecta barricada para los tiradores. Sin embargo, todavía quedaban vivos muchos de ellos, que apuntaban hacia su posición.

—¡Morid! —berreó eufórico Carlos abriendo fuego.

Pero la respuesta enemiga no se hizo esperar, y en menos de un segundo tuvo que volverse a poner a cubierto. Las balas pasaban silbando sobre su cabeza o levantaban nubes de vidrio al introducirse en el vehículo. Las ruedas seguían pinchándose pero el coche solo tenía aire comprimido para rellenarlas una vez, de modo que sintieron una considerable pérdida de altura en su parapeto. Después de todo, aquello les sería útil, pues no marcaría la diferencia por arriba y protegería sus piernas, que con la altura de las ruedas dejaba un peligroso espacio de exposición.

El fuego enemigo se estaba haciendo insoportable y Carlos sintió la necesidad de dar cobijo a su familia, a la que se aproximó. Pasó así varios instantes hasta que decidió volver a defenderse pero fue entonces cuando los martillazos volvieron a sonar.

«Zin, zin, zin, zin, zin, zin, zin…»

La ametralladora de César volvía a sembrar la muerte en el lugar.

CAPÍTULO XLVII:

Alicia ascendía por las escaleras del castillo con mirada seria y paso decidido. En ocasiones se topaba con alguna prostituta, que al verla huía despavoridamente. A cada paso que daba se iba acercando más a su destino. Las escaleras de piedra estaban iluminadas por antorchas que proyectaban sombras saltarinas.

Después de matar al centinela había tenido una idea para poder usar su arma sin desvelar su posición. Había cogido la almohada del camastro y se la había envuelto sobre el antebrazo derecho, doblándola a la altura de la punta de la pistola que empuñaba con aquella mano. Posteriormente le había dado a la estructura varias vueltas de cuerda. Una vez fijado creía haber fabricado un silenciador casero, aunque su imagen, con aquellos cojines colgando del brazo, resultaba de lo más extraña.

A la altura del tercer piso se encontró con otros dos peones. Ambos iban armados con sus pistolas ocultas bajo su armadura. La mujer se topó con ellos de improvisto, por lo cual tuvo tiempo de alzar su arma antes de que pudieran reaccionar. El primer disparo impactó en la cara de uno de ellos, que cayó inerte mientras decenas de pequeñas plumas revoloteaban a su alrededor. El ruido apenas fue audible. Su compañero le miró incrédulo intentando averiguar qué le había hecho caer.

—Tú —le dijo Alicia—. Arrástralo hasta esa habitación.

—¿Eres Alicia?

—Soy la reina de la muerte. Hazlo o serás el siguiente.

El hombre no necesitó pensárselo dos veces. El cadáver pesaba demasiado para la mujer, de modo que su nuevo prisionero lo agarró por las piernas y lo fue deslizando hasta una de las habitaciones más próximas, que abrió con una llave magnética. Por el camino fue dejando un pequeño reguero de sangre.

—Déjalo encima de la cama.

El proxeneta se agachó para recoger a su compañero caído pero, antes de que pudiera levantarlo, la mujer volvió a disparar, acertándole de lleno en la nuca. Tras ello salió de allí con una sonrisa. La almohada ya tenía un par de manchurrones de sangre.

Continuó el ascenso imparable sin encontrarse más guardias. Una vez alcanzó el quinto piso tomó aire y se adentró por sus siniestros corredores. Toda aquella altura estaba destinada a los hombres de confianza de Suevo, el almacén de armas, dinero, salas de reuniones… por lo que esperaba encontrar más movimiento. Sin embargo, pudo recorrer sus primeros pasos sin toparse con nadie.

Pero repentinamente, cruzando una esquina, vio a lo lejos a la señora Meyer, que se alejaba por el pasillo seguida por uno de los pistoleros. Alicia aguardó pacientemente hasta que desapareció y, tras ello, enfiló a toda velocidad hasta su posición. Cuando llegó a la siguiente esquina intentó asomarse pero se dio de bruces contra el guardia, que parecía estar desandando el camino previo. La mujer no pudo evitar perder el equilibrio y caer sobre el frío suelo de piedra.

—¿Qué cojones…?

Pero antes de que acabara su frase, la joven le apuntaba, bocarriba, con su mano almohadillada.

—Aquí dentro hay una pistola. Obedéceme o muere.

El hombre escrutó durante algunos segundos la amenaza. Reconoció desde el principio a Alicia, lo que acentuó su miedo. Posteriormente vio el orificio chamuscado del cojín con los restos de sangre, por lo que dijo levantando las manos:

—Vale, vale. No me mates.

—¿Dónde está la reina Meyer?

—Se ha metido a su habitación.

—Llévame hasta allí.

Sin dejar de apuntarle se levantó y comenzó a caminar tras él. El hombre avanzaba con decisión, pues parecía realmente asustado de aquella mujer con ojos de loca. Los aposentos de la reina no estaban a mucha distancia de modo que, cuando llegó, pegó dos veces en la puerta y se identificó.

—Pasa.

Al abrir el hombre entró y, tras él, lo hizo Alicia. Cristina Meyer se encontraba de pie, junto a la ventana, mirando directamente hacia ella. Portaba un vestido largo de tonos azulados. Sus manos, que parecían huesudas y con largas uñas puntiagudas, reposaban sobre su vientre. Su rostro mortecino ofrecía una palidez nacarada fuera de lo común que solo contrastaba por unas amplias ojeras. Sus cabellos, otrora teñidos y vigorosos, mostraban una coloración canosa y un aspecto frágil. Bajo su casi inexistente labio superior brotaban dos blanquísimos y afilados colmillos.

—¡No puede ser! —musitó.

El corazón de Alicia palpitaba como nunca antes. Con un pie cerró la puerta y mientras avanzaba hacia la madame apuntó al guardia y le disparó dos veces.

—¿Pensabas que no te encontraría?

—Al principio pensaba que no, pero después de ver todo lo que has conseguido empecé a creer que lo lograrías.

En el tono de Cristina se percibía más la resignación y la pena que el miedo. Aquello molestó a la cazadora.

—Vengo a quitarte la vida, como tú me la quitaste a mí. No voy a dispararte, eso sería muy fácil —dijo desabrochándose la almohada y dejando la pistola en el suelo sobre ella—. Te voy a acuchillar como he hecho con todos los demás. Quiero que tu sangre me salpique mientras pides clemencia.

—No pediré clemencia y lo sabes.

—¿Te defenderás, al menos? Solo tengo un punzón, creo que puedes intentarlo.

—¿Tú me has visto alguna vez siendo violenta?

Aquella manera de hablar, así como las palabras que empleaba, desconcertaban a Alicia.

—No necesitabas la violencia cuando otros la ejercían por ti. ¿No es cierto?

—Claro. Una mujer tiene que saber usar sus herramientas. ¿No lo sabes tú también? Claro que lo sabes. Por eso de entre todas me fijé en ti. Tú podías haber sido mi sucesora pero lo echaste todo a perder.

—¿La reina de un imperio que esclaviza a seres humanos hasta la muerte? No, gracias.

—Tú podías haberlo cambiado, pues aunque eres igual que yo, eres más fuerte.

—Yo no soy igual que tú —replicó la joven acercándose a la madame.

—¿Qué no? ¿Qué has hecho desde que has salido de aquí? Tienes al menos a dos hombres pegando tiros y dando su vida por ti. ¿No los has manipulado de la misma manera que yo he manipulado a Suevo, *El Lagarto* y todos los demás?

—Ellos han decidido apoyar mi causa —se defendió—. Además ellos me respetan, no así tus peones a ti.

—Claro que me respetan, querida. Ellos piensan que mandan, pero aquí soy yo quien mueve los hilos. Solo tengo que saber cómo redirigir la ira y el ímpetu de *El Lagarto*. Lo demás es pan comido.

—¿Y Suevo?

—Suevo fue quien me ayudó a conseguir todo esto, ¿sabes? Cuando lo conocí yo no era más que una puta barata. Él cree que se enamoró de mí pero fue al revés, yo lo enamoré. Y cuando lo tuve comiendo de mi mano me ofreció este reino. Sí que es cierto que ya no nos queremos, eso es evidente, pero, ¿qué he ganado yo con esta pantomima? Todo lo que ves.

—Todo lo que veo acaba hoy para ti.

Alicia avanzaba cada vez más. Cuando ya solo distaba un metro de su objetivo desenfundó su punzón y lo hizo oscilar en el aire.

—No me importa que seas tú la que me mate, no cuando todo mi reino, como dices, está ardiendo y desmoronándose. Ahora que

se acerca mi muerte me arrepiento de haberte adoptado. Ojala te hubiera dejado pudrirte en La Factoría hasta que te despellejaran por dentro.

—Has jugado con todas nosotras, con nuestra inocencia y nuestra capacidad de amar —decía la joven con el odio fulgurando en sus pupilas—. Te comportabas como una madre, ¡una reina!, que con una mano daba pan y con la otra daba dolor. ¿Cuántas veces has ordenado que nos lastimaran mientras nuestras lágrimas aún languidecían en tus hombros? ¿A cuántas de nosotras han matado o destruido por tus órdenes?

—¡A todas vosotras os di algo para vivir! —gritó mostrando sus afilados dientes en una mueca espantosa—. Todas erais desechos sociales. Sin mí ya llevaríais años muertas. Seríais la más bella procesión, la Santa Compaña de las ánimas inocentes.

—¡Tú y tus esbirros nos hicisteis desdichadas! —rugió Alicia dejando que una lágrima lamiera sus mejillas—. No nos disteis otra oportunidad.

—¿Tú sabes dónde te encontré yo? Eres una hija de puta, una de las de verdad. ¿Recuerdas a tu madre? Se mató de sobredosis cuando no tenías ni tres años. ¿Y tu padre? Vete a saber quién de todos esos hombres puede ser. ¿Un padre de familia honrado que se ha aburrido de su mujer? ¿Un enfermo mental que es incapaz de relacionarse con alguien del sexo opuesto si no es pagando? ¿Un vejestorio decrépito que vagabundea por la ciudad pero que se gasta su pensión en putas?

Alicia no esperaba aquella revelación. Había olvidado por completo quién era su madre, pero después de que Cristina se lo dijera vagas imágenes vinieron a su memoria. Se vio alimentándose de un pecho, con una muy luminosa bombilla que le impedía ver el rostro de su progenitora. Se vio también en una cuna, observando cómo esa misma mujer se acostaba con algún cliente. Recordó también verla muerta, con la cara morada, asfixiada en su propio vómito tras consumir más droga de la habitual.

Cristina Meyer percibió que Alicia había sucumbido a sus comentarios, por lo que comenzó a contemplar la posibilidad de, después de todo, sobrevivir. Echó varias miradas de reojo a la puerta evaluando sus posibilidades de llegar. Ella no era una mujer de acción, todo lo que había hecho lo había conseguido gracias a sus habilidades para influir en los demás. No obstante, estaba aterrada, y creía que sería capaz de correr hasta allí a gran velocidad. Mientras reflexionaba sobre si sería lo adecuado o no ojeó a Alicia, que volvía a mirarla como si la conversación no hubiera tenido lugar. En aquel momento creyó ver unos ojos que se adentraban por sus pupilas y lamían con grotescos tentáculos toda

su alma. Sintió que no tenía ningún secreto para aquella joven que, pese a estar consumida por el odio, parecía poseer una inteligencia sobrehumana. Era consciente de que sus intenciones habían sido descubiertas y, con aquella lectura, también se había desprendido de todos sus pensamientos. Sus miedos, todas las maldades que había cometido en la vida, sus vicios inconfesables, su odio y las cosas que amaba podían ser leídos como un libro abierto por aquella tenebrosa criatura.

—No tienes perdón —le dijo mientras avanzaba hacia ella con su punzón en ristre.

La punta de la hoja se introdujo por encima de su ombligo. Alicia no propulsó su mano para ello, sino que la dejó pegada al cuerpo y avanzó. Al hacer aquel movimiento pudo rodear con su brazo izquierdo a la madame y poner su cabeza sobre su hombro. En aquel abrazo mortal describió amplias circunferencias con el punzón, seccionando todos los órganos vitales de la mujer, que boqueaba silenciosamente. El calor de la sangre le empapó su propio vientre, inundándola de una felicidad exultante. Con aquella muerte casi completaba su venganza y se sentía extasiada.

—Tú, siempre tan guapa y preocupada por tu aspecto—le dijo a la madame—, espero que tu cuerpo se pudra y se convierta en una aberración de huesos, pelo y carne seca.

Meyer, finalmente, se desplomó en la moqueta de su habitación, exangüe. Alicia limpió el punzón con sus pantalones y se dispuso a abandonar la sala.

El rey había perdido a su reina y ahora estaría desprotegido. Allá donde estuviera Suevo lo encontraría y le daría muerte.

CAPÍTULO XLVIII:

Pese a que el bosque había sido plantado por el ser humano, hacía tantas décadas de ello que ya había adquirido cierto aspecto salvaje. Donde otrora hubo pinos dispuestos de una manera geométrica y equidistante, ahora densos matorrales se esparcían por doquier y nuevos árboles habían iniciado su trepidante batalla por imponerse y captar más luz solar.

En aquella precisa porción se había creado un diminuto claro, y todo se debía a que uno de los pinos se había venido abajo dejando un hueco. El árbol había sido tan frondoso que ningún otro vegetal de suficiente entidad pudo crecer a su vera. El suelo estaba completamente cubierto por un tapiz de agujas secas, que le conferían una coloración marrón. Hacía tres horas había pasado por allí una manada de corzos y solo una hora antes una liebre había mordisqueado una pequeña seta. Pero ahora, aquel bucólico paisaje había sido aderezado nuevamente por el recurso humano. Una ametralladora de metro y medio de longitud se apoyaba en el pino caído y en dos patas metálicas. A uno de sus lados colgaba una cinta llena de balas doradas de casi un palmo de longitud. Al otro lado reposaban otras dos que habían sido vaciadas por completo. Un poco más atrás se disponía una caja con tres más que todavía podían ser utilizadas. Y en medio de todo aquel espectáculo, César se erigía como un señor de la guerra. Sus músculos se habían entumecido de transportar tantísimo metal en un solo viaje pero la adrenalina de la batalla había llegado para calmarlos.

Tras acoplar la tercera cinta accionó el cierre de la carcasa y apuntó de nuevo. Ante sus ojos se desplegó la finca rural, que había sido pasto de sus balas. Había varios cadáveres por el suelo pero todavía quedaban con vida la mayor parte de los enemigos. Algunos se habían parapetado tras un muro de piedra, otros se escondían tras los coches y algunos disparaban desde las ventanas y la terraza. Carlos y él se disponían a noventa grados respecto al objetivo de tiro, de modo que a los defensores les resultaba difícil resguardarse sin exponerse a uno de ellos. En ocasiones había visto que alguno de los que le resultaban inaccesibles había caído bajo los disparos del policía y lo mismo al revés.

Antes de disparar evaluó sus oportunidades. No abriría más fuego contra el muro, pues la piedra estaba parando todo su plomo. En cambio, tras una furgoneta se escondían dos hombres. Pensaba que aquel sería mejor objetivo, por lo que apuntó y apretó el gatillo.

El artilugio se estremeció bajo sus brazos mientras escupía fuego

y metal. El vehículo no tardó en ser alcanzado, iniciando un bailoteo frenético en el que iban saltando chapa, cristales y plásticos. En una de las ráfagas vio aparecer un chorro de sangre, indicando indefectiblemente que al menos uno de los mafiosos había sido descuartizado. Su compañero, que pareció entender que si seguía allí correría la misma suerte, huyó despavorido. César ladeó ligeramente el cañón hasta conseguir incrustar un par de balas en su espalda, propulsando el cuerpo varios metros más lejos.

El bosque quedó en silencio mientras el tirador buscaba un nuevo objetivo. En aquellos segundos pudo observar que los defensores se estaban esparciendo tras los coches, elementos fijos y árboles. Parecían haber formado ya un semicírculo en cuyo centro se encontraba Carlos, de modo que su compañero ya apenas podía asomarse sin exponerse a una muerte segura. El antiguo soldado se sentía impotente, pues acertarle a un hombre que se movía rápidamente desde aquella distancia y con aquella ametralladora resultaba harto difícil. Su arma era mucho mejor para destruir posiciones fijas que presentaran cierta defensa natural, ya que necesitaba unos cuantos disparos para calibrar la puntería y, finalmente, largas ráfagas que destruyeran todo a su paso.

No podía ayudar en aquello al policía pero sí que reparó en que los francotiradores de la terraza estaban disparando a placer sobre la posición de su amigo y aquello resultaría un gran peligro. Ya había tirado parte del tabique, así que, encauzando el cañón, lo intentó de nuevo.

La ametralladora volvió a vomitar sus balas sobre aquella posición, obligando a los hombres a parapetarse. Mientras disparaba, César observaba cómo la cinta iba siendo engullida por la carcasa. Cuarenta, treinta, veinte… cada vez quedaban menos proyectiles y la terraza aguantaba. Cuando se dio cuenta de que restaban diez lanzó un fuerte grito de guerra.

Pero afortunadamente, la última de ellas marcó la diferencia entre la estabilidad constructiva y el caos arquitectónico, haciendo que todo aquel lado del edificio se viniera abajo sepultando a los francotiradores.

—¡Au! —aulló eufórico tirándose al suelo.

El exsoldado soltó una carcajada, concediéndose un par de segundos de descanso. Había gastado la mitad de su munición pero todavía tenían más probabilidades de morir que de vencer. En aquella posición, con el sol acertándole en los ojos a través del follaje de la vegetación, recordó las densas superficies boscosas de Escandinavia. Allí también había realizado escaramuzas y lucha de guerrillas por inhóspitas y gélidas montañas. Aquella guerra se había llevado toda su juventud y sus esperanzas pero, en aquel

preciso momento, comprendió qué era lo que atenazaba su alma desde que volvió de ella. Había, indiscutiblemente, cierto componente derrotista y pesimista respecto al futuro que no le permitía levantar cabeza, sin embargo, existía un segundo factor que había ignorado durante aquellos dos años y que ahora, mientras el olor a pólvora inundaba sus fosas nasales, había comprendido.

Echaba de menos la guerra. Cuando despertaba bañado en sudor en mitad de la noche o tenía vívidos recuerdos de las batallas del pasado no era porque tuviera estrés postraumático o porque estuviera visionando el tétrico futuro que les esperaba a todos; no. Si le ocurría aquello era por el mismo motivo por el que los enamorados sueñan con sus parejas cuando en ausencia de ellas se acuestan. Extrañaba conducir tanques, disparar, hacer emboscadas, lanzar granadas, derribar drones o cargar a pecho descubierto contra una trinchera. Estaba enamorado de todo aquello pero había algo que todavía le gustaba más, y era paladear la sensación de una muerte inminente, notar la adrenalina en su sangre alcanzando concentraciones incompatibles con la fisiología humana, sentir un miedo atroz mordiéndole el alma que, por otro lado, le hacía sentirse vivo. En aquellas circunstancias percibía cómo se erizaba hasta el último de sus pelos, tenía conciencia de cómo sus glándula salivales disminuían su producción, la frecuencia exacta a la que latía su corazón o la temperatura a la que entraba y salía el aire de sus pulmones. Podía oír el músculo que contraía el iris trabajando, oler los impulsos eléctricos de sus neuronas y sentir hasta la última de sus células gritándole desde lo más profundo de su ser que era una criatura viviente.

Aquel descubrimiento abría nuevas perspectivas en su vida. ¿Seguía queriendo morir? ¿Podía separar su nihilismo de su melancolía? Sin duda, tendría que resolver aquellas cuestiones en el futuro. Ahora, siendo consciente de que aquella reflexión se había producido empleando más de dos segundos pero menos de tres, se volvió a poner en pie y avanzó hacia la caja de municiones.

Pero en aquel preciso instante, un crujido a sus espaldas le hizo detenerse. Conteniendo la respiración se llevó la mano a la pistola. Justo se disponía a girarse bruscamente cuando sintió una sacudida muy violenta en su cuerpo que se acompañó de varias detonaciones. Mientras rodaba, siendo consciente de que le habían disparado, apuntó y abrió fuego contra su contrincante. De su arma salió una bala y, tras ella, otra, pero la tercera quedó encasquillada, inutilizando el arma.

—¡Ah! —oyó.

—¡Mierda! —respondió.

Bocarriba, y jadeante, reevaluó su situación. Casi con total

seguridad varios disparos habían sido frenados por el chaleco pero no se podía mover y sentía un impresionante dolor lacerante que le recorría el torso de un lado a otro. Intentó levantarse pero le fue imposible, por lo que se miró las manos y sus peores sospechas se confirmaron cuando las vio empapadas en sangre. Cuando las bajó vio justo enfrente a un hombre con vestimenta de camuflaje que esbozaba una sonrisa. Con su mano izquierda se comprimía una herida en el vientre y con la derecha le apuntaba con una pistola.

—*El Lagarto* me premiará cuando descubra que he sido yo el que ha acabado con la ametralladora.

Entonces César se preparó para morir y, de nuevo, se dio cuenta de que no le importaba. Sin embargo, sintió una pena atroz por el inspector, ya que, sin su ayuda, sería imposible que ni él ni su familia consiguieran salir de allí con vida. Tomó aire, cerró los ojos y oyó el disparo.

Pero su situación, que ya de por sí era crítica, no varió. Sorprendido, volvió a abrir los ojos y vio ante sí al proxeneta muerto en el suelo. Tragó saliva para contemplar atónito cómo un hombre saltaba por encima de él. Otro cogió una de las cintas de municiones y se puso a montar la ametralladora de nuevo. Aquellos dos fueron seguidos por otros muchos, que avanzaban armados hacia la finca.

CAPÍTULO XLIX:

Lunes, 15 de octubre de 2035 (un día antes).

César aguardaba dentro de su vehículo mirando nerviosamente por la ventana. La mañana había despertado nublada y triste, y el hecho de encontrarse en un pequeño pueblo abandonado en Huesca acentuaba estas percepciones. Daban lluvias, pero aquello no importaba al exsoldado, pues volvería a casa en su coche. Si volvía…

Estaba francamente intranquilo. Sabía que en aquel mismo momento Alicia estaba sola, intentado penetrar en el bufete Menéndez Serrano para asesinar al abogado. Casi con total seguridad tendría algún guardia de seguridad que debería dejar fuera de combate sin su ayuda. ¿Cómo lo haría? Además, se esperaba que desde el burdel enviaran refuerzos al local. Era Carlos el que tenía que extraer a Daniela del calabozo de la comisaría a primera hora e interceptar a los mafiosos antes de que llegaran al despacho. Si algo salía mal todos morirían. Siempre había confiado en los planes de Alicia pero aquello le había parecido arriesgar demasiado. Sin embargo, si les salía bien, averiguarían dónde se escondía la nueva sede de operaciones de los proxenetas, pudiendo con ello asestarles un golpe definitivo. Por primera vez sentía un miedo real a fracasar, pero de la misma manera que Alicia no le cuestionó cuando programó el ataque sobre La Factoría, él tampoco lo haría ahora con una idea de aquella envergadura.

De cualquier forma, comenzaba a comprender que su parte del plan no era menos arriesgada que la de los demás. Estaba allí porque un contacto suyo, de aquellos que había hecho cuando malvivió por la ciudad, le había revelado que allí conocería a determinadas personas que podrían serles de utilidad. Aquella comunidad se había instalado en un pueblo perdido del Pirineo, desde el que planeaban crear un gran imperio criminal en la zona norte de la península.

César sabía que tenía que ser cauteloso, por lo que aguardó a que dos hombres llegaran hasta su vehículo para salir de él. Ambos, que eran chinos, le dirigieron una mirada severa. Su confidente les había avisado de que iría a entrevistarse con ellos, pero aquello no le aseguraba que fuera a salir con vida de allí.

Los siguió hasta una casa de piedra que, aunque era antigua, parecía haber sido reformada recientemente. En el interior se disponían varios hombres armados, alguno de los cuales era

español. Con sus guías fue pasando frente a ellos hasta que le llevaron con otro asiático que estaba sentado detrás de un escritorio. A sus lados había dos fornidos hombres bajo cuyas ropas se dibujaban sendas armas de fuego.

Uno de los chinos hizo de traductor. Aunque se le notaba el acento hablaba bastante bien español. César disertó pausadamente dando tiempo a que le tradujeran. Durante varios minutos relató que habían sido ellos los que habían protagonizado el ataque a La Factoría. La prensa seguía diciendo que se trataba de un ajuste de bandas, pero el exsoldado creía que aunque los chinos tenían las manos limpias, debían sentirse congratulados por aquel golpe de efecto, y así lo expuso. Explicó también cuáles eran sus motivos para hacer todo aquello; trabajar para satisfacer la venganza de Alicia, una antigua prostituta. Dijo asimismo que en aquel preciso momento otro miembro de su equipo iba a averiguar dónde se escondían ahora los del Pub Extasía. Al día siguiente, martes, atacarían de nuevo. Ellos eran solo dos hombres y creían que si los de su organización querían apoyarles podrían dar un golpe de muerte a sus rivales.

El líder de los chinos, un hombre de unos sesenta años, reclamó algunos detalles más tanto de las operaciones del pasado como sobre los planes del ataque del día siguiente. César satisfizo todas sus peticiones pero tuvo que admitir que por el momento no sabían dónde se encontraba el nuevo burdel y que no podrían tramar nada hasta que lo supieran. Lo que sí tenía claro era que serían dos y que uno de ellos se jugaba la vida de su familia en ello.

Tras la exposición le pidieron que saliera de la sala. Durante varios minutos aguardó bajo la atenta mirada de dos hombres armados. Finalmente lo llamaron para que volviera a entrar. La respuesta del jefe le hizo esbozar una amplia sonrisa.

CAPÍTULO L:

Alicia no sabía dónde estaba, pues todo había ocurrido muy rápido. Pese a que sus ojos le decían que se encontraba en una especie de castillo que se erigía al fondo de un valle inerte, sabía perfectamente que aquel lugar era el Pub Extasía. Aquel sexto sentido que había desarrollado y que en el pasado le había sido de tanta utilidad comenzaba a ser demasiado poderoso, tanto que apenas podía controlarlo. Era capaz de reconocer el Paseo María Agustín en el desfiladero, del mismo modo que supo que el arcaico elevador de cuerda era realmente el moderno ascensor del local que tantas veces había utilizado. Sin embargo, ahora estaba muy confusa. Sus visiones comenzaban a ser contraproducentes.

Había visto a Suevo por los corredores del castillo hacía unos minutos. Se movía por ellos acompañado de tres miembros de su escolta personal, que nada más verla se lanzaron a por ella. Alicia todavía no comprendía cómo lo había conseguido pero había acabado con todos ellos. Recordaba haber desenfundado su pistola y haber iniciado un tiroteo. Posteriormente se quedó sin balas pero aquello no la cohibió, pues ayudada de su punzón los remató. El jefe, que contempló todo a cierta distancia, acabó huyendo como alma que lleva el diablo.

La joven estaba completamente embadurnada de sangre. Incluso se había quitado aquel anorak que se puso al salir de casa y que ahora se le antojaba un hábito de monje, pues sentía un calor febril. Persiguió a Suevo pero la mayor parte del tiempo tuvo la sensación de estar siguiendo los pasos de un fantasma. Atravesaba una puerta y lo veía desvanecerse al fondo de la sala, doblaba una esquina y hacía lo mismo en la siguiente. Mientras corría jadeaba pesadamente, pero aquello no detuvo su marcha. Se encontró incluso con un par de individuos a los que acuchilló sin miramientos. No se paró a comprobar si los había matado, ni siquiera quiénes eran. Solo tenía ojos para un hombre.

Tanto corrió que ahora se encontraba en el lugar más extraño que había visto nunca. Se trataba de una especie de mazmorra medieval. Ante ella se disponía un largo pasadizo de piedra de unos tres metros de ancho y justo a su izquierda había un foso lleno de un agua cuya visión le provocó náuseas. Era de color oscuro, casi negro, y hedía de una manera indescriptible. Parecía estancada pero en ocasiones, repugnantes seres viscosos emergían de sus profundidades para volver a ocultarse rápidamente. Alicia no pudo verlos con detenimiento, pues apenas permanecían unas décimas de

segundo en la superficie. Desde luego tenían patas, cola y una piel que no supo diferenciar si era escamosa o cartilaginosa. La mayoría medían menos de medio metro pero ocasionalmente criaturas mucho mayores movían las aguas quebrando el silencio reinante. Esta quietud era rota también por el sonido de una gotera.

Al otro lado del camino había una pared sobre la que pendían antorchas encendidas, que eran la única fuente luminosa del lugar. Estaban bastante lejos unas de otras, pero en el hueco que dejaban pudo ver enormes cadenas negras, algunas de las cuales sostenían cadáveres en diferentes estados de descomposición, la mayoría esqueletos.

Ignorando aquel panorama, Alicia se puso una mano en la boca y avanzó por el pasadizo. La visión no le permitía ver más allá de tres antorchas, de modo que a cada una que superaba iba desentrañando la negrura de la mazmorra.

Llegado un punto, el camino se abría en una amplia galería. El lugar seguía estando muy oscuro, pero pudo ver en el centro un bulto que se movía. Por un momento sintió un miedo atroz de que se tratara de alguna de las criaturas anfibias del foso pero, armándose de valor, avanzó hacia él. Mientras lo hacía pudo observar que era una figura humana y que estaba manipulando una especie de máquina que parecía compuesta de hierros y madera. Poco a poco fue reconociendo los elementos que la componían. El artilugio era una especie de mesa enorme que tenía poleas y cadenas a ambos lados. No había nada sobre ella, pero todo el lugar estaba impregnado en un líquido negruzco que parecía sangre seca. Aquello, sin duda, se asemejaba a un potro de torturas, y, manipulándolo, se encontraba el mismísimo Suevo.

Cuando el hombre reparó en que Alicia había dado con él dejó lo que estaba haciendo y se dio la vuelta. Pero justo en aquel momento, la joven pudo ver que no era la misma persona que había levantado un imperio de la prostitución. Aquel hombre de mediana edad, camisas floridas y aspecto vulgar era ahora una bestia totalmente diferente que, aunque en esencia era él, hubiera sido imposible de reconocer de no ser por su sexto sentido. Parecía algo más alto, pero ello se debía a que sus piernas se habían convertido en unas patas de pelo grisáceo, pezuñas y articulaciones que se disponían de manera inversa a las humanas. El torso, que estaba desnudo, mostraba un aspecto famélico en el que se marcaban todas las costillas y los músculos. Respiraba pesadamente, creando un frémito enfermizo que vibraba a una altísima frecuencia. Sus manos habían aumentado de tamaño, eran de una coloración rojiza y sus uñas habían crecido de una manera grotescamente afilada. Su cabeza, por último, era la de un macho cabrío. El morro se

prolongaba y sobre él sobresalía una larga y viscosa lengua morada. Las negras pupilas, de aspecto filiforme, resplandecían sobre un iris amarillo fuego. De entre las negras cerdas de la cabeza emanaban dos largos cuernos que giraban sobre sus orejas dando casi tres vueltas.

El demonio no habló, solo exhalaba aire por sus fosas nasales con violencia. En su mirada fulguraba el odio. Los músculos de sus brazos se mostraban en tensión, preparados para atacar. Alicia se encontraba a unos cinco metros de él, con las rodillas ligeramente flexionadas y el cuerpo ladeado hacia la derecha como si aquel punzón pesara un quintal. La mano izquierda la tenía extendida hacia él en un gesto desafiante. Mientras evaluaba a la criatura, rememoró todas las ocasiones en las que había hecho de su vida un infierno. Lo vio encima de ella, violándola. Lo vio también llevándola de la mano para entregársela a centenares de hombres. También visualizó aquellos momentos en los que la golpeó por no haber cumplido las expectativas que se esperaban de ella. Otras muchas veces la había insultado, humillado o le había dicho cosas terribles que la habían sumido en una honda depresión. Además, por cada uno de estos eventos, había ordenado diez más en las que otros los imitaron. Pero aquello no era lo peor que le había hecho. Su ira se amplificaba cuando lo recordaba contando dinero y mirándola, tanto a ella como a sus compañeras. Las hacía sentir como ganado y aquello no podía soportarlo. Si producían mucho las premiaba, si rentaban poco las castigaba y si dejaban de trabajar las sacrificaba. Las miraba como se mira a una cabra, sin otorgarles ni una pizca de humanidad. Podía imponerse y relativizar todas las cosas malas que le habían pasado en la vida, desde las palizas hasta la pérdida de seres queridos, pero que le robaran la dignidad le parecía, ahora, intolerable e incompatible con el concepto de vida humana. En aquel momento lo veía todo claro y cristalino. Ella ya no era una res dispuesta para el matadero. Ahora era Suevo, el diabólico macho cabrío, el que sería sacrificado en pos de la venganza.

Ni siquiera tuvieron la necesidad de hablar con la voz, pues sus rostros lo decían todo. Alicia sabía que no mediarían palabras; ya estaba todo dicho. Mientras daba el primer paso hacia la bestia fue consciente de que, a priori, llevaba las de perder. Era cierto que tenía un punzón pero su contrincante era mucho más musculoso que ella. Sin embargo, había algo que Suevo desconocía y que jugaba a su favor. Por las venas de la joven fluía a borbotones la ira.

Entonces, repentinamente, el demonio dio un potente salto y se abalanzó sobre ella. Sus garras describieron un semicírculo en el aire descargando su furia. Alicia no estaba prevenida para aquel

ataque, pero tuvo los suficientes reflejos como para cubrirse con el brazo. Pese a ello, el impacto fue brutal y le hizo perder el equilibrio. Mientras caía lo vio todo a cámara lenta. El dolor comenzó a recorrerla desde el lugar del golpe hasta el hombro y por allí al resto de la economía corporal. Aquello le pasaría factura pero todavía tenía una baza que jugar. Clavando la rodilla en el suelo, y justo un instante antes de ser derrumbada, lanzó una puñalada con su punzón que se clavó en el flanco derecho de Suevo. Intentó extraer el arma pero no pudo, dejándola en aquel lugar. La criatura emitió un ensordecedor alarido para arrancársela.

Y sin que pudiera volverse a levantar, la joven recibió un puntapié en el estómago que la hizo rodar. Se había quedado sin respiración pero aquello no le impidió darse cuenta de que tenía que incorporarse por lo que, apenas acabó de dar vueltas, echó las manos al suelo y se puso a cuatro patas. Entonces, una nueva patada le impactó en la cara. Aguantando el dolor aprovechó aquel impulso para erguirse otra vez, dejando sorprendido al diablo. Antes de que pudiera volver a usar sus pezuñas contraatacó, lanzándose hacia él. Con su mano izquierda se aferró a uno de sus cuernos y con la otra golpeó varias veces su infernal rostro. Suevo intentó zafarse pero al usar sus brazos para ello Alicia, que profirió un aullido, aprovechó para asestarle varios rodillazos en el mismo lugar donde le había herido previamente. La bestia había conseguido alcanzarle el cuello y estrechó el lazo de sus manos impidiéndole respirar. La situación de la joven era muy grave pero siguió golpeándole sin tregua en todos los lugares que podía. Con ello, y siendo consciente de que la sangre manaba incesante del orificio de su abdomen, consiguió que Suevo tuviera que rendir la bipedestación. Primero cayó de rodillas y luego acabó tumbándose, abatiendo su cuerpo sobre el de la mujer, que ya llevaba medio minuto sin intercambiar oxígeno.

En un momento de descuido, y cuando la mujer ya sentía que la vida se le escapaba, uno de los pulgares de la bestia rozó sus labios. Alicia aprovechó para cogerlo con los dientes y morderlo. Suevo gritó, luego le soltó el cuello y posteriormente separó la mano de la boca, dejando allí el dedo. Mientras se alejaba, un latido arterial regó el rostro eufórico de la joven, que daba una amplísima bocanada de aire.

Pero la respuesta del demonio no se hizo esperar y, con cierta torpeza, la agarró por el pecho. Solo se valía bien de la función de pinza de una mano, de modo que con la otra aferró sus ropas como pudo. Alicia rodeó con sus manos sus muñecas y se aprovechó de aquel apoyo para mantener cierta estabilidad cuando el hombre empezó a zarandearla.

La mujer intentaba propinarle nuevos golpes pero erraba todos ellos, pues los empujones eran demasiado violentos. La bestia consiguió arrastrarla hasta uno de los tabiques, donde la aplastó. Utilizó toda la fuerza de su cuerpo caprino para comprimirle la caja torácica, de modo que, de nuevo, perdió la facultad de respirar. Ante aquel ataque su enemigo lanzó una carcajada diabólica.

Pero la joven había reparado en un detalle que, según pensaba, podría hacerle ganar la partida. Mientras la elevaba, intuyendo que se disponía a estrangularla de nuevo, observó que el reguero de sangre que la herida de arma blanca le había ocasionado era cada vez mayor. Había un amplio charco en el lugar donde se habían enzarzado y sendos manchurrones y ríos remarcando la trayectoria que les había llevado desde aquella posición a donde ahora se encontraban. Sus manos, así como su rostro, estaban más pálidos que de normal. Jadeaba pesadamente y en su sien podía vislumbrar el latido de un pulso desbocado. Con toda aquella información, la reina decidió hinchar sus pulmones y cerrar la glotis. Suevo transmitió la fuerza de un minotauro sobre su pecho pero consiguió aguantar el aire dentro.

Los segundos pasaban y la bestia seguía riendo. Alicia forcejeaba frugalmente contra sus muñecas, pues, aunque quería que su metabolismo fuera mínimo y el oxígeno le durara más tiempo, no quería que el rey rival descubriera sus intenciones.

Medio minuto. Se encontraba perfectamente y Suevo comenzaba a perder potencia. Al minuto dejó de reír y su rostro mudó hacia la sorpresa. La mujer se atrevió a esbozar una sonrisa maliciosa, agachar la cabeza y mirarle directamente a los ojos con el ceño fruncido. Treinta segundos después tuvo que depositarla en el suelo. A los dos minutos sus manos se desprendieron de su pecho por sí solas. Alicia sentía la imperiosa necesidad de inspirar pero lo hizo lenta e imperceptiblemente sin abandonar su sonrisa, pues quería que aquella proeza pareciera sobrenatural. Empujó a Suevo ligeramente y cayó desplomado bocarriba. Tras ello, la joven avanzó y se sentó sobre su vientre. La bestia intentó golpearla desde el suelo pero conseguía parar los puños sin el más mínimo esfuerzo. El rostro de su archienemigo había virado hacia el terror atávico, el más absoluto de todos.

Comenzó a boquear pugnando por respirar pero su problema no estaba en sus pulmones sino en la ausencia de sangre. Alicia lo sabía, por lo que fue acercando su cabeza hacia la de Suevo. Las pupilas del hombre titilaban, presas de un miedo insuperable. La vida le abandonaba y ya no tenía fuerzas para nada más.

Expiró. Su última visión fue la de los ojos desquiciados de aquella muchacha a la que había explotado desde niña.

Alicia entonces notó que una descomunal energía recorría su cuerpo. Se sentía eufórica, como si hubiera abandonado su forma humana para convertirse en una diosa de la naturaleza. Ahora se daba cuenta de que, aunque no lo supo hasta que acuchilló inconscientemente a su primera víctima, había soñado con aquel momento desde la primera vez que la prostituyeron.

Al fin satisfacía sus ansias de sangre. Había completado su venganza y la extasía era máxima. Ya no había lugar para nada más salvo, quizá, una cosa. Reír. Por ello, en mitad de aquel aparcamiento en el que una avería de fontanería había creado unos charcos y los coches se disponían formando extraños elementos, quedó liberada. No podía parar. Rio y rio con los ojos inyectados en lujuria, y sus carcajadas fueron audibles en todo el edificio.

CAPÍTULO LI:

Todo había terminado en la finca rural. El último disparo resonó en los oídos del inspector Torres con violencia. No fue la detonación lo llamativo, sino el hecho de que tras ella no se oyera ninguna más. Las explosiones dieron paso a una serie de murmullos, la mayor parte de los cuales no entendía por estar en otro idioma. Las aves del bosque no tardaron en iniciar, primero con timidez y luego con vehemencia, su trino despreocupado. Una suave brisa soplaba y con su fuerza mecía las hojas de los árboles, que silbaban avisando de que la llegada del invierno era imparable.

Se sentía confuso en aquellos momentos, pues no alcanzaba a comprender todo lo que había ocurrido a su alrededor. Se veía a sí mismo como si estuviera viviendo una pesadilla, una especie de mundo fantástico que, aunque terrible, se desvanecería con el alba. Pero no estaba soñando, y el frío que sentía en la mano era muy real.

Sentía frío en su mano porque hasta hacía escasos segundos su hija la estaba aferrando. Fue su esposa la que le avisó dándole un par de desesperados tirones en la ropa de que una bala perdida había ido a impactar en Irene. Cuando se giró y la vio su mundo se vino abajo. Yacía al lado de su madre, que la abrazaba con fuerza. En su rostro podía leerse una mezcla de miedo e inocencia que Carlos consideró como una mueca que debería estar prohibida. Al principio no vio la herida pero, tras agacharse a su lado y retirar a Ana, la encontró. Se trataba de un agujero a la altura del pecho que no tenía orificio de salida. Sin duda, había tocado un pulmón, y así lo corroboraba la niña respirando pesadamente. En aquel momento, el policía todavía pensaba que existían posibilidades de que viviera si se le realizaba cirugía urgente. Hacía ya varios minutos que había llamado a la policía por lo que, con ella, no tardaría en llegar alguna ambulancia.

El padre hizo lo único que podía hacer; agarrarla de la mano y llorar. Su esposa, que también había sido herida en el hombro, se incorporó para mitigar con su presencia el dolor de su hija. Así estuvieron los dos durante varios minutos, tiempo en el que ya nada a su alrededor tenía importancia. Por ello, ignoraron sistemáticamente cómo un pelotón de hombres armados asediaba la finca desde los cuatro puntos cardinales liquidando a todos sus rivales que vieron con vida y rematando a los que los disparos del policía y el exsoldado habían herido.

Cuando la mano de Irene perdió su fuerza y su vida, ya solo la

presión de Carlos podía mantenerla erguida. Sus ojos se cerraron y las bocanadas de aire fueron espaciándose cada vez más hasta que dejaron de producirse. En aquel momento, el inspector inició una reanimación cardiopulmonar, pero viendo cómo evolucionaba la situación supo a los pocos minutos que todo esfuerzo era vano. Su hija había muerto por su culpa.

Su esposa lloraba pero aquel sonido enseguida quedó silenciado. En sus oídos solo quedó un ligero zumbido. Su mirada, que reflejaba el terror del enloquecimiento, se encontraba perdida. Apenas podía respirar porque un dolor sordo se había instalado en la boca de su estómago. Los músculos le temblaban pero no le impidieron ponerse en pie y alejarse de lugar. No podía estar allí ni un segundo más. Su hija estaba muerta y tenía que averiguar qué había sido de los que la habían secuestrado y asesinado.

Pasó al lado de su vehículo, que se encontraba totalmente apolillado por las balas, y emprendió la marcha. La finca parecía un verdadero campo de batalla, pues había cadáveres y sangre por doquier. Parte de la casa principal se había venido abajo, llenando hasta la última superficie de un polvo grisáceo y dejando una brecha que dejaba ver el mobiliario. Varios hombres armados le miraban, alguno incluso le apuntó durante unos segundos, pero cuando comprendieron que se trataba de un aliado bajaron sus rifles y siguieron con su cometido. Tenían que acabar con todos los proxenetas; pensaban registrar los edificios en busca de armas, droga o dinero y debían salir de allí antes de que llegara la policía.

Por aquellas extrañas circunstancias de las situaciones, en su cabeza comenzó a sonar "*Aerials*", una canción de uno de sus grupos favoritos; System of a Down. Con ello, y casi habiendo bloqueado el pensamiento recurrente de que había perdido a su hija, caminó como alma en pena entre los cadáveres.

A la primera que reconoció fue a Daniela Vázquez. Solo una bala había impactado en ella pero lo había hecho en la frente. La joven había caído en una posición imposible en la que sus piernas estaban cruzadas y dobladas bajo su cuerpo. Su rostro, otrora definido por una tez morena, labios voluptuosos y bellísimas proporciones, había dejado paso a una cadavérica figura inerte. Cabía reconocer que se leía en él cierta paz, si podía interpretarse como tal la manera en la que se disponen las facciones tras la muerte. Carlos volvió a sentir que el corazón se le retorcía al encajar aquel fallecimiento. Ayer mismo Daniela era una madre soltera llena de vida y ahora, tras el debido proceso forense, sería enterrada en una tumba para toda la eternidad.

Mientras seguía avanzando observaba impávido a los chinos disparando a bocajarro a algunos hombres que intentaban escapar

arrastrándose por el suelo. Los ignoró a todos ellos, pues su vista buscaba incansablemente a un individuo en particular. Ya había registrado todo del exterior cuando decidió probar suerte entre las ruinas de la casa, por lo que hacia allí se encaminó.

No tardó mucho en encontrar a *El Lagarto*, que se encontraba tumbado bocabajo sobre uno de los parapetos que se habían formado cuando se vino abajo la fachada. Se acercó hasta él extremando las precauciones de no caer sobre las piedras y, una vez llegó hasta su posición, usó su pierna a modo de pala para darle la vuelta.

Estaba muerto. Su tez comenzaba a virar la palidez inicial hacia las livideces azuladas de la irreversibilidad. La herida que se lo había llevado por delante había sido, pensó, producida por la ametralladora de César, ya que en lugar de orificio tenía un verdadero boquete a la altura del hombro que había dejado el brazo sujeto al cuerpo por un minúsculo colgajo de piel y músculo. Con aquellas lesiones debía de haber muerto en menos de un minuto y el inspector se lamentó por ello. También en su rostro pudo observar, en aquel que había sido el más sanguinario de los criminales, cierta mueca pacífica. Todo aquello le molestaba, pues hubiera deseado para él una muerte lenta y dolorosa con un arrepentimiento final, mezcla de miedo y solemnidad, que hubiera quedado patente en sus facciones.

Al ver el cadáver del líder de los matones recordó por qué estaba allí. A su mente vino Alicia, que en aquellos momentos debería estar en el burdel intentando consumar su venganza. Tanto César como él habían hablado de que sus posibilidades, sola y en la boca del lobo, serían mínimas. También las de los dos hombres lo eran, pues de no haber sido por el apoyo de la banda rival jamás hubieran conseguido imponerse a dos docenas de hombres armados. Estaba asimismo involucrada en el asunto su familia, lo que dificultaba todavía más que su plan saliera como lo habían planeado. ¿Por qué lo había hecho, después de todo? ¿Cómo había podido pensar que tenían alguna posibilidad de ganar aquella batalla sin pérdidas? ¿Hubiera sido mejor hablar con la policía desde el principio? ¿Se arrepentía de haber ayudado a Alicia, lo que había conllevado que perdiera a su hija? ¿Hubiera sido más afortunado si le hubieran asignado otro caso aquel fatídico primero de octubre?

Aquellas preguntas torturaban su mente como mil cuchillos cruzando de lado a lado su cerebro. En ocasiones olvidaba que ya no tenía hijos para ocupar sus pensamientos con el siguiente razonamiento o la información que recibía del medio. ¿Aquella piedra parecía estable? ¿Ese hombre estaba bien muerto? Sin

embargo, cada pocos segundos, aquel conocimiento volvía sobre él como si de un mazazo se tratase, hundiéndolo más y más. Quería gritar, quería llorar, quería arrancarse el nudo que tenía en el estómago pero no tenía fuerzas para nada. Estaba completamente fuera de sí, pues el esfuerzo de integrar su nuevo mundo le parecía titánico.

Irene estaba muerta. Quería volver a verla. Lo mejor sería, pensó, estar con su hija hasta que llegara la policía. Satisfecho por haber llegado a una conclusión tan básica emprendió la marcha de regreso hasta su coche. Mientras lo hacía observó cómo los chinos iban escabulléndose entre los árboles. Muy probablemente tuvieran sus vehículos aparcados a distancia.

Ya estaba completamente solo en el desolado paraje cuando vio algo que captó su atención. A escasos metros de donde se encontraba vislumbró el cuerpo de un hombre que yacía en los lindes del bosque. Vestía con botas y con pantalón militar y aquello fue lo único que la maleza le permitió ver. Tardó varios segundos en reparar en que de aquella guisa había salido de su casa César por la mañana.

Corrió hasta su posición con la esperanza de hallarlo vivo. Apenas lo conocía, pero en aquel momento se dio cuenta de que haber trabajado codo con codo con él había conllevado que lo apreciara. De cualquier forma, sus peores sospechas se confirmaron cuando lo vio de cerca. Estaba muerto como todos los demás. Parecía haberse arrastrado hasta allí, pues le precedía un reguero de sangre que se adentraba en el pinar hasta donde alcanzaba su vista. También las balas habían sido las causantes, habiéndose buscado hueco a través de su chaleco protector.

Carlos suspiró y se tapó los ojos con las manos. Quería despertar pero sabía que aquello era una de las más crueles y vívidas realidades. Habían ganado pero en una victoria pírrica. Meneó la cabeza varias veces mientras las lágrimas comenzaban a brotar y, antes de volver con su familia, lanzó una última mirada al antiguo soldado.

César, con una mortífera mirada perdida en el cielo, sonreía.

CAPÍTULO LII:

Lunes, 6 de mayo de 2041 (cinco años después).

La mañana amaneció clara y benigna, diríase primaveral. El ambiente estaba teñido de cientos de aromas deliciosos. La brisa era mínima pero cuando azotaba transmitía una cálida sensación. Aquel día de principios de mayo, finalmente, Carlos Torres abandonaba la prisión. Había conseguido reducir una pena inicial de quince años por todos los delitos que se le pudieron imputar a poco más de cinco. El inspector no había buscado deliberadamente salir de la cárcel, pues, al menos al principio, no tenía ningún interés en hacerlo. Fue su comportamiento pacífico y el hecho de que reconociera sus crímenes y dijera la verdad, que los había cometido porque en aquel momento pensó que sería lo justo y que no tenía intención de seguir tomándose la justicia por su mano, lo que propició aquella abreviación de la pena.

Nadie le esperaba en la puerta de la cárcel. Su esposa, que en el tiroteo de la finca rural recibió un disparo de poca monta, había sobrevivido, pero ambos se divorciaron a los pocos días. La mujer ni siquiera culpó al marido de la muerte de su hija; su relación llevaba mucho tiempo muerta y era precisamente la existencia de la pequeña lo que la mantenía en pie. Por este motivo, y también por el hecho de que necesitara una gran cantidad de dinero para pagar una serie de indemnizaciones, vendieron su domicilio. En aquellos momentos a Carlos solo le quedaban unos pocos miles de euros en una cuenta bancaria que había permanecido congelada durante todos esos años. Tenía algunos planes para ese dinero, pero primero tenía una serie de cosas que hacer.

Tenía planes. ¿Hubiera creído hacía cinco caños que sería capaz de emitir tal aseveración? No. Cuando ingresó en prisión todavía la pérdida de Irene le resultaba un evento insuperable. Pasó más de un año en un lamentable estado de depresión. Los otros reclusos dejaron de hablarle, pues solía vagar como un alma en pena por el patio e intentar comunicarse con él no era diferente de hacerlo con una tapia. Sin embargo, no sabría decir si fue un día concreto o a lo largo de un periodo corto de tiempo, superó aquel drama.

Antes de saberlo lo sintió. Los detalles de aquel descubrimiento se perdían en la evanescencia de su memoria, pero sí que recordaba que había recuperado facultades antes perdidas. Era quizá la comida, que de repente tenía más sabor, el placer de darse una ducha caliente más larga de la cuenta o escuchar un chiste de uno

de sus compañeros de presidio. La risa, sí, porque volvió a reír. En un principio fue una ligera sonrisa con un instantáneo arrepentimiento ulterior. Más tarde fue una pequeña carcajada que maquilló con una tos pero, finalmente, podía pasar segundos enteros riendo si la broma era lo suficientemente buena. Siempre que aquello le ocurría recordaba a su hija, pero también sus pensamientos sufrieron una evolución. Donde antes aquellas memorias solo le traían llanto, sangre y desolación, ahora rememoraba los mejores momentos de su vida familiar. Veía a Irene yendo en bicicleta, pletórica de alegría al recibir los regalos de Navidad o abrazándose a él y diciéndole lo mucho que lo quería.

Interpretó que aquella era la evolución natural del duelo. Para ello le ayudó uno de los presos, un hombre que había sido condenado por acoso a una compañera de trabajo y que, según su versión, todo se había debido a una relación amorosa con final truculento en la que ella se había aprovechado de las leyes vigentes para que diera con sus huesos en prisión. El hombre había desempeñado previamente el cargo de investigador en un prestigioso centro de neurociencias. Tras aquella condena toda su producción científica se había visto manchada y eran muchas las revistas que se habían retractado de los artículos que había publicado en ellas. Sin embargo, el hombre tenía grandes conocimientos sobre biología que en las largas tardes de presidio refirió al inspector.

—Estás viviendo un duelo y ya vas por las últimas fases —le dijo —. Cuando lo consigas, lo creas o no, podrás volver a llevar una vida normal, y te diré por qué. ¿Qué sentido evolutivo tendría que ante un mal acontecimiento pasáramos toda nuestra vida torturándonos? No, no… escúchame. Piénsalo bien. Somos criaturas animales y hemos llegado hasta aquí tras un largo proceso de evolución. La selección natural premia a aquellos individuos que están más preparados para sobrevivir. Ahora bien, imagínate dos poblaciones humanas, una en la que no existe el duelo y otra en la que sí. Obviamente, la primera se extinguiría, porque si la gente no sufre al perder a un familiar dejaría de sentir interés en protegerlo o incluso demostrar altruismo. Es bien sabido que si hemos llegado hasta aquí es porque somos una especie gregaria, familiar y altruista. Pero ahora, imagínate otras dos, una en el que existe el duelo limitado y otra en la que es eterno. Trata de crear en tu mente un grupo de cavernícolas sumidos en una honda e imperecedera depresión por haber perdido a un miembro del grupo. Dejarían de cazar, de recolectar o de defenderse frente a presas u otros competidores, luego morirían. El duelo humano debe ser limitado, porque todos nuestros ancestros en los que no era así se

extinguieron sin dejar descendencia.

«Me parece que me darás la razón en que ya lo vas notando, ¿no? Hace unos meses que te conozco y antes no se podía ni hablar contigo. Pero escucha, que hay más. Hay algo que te puede ayudar aunque no todo el mundo es capaz de entenderlo, así que presta atención. El duelo puede superarse porque, como dice el saber popular, el tiempo lo cure. Ahora bien, piensa en lo que te voy a decir. ¿No te parece sobrecogedor todo lo que has sufrido? Sí, sí… parece una tontería, pero intenta ponerle una magnitud. Por ejemplo, si tu dolor fuera una montaña, ¿cuánto mediría? ¿Y si fuera una bomba? ¿Cuántas ciudades crees que podría barrer?»

—No veo a donde quieres llegar —le respondió.

—Lo que intento explicar es que, ¿no te das cuenta de lo increíble que es que podamos desarrollar sentimientos tan poderosos? Uno sufre y piensa que es normal, pero creo que si intentáramos medir tu duelo sería imposible. No te olvides que no somos más que un puñado de átomos que forman moléculas. Estas se han organizado en orgánulos, células, tejidos y órganos. Nuestro cerebro no es más que agua, carbono y cuatro cosas más. Litro y medio de volumen, ¿y ves lo que es capaz de hacer? ¿Qué más da lo grande que sea el universo si tú en tu cerebro eres capaz de crear un sentimiento de dolor que en tu escala personal puede ser incluso más grande?

—¡Es que no se puede comparar! —replicó Carlos, que repentinamente se sentía intrigado por los derroteros de la conversación aunque le incomodaran.

—¡Claro que se puede comparar! —respondió el científico esbozando una amplia sonrisa—. Se puede comparar porque el universo solo existe en tu mente. Tú le das el valor que quieres porque tú, organismo pensante, eres el único que puede ponerle límites. Y tú experimentas ese dolor, así que puedes compararlo. Y si tu sufrimiento es más grande que tu universo, ¿no es alucinante?

—El universo existe independientemente de mi mente, pues seguirá aquí cuando muera.

—¿Y tú crees que el universo ha existido siempre? ¿La Tierra? Yo pienso que no. Hasta que uno de aquellos primates que bajaron de los árboles hace millones de años parió a un bebé que ya, por los motivos que fueran, podía considerarse el primer humano, no existió nada. No existió nada porque no había nadie en el planeta para pensar, razonar, disfrutar o interpretar la naturaleza. Podría decirse que toda la historia natural pasó en una milésima de segundo hasta que nosotros aparecimos, durante toda nuestra existencia las horas serán horas y los días, días, y una vez nos extingamos volverá a pasar el tiempo a toda velocidad. Quizá algún

día, tanto en el futuro como en el pasado, un ser extraterrestre inteligente haga una parada en este planeta para repostar algo de agua. Durante el tiempo que le cueste, de nuevo, el tiempo será el tiempo, pero una vez se vaya, más de lo mismo.

—Todo esto es muy complejo y no sé en qué puede ayudarme —dijo finalmente el inspector meneando la cabeza.

—Bueno, igual a ti no te es de ayuda, pero medítalo. Yo pienso que el hecho de que nosotros, un simple animal compuesto de biomoléculas, seamos capaces de sentir tamañas emociones es tan sensacional que hace que esta vida merezca ser vivida y disfrutada hasta el final. Piensa que igual que el sufrimiento máximo es la Fosa de las Marianas, hay un estado de euforia y felicidad máximas en lo alto del Everest. Nosotros, en nuestra pequeñez y nuestra grandiosidad, debemos disfrutar y maravillarnos con la suerte y la belleza de la vida.

No sirvió de nada inicialmente aquel manifiesto al reo, pero conforme fueron pasando los días surtió su efecto. Tal y como le sugirió su compañero, reflexionó sobre aquel asunto y poco a poco fue dándose cuenta de que tenía razón. Su dolor se mitigaba. Al principio luchó contra aquel cambio pero finalmente se dejó llevar y fue entonces cuando comenzó a superar su duelo. Aquellas reflexiones filosóficas llegaron a sobrecogerle, de modo que buscó al científico hasta que cumplió su pena para seguir empapándose de sus conocimientos. Llegó a pensar, incluso, que las ideas que cada día le transmitía podrían considerarse una religión. Ofrecían pensamientos profundos, enseñaban la belleza de la vida y si se combinaban con el amor por la especie humana y la sociedad podían incluso levantar de la nada un interesante código moral. Aquello le hizo pensar en el nihilismo que siempre había manifestado César. En sus divagaciones siempre había dicho que vivían en aquellos años en una época de desarraigo cultural. Las tradiciones y las religiones, a excepción del Islam, no habían parado de menguar en Occidente. Pero el hombre, decía César, siempre había buscado algo en lo que creer. Se puede vivir sin dios, pero no sin religión, rezaba una popular frase. Aquella sociedad decadente había intentado suplir aquel vacío moral y metafísico con un sinfín de ideologías y políticas, desde el ecologismo hasta el feminismo, pasando por algunas de una duración más que fútil, sin que ninguna llegara a ser realmente útil. Sí que era cierto que cada día más personas se convertían al Islam, donde parecían haber hallado algo de paz interior de la que huir de los terrores atávicos del vacío. Pero después de todo lo que le había contado aquel científico, ¿no podía haber adoptado la sociedad la ciencia y el progreso como religión? ¿No hubiera sido el mundo un lugar mejor si lo hubieran hecho?

Una vez transmitió sus inquietudes a su amigo pero fueron varias las respuestas que tiraron por la borda sus ideas.

—Los científicos —le dijo—, hemos abandonado por completo a la sociedad, pero solo porque ella nos abandonó primero. La visión clásica del científico que ora se va a la Antártida a por unas muestras, ora escribe un libro de divulgación para el público general y ora desempeña labores sociales en su comunidad, hace décadas que desapareció. Cada vez estamos más especializados y tenemos menos cultura general. Casi ninguno de mis antiguos compañeros sabe de nada que no sean neuronas y esto pasa factura. Cuando un científico no es capaz de salir de su campo y explicar la ciencia a la gente, deja un tremendo hueco que es ocupado por todos esos charlatanes, gurús y sociólogos que tanto abundan y que tanto han pervertido las corrientes de pensamiento. ¿Quiénes eran antes los filósofos? Los científicos. ¿Quiénes son ahora los que se erigen como filósofos? ¿Puede intentar alguien explicar cualquier cosa del mundo sin saber lo que es un gen o un átomo? ¿No deberíamos ser nosotros los que, mientras desentrañamos los misterios del Universo con nuestros datos e instrumentos, nos dediquemos también a explicar el sentido metafísico de todo esto? Sí, pero no lo hacemos. La ciencia ha perdido definitivamente la batalla. En todos los círculos de científicos de verdad, valga la redundancia, se habla de que tenemos los días contados. La ciencia humana ha sido herida de gravedad durante las últimas décadas y acabará muriendo tras una no muy larga agonía. Y ten claro que con su desaparición la civilización caerá después. Es la crónica de una muerte anunciada.

A Carlos le resultó gracioso que mientras él había experimentado una serie de transformación moral hacia el pensamiento racional y científico con aquel hombre, la mayoría de sus compañeros ateos se habían convertido al Islam cuando prefirieron escuchar a algunos carismáticos y radicales compañeros de prisión.

De cualquier forma, ahora era un hombre libre, y tenía planes. En sus últimas semanas había perfilado los detalles para llevarlos a cabo y aquel mismo día cumpliría el primero de ellos. En alguna ocasión recibió la visita de Ángela Vasilescu, aquella amiga y compañera de la Policía Científica. La última entrevista duró poco, lo suficiente para decirle que andaba ya embarazada del que sería su segundo hijo y que tanto ella como la mayoría de miembros del Cuerpo seguían sintiéndose muy orgullosos de lo que había hecho. En aquella ocasión, Carlos aprovechó para pedirle un favor, favor que ahora mantenía entre sus dedos. Se trataba de un papel con una dirección.

—Residencia La Alameda, calle Comercio Justo —pronunció en voz baja.

Allí era donde vivía ahora Alicia y hacia allí se dirigía.

CAPÍTULO LIII:

La imagen de la residencia no era tan tétrica como se la había imaginado. Se trataba de un edificio moderno en cuya fachada había un gran porcentaje de cristaleras. El tejado era negro y las paredes se habían pintado en tonos blanquecinos, beige o amarillo claro. Un pequeño tabique rodeaba el perímetro pero en el interior, frondosos y altos álamos aseguraban la muralla como si fueran enormes centinelas. El jardín estaba tapizado por césped sobre el que caminaban algunos ancianos con ayuda de andadores o bastones.

Carlos se sentía en aquel momento tranquilo pero hacía escasos minutos no lo había estado, pues durante todo su camino sospechaba estar siendo seguido. Al principio pensó que todo se trataba de una paranoia, pues creía haberse acostumbrado demasiado a la pacífica quietud de la cárcel hasta el punto de que ver a tanta gente le ponía nervioso. No obstante, cuando se apeó del taxi, a no mucha distancia de aquella entrada, un hombre se acercó hasta él y le puso la mano en el hombro confirmando sus temores.

El inspector se giró sobre sí mismo con lentitud mientras se preguntaba quién podría haber dado con él en aquel lugar, pero cuando vio las facciones del hombre su corazón dio un vuelco. Jamás lo había visto pero era claramente asiático. A su mente vinieron todos los recuerdos del tiroteo que, entre otras cosas, lo llevó a la cárcel, y una punzada de rabia y miedo se apoderó de su alma. Sin embargo, todos aquellos sentimientos mudaron hacia la más mayúscula de las sorpresas cuando el hombre le habló.

En esencia, le explicó que le enviaba su jefe, que tenía una empresa de mujeres de compañía que se había hecho con el mercado en toda la zona norte de la península. Aquel crecimiento se debía en gran parte a que habían acabado con la competencia y aquello no lo hubieran conseguido sin unos fenómenos que no nombró pero que dijo estaban relacionados con él y con un hombre llamado César, acontecimientos que tuvieron lugar en octubre de dos mil treinta y cinco. El hombre, tras aquella disertación, le enseñó un maletín que llevaba consigo. Al abrirlo Carlos pudo observar centenares de billetes apilados en fajos.

—Encontramos una fortuna en una bolsa en aquella finca rural hace cinco años —añadió—. No sabemos muy bien qué hacía allí pero nos fue de utilidad para remontar nuestro negocio. Mi jefe ha querido entregarte esto a ti como muestra de agradecimiento.

Carlos había mirado durante varios segundos el dinero. Su

situación, recién salido de la cárcel y arruinado, no era muy halagüeña. Sin embargo, en ningún momento pensó cogerlo. Era dinero sucio, fruto de la explotación de seres humanos, y todos sus sacrificios no hubieran valido de nada de haberlo aceptado. Además, decir que sí a aquella proposición no iba en consonancia con sus planes, de modo que, con la mayor amabilidad que pudo, le dijo a su interlocutor que no lo quería y que podía llevárselo. También añadió que esperaba no volver a verlos nunca más, aunque en esta ocasión mentía.

Mientras Carlos se adentraba en la residencia de ancianos observó a una pareja que descansaban en un banco exponiendo sus flácidas y pálidas pieles al sol de mayo. Eran un hombre y una mujer y parecían un matrimonio. Pese a que tenían toda la pinta de estar en facultad de andar y gozar de buenas capacidades intelectuales, el inspector pensó que rondarían los cien años. España seguía siendo, junto con Japón, el país más longevo del mundo. La esperanza de vida al nacer ya casi llegaba a los noventa y cuatro años. Sin embargo, Carlos había oído que en los últimos cuatro años se había mantenido o incluso disminuido. Muchos eran los análisis que se hacían al respecto, la mayoría de los cuales culpaban al cambio climático, la radiación electromagnética o los productos químicos. Él, por el contrario, creía, tal y como le había comentado aquel amigo científico que hizo en la cárcel, que se debía al retroceso en investigación médica que se había planteado en la última década debido a las nuevas y restrictivas legislaciones.

De cualquier forma, allí estaban ambos, sonrientes. De ser ciertas sus sospechas, habrían nacido al acabar la Segunda Guerra Mundial. ¿Cuántas cosas habrían visto sus ojos? ¿Hace cuántos años se habrían declarado a sí mismos obsoletos en un mundo que cambiaba tan vertiginosamente? Aquella pareja era el claro ejemplo de una población europea cuya forma adoptada era una pirámide invertida. La mayor parte de la gente era muy añosa y la natalidad era cada vez era menor. Sí que era cierto que existían tres factores que habían mitigado aquella catástrofe demográfica por un tiempo, que eran la robotización y la aplicación de la inteligencia artificial en el trabajo, la llegada de inmigrantes que por norma tenían algún hijo más y el necesario retraso de la edad de jubilación, que para algunos trabajos ya se situaba en los setenta y cinco años. Sin embargo, y pese a que la población occidental se mantenía, aunque envejecida, constante, en conjunto con el resto del mundo ya se habían sobrepasado los diez mil millones de seres humanos. La mayoría de los analistas se negaban a admitirlo pero en algunos círculos censurados se aseguraba que la humanidad había vuelto a un punto crítico que no se veía desde hacía décadas. Cualquier

sequía, hambruna, enfermedad o guerra podría ocasionar una mortandad de límites monstruosos, pues algunos países no desarrollados tenían un excedente poblacional muy acusado que evitaba derrumbarse por la masiva salida de inmigrantes anuales a zonas menos pobladas. Estos repudiados expertos intentaban hacer creer a la opinión pública que estas medidas solo eran parches y que se avecinaba una gran catástrofe mundial pero hasta la fecha solo conseguían predicar en el desierto.

Cuando se adentró en el vestíbulo fue recibido por una mujer. Se trataba de una joven de cabellos rubios, poco más de veinte años, que vestía enteramente de blanco con un pijama de trabajo. Carlos le explicó que quería ver a Alicia pero cuando le preguntó por los apellidos tuvo que reconocer que los desconocía. Una mirada de complicidad transmitió a la asistente a qué Alicia se refería exactamente.

—¿Es usted familia? Nunca nadie visita a la pobre Alicia —le decía mientras lo guiaba por las escaleras.

—¿Nunca ha venido nadie a verla? —preguntó Carlos sin saber si aquello era una buena o una mala noticia.

—No. Bueno, señor, hoy va a tener suerte porque la médico está pasando. Podrá hablar con ella si quiere de la enfermedad de Alicia.

—¿Usted sabe lo que es?

—Bueno, ella perdió el juicio pero no sé muy bien los detalles. Dicen que fue por una infección pero yo creo que aquel baño de sangre tuvo la culpa. Pobre, cuánto debió de sufrir.

Al llegar a la habitación el hombre leyó un rótulo en el que se leía “Alicia, habitación 106”. Con ello descubrió que era muy probable que nunca hubiera tenido apellidos y aquello le entristeció. Sin embargo, presa de la emoción, dio varios pasos para ver a aquella vieja amiga.

La estancia parecía la típica habitación de hospital, con una cama, una ventana, una silla de acompañante y un monitor apagado. Alicia, aquella joven que hacía cinco años había aterrorizado a una peligrosa banda criminal, parecía una persona totalmente diferente. Se encontraba sentada en el sillón pero unas correas la sujetaban por la cintura para que no se cayera. Vestía con un pijama azulado y una bata. Sus manos, así como la parte de los tobillos que sobresalían bajo los pantalones, resultaban de una delgadez extrema. Su color marfileño y la perfecta delimitación de todos sus huesos y tendones le daban un aspecto cadavérico que impactó al inspector. Sus cabellos, otrora rubios y vivos, habían adquirido cierta tonalidad blanquecina que se asemejaba a la de las canas. Su rostro era claramente el de Alicia, pues parecía que le habían removido aquellos injertos faciales. Sus labios estaban secos,

las mejillas lucían un aspecto consuntivo y unas oscuras y amplias ojeras daban pie a una mirada vacía, carente de toda humanidad, que se perdía en un punto del horizonte. Y para que la escena fuera todavía más grotesca, sus pechos, que todavía llevaban los implantes, habían sobrevivido estoicamente a la enfermedad y la desnutrición, otorgándole un aspecto irreal y escasamente armónico, como el de una especie de muñeca vampiresa.

—Pero… ¿come algo? —se atrevió finalmente a preguntar Carlos horrorizado.

—Sí, claro que come —respondió ofendida la joven—. Pero come poco.

El hombre se acercó a ella y se agachó a su vera, clavando la mirada en sus ojos. Suavemente se movió de un lado hacia el otro intentando que lo siguiera con sus pupilas pero aquellos dos puntos negros permanecieron inmóviles. Sin embargo, Alicia respiraba normalmente. Parecía sumida en un largo trance.

—No se moleste —le dijo la cuidadora—. Ha estado así desde que vino. No habla ni conoce a nadie. Está ausente. Si le acercas una cuchara se la come, nada más. Ni siquiera controla esfínteres ni nada, la tenemos que limpiar todos los días. Una pena, una chica tan joven. A veces pienso que esos… desalmados tuvieron su merecido. Aunque bueno, no está bien que uno piense así, ya sabe. Pero me da rabia.

—A mí también me duele —respondió Carlos volviéndose a incorporar—. Pero debiste verla cuando estaba bien. Era increíble.

—Bueno, aquí todas conocemos su historia. Todavía nos hacemos cruces de cómo una chica de poco más de cincuenta kilos pudo acabar con todos esos mafiosos. Tuvo ayuda y eso, como la de aquel policía y el otro hombre que encontraron, pero sí que es cierto que al pub ese entró sola y se cargó a todos.

—Y cuando los dos hombres la ayudaron, de una manera u otra, era ella la que actuaba, no te quepa duda.

La conversación quedó cortada cuando una nueva mujer hizo acto de presencia en la habitación. Era la médico, pues llevaba una bata, un fonendoscopio y una Tablet.

—¿Y este caballero es? —dijo al entrar.

Carlos se presentó con su nombre pero se sintió aliviado cuando reparó en que ninguna de las dos trabajadoras habían advertido todavía que era él el policía que había formado parte de aquella truculenta historia hacía cinco años. Sabiendo que aquella era su oportunidad, interrogó a la doctora sobre la salud de Alicia. La mujer se mostró reacia al principio aduciendo que debía mantener el secreto profesional pero cuando el inspector le dijo que era el único familiar que le quedaba decidió confesarle.

—Alicia sufrió una neurolúes avanzada que la llevó hasta este estado.

—¿Perdón? —preguntó el hombre frunciendo el ceño.

—Sí, bueno. Sífilis. Ya sabe, la enfermedad de transmisión sexual. Ella trabajó como prostituta, eso ya lo sabe usted, así que debió de cogerlo en algún servicio. He estudiado con detalle su historia clínica y sospecho que se contagió varias veces a lo largo de la vida solo que la última de ellas no se la trataron bien. La lúes da unos síntomas inespecíficos en sus primeras fases que pueden consistir en alteraciones en la piel, fiebre, artromialgias, cefalea, malestar general… En sus últimas fases pude afectar a órganos de mayor importancia, como en su caso, que le afectó al cerebro. Alicia debió de llevar una vida extraña en sus últimos días. Los informes policiales dicen que hablaba de cosas ininteligibles, creando historias de dragones, castillos, mazmorras, ratas gigantes o lagartos. En un principio se pensó que podría tratarse de un trastorno psicótico, como la esquizofrenia, pero posteriormente desarrolló una especie de coma que motivó un ingreso hospitalario para estudio. Entonces empezó con la fiebre y ya costó muy poco dar con el diagnóstico. Creo que en su caso tuvo un evento brusco, un ictus o una encefalitis, que la dejó tal y como está. El caso es que he tenido acceso a las grabaciones policiales de los interrogatorios y estoy convencida de que Alicia tuvo durante los hechos acaecidos en aquel burdel de mala muerte un tipo de delirio organizado. Creo que tenía ilusiones auditivas, olfativas y sobre todo visuales. Quién sabe, quizá todo ello la motivó a cometer todos esos asesinatos.

—¿No cree usted que la sed de venganza es también un buen motivo para ello? —preguntó Carlos, que aunque se encontraba francamente sorprendido, aceptó como razonable aquella información.

—Bueno, la venganza también podría ser la causa, desde luego. Pero me resulta extraño que una persona con un cerebro tan deteriorado pudiera desarrollar unos planes tan elaborados. Es por ello por lo que pienso que su pérdida de juicio fue un evento brusco o, al menos, subagudo. O eso o le echó un cable el treponema. Hay quien dice que la neurolúes puede afectar al comportamiento humano.

—¿Usted cree eso?

—Yo solo sé lo que he leído pero ha de saber que estas cosas ya no se ven. Yo solo he visto dos casos así en toda mi vida y este, desde luego, es el más florido. Todo lo que puedo decirle es lo que he leído en manuales antiguos.

Carlos apartó la vista de la médico para dirigirla de nuevo a su antigua amiga. Tras ello preguntó:

—Quizá sea una estupidez a estas alturas, pero, ¿tiene cura?

—¡La curamos! Le dimos todas las dosis de penicilina necesarias para erradicar al microbio pero el daño estaba ya hecho y no hay nada más que se pueda hacer. Estará así hasta el fin de sus días.

—Gracias, doctora, ha sido de mucha ayuda —le dijo finalmente cuando la mujer hizo una ademán de querer seguir con su ronda.

Cuando Carlos quedó solo con su amiga arrastró la silla hasta colocarla enfrente de ella y se sentó. Permaneció así, inmóvil, durante varios segundos, hasta que decidió retirarle un mechón de la cara, sin que la joven hiciera ningún gesto o articulara palabra.

¿Era el fin, pues, de Alicia? Así lo creía. Aquella mujer había consumido hasta la última de sus energías, dejándose incluso la cordura y la vida en ello, por satisfacer una venganza que la atenazaba desde que tenía uso de memoria. Todas las miserias que le habían acontecido, máxime sabiendo que la justicia no podía obrar sobre los criminales que las habían hecho realidad, conllevaron que quisiera tomarse la revancha por su mano. Eran muchas las personas que creían que la venganza podía ser un deseo muy común, incluso natural, en los seres humanos. Sin embargo, la mayoría reconocían que para que la sociedad se mantuviera estable nadie debía cobrársela por su cuenta. Alicia había sido muy valiente haciéndolo ya que no solo había desafiado a las leyes, sino que lo había hecho arriesgando su vida y con unas posibilidades de éxito casi nulas. También le parecía reseñable que hubiera sido la mayor parte del tiempo el odio visceral el que hubiera guiado sus acciones. Era también vox populi que el odio no llevaba a ninguna parte o que había que expulsarlo de la mente para pensar con claridad. Alicia había demostrado de nuevo que había conseguido canalizarlo hacia una empresa difícil, un bien mayor, su bien mayor, como no podía ser de otra forma.

Ya no quedaba nada del imperio que Suevo, *El Lagarto* o Cristina Meyer habían levantado. Todo lo que hicieron o poseyeron había sido descubierto y desmantelado pero Carlos se sentía horrorizado por el derrotero que habían seguido las circunstancias. A cinco años vista todo seguía igual. El nicho que un día ocuparon había sido sustituido por nuevos proxenetas. Las leyes, que dejaban fuera a las prostitutas, seguían siendo las mismas. Los políticos continuaban llenándose la boca con palabrería sobre cómo acabar con la trata de blanca mientras continuaban cargándose los bolsillos de dinero o, lo que era peor, conciliando el sueño con la sensación de tener la conciencia y las manos limpias, cuando para cualquiera que tuviera sentido común era evidente que estaban completamente embadurnadas de sangre.

Alicia había conseguido satisfacer su venganza y eso le otorgaba

una merecida paz. Sin embargo, no era ella la única mujer que había impresionado a Carlos. Era, de hecho, Helena Vega, la que se lo había ganado para la causa. Aquella criatura famélica que se consumía por la enfermedad era, en realidad, dos mujeres, y al igual que veía a una veía a la otra. Helena sí que había llevado a cabo un proyecto grande, altruista y bueno, ya que sus intenciones eran de lo más puras. Quería acabar con la trata de blanca de verdad y aquello la honraba. Carlos había llegado a sentirse entusiasmado por aquella misión hasta el punto de poner en riesgo a su familia, con un resultado que todavía le dolía.

Así pues, estando Alicia en paz, ¿no debía ayudar ahora a Helena a cumplir su sueño? ¿No acabaría con ello de cerrar una de las páginas más transcendentales y tristes de su vida? Carlos pensaba que aquel era su nuevo objetivo vital. Sin trabajo, habiendo perdido la libertad para ejercer su oficio de policía por la condena, sin familia, dinero o ambición, ¿qué otra cosa le quedaba?

Lo haría, esa era la segunda parte de su plan. Acudiría al registro y levantaría de nuevo la Fundación Isthar. Sería el director pero aceptaría a todo aquel que no fuera un hipócrita y tuviera nobles intenciones. Al principio tendría una sede virtual, luego buscaría la manera de tener unos ingresos y luego continuaría con el hilo de trabajo de la antigua directora. Y si no le dejaban usar aquel nombre crearía una llamada Fundación Helena Vega; todo estaba debidamente planeado.

Después de todo, ¿cómo iba a aceptar el dinero que le ofrecieron los proxenetas chinos si ahora iría a por ellos?

El inspector Torres volvía a las andadas. Se avecinaban agitados días de caza. Mayor o menor, poco importaba. Iría a por todos los que hacían que aquella barbarie prevaleciera, desde el chulo más bajo hasta los políticos corruptos. Esperaba hacer grandes cosas, cambiar leyes o provocar movimientos sociales. Sin embargo, si no lo conseguía, no haría ascos a emplear el fuego y el plomo de nuevo. De cualquier forma, y de la misma manera que lo habían estado César y Alicia cuando los conoció, él ya estaba muerto.

BIOGRAFÍA:

David W. Sánchez Fabra, nacido en 1989 en Teruel, es Licenciado en Medicina por la Universidad de Zaragoza. Trabaja como Médico Interno Residente de Medicina Interna en el Hospital Clínico Universitario Lozano Blesa mientras realiza su Tesis Doctoral. Como escritor, inició su carrera en el mundo literario con la trilogía “Yo, conquistador”, cuyo primer volumen, “Los Hijos del Hierro y el Fuego”, vio la luz a principios de 2014 como un proyecto de autoedición. Posteriormente los libros fueron reeditados bajo el sello de Editorial Comuniter, alcanzando los primeros puestos de ventas en Amazon y haciéndose un hueco en la mayoría de librerías.

En esta ocasión, David W. Sánchez Fabra da un vuelco a su

trayectoria como escritor con la publicación de “Extasía”, la presente novela. En ella el autor ha querido retratar uno de esos hipotéticos futuros distópicos hacia los que la Humanidad puede encaminarse. La corrección política ha copado hasta la última de las facetas de la sociedad y las voces disidentes se hacen más necesarias que nunca, aunque se transmitan a través de unos personajes ficticios. Con la publicación de esta obra el escritor se embarca en una ruta peligrosa cuyo destino es incierto. Esperemos que el viaje sea, al menos, entretenido.

CONTACTO CON EL AUTOR:

Página de Facebook: www.facebook.com/David.W.SanchezFabra

Correo electrónico: dsanchezfabra@gmail.com

Twitter: @sanchezfabraDW

Blog: dsanchezfabra.wordpress.com

Instagram: dwsanchezfabra

Si te ha gustado la novela, no dudes en seguirme en redes sociales para estar al dia de presentaciones, firmas, ideas o nuevos proyectos.

Si has adquirido la novela a traves de Amazon o Casadellibro será de agradecer si dejas un comentario y una valoración en dicho portal.